LA ÚLTIMA LLAMADA



INSPECTORA MARTA AGULLÓ THRILLER POLICÍACO 2

PABLO POVEDA

La última llamada

Una novela de la inspectora Marta Agulló

Pablo Poveda

Copyright © 2026 por Nova Illice Media Pub



Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798193644903

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

El lunes amaneció con una luz blanca y sucia sobre Alicante.

Agulló aparcó la Vespa azul turquesa en la calle lateral de la Jefatura a las siete y cuarenta y ocho exactas. Doce minutos antes de que el comité de oficiales abriera la boca. Doce minutos era un margen higiénico; dos, un síntoma de culpa. Esa matemática miserable, rígida como un código militar, seguía gobernando los restos de su vida desde hacía demasiados inviernos.

Se quitó el casco y el aire frío de la mañana le golpeó la cara. Al agacharse para sepultarlo bajo el asiento, la sien derecha le pasó la primera factura del día: un pinchazo seco, rítmico, el aviso de las horas de sueño que le debía al cuerpo. Había corrido una hora al amanecer, devorando asfalto hasta sentir los pulmones llenos de cristal molido. Había ahogado el cansancio bajo una ducha de agua helada que no logró enfriarle la cabeza. Y había dejado el apartamento impecable. Ni una taza fuera de su sitio en el fregadero, ni una silla desviada un solo milímetro de su eje respecto a la mesa. Todo en orden. Todo bajo una falsa apariencia de control.

El problema era que el control, últimamente, se parecía demasiado a una coartada para convencerse de que seguía cuerda.

Caminó hacia la entrada principal. Junto a la puerta de metal, dos agentes de la escala básica quemaban el último cartucho de tabaco de la noche, con la mirada perdida y el gesto apático de los que ya daban la mañana por perdida antes incluso de fichar.

Al reconocer a la inspectora, el más joven reaccionó por reflejo y escondió el cigarrillo detrás del muslo, dejando escapar un hilo de humo perezoso entre los dedos. El otro, más veterano, ni se molestó en disimular; se limitó a clavarle los ojos inyectados en sangre y a soltar un saludo con un leve movimiento de barbilla.

—Inspectora.

Agulló respondió sin detenerse.

Dentro, la comisaría tenía ese olor de siempre. El vestíbulo empezaba a llenarse: denuncias, carteras perdidas, discusiones de tráfico, esa ansiedad de lunes que convertía cualquier mostrador en un confesionario sin absolución.

Subió a Homicidios con la carpeta apretada contra el costado. No había caso nuevo. Eso, en teoría, era una buena noticia. En la práctica, significaba que Molina iba a dedicar la reunión a enseñar músculo.

La sala de incidencias estaba medio encendida. Costa ya ocupaba su mesa, con una camiseta negra bajo la chaqueta y un vaso de café junto al teclado. Parecía llevar allí desde el viernes. Bernal revisaba una lista de citaciones con el pelo recogido y los ojos demasiado despiertos para tan temprano.

—Vaya, has madrugado —dijo Costa.

—Tú también. ¿Qué tal la nueva vida de soltero?

—Muy graciosa.

Agulló dejó la carpeta sobre la mesa y miró la pantalla mural. Denuncias pendientes, seguimientos, un par de robos violentos que no eran suyos y un informe de lesiones que Molina había marcado en rojo, como si el color pudiera convertirlo en prioridad.

—¿Qué quiere hoy? —preguntó.

Costa no necesitó que le explicaran quién.

—Cierre estadístico. Productividad. La palabra «eficiencia» va a salir antes de las ocho y cinco.

Bernal levantó la vista.

—Y la prensa. Ayer hubo una pelea en la zona del puerto. Un turista alemán con la ceja abierta. Nada nuestro, pero el vídeo ya está circulando.

Agulló sintió otro pinchazo en la sien. Siempre alguien grabando el final de algo sin haber visto el principio.

Había un folio doblado en su mesa. Sin membrete ni firma. Solo una nota pegada encima: «Pendiente de destrucción». Agulló lo abrió, aunque sabía

que no debía hacerlo allí. Era una copia vieja y de mala calidad, de una solicitud de archivo vinculada a la Operación Gaviota. Una de esas piezas que, por sí solas no demostraban nada, pero que, colocadas junto a otras, empezaban a dibujar la sombra de su padre y de aquel Grupo 3 que nadie quería nombrar en voz alta.

La volvió a doblar y la guardó en el cajón bajo llave, antes de que Molina entrara. Si la dejaba a la vista, le mordía desde fuera. Si la encerraba, desde dentro.

Costa vio el gesto. Una de sus virtudes más útiles era la de no hacer demasiadas preguntas, pero esta vez le preguntó:

—¿Otra reliquia del pasado? —dijo solo.

—Papeles viejos.

—Los papeles viejos te manchan las manos...

Agulló cerró el cajón.

—Sigue con lo tuyo, ¿quieres?

Costa aceptó el límite con una inclinación mínima de cabeza. Bernal fingió no haber oído. La sala recuperó su ruido de teclados y respiraciones contenidas. La mañana ya se había torcido. No por la nota en sí, sino por lo que esta demostraba: que incluso en los días sin cadáver, el pasado encontraba la manera de dejar algo en su escritorio.

A las ocho en punto, Molina entró, con su nudo Windsor perfecto y el reloj asomando medio centímetro bajo el puño de la camisa. Lo acompañaba Gómez, el nuevo subinspector de la comisaría y sustituto de Palacios. Llevaba una tableta digital y una sonrisa que no era para nadie. Agulló la conocía: era la de alguien que espera ver a otro equivocarse.

—¡Buenos días! —dijo Molina, sin esperar respuesta—. Vamos a ser breves.

Costa murmuró algo que pudo ser una plegaria o una blasfemia.

Molina pulsó la tableta y en el mural apareció un gráfico de barras.

—Tenemos demasiadas diligencias abiertas que no van a ningún sitio. La Delegación quiere números limpios este mes.

Agulló mantuvo la mirada en la pantalla.

—Los números limpios suelen salir de investigaciones sucias.

El silencio bajó medio grado la temperatura de la sala. Molina la miró.

—Inspectora, no empiece el lunes dándome titulares.

—No sabía que ahora trabajáramos para los diarios.

Gómez bajó los ojos a la tableta. Bernal dejó el bolígrafo muy despacio. Costa sonrió sin enseñar los dientes.

Molina se acercó un paso.

—Trabajamos para obtener resultados. Hay que distinguir entre lo investigable y lo que solo satisface la ansiedad profesional de algunos.

Agulló notó el impulso de contestar. Lo contuvo. Con Molina, cada réplica era una moneda que él luego cobraba en despacho, expediente o rueda de prensa. No darle sangre. El problema era que a veces la sangre ya estaba allí.

—¿Algo concreto? —preguntó.

—Sí. Los informes antiguos. Todo eso queda fuera de prioridad. Me llegan rumores de que se siguen pidiendo copias, accesos…

La sala se volvió más pequeña.

Agulló no movió un músculo.

—Si me está acusando de algo, póngalo por escrito.

—Le estoy recordando que la Brigada no es un archivo emocional. Ni personal.

Costa dejó el vaso en la mesa con un golpe mínimo, pero audible.

—Hay familias a las que quizá les habría gustado que alguien revisara ciertos archivos, antes de enterrar a sus muertos —dijo.

Molina giró apenas la cabeza.

—Subinspector, cuando quiera dirigir una unidad, apruebe la oposición correspondiente.

Costa levantó las cejas.

—Me lo apunto para cuando me canse de resolver marrones de otros.

Bernal intervino antes de que aquello se abriera del todo.

—Comisario, tenemos citaciones a las nueve. Si quiere, priorizamos el listado y cerramos los asuntos administrativos antes del mediodía.

Molina aceptó la salida, porque le permitía fingir que había ganado.

—Eso es exactamente lo que quiero. Un poco de orden, maldita sea.

Agulló miró el gráfico de la pantalla. Barras de colores. La realidad convertida en un Excel para que nadie tuviera que tocarla.

El teléfono de la sala sonó.

Una vez. Dos.

Nadie se movió durante el primer segundo, como si el ruido hubiera entrado desde otra comisaría. Después, Bernal cogió la llamada.

—Homicidios.

Escuchó. Su rostro cambió muy poco. Lo suficiente.

—Sí. Ahora bajamos.

Colgó y miró a Agulló.

—Hay una mujer en denuncias. Dice que su hijo no volvió anoche. El chaval tiene veinte años y la madre no quiere esperar a las veinticuatro horas.

Molina soltó aire por la nariz.

—Entonces no es Homicidios. Es Atención al Ciudadano.

Bernal no apartó los ojos de Agulló.

—La madre insiste en hablar con alguien de arriba. Dice que los amigos no están preocupados. Ella sí.

Agulló miró el reloj de la pared. Ocho y diecisiete.

—Vamos —dijo.

2

Nuria Sempere no estaba llorando.

Eso fue lo primero que le llamó la atención a Agulló, al entrar en la sala pequeña de denuncias. La mujer tendría cuarenta y muchos, quizá cincuenta mal dormidos. Abrigo ligero pese al calor, bolso grande abrazado contra el vientre, labios secos. No lloraba. No temblaba. No interpretaba la escena que muchos esperan de una madre a la que le falta un hijo. Estaba sentada demasiado recta, con las dos manos cerradas sobre un móvil, como si el aparato fuese una prueba y un amuleto al mismo tiempo.

Al otro lado de la mesa, un agente joven había desplegado el formulario, con la prudencia de quien ya ha aprendido a no complicarse demasiado pronto.

—Inspectora —dijo, levantándose.

—Déjenos.

El agente miró a Molina, que había bajado con ellas, pese a que diez segundos antes aquello no era asunto suyo. Molina hizo un gesto de fastidio elegante y el agente salió.

Bernal se quedó junto a la pared, con una libreta abierta. Costa apoyó el hombro en el marco de la puerta, sin invadir el espacio.

Agulló se sentó frente a la mujer.

—Soy la inspectora Agulló. Ella es la subinspectora Bernal. Cuénteme desde el principio.

Nuria Sempere tragó saliva. Miró al comisario un instante, como si hubiera reconocido en él a la clase de hombre que juzga antes de escuchar.

—Mi hijo no ha vuelto a casa.

—¿Nombre?

—Álex Roldán. Alejandro, pero nadie lo llama así. Tiene veinte años.

—¿Desde cuándo no sabe nada de Álex?

—Desde anoche. A las ocho y media salió de casa.

—¿Ha venido sola? —preguntó Agulló.

La mujer bajó la mirada al móvil.

—Sí.

—¿Y el padre de Álex?

—Está en casa.

—¿No ha querido acompañarla?

—Rafa dice que quizá estemos exagerando. Álex ya tiene veinte años y a veces hace estas cosas para llamar la atención.

Molina aprovechó la duda.

—Es una posibilidad razonable.

La mujer lo miró sin rabia.

—Como madre, siento que debía hacerlo.

—¿Álex les dijo adónde iba? —preguntó la inspectora, interviniendo.

—Sí. Dijo que iba a ver a unos amigos.

—¿Sabe qué amigos eran?

—Los de siempre. Claudia, Dani…

—¿Podría decirme los nombres completos?

—Sí, claro. Claudia Vives, Daniel Berenguer, Iker Soria. Creo que había más gente, pero esos seguro que estaban con él.

Bernal anotó los nombres sin levantar la cabeza.

—¿Claudia es su pareja? —preguntó Agulló, siguiendo su intuición.

—Exnovia, más bien. Lo dejaron hace dos meses, más o menos. Son unos críos, ¿sabe?

—¿Habían discutido?

—Álex discutía mucho últimamente. Con ella, con su padre, conmigo, con sus amigos. Pero siempre volvía. Lo siento, pero no creo que sea una riña de exnovios.

Molina intervino desde un lateral.

—Señora Sempere, su hijo es mayor de edad. Si salió voluntariamente y han pasado menos de veinticuatro horas, lo normal es tramitar una

comunicación inicial y esperar. Muchas veces estos chicos aparecen en casa de un amigo, sin batería, después de una noche larga.

Nuria giró la cabeza hacia él. No subió la voz.

—Mi hijo no está en casa de un amigo.

—Eso no puede saberlo.

—Sí puedo.

La frase no sonó desafiante.

Detrás del cristal, el vestíbulo seguía con su ruido de lunes. Una mujer protestaba por una denuncia de daños. Un niño golpeaba el suelo con una zapatilla luminosa. El mundo seguía al otro lado de la puerta, ajeno.

Agulló se inclinó apenas hacia delante.

—¿Por qué?

Por primera vez, Nuria pareció descomponerse un milímetro.

—Porque me habría escrito, aunque fuera para pedirme dinero o decirme que no lo agobiara. Álex puede ser un desastre, pero no hace esto. No a nosotros.

—¿Lleva medicación? ¿Tiene antecedentes de depresión, intentos autolíticos, consumo problemático?

—No. ¿Por qué pregunta eso?

—Es importante. ¿Drogas?

Nuria tardó medio segundo de más.

—No sé, porros... Alcohol cuando sale... Lo normal a su edad.

Molina soltó un sonido leve.

Agulló no lo miró.

—Lo normal no existe en una denuncia. Solo dígame lo que sepa.

La mujer asintió, agradecida por la precisión.

—Mi hijo no es un drogata y tampoco digo que sea un santo. No lo es. Últimamente estaba raro, más de lo habitual, ya me entiende. Más encerrado. Más chulo y a la defensiva todo el tiempo. No sé… Maldita edad complicada.

Agulló dejó que el silencio hiciera su trabajo.

—¿Algo concreto?

—Tenía broncas con su amigo Daniel.

—¿Por la chica?

—No solo por Claudia. Dani es... —Pareció buscar la palabra, para no usar a la primera que encontró—. Tiene mala sombra y un poco de genio. No hace falta ser una lumbrera para darme cuenta de la clase de amigos que

tiene. Y Álex, cuando se pone gallito, no mide lo que dice. Se le va la fuerza por la boca.

Bernal levantó la vista.

—¿Habló usted con alguno de ellos?

—Esta mañana. Con Claudia primero. Me dijo que Álex se fue anoche, que estaba enfadado, pero que se fue bien, ya me entiende. Luego llamé a Iker. Me dijo casi lo mismo.

Agulló había escuchado esa clase de frase demasiadas veces en salas iguales: «se fue», «estaba bien», «no pasó nada», «luego hablamos». La mayoría eran exactamente lo que parecían: excusas pobres para noches vulgares. Pero a veces la frase venía pulida y fácil de repetir. Cuando dos personas distintas recordaban el mismo final con la misma limpieza, Agulló pensaba en coartadas.

No obstante, solo fue un pensamiento. Una madre no necesitaba hipótesis prematuras.

—¿Y con Daniel? ¿Ha llegado a hablar?

—No me ha cogido el teléfono.

Costa sacó el móvil del bolsillo y empezó a escribir.

—¿A qué hora fue la última comunicación con su hijo? —preguntó Agulló.

Nuria desbloqueó el teléfono con dedos torpes y se lo giró. Había una conversación abierta.

El último mensaje de Álex era de las 20:27.

«No me esperes. Ceno fuera».

Debajo, varios mensajes de Nuria Sempere. Uno a las 23:12. Otro a las 00:06. Otro a la 1:18. Llamadas perdidas. Más llamadas. Un audio no escuchado por nadie. A partir de las 2:03, los mensajes ya no eran reproches. Eran súplicas.

Agulló leyó sin tocar el móvil.

—¿La doble marca azul?

—No. Desde el de las doce, ya no. Al principio pensé que estaba con ellos y pasaba de mí. Luego llamé. Daba tono. Después estaba apagado.

—¿A qué hora dejó de dar tono?

—No lo sé exactamente. Sobre las dos. Quizá antes.

Costa alzó la mirada.

—Puedo pedir la localización del último registro de red si autorizan diligencias preliminares.

Molina chasqueó la lengua.

—Para eso necesitamos fundamentos. No vamos a activar recursos por cada universitario que alarga una noche.

Nuria Sempere abrió el bolso con un movimiento brusco y sacó una fotografía doblada. La puso sobre la mesa.

El chico de la imagen tendría veinte años recién estrenados y una sonrisa oblicua, algo insolente. Pelo oscuro, pendiente pequeño en la oreja izquierda, sudadera azul. No parecía una víctima. Nadie lo parecía en las fotos que las madres llevaban a comisaría.

—No le estoy pidiendo que busque a un universitario borracho —dijo Nuria—. Le estoy diciendo que mi hijo estaba asustado y me preocupa que haya cometido alguna estupidez.

Agulló miró la foto.

—¿Asustado de quién?

—No lo sé. Pero ayer, antes de salir, discutió por teléfono en su habitación. Creía que no lo oía. Dijo algo como: «No pienso borrarlo». Luego salió de su cuarto como si nada.

—¿Se lo contó a su marido?

Nuria se tomó un instante antes de responder. Lo justo para que Agulló lo anotara mentalmente.

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que no me metiera en sus tonterías. Él no quiere que sea una madre sobreprotectora y me culpa de que Álex tenga ese carácter de niño mimado.

Agulló siguió escribiendo.

—¿Eso fue exactamente lo que dijo?

Nuria negó con la cabeza.

—No. Solo dijo que era otra mierda de críos.

La frase quedó suspendida unos segundos en el despacho.

—Rafa habla así cuando quiere quitarle importancia a algo —añadió ella.

Agulló frunció el ceño por primera vez en toda la conversación.

—¿Y suele funcionar?

El aire de la sala cambió.

Molina también lo notó. Por eso se adelantó.

—Eso puede significar cualquier cosa, señora.

—Sí —dijo Agulló—. Por eso vamos a averiguar cuál. Señora Sempere, una última pregunta. ¿Conoce a la familia de Claudia Vives?

Nuria parpadeó, sorprendida por el cambio.

—A su madre, de vista. Al padre, no. Bueno… Creo que hemos coincidido con él en alguna ocasión, pero nada más. Sé que es empresario y se mueve por todas partes en esta ciudad, si es lo que quiere saber.

Molina miró a Agulló con advertencia.

—Inspectora.

Agulló cerró la carpeta que el agente había dejado a medias y se levantó.

—Bernal, declaración completa a la madre. Sin prisa. Ropa, amistades, rutas habituales, cuentas, posibles lugares de refugio. Costa, último registro del móvil, llamadas, antenas si conseguimos autorización. También quiero comprobar cámaras cercanas al portal y a las zonas donde estuvieron anoche.

—Hecho, jefa —dijo Costa.

Nuria respiró como si hasta ese momento hubiera estado bajo el agua.

Molina se acercó lo justo para bajar la voz.

—¿De qué va? No convierta una ausencia en un caso porque le guste llegar antes que nadie.

Agulló guardó la fotografía de Álex en una funda transparente.

—No me gusta llegar la primera.

Miró el reloj. Ocho y cuarenta y uno.

—Me gusta no llegar tarde.

Y salió de la sala.

3

La primera hora de comprobación no les dio ningún alivio.

Costa consiguió el último registro básico del móvil de Álex Roldán a las 10:19, después de dos llamadas, una autorización preventiva y una discusión seca con un técnico de guardia que insistía en que aquello «todavía no era urgente». El aparato había conectado por última vez con una antena en el entorno de la avenida de Novelda a la 1:58. Después, un silencio abrupto.

Agulló observó el mapa en la pantalla de Costa y experimentó la sensación de que la mañana se intensificaba.

—¿Margen de error?

—Demasiado como para ponerse poéticos —dijo Costa—. Un par de cientos de metros, quizá más según la carga de red. Pero no estamos hablando de su casa, ni de la zona donde la madre dice que salió.

—¿Batería?

—Sin dato todavía. La operadora no nos va a dar más, hasta que esto tenga otro color.

—Pues vamos a darle color, ¿no te parece?

Costa ladeó la cabeza.

—Eso suena a frase de alguien que va a enfadar a Molina.

—Molina ya venía enfadado de fábrica.

Eran las 10:24. En la mesa de Agulló había una hoja con tres nombres subrayados: Claudia Vives, Daniel Berenguer e Iker Soria. Debajo, Nuria Sempere había añadido a mano los números de teléfono. La letra de la madre era firme al principio y más torcida al final.

Bernal entró con dos cafés y una carpeta azul.

—He hablado otra vez con Nuria. El chico discutió con el padre el sábado. Nada grave, según ella. Rafael Roldán trabaja por su cuenta haciendo reformas, pintura, lo que surja. Dice que el chico últimamente iba muy a la suya.

—¿Y la exnovia?

—Claudia Vives. Veintiún años. Estudia Comunicación. Vive con sus padres en San Blas. La madre de Álex la define como «buena chica, pero de casa muy puesta».

—Traducción, por favor. Creo que me estoy haciendo mayor.

—Dinero. Buena familia.

Costa amplió el mapa.

—Daniel Berenguer tiene antecedentes por una pelea de madrugada. Una denuncia retirada, dos identificaciones por broncas en locales. Es un… buena pieza. Nada a destacar que no hayamos visto, pero el perfil es el de siempre.

—¿Iker Soria?

—Limpio —dijo Bernal—. Estudiante irregular. Amigo de Álex desde bachillerato. Tiene un hermano mayor: Rubén Soria. Treinta y cuatro años. Posee una pequeña empresa de seguridad privada y eventos. Antes fue auxiliar en discotecas.

Agulló levantó la vista.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque Nuria lo mencionó sin querer —respondió Costa, entrando en la pregunta—. Dijo que Iker siempre llamaba a su hermano cuando había líos.

—Has estado ágil, Costa —dijo la inspectora y anotó—. Bernal, llama a Claudia. Que venga voluntariamente. Ya sabes, emplea un tono suave. No quiero que entre a la defensiva.

—Con ella no hace falta empujar al principio.

—Por eso te la doy a ti.

La compañera asintió y salió ya marcando el número.

A continuación, Agulló cogió el móvil de la mesa y llamó a Rafael Roldán. Este respondió al cuarto tono con una voz áspera, llena de ruido de obra, viento o mala cobertura.

—¿Sí?

—Rafael Roldán, soy la inspectora Agulló, de Homicidios. Estoy con la denuncia por la desaparición de su hijo.

Hubo una pausa breve.

—Mierda… Mi mujer se ha asustado demasiado.

Agulló apoyó la espalda en la silla. Costa, que fingía mirar la pantalla, dejó de teclear.

—¿Usted no?

—Claro que me preocupa. Pero Álex hace cosas así. Se cabrea, desaparece unas horas y vuelve cuando se le pasa.

—¿Ha desaparecido una noche entera antes?

—No exactamente.

—¿Qué significa exactamente?

—Que no es un crío fácil, inspectora. Eso es lo que significa.

La frase llegó con un cansancio que podía ser verdad o una defensa improvisada. Agulló abrió un documento nuevo.

—Su mujer dice que discutieron el sábado. Esta podría ser la razón para marcharse.

—Verá, discutimos todas las semanas. Yo quiero que haga algo con su vida, algo que no sea fumar canutos y hacer botellón con sus amigos. Sin embargo, él quiere que lo dejemos en paz. Nada nuevo. Es una edad complicada, y el chico lo hace más difícil todavía.

—¿Sabe con quién salió anoche?

—Con los de siempre. Claudia, Daniel y el otro…

—Iker.

—Ese —aclaró—. Mala compañía algunos, pero a los veinte años todos elegimos mal. ¿Usted, no?

—¿Habló con alguno de ellos?

—Con Iker, no. Con Claudia hablé un momento, poca cosa. Me dijo que Álex se marchó por su cuenta.

—Claudia Vives —repitió Agulló.

Al otro lado hubo una pausa casi imperceptible.

—Sí.

—¿La conoce?

—A ella, poco. De haberla visto con mi hijo. A su padre lo conoce media Alicante.

—Todavía no le he preguntado por su padre.

—Ya. Pero lo iba a hacer, ¿no?

—¿Por qué piensa eso?

—Porque está investigando la desaparición de mi hijo y entiendo que empiece por sus amigos y también por los padres de estos, para averiguar qué relación tenía Álex con ellos.

—Vaya. Es todo un sabueso.

—Me gustan mucho las novelas policíacas. Las devoro.

—Ya veo. Entonces háble me de qué conoce a Vicente Vives.

—¿Conocerlo? No, no se equivoque. Sé quién es y cómo se llama. Ya está. He coincidido con él alguna vez por trabajo, en encargos puntuales y asuntos menores. Nada importante.

«Nada importante». Agulló subrayó la expresión.

—¿A qué hora le dijeron que Álex se marchó?

—No me acuerdo. Tarde.

Agulló cerró los ojos un segundo.

—Necesito horas, no monosílabos.

El hombre soltó aire.

—¿Qué quiere que le diga? Sobre la medianoche. No lo sé, la verdad. Mi mujer lo está convirtiendo en una película.

—Su hijo no contesta al teléfono desde la madrugada y su mujer está preocupada. Eso es lo que sucede.

—Igual se le acabó la batería.

—El último registro no coincide con su ruta habitual.

De pronto, otro silencio. Esta vez sí hubo algo en su pausa.

—¿Qué último registro? ¿De qué está hablando?

—De momento es solo una comprobación preliminar.

—Entonces todavía no tienen nada —respondió, desanimado.

Agulló escribió: padre minimiza / pide prueba / no pregunta ubicación exacta.

—Tenemos a una madre que no ha dormido, un teléfono apagado y tres amigos con una versión que conviene comprobar.

—Mire, yo no quiero quitarle importancia ni entorpecer su trabajo… Entiendo perfectamente lo que están haciendo. Pero si Álex vuelve dentro

de dos horas y se entera de que hemos montado un numerito policial, me va a mandar a la mierda a mí y a su madre.

—No sé por qué piensa eso.

—Porque soy su padre. ¿Le parece poco? Ese chico tiene un carácter deplorable. La verdad es que no sé qué hemos hecho mal para que nos trate así. Se lo hemos dado todo…

—¿Qué cree que pasó para que se fuera así, sin más?

—Que se emborrachó, discutió con la novia y se fue a dormir por ahí.

—Su madre afirma que Claudia es su exnovia.

—Para él nunca lo fue del todo. Lo tiene amargado.

—¿Álex seguía enganchado a Claudia?

—Demasiado.

—¿Y ella?

—Ella es de esas chicas que no sueltan del todo, aunque digan que sí, ya me entiende, que va de liana en liana —dijo, y pareció darse cuenta de que estaba hablando con la inspectora—. Perdón, no debería hablar así.

Agulló entendió que se disculpaba porque sabía cómo sonaba aquello.

—¿Daniel Berenguer tenía algo con Claudia?

La respiración de Rafa cambió al otro lado.

—Eso tendrá que preguntárselo a ellos.

—Se lo pregunto a usted.

—Dani siempre está donde hay problemas. A veces, él los genera.

—¿Y anoche había algún problema?

—Con mi hijo, últimamente, siempre había alguno.

Agulló dejó de escribir.

—¿Qué llevaba encima Álex? ¿Puede decírmelo?

—No lo sé. Móvil, cartera, llaves. Una chaqueta vaquera negra, creo. Zapatillas blancas con una raya azul. ¿Qué más lleva un chico de su edad? Nuria lo sabrá mejor que yo, ella se fija más en esas cosas.

—¿Un ordenador portátil?

—¿Eh? No, que yo sepa.

—¿Cámara? ¿Segundo teléfono?

—No.

—¿Seguro?

—Y tanto. Inspectora, mi hijo se cree más listo de lo que es, pero no es un terrorista.

Costa la miró. Agulló no presionó más. Decidió esperar un poco.

—Necesitamos que venga a comisaría esta tarde, si no le importa.

—Estoy trabajando.

—Su hijo sigue desaparecido.

La respuesta tardó un segundo.

—Está bien, iré.

Cuando colgó, Costa giró la pantalla hacia ella. En una columna había listado las llamadas salientes y entrantes del número de Álex entre las ocho de la tarde y las dos de la madrugada. Aún estaba incompleto, pero era suficiente.

—Tres llamadas a Claudia antes de las once —dijo Costa—. Dos a Iker. Ninguna contestada a partir de las 00:12. Y esto.

Señaló una línea.

—Mensaje enviado a Daniel Berenguer a las 00:08. No tenemos el contenido todavía.

Agulló miró la hora.

—Nuria dijo que a las doce ya no le entraban dobles marcas.

—Eso encaja.

—No. Encaja más bien poco.

Costa esperó.

—Si Álex se fue enfadado, pero bien cabreado, ¿por qué deja de leer a su madre, escribe a Daniel y el móvil aparece casi dos horas después en una zona que nadie ha mencionado?

Bernal volvió a entrar.

—Claudia viene de camino. Dice que puede estar aquí en media hora.

—¿Cómo la has notado?

Bernal cerró la puerta.

—Como si llevara toda la mañana ensayando para sonar tranquila.

Agulló volvió a mirar los tres nombres en la hoja: Claudia, Daniel, Iker. También miró la fotografía de Álex dentro de la funda. El pendiente pequeño, la sonrisa torcida, esa arrogancia blanda de quien todavía cree que el mundo avisa antes de destrozarte.

—Empezamos por ella. Y sin enseñarles todavía lo que sabemos del móvil.

4

Claudia Vives llegó a las 11:07 con el pelo demasiado bien recogido para una chica que acababa de enterarse de que su exnovio había desaparecido.

Agulló se corrigió de inmediato. La apariencia no probaba nada. La gente se blindaba como podía. Unos lloraban, otros gritaban, otros se planchaban la camisa. Claudia llevaba vaqueros claros, blusa blanca, uñas cortas sin esmalte y un bolso pequeño cruzado al pecho. Parecía una estudiante preparada para defender un trabajo ante un tribunal hostil.

Bernal la recibió fuera, le ofreció un vaso de agua y la condujo a la sala dos. Agulló dejó que pasaran dos minutos antes de entrar. No por teatro, sino para observar. Claudia no tocó el vaso. Miró la puerta tres veces y su móvil cinco. Tenía mensajes entrando, pero no los abría. El sonido de la notificación se volvía insoportable.

—Claudia —dijo Agulló al sentarse—. ¡Gracias por venir!

—Claro. ¿Se sabe algo de Álex?

La pregunta sonó impecable.

Pese a las compañías que frecuentaba, Agulló intuyó que Claudia venía de una buena educación y había aprendido a moverse con la corrección necesaria para causar una impresión favorable. Lo había visto en otros casos: chicas que buscaban fuera de su mundo justo aquello que en casa les habían prohibido. A veces por rebeldía, a veces por hambre de algo distinto. Casi siempre, sin medir que la factura podía pagarse para siempre.

—Estamos intentando reconstruir la noche. Necesito que seas precisa.

Claudia asintió. Bernal se sentó en un lateral, más cerca de ella que de Agulló.

—¿A qué hora viste a Álex por última vez?

—No sé exactamente. Sobre las doce, tal vez. Un poco más tarde, quizá.

—¿Dónde?

—Cerca de La Musa. Es un bar nuevo que han abierto en el centro. Un rato antes estuvimos dentro y luego salimos a fumar. Él se puso pesado. Discutimos. Se fue.

—¿Quiénes estaban?

—Dani, Iker y yo. Otra gente entrando y saliendo, pero de nuestro grupo, esos.

—¿Qué significa «pesado»?

Claudia bajó la mirada al vaso.

—Celoso. Álex no aceptaba muy bien que lo hubiéramos dejado.

—¿Discutisteis por Daniel?

El parpadeo llegó tarde.

—No.

—Pero Daniel estaba allí.

—Dani es amigo.

—¿De quién?

—De todos.

Agulló no escribió. A veces, escribir permitía al testigo descansar.

—Nuria dice que Álex salió raro de casa. Antes de irse, dijo por teléfono algo de que no pensaba borrar no sé el qué.

El color se le fue de las mejillas.

—No sé a qué se refería.

—No he preguntado si lo sabes. Solo he dicho lo que ha dicho su madre.

Claudia dio un trago de agua por primera vez.

Bernal intervino con suavidad.

—Si Álex tiene algo en el móvil que pueda explicar dónde está o con quién estuvo, necesitamos saberlo cuanto antes.

—Yo no sé nada de su móvil.

—¿Él grabó algo anoche? —preguntó Agulló.

La chica apretó los dedos alrededor del vaso.

—Álex siempre grababa tonterías: historias, vídeos, gente haciendo el idiota. No era raro. Lo hacemos todos, supongo. ¿A qué viene esto?

—Solo son preguntas.

—Un poco raras, ¿no?

—¿Grabó algo que molestara a alguien del grupo?

—No.

Demasiado rápido.

—Por cierto, ¿Daniel y Álex se pelearon?

—Discutieron.

—No es lo mismo.

—Dani levantó la voz. Álex también. Pero no pasó nada. Nunca pasa de ahí.

—¿Lo tocó?

—¿Eh? No.

—¿Estás segura?

La chica levantó la mirada. Había miedo, pero no hacia Agulló, sino hacia algo que estaba fuera de la sala y aun así ocupaba una silla.

—Sí.

Agulló cambió de dirección.

—Después de irse, ¿le escribiste?

—Sí. Le dije que dejara de hacer el imbécil.

—¿Te contestó?

—No.

—¿Lo llamaste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estaba harta.

Era una respuesta humana. También conveniente.

Agulló deslizó una hoja hacia ella y suspiró.

—Escribe la hora aproximada en la que Álex se fue, el lugar exacto, quién estaba a menos de diez metros y qué dijo antes de marcharse.

—¿Cómo?

—Venga, hazlo. Esto puede sernos de ayuda.

Claudia cogió el bolígrafo. Su mano tembló al escribir la hora: 00:15.

Rafael, el padre de Álex, había hablado de medianoche. Nuria había perdido el doble check cerca de las doce. El último mensaje a Dani era de las 00:08. Claudia acababa de regalarles siete minutos, quizá quince, de una noche que todos querían redondear.

Cuando Claudia salió, Bernal se quedó mirando la hoja.

—Tiene miedo.

—Sí.

—¿No de Álex?

—No.

Costa asomó la cabeza.

—Daniel Berenguer acaba de llegar.

—¿Se han cruzado? —preguntó Agulló.

—Es probable que sí —dijo Bernal, lamentando no haber hecho nada al respecto.

—Da igual. No cambiará nada —respondió Agulló y colocó las manos sobre la cintura—. Dile que pase.

***

El muchacho entró con camiseta ajustada, cadena discreta en el cuello y barba recortada. A Agulló le recordó a uno de esos cantantes famosos de reguetón, pero entendió que esa era la imagen que ahora estaba de moda entre la juventud. Daniel se sentó como si los policías le debieran algo.

—Tengo curro luego —dijo, sin presentarse—. ¿Esto va a tardar?

Agulló dejó la hoja de Claudia boca abajo.

—Depende de cuánto mientas.

Daniel sonrió con una esquina de la boca.

—Hostia. Directa a la cara.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Álex?

—Anoche. Salió rebotado y se fue.

—¿Hora?

—No sé. Doce, doce y algo.

—Tu amiga Claudia dice doce y cuarto.

—Pues eso. Doce y algo.

—¿Discutisteis?

—Él discutió. Yo paso de dramas.

—¿Le pegaste?

La sonrisa se le borró.

—No.

—¿Lo empujaste?

—No.

—¿Lo amenazaste?

—Mire, inspectora, Álex iba borracho y se puso chulo. Conmigo, con Claudia, con todos. Le dije que se fuera a casa a dormir. Fin de la historia. Si hubiera sido por mí…

—¿Sí?

—Nada.

—No, sigue. No dejes la frase a medias.

—He dicho que nada.

—¿Qué quería borrar?

Daniel no pudo evitarlo. Miró su propio móvil, colocado boca abajo sobre la mesa.

—Ni idea. No sé de qué me habla.

—Te escribió a las 00:08.

—Puede ser.

—¿Qué decía?

—No me acuerdo.

—Un amigo desaparece después de escribirte y no te acuerdas.

—Borro los chats.

—Qué limpio.

—Nunca se sabe.

Agulló sostuvo su mirada. El chico aguantaba bien.

—¿Te importa enseñarnos el móvil?

—¿Tengo que hacerlo?

—No, por ahora.

Daniel se inclinó hacia delante.

—Álex está haciendo el numerito. Siempre quiere llamar la atención y que hablen de él. He leído por ahí que es falta de amor materno. Si no me cree, pregunte en casa.

—¿En casa de quién?

El muchacho se encogió de hombros.

—Su padre, su madre… Yo qué sé. Todo el mundo, ya me entiende.

Agulló se quedó mirándolo. Él evitó su mirada con cara de bobo. Luego la inspectora chasqueó la lengua y dejó escapar un suspiro de agotamiento.

—Puedes irte, pero no salgas de Alicante sin avisar.

—¿Estoy acusado de algo?

—De momento, de tener mala memoria.

En la puerta se cruzó con Iker Soria, que entraba pálido, sudado, con la mochila colgada de un hombro. Daniel no dijo nada. Solo lo miró. El otro

bajó los ojos.

A Agulló le interesó más ese gesto que todo lo que Daniel había dicho. Al fin y al cabo, se había mostrado como un chulo de discoteca acorralado.

Iker pidió agua antes de que nadie se la ofreciera.

—Yo no hice nada —dijo, mirando a las dos inspectoras.

Bernal acercó el vaso.

—Tranquilízate, hombre. Nadie ha dicho que hicieras nada.

—Ya, pero Dani ha salido con cara de que aquí todo va de eso.

Agulló apoyó los antebrazos en la mesa.

—Olvídate de él y cuéntame la noche. Cuanto antes acabemos, antes te marcharás.

Iker contó la misma historia: el bar, la copa y la discusión. Álex estaba celoso, Dani se mostraba cabreado y Claudia parecía incómoda. Álex se iba y ahí se acababa todo.

Sin embargo, contó el relato peor que los dos anteriores. Se equivocó dos veces con la hora. Situó a Claudia dentro cuando ella había dicho que estaban fuera. Dijo que Álex llevaba chaqueta negra y luego dudó. Bebió agua como si tuviera arena en la boca.

—¿Llamaste a tu hermano? —le preguntó Agulló, a bocajarro.

Iker se quedó inmóvil.

—¿A Rubén?

—¿Tienes otro?

—No. ¿Por qué iba a llamarlo?

—Porque Nuria dice que lo haces cuando hay líos.

—Nuria no sabe nada.

—Eso no es una respuesta.

—No lo llamé.

Agulló miró a Costa a través del cristal. Costa ya estaba comprobando algo.

—¿Dónde fuiste después?

—A casa.

—¿Solo?

—Sí. Como siempre.

—¿Puede confirmarlo alguien?

—Mi madre dormía.

—¿Y Rubén?

—No vive conmigo.

—No he preguntado dónde vive. He preguntado si puede confirmarlo.

Iker se secó las palmas en los vaqueros.

—No.

Agulló dejó pasar tres segundos.

—Álex estaba bien cuando se fue.

Iker asintió demasiado rápido.

—Sí.

—Mírame. ¿Estaba bien?

La nuez le subió y le bajó.

—Estaba vivo, si es lo que quiere oír.

Bernal dejó de escribir.

Iker pareció darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Quiero decir… que se fue. Que caminaba. Todo eso.

Cuando se quedaron solos, Costa entró con el móvil en la mano.

—Tenemos un problema, jefa.

—Uno solo ya sería un avance. ¿Qué pasa?

—Iker llamó a Rubén a las 00:23. La duración de la llamada fue de cuarenta y un segundos.

Agulló miró la hoja donde Claudia había escrito 00:15.

La versión común acababa de abrirse.

—Y Álex —dijo Costa—, le mandó el mensaje a Daniel a las 00:08. Luego, a la 1:58, su móvil aparece en la avenida de Novelda. Nadie ha mencionado nada entre medias.

Bernal cerró su libreta.

—Todos dicen que se fue por su propio pie.

Agulló miró el pasillo por donde los tres habían salido.

—Y todos esperan que con eso baste.

5

A las 16:17, Agulló había comido media barrita de cereales de una máquina expendedora y nada más. Cada vez que se levantaba para ir al comedor, algo del caso se movía dos centímetros y ella volvía a sentarse, como si una desaparición pudiera aprovechar cualquier descuido para volverse irreversible.

En la pantalla mural seguía abierto el mapa con el último registro del móvil de Álex: entorno de la avenida de Novelda, 1:58. Un punto rojo rodeado de calles grises. Costa había añadido una línea temporal debajo: 20:27, mensaje a Nuria. 00:08, mensaje a Daniel. 00:15, salida según Claudia. 00:23, llamada de Iker a Rubén. 1:58, último enganche de red.

La línea parecía estar limpia, pero eso era lo que inquietaba.

Bernal dejó una carpeta sobre la mesa.

—Rafael Roldán ya ha venido. Está con un agente tomando declaración ampliada. No ayuda mucho.

—¿Sigue con la fuga voluntaria?

—Sigue con lo de que su hijo es un irresponsable, pero no se ha largado.

Costa, sin apartarse del teclado, murmuró:

—Hay padres que necesitan que sus hijos estén equivocados, para no tener que admitir que están en peligro.

Agulló miró el punto rojo. No contestó. La frase era buena y cruel. También podía ser verdad.

En el pasillo se oyeron los pasos de Molina antes de que apareciera. Zapato caro, prisa medida. Entró con una carpeta en la mano y Gómez detrás, como una sombra.

—Necesito una actualización —dijo Molina.

—Nosotros también —respondió Agulló—. Pensaba que esto no era de interés.

Molina ignoró el golpe.

—¿Tenemos delito?

—Tenemos a un chico desaparecido, versiones coordinadas, un móvil que no encaja y una llamada ocultada al hermano mayor de un testigo.

—He preguntado si tenemos delito.

La inspectora se giró despacio.

—La omisión de socorro empieza a ser una posibilidad. Coacciones, otra. Lesiones, si conseguimos que alguno diga la verdad. Y si el chico no aparece, todo eso se queda corto.

Gómez levantó la mirada de la tableta.

—Con lo que hay, Fiscalía no va a comprar una desaparición forzada.

—No estoy vendiendo nada.

Molina se acercó a la pantalla.

—Lo que veo es un veinteañero con una bronca sentimental, amigos inmaduros y un teléfono que se apaga de madrugada. ¿Borrachera? ¿Descuido? ¿Hurto? Se me ocurren más opciones, ¿eh? Si movilizo recursos y el chico aparece mañana en un sofá de San Vicente, la rueda de prensa la doy yo, no usted.

—Qué desgracia.

Costa tosió para esconder una risa. Bernal no se movió.

Molina señaló el mapa.

—Una patrulla puede pasar por la zona del último registro. Sin más. No me convierta esto en un operativo que no es. No estamos para derrochar recursos.

Agulló sintió el calor subirle al cuello. Era esa vieja cuenta pendiente con el tiempo: si no era ahora, sería luego; si era luego, sería tarde; y si era tarde, sería otra cara en una foto que alguien dejaba sobre una mesa fría.

Su móvil vibró.

Era Nuria Sempere.

Agulló contestó sin apartar la mirada de Molina.

—Nuria.

Al otro lado se escuchó una respiración entrecortada.

—Inspectora, me han mandado un vídeo.

—¿Qué vídeo?

—No sé. De TikTok... Un chico del instituto de Álex lo ha visto y me lo ha enviado. Dice que parece él. Yo creo que sí es él. Necesito que lo vea.

Agulló hizo un gesto a Costa, que ya se estaba levantando.

—Envíemelo ahora mismo.

—Ya se lo he mandado por WhatsApp. Se lo acabo de enviar. Por favor...

—Lo estoy mirando.

El archivo entró con un sonido mínimo.

Era un vídeo vertical de diecisiete segundos. La miniatura mostraba el interior de un autobús nocturno, con luces blancas, barras amarillas y dos chicas riéndose en primer plano. El texto superpuesto decía en inglés: «Alicante night bus at 1 AM is a whole movie».

—El autobús nocturno de Alicante a la una de la madrugada es toda una película —murmuró la inspectora.

Costa conectó el móvil de Agulló al ordenador y la imagen se proyectó en la pantalla mural.

Durante los primeros cinco segundos no pasó nada. Música baja, mala compresión, gente joven al fondo, una mano haciendo el signo de victoria. Luego, la cámara se movió hacia la izquierda para enfocar a un grupo que cantaba algo en un idioma que Agulló no entendió.

Y entonces apareció el chico.

Al fondo, junto a la barra vertical, de perfil, con una chaqueta vaquera negra abierta sobre una camiseta clara. Cabeza baja. Una mano agarrada al pasamanos. Pelo oscuro. Pendiente pequeño en la oreja izquierda.

Bernal susurró:

—Joder. Es él, ¿no?

Agulló no respiró hasta que la imagen volvió a moverse y el chico quedó tapado por un hombro.

—Otra vez —dijo.

Costa rebobinó. Reprodujo a velocidad normal, luego a la mitad y finalmente cuadro a cuadro.

En el fotograma nueve, el rostro era borroso, pero suficiente para que la madre de un desaparecido dejara de dormir. En el doce, se veía la raya azul de una zapatilla blanca. En el catorce, el chico levantaba la cara un instante.

Tenía el labio partido o una sombra oscura en la comisura. No era posible afirmarlo con la calidad del vídeo. Pero Agulló lo vio. O quiso verlo.

—La chaqueta coincide —dijo Bernal.

—Y el pendiente —añadió Costa—. La madre mencionó la oreja izquierda. En la foto también sale.

Molina cruzó los brazos.

—Puede ser cualquiera. No confirmemos a ojo.

Agulló miró a Costa.

—Extrae fotogramas. Mejora lo que puedas sin añadir píxeles. Quiero una comparación con la foto de Nuria. La ropa, las zapatillas y las proporciones.

—Ya.

—Bernal, llama a la madre del chico. Que no suba nada, que no reenvíe nada y, lo más importante, que no conteste a nadie. Díselo dos veces.

Bernal salió con el móvil en la mano.

Gómez se acercó a la pantalla.

—¿Quién subió esto?

Costa abrió el perfil. Era una cuenta pequeña. Nombre: Mila Novak. La biografía estaba en inglés e incluía viajes, Erasmus, vídeos de comida, playas y bares. El vídeo se había subido a las 2:12, con la etiqueta de Alicante y una ubicación genérica cerca del centro.

—Usuaria extranjera —dijo Costa—. Puede ser turista, estudiante, Erasmus... A saber.

—Encontradla —ordenó Agulló.

***

Molina no discutió esta vez, y ese fue el primer indicio de que el caso acababa de cambiar de categoría. Dejó el ego a un lado y pidió ver el libro de bitácora y las carpetas de pruebas desde el principio. Su tono carecía del habitual cinismo de despacho; no buscaba pillar a nadie en un renuncio, ni cuestionar el trabajo de campo.

Agulló lo conocía demasiado bien. Sabía que, en los últimos cinco minutos, Molina había estado haciendo un control de daños mental: sopesando el riesgo de mirar hacia otro lado, frente al riesgo de meterse en el fango. La segunda opción le revolvía el estómago, pero la primera era un suicidio profesional. Si la madre de la víctima llamaba a la prensa o iba a

ver al fiscal antes de que ellos controlaran la narrativa, estaban acabados. Y en ese departamento, la mierda siempre caía hacia abajo.

—No quiero este vídeo circulando por la comisaría —dijo él—. ¿Queda claro? Ni una captura fuera de la unidad.

—Curioso. Ahora sí tenemos unidad.

Molina le clavó una mirada gélida, de esas que marcan la línea entre el rango y la calle.

—Ahora tenemos un posible avistamiento. Nada más.

Agulló no respondió. Tenía la vista fija en el chico. La pantalla mostraba una imagen deficiente, una silueta pixelada que parpadeaba entre el ruido estático de la grabación, pero su instinto ya se había adelantado a los hechos.

Costa, que permanecía sentado frente al teclado de edición, reprodujo los últimos segundos de la secuencia.

La cámara se giraba hacia la ventana. Fuera, por un segundo, se veía el reflejo de una marquesina y una pantalla luminosa de parada. Un segundo después, los frenos hidráulicos del autobús suspiraron, las puertas se abrieron y el chico del fondo se despegó del asiento, moviéndose hacia la salida, como una sombra que se desvanece en la noche de Madrid.

Solo dos segundos.

Suficientes para que el cuerpo de Agulló se inclinara hacia delante.

—Ahí —dijo—. Para.

Costa congeló la imagen.

El chico bajaba.

Estaba vivo.

Desorientado, mal enfocado, tal vez herido. Pero de pie. De pie después de la pelea, después de Claudia, después de Daniel, después de la llamada de Iker a Rubén.

Agulló sintió algo peligroso abriéndose dentro de ella.

Tiempo.

El caso acababa de devolverle tiempo.

Fuera, en el pasillo, alguien reía. A ella le pareció una indecencia.

6

A Mila Novak la encontraron en doce minutos.

No fue mérito de TikTok, ni de ningún milagro digital. Fue Costa enlazando la cuenta con un perfil de Instagram, una foto etiquetada en un hostel de la calle Poeta Quintana y un comentario de hacía seis horas: «Leaving Alicante tomorrow, best chaos ever».

La chica no había salido todavía de la ciudad.

A las 16:42, Bernal hablaba con recepción en un inglés limpio, Costa pedía una patrulla de paisano para localizarla sin asustarla y Agulló observaba los fotogramas impresos sobre la mesa.

En el primero, Álex era una mancha.

En el segundo, un cuerpo.

En el tercero, una posibilidad.

Eso era lo peor. La posibilidad.

Molina seguía en la sala, aunque ahora fingía estar allí por control operativo y no por miedo a equivocarse. Gómez había pedido a Informática que preservara el enlace y levantara acta de la descarga. Para la inspectora, eso resultaba demasiado formal para un vídeo de diecisiete segundos. Demasiado tarde para quien, diez minutos antes, hablaba de un sofá en San Vicente.

Costa imprimió una ampliación de la zapatilla.

—Raya azul. Coincide con lo declarado por Rafael Roldán.

—¿El porcentaje?

—No trabajo en una serie americana.

Agulló lo miró.

—Costa.

Él bajó el tono.

—La coincidencia es fuerte. Pero con esta calidad no me caso ante un juez. Necesito el original, los metadatos y, si es posible, las cámaras del autobús.

Bernal colgó.

—La han localizado. Mila Novak, veintitrés años, checa. Está en el albergue. La patrulla la trae como testigo voluntaria. No le han dado detalles.

—Bien.

Agulló llamó a Nuria. La madre respondió al primer tono.

—¿Es él?

La pregunta llegó desnuda.

Agulló miró el fotograma. Podía decir muchas cosas prudentes: que estaban verificándolo, que no podían confirmarlo, que la calidad del vídeo era baja. Todas eran ciertas, pero ninguna servía para una madre que había visto la misma silueta y ya había llenado de amor los píxeles que faltaban.

—Creemos que puede serlo —explicó—. Necesitamos confirmarlo, y eso nos llevará algo de trabajo y tiempo. Quiero que venga a comisaría, pero no conduzca, por favor. Pida un taxi o a alguien que la traiga.

—¿Está vivo?

Agulló cerró los ojos un instante.

—En el vídeo, el chico camina y baja del autobús por su propio pie. Entiendo que sí.

Al otro lado, Nuria emitió un sonido que no era alivio ni llanto, sino un cuerpo recuperando aire de golpe.

—Entonces está vivo.

Agulló no corrigió la frase. Le faltó crueldad o le sobró esperanza.

—Venga a comisaría, Nuria. Y no hable con nadie. Con nadie.

Cuando colgó, Molina la observaba.

—No juegue a ser Dios. No prometa lo que no puede.

—No lo he hecho.

—Casi.

—Eso no figura en ningún código penal.

Molina se inclinó hacia ella, bajando la voz lo justo para que los demás lo oyeran.

—Si esto se convierte en un circo, la responsabilidad será suya, ¿me oye?

Agulló señaló la pantalla.

—Si ese chico está vivo y no lo buscamos, también.

Mila Novak cruzó el umbral de la sala de entrevistas a las 17:06. Llevaba una mochila Fjällräven de color amarillo mostaza, sandalias de tiras gastadas y los ojos entornados de quien arrastra un jet lag pesado. Bajo la capa de fatiga, Agulló detectó el pulso acelerado del miedo contenido, ese que los civiles intentan ocultar endureciendo la mandíbula.

La patrulla de seguridad ciudadana la había dejado en la Sala Dos, el cubículo estrecho sin ventanas, pintado de un gris institucional que absorbía la luz. Bernal entró primero. Llevaba una botella de agua de plástico fría y esa sonrisa ensayada, a medio camino entre la empatía y el manual de procedimiento, diseñada para rebajar los escudos antes de encender la grabadora. Agulló esperó exactamente treinta segundos junto a la puerta, antes de girar el pomo. En el juego de la soga, el segundo policía siempre marca el ritmo.

La chica chapurreaba un español de supervivencia, el justo para manejarse en la hostelería y pedir disculpas, pero las costuras de su vocabulario se rompieron en cuanto el interrogatorio exigió precisión legal. Bernal, con el tono pausado del que no quiere asustar a la presa, empezó a hacer de puente idiomático cuando las frases de ella encallaban.

Al otro lado del espejo bidireccional, en la penumbra del cuarto técnico, Costa observaba la escena, con las manos sobre el teclado del portátil, listo para volcar cada nombre, hora y matrícula en la base de datos central. La maquinaria del departamento se había puesto en marcha.

—Mila, no estás en problemas —dijo Agulló—. Necesitamos saber cuándo y dónde grabaste este vídeo.

Mila miró la pantalla y se llevó una mano a la boca.

—Is he the missing boy?

Bernal tradujo. Agulló no apartó la vista de la chica.

—Eso intentamos confirmar.

—Oh, God. Lo vi en línea. La gente comentaba. No lo sabía.

—Empieza por la noche.

El relato de Mila siguió el patrón habitual de cualquier noche de turismo y alcohol en la ciudad. Había salido con dos amigas belgas y un chico

italiano que habían reclutado en las zonas comunes del albergue. Una ruta de cañas y copas baratas por los garitos del centro. Luego vino la confusión de la madrugada: el error de cálculo con los horarios del tranvía —o la simple incapacidad de leer un mapa de líneas a esas horas— y el consejo de un extraño que los empujó hacia el autobús nocturno.

La grabación del teléfono —explicó—, no había sido más que un impulso de turista ebria. Un grupo de jóvenes cantaba al fondo del autobús, rompiendo la monotonía del trayecto, y a ella le pareció divertido registrar el momento. No hubo una mala intención. Subió el archivo a sus redes sociales un par de horas más tarde, ya de madrugada, sentada en la litera del hostal después de quitarse el olor a humo de la ducha. Lo hizo sin revisar los márgenes de la pantalla, sin fijarse en el chico que viajaba al fondo, ajena por completo a que acababa de registrar el último rastro de una línea de investigación.

—¿Recuerdas al chico? —preguntó Agulló.

Mila dudó.

—Un poco. Se veía enfermo.

—¿Enfermo… cómo?

Bernal tradujo. La chica buscó las palabras más adecuadas.

—Borracho tal vez. O herido. No sé... Estaba muy pálido. Se agarraba a la barra del bus como... como si lo necesitara.

Agulló sintió que la espina se le tensaba.

—¿Iba solo?

—Sí. Creo. Nadie habló con él.

—¿Subió contigo?

—No. Ya estaba allí cuando subimos. O tal vez entró justo antes que nosotros. No lo recuerdo.

—¿Dónde subisteis?

Mila sacó su móvil, abrió una aplicación de mapas y mostró una ruta guardada. Costa pidió permiso desde la puerta y entró para fotografiar la pantalla.

—Subieron en Alfonso el Sabio —dijo él—. Parada junto al mercado. Línea N3, dirección norte.

—¿Hora?

La chica enseñó las propiedades del archivo original, no el vídeo comprimido de TikTok. El bueno, grabado a la 1:29:43.

Costa levantó la vista.

—Eso ya me gusta más.

—¿Y dónde baja el chico?

Mila deslizó el dedo por la pantalla de su teléfono y reprodujo el archivo original. La versión que manejaban hasta ahora era el corte comprimido para TikTok, pero el metraje bruto guardaba un extra de veintiséis segundos que nadie en el departamento había visto todavía. Oro puro para la investigación. La cámara había seguido rodando después de que el temporizador de la red social cortara la emisión. En el margen derecho de la imagen, el chico se despegó de la última fila de asientos y avanzó hacia la puerta trasera del autobús. Llevaba el paso inestable del que arrastra demasiado cansancio o tensión; tropezó levemente con el escalón de la plataforma y, para equilibrarse, apoyó la palma de la mano derecha sobre la superficie plástica de la máquina validadora de billetes.

Justo antes de que las hojas neumáticas de la puerta se abrieran, el chico giró la cabeza hacia el interior del vehículo, con un movimiento rápido, espasmódico, como si temiera haber olvidado algo en el asiento o comprobará si alguien lo seguía. La luz de la marquesina exterior le dio de lleno en el rostro durante una fracción de segundo, revelando sus facciones antes de que bajara los tres peldaños y se fundiera en la oscuridad de la acera.

Agulló sintió un latigazo de adrenalina. Tenían un perfil limpio de la cara y, mejor aún, una huella dactilar fresca sobre el lector de tarjetas del autobús.

Costa congeló la imagen.

—Parada Novelda-Garbinet —dijo, confiado—. O muy cerca. Mira el cartel de la farmacia y ese paso elevado.

Agulló miró la hora del vídeo: 1:34:11.

Veinticuatro minutos antes del último registro del móvil.

No era una prueba de que Álex estuviera vivo en ese momento, ni de que no hubiera muerto después. Pero era una línea. Una cuerda tendida sobre el vacío. Agulló la agarró antes de decidir si resistiera a su peso.

—¿Cómo estaba al bajar? —preguntó.

Mila tragó saliva.

—Mal. Casi se cae. Pensé que quizás sus amigos estaban afuera. Fui estúpida. No pregunté.

—No eras responsable de él.

La frase salió automática. Agulló supo, en cuanto la dijo, que también se la estaba diciendo a sí misma y que no se creía del todo.

Bernal la miró un segundo.

Costa ya estaba enviando capturas.

—Necesito las cámaras de seguridad del propio autobús y las de tráfico en el cruce de Novelda con Garbinet —soltó Agulló, rompiendo el silencio de la sala—. También los comercios que abran veinticuatro horas en ese radio, gasolineras, cajeros, cámaras de portales privados y la identidad del conductor de la línea N3 de esa noche. Si la empresa municipal de transportes aún no ha grabado encima del disco duro del circuito cerrado del vehículo, quiero ese volcado hoy mismo.

Molina abrió la puerta sin llamar. Tenía el teléfono en la mano y la cara seria, estirada.

—He hablado con Jefatura. Autorizan una búsqueda preventiva ampliada, sin nota de prensa por el momento.

—Qué generosos.

—No me toque las narices, inspectora. Tiene hasta medianoche para demostrar que esto no es una persecución de fantasmas.

Agulló se levantó.

—No necesito hasta medianoche. Necesito gente ya.

Salió al pasillo, con el fotograma en la mano: Álex bajando del autobús. Un chico partido en píxeles, pero todavía de pie.

A las 17:22, Agulló reunió a Costa, Bernal y los dos agentes disponibles junto al mapa.

—Último punto fiable con imagen: 1:34, parada Novelda-Garbinet. Último registro del móvil: 1:58 en el mismo entorno amplio. Ventana crítica: veinticuatro minutos —señaló con firmeza—. Solicito recorrido a pie desde la parada en todas las direcciones posibles: hospitales, centros de salud, portales, solares y cámaras privadas. ¿Entendido?

Sonó un sí al unísono.

—Costa, localiza al conductor y tráeme el disco de las cámaras del autobús. Bernal, mueve tus hilos con la Local: quiero patrullas peinando la zona, necesitamos saber quién vio a Álex en cuanto pisó el asfalto —ordenó, con esa voz baja y áspera que usaba cuando el caso empezaba a correr—. Revisad el registro de incidencias de la madrugada, llamadas al 112, disputas vecinales... cualquier puta cosa que rompiera la rutina del barrio. Una pelea de borrachos, un chaval desorientado o herido, un

vehículo con los cuatro intermitentes parado donde no debía. Lo que sea. Si ocurrió a menos de tres manzanas de esa parada, quiero el informe encima de mi mesa antes de que termine el turno.

Nadie preguntó si buscaban a un vivo o a un muerto.

Agulló clavó el dedo en el mapa.

—Y, por lo que más queráis... buscadlo como si siguiera vivo.

Agulló tampoco quiso hacerse esa pregunta.

Todavía no.

7

A las siete y cuatro de la tarde, Agulló dejó la comisaría, con la sensación de estar abandonando a un chico dentro de una pantalla.

Aunque eso no era del todo cierto.

Costa seguía pegado a la pantalla, desgranando el metraje de Mila Novak, fotograma a fotograma, y cruzando los datos del recorrido de Álex. En el resto de la oficina, Bernal, Gómez y Molina lidiaban con la burocracia del departamento, blindando la investigación frente a posibles filtraciones a la prensa y agilizando los requerimientos judiciales.

Agulló ya había quemado todos sus cartuchos en esa fase. Ahora empezaba la parte del trabajo policial que más detestaba: la espera. Aguardar a que sonara el teléfono, a que llegara un correo, a que un analista encontrara una aguja en el pajar de las cámaras de seguridad. El reloj de la comisaría seguía avanzando con una indiferencia exasperante, mientras el caso quedaba varado en los pasillos, atrapado en una red de formularios, informes pendientes y despachos cerrados.

Bajó a la calle y condujo hasta casa con el piloto automático puesto. Aparcó la Vespa cerca de la Rambla, subió al apartamento y dejó el casco en su sitio exacto, sobre el mueble del recibidor. Un hábito rígido en una vida caótica. Durante unos segundos se quedó inmóvil en mitad del salón vacío, sintiendo esa punzada de culpa que arrastran los de su oficio por el simple hecho de retirarse mientras un caso sigue abierto.

«Basta», se dijo.

Se cambió de ropa sin pasar por la ducha. Se enfundó una camiseta técnica, unas mallas y las zapatillas de correr. Se recogió el pelo con un movimiento rápido de la goma y salió a la calle antes de que la fatiga muscular encontrara una rendija por la que colarse y tumbarla en el sofá.

Correr no era un pasatiempo; era su válvula de escape, el único mecanismo que tenía para poner una barrera física entre los muertos y su propia cabeza.

Bajó hacia el paseo a ritmo constante, cruzó el paso de peatones con el semáforo parpadeando en ámbar y enfiló rumbo al sur. Alicante empezaba a mudar de piel con la caída de la tarde; la luz del Mediterráneo se volvía densa, pero las terrazas seguían abarrotadas de turistas ajenos a todo y el tráfico de la hora punta ya taponaba las arterias principales del centro.

La inspectora mantuvo un ritmo sordo, constante. Al principio, el aire marino le raspaba la garganta como lija y las piernas le pesaban como si corriera sobre cemento fresco. La imagen de Álex, con los nudillos blancos aferrados a la barra metálica del autobús, regresaba a su mente con una nitidez obsesiva, fotograma a fotograma. Solo cuando el cuerpo encontró por fin su cadencia y la adrenalina empezó a limpiar el sistema, la silueta del chico se desvaneció para dejar paso a Daniel, con esa media sonrisa cargada de secretos que nunca terminaba de descifrar. Y tras él, los padres. Sus voces desapasionadas, casi mansas, flotando en su memoria mientras justificaban los silencios de su hijo.

«Él es así. Siempre hace esas cosas».

La eterna ceguera voluntaria de los que prefieren no saber.

El Mediterráneo quedó a su izquierda, transformado en una lámina de zinc oscuro y estático bajo el cielo de la noche. Al aproximarse al barrio de San Gabriel, la postal turística de Alicante se desmoronó por completo. El paseo marítimo dio paso a las vías del tren, los solares desiertos y las siluetas angulosas de las naves industriales. El aire cambió de golpe: ahora olía a gasoil, a salitre rancio y a agua estancada. Era la otra cara de la ciudad, la que no salía en los folletos de viajes. Muros devorados por el grafiti, talleres con el cierre metálico echado y descampados de tierra batida donde el polvo en suspensión se aliaba con el sudor, pegándose a la piel como una condena.

De pronto, el estruendo metálico del tren de cercanías procedente de Murcia rasgó el aire y el ruido de los vagones actuó como un detonante. Su

cerebro dejó de reproducir el bucle del autobús nocturno y sintonizó una frecuencia mucho más oscura.

Operación Cobalto.

Agustín Agulló García.

No había tenido el valor de abrir esa carpeta desde que regresó de su viaje a Madrid. Ni una sola vez de forma meticulosa. Se había limitado a hojear páginas sueltas en la penumbra del salón, leyendo líneas inconexas y párrafos arrancados de los informes de asuntos internos. Migajas de información. Pero habían sido más que suficientes para comprender la magnitud del fango: su padre no se había llevado sus secretos a la tumba. Esos secretos poseían una vida propia, parasitaria, y habían sobrevivido al viejo. Es más, Agustín Agulló había muerto sabiendo que lo vigilaban sus propios compañeros.

Llegó al final del sector industrial con los pulmones en llamas y el ritmo cardíaco desbocado. Se detuvo en seco junto a una barandilla carcomida por el óxido, que delimitaba el acceso a las vías. Apoyó las palmas de las manos en las rodillas, con la cabeza gacha, obligando al aire a entrar en su pecho a golpes. El sudor le caía por la frente, nublándole la vista.

Necesitaba quemar ese archivo. Enterrar el dolor de una maldita vez, aceptar que su padre estaba muerto y dejar que los secretos se pudrieran con él. El problema del pasado es que, en el trabajo policial, nunca se queda bajo tierra. Siempre encuentra una rendija para volver a la superficie.

La única persona que podía orientarla era, precisamente, la última a la que quería llamar.

Al otro lado, los coches seguían deslizándose por la carretera en dirección al centro de la ciudad.

Volvió a casa más despacio. Subió las escaleras sin esperar al ascensor, entró, cerró con llave y fue directa al mueble de la televisión. Quitó primero los DVD de *Friends*. Luego los de *CSI: Miami*. Después, una caja vieja con discos que no escuchaba desde hacía años. Detrás, en el fondo del mueble, había una tabla suelta. La levantó con las uñas y sacó la carpeta marrón. La dejó sobre la mesa baja y la abrió.

El primer informe llevaba el encabezado de Operación Cobalto.

Debajo aparecían varias referencias administrativas: Grupo 3, archivo interno, código G3-014-CB. Era una copia parcialmente desclasificada, recuperada de la caja fuerte 317-B. Agulló avanzó despacio por las páginas.

No necesitaba leerlo todo. Algunas frases ya las conocía y seguían produciéndole el mismo efecto.

Las diligencias aparecían fragmentadas. Había órdenes verbales de las que no constaba firma alguna. Se mencionaban contratas municipales, expedientes urbanísticos reclasificados y accesos subterráneos que no figuraban en ningún inventario oficial. También había referencias a pequeñas obras realizadas entre 1997 y 1998.

A medida que leía, la sensación de desorden resultaba demasiado perfecta para ser casual. Un accidente había quedado reducido a una simple incidencia administrativa. Una víctima aparecía descrita como responsable de su propia desgracia.

En el margen de una página, alguien había escrito a mano una frase breve:

«No remover. Hay acuerdo».

Agulló pasó la hoja.

Su padre no aparecía hasta la tercera copia, como si incluso dentro del expediente alguien hubiera intentado retrasar su entrada en la historia.

El inspector Agustín Agulló García había solicitado acceso al expediente completo el 3 de octubre de 1998.

La petición fue denegada.

Más adelante encontró una anotación todavía más inquietante. Se recomendaba mantener sobre él una vigilancia discreta por posible filtración a la prensa y por una supuesta inestabilidad de criterio operativo.

Ella apoyó la punta de los dedos en el nombre.

Agustín Agulló García.

Durante años había sido su padre muerto. Después, el policía molesto. Ahora empezaba a ser otra cosa: un hombre que había visto una costura en el sistema y había tirado de ella hasta hacerse sangre.

El segundo informe era peor porque ya no hablaba de una operación.

Hablaba de él.

Expediente Agulló García.

No constaba denuncia formal. No constaba imputación judicial. No constaba resolución administrativa. La respuesta oficial del negociado había sido un «negativo» rotundo. La respuesta no oficial había sido una vigilancia sistemática y silenciosa. Agulló leyó la línea transcrita de una libreta de campo que ya no existía en los archivos físicos:

«No han ocultado el cadáver».

No era solo por su padre.

Era por la frase.

No se trataba siempre de esconder el cuerpo.

Siguió leyendo.

Al llegar a las hojas fechadas en 2001, las anotaciones sobre el viejo empezaban a desviarse hacia su entorno más cercano. Hacia ella. El texto aparecía mecanografiado con la misma frialdad funcionarial que el resto del informe:

«La hija muestra interés por el Cuerpo. Perfil disciplinado. Conviene observar la evolución».

Agulló sintió el mismo escalofrío que la había golpeado la primera vez que tuvo el valor de desprecintar aquello. El sudor de la carrera aún se le pegaba a la piel, helado bajo la corriente del apartamento, pero la tiritona le venía de más adentro.

Pasó la página.

El papel, un folio de gramaje antiguo, mostraba los bordes amarillentos por la humedad del almacenamiento. Al pie de la hoja, redactada a mano con un bolígrafo azul de trazo rápido, descubrió una anotación que rompía el tono aséptico del expediente. Parecía escrita deprisa, casi con urgencia:

«Agustín no era el problema. Era el aviso».

«La hija será peor».

La inspectora cerró la carpeta de golpe, pero los caracteres impresos se quedaron flotando en la penumbra del salón.

El siguiente documento del legajo abría el frente del inspector Vicente Rojo.

No se trataba de un expediente disciplinario al uso. Era algo mucho peor: una autopsia psicológica y laboral en toda regla. Una valoración minuciosa de su carácter, de sus puntos de quiebre y de los resortes que lo hacían útil para el departamento. Lo catalogaban como un activo eficaz pero imprevisible; un lobo estepario que rara vez solicitaba autorización y que solía presentar los informes cuando el sospechoso ya estaba en el calabozo.

Agulló diseccionó cada párrafo.

No le escocía descubrir que en las altas esferas supieran lo que había existido entre ellos. Tampoco que hubieran deducido que Rojo la había querido, o que había intentado blindarla contra la mierda del oficio a su manera, tosca y expeditiva. Lo que le revolvía las tripas era el mero hecho de la observación.

Saber que un burócrata sin rostro los había mirado a través de un microscopio.

Que lo había tabulado.

Que la única relación humana que había mantenido en años hubiera terminado reducida a un gráfico de vulnerabilidad dentro de un dosier confidencial.

Agarró el teléfono.

No se lo pensó demasiado. Abrió la conversación de Rojo en Telegram.

Hacía semanas que no intercambiaban nada importante. Algún mensaje práctico. Alguna frase a medias. Nada que se pareciera a una conversación de verdad.

Escribió:

«Necesito hablar de mi padre. Y de mí».

Lo releyó una vez.

Luego lo envió.

Dejó el teléfono sobre la mesa como si quemara.

La respuesta tardó cuatro minutos. Cuatro minutos en los que Agulló se quedó mirando su reflejo oscuro en la pantalla apagada de la televisión.

El móvil vibró.

«Por aquí, no».

Ella respondió:

«Entonces dime dónde».

La contestación llegó casi al instante.

«Mesón de Labradores. En una hora. No llegues tarde».

8

Rojo la esperaba sentado a una mesa del fondo, resguardado bajo una fotografía en blanco y negro, donde toreros de otra época y alcaldes de la transición compartían la misma solemnidad amarillenta y polvorienta. Tenía una copa de vino tinto a medio terminar delante y la chaqueta de cuero, pesada y curtida por los años de servicio, colgada del respaldo de la silla, como si fuera un escudo de repuesto.

El Mesón de Labradores parecía haber firmado una tregua con el tiempo. No había intentado modernizarse, ni pedir perdón por seguir siendo lo que era. Las paredes, cubiertas de azulejos gastados y fotografías que llevaban allí más años que algunos clientes, acumulaban capas de humo, conversaciones y vino derramado. Al cruzar la puerta, a Agulló le golpeó una mezcla familiar de carne chisporroteando en la plancha, arroz al fuego, vino tinto y madera vieja.

En pleno casco histórico de Santa Cruz, el local sobrevivía como una anomalía —o una trinchera— entre restaurantes diseñados para Instagram, pubs temáticos y franquicias intercambiables que clonaban el paisaje urbano de cualquier ciudad europea. El mesón no parecía interesado en seducir a nadie, aunque poco a poco empezaba a sucumbir al turismo de paso. Simplemente estaba allí, resistiendo. Manteles de papel rugoso, paredes abarrotadas de marcos torcidos, camareros con chaleco que dejaban el pan sobre la mesa con un golpe seco, sin pedir permiso, y un murmullo

constante de platos de loza, vasos de Duralex y voces cruzando el comedor a golpe de pulmón.

Era un sitio con personalidad y memoria, de los que cada año quedaban menos en el mapa de la ciudad. Y, por supuesto, era exactamente la clase de sitio que frecuentaba Rojo.

Cuando lo vio sentado al fondo, Agulló sintió ese golpe seco en el pecho, que llega siempre antes de que la cabeza tenga tiempo de levantar las defensas. La barba de varios días, salpicada de canas duras, le afilaba las facciones y le endurecía aún más la mandíbula bajo la luz mortecina del local.

Atravesó el pasillo y se sentó frente a él. No hizo ademán de acercarse. Los dos besos de cortesía quedaron suspendidos en el aire.

—Tienes mala cara —dijo él.

—Estoy de servicio, pero gracias por ser tan atento.

—Entonces pide agua. Y algo de comer.

—Ya estamos otra vez.

Rojo levantó dos dedos al camarero.

—Agua para ella. Y cuando puedas, nos tomas nota.

—No tengo hambre —dijo Agulló.

—Algo tendrás que cenar.

El camarero se acercó.

—¿Una botella de agua y algo más?

Agulló sostuvo la mirada de Rojo un segundo, antes de contestar.

—Un tinto de Ribera del Duero.

—Marchando, ahora mismo.

—No me trates como si tuviera veinte años —añadió ella cuando el camarero se alejó.

—Cuando tenías veinte años, seguro que eras más razonable.

El camarero dejó una botella de agua, pan, aceitunas y una ración de ensaladilla que Rojo había pedido antes de que ella llegara, para acompañar el vino. Acto seguido, Rojo pidió calamares a la andaluza, pulpo a la murciana, alcachofas a la plancha y unos montaditos de ternera con queso y de sobrasada. Para beber, una botella de Ramón Bilbao. El camarero hizo una recomendación de la casa, pero Rojo decidió que aquella comanda sería suficiente para los dos.

Cuando el camarero se marchó, Agulló sacó una fotocopia doblada de la carpeta y la puso sobre la mesa.

Rojo no la tocó. Se limitó a observarla unos segundos.

—Cobalto —dijo ella.

—Ya.

—No me digas «ya».

—¿Qué quieres que te diga? Ni siquiera me has dejado llegar a los entrantes.

—Esta no es una cita romántica, Rojo.

El expolicía bebió un sorbo corto de vino, manteniendo los ojos fijos en el cristal antes de levantar la vista. Quizá lo hizo para ganar tiempo. Quizá no. Con Rojo nunca había sido fácil distinguir los gestos sinceros de las maniobras calculadas; los años en el grupo de Homicidios lo habían convertido en un profesional de las pausas y los silencios.

—Cobalto era un cajón de sastre —dijo Rojo, bajando la voz hasta ese tono sordo que no pasa de los bordes de la mesa—. Un vertedero donde el departamento arrojaba todo lo que no encajaba en los informes oficiales.

—Eso ya lo he leído…

—No —la cortó él, mirándola fijamente—. Has leído la versión administrativa, el envoltorio para el juez de instrucción. Yo te hablo de lo que era en realidad: un foso oscuro donde terminaba todo aquello que era demasiado peligroso para ver la luz y que, sin embargo, estaba conectado. Siniestros sospechosos, recalificaciones de suelo, contratas de obras con sobrecostes, chavales con sobredosis encontrados en los portales equivocados, furgonetas camufladas que no figuraban en el inventario de la Jefatura, concejales que jamás firmaban una orden directa, pero que, de alguna manera, siempre conseguían que alguien moviera los hilos por ellos…

Agulló sintió de golpe una profunda desconexión con el entorno. La ensaladilla a medio terminar, el trozo de pan sobre el mantel, el tintineo de los vasos y el rugido del mesón pasaron a formar parte de una realidad ajena, un decorado de fondo que no iba con ella.

—Mi padre pidió ese expediente —soltó, con los dientes apretados.

—Y se lo denegaron antes de que terminara de rellenar la solicitud.

—Lo vigilaron, Rojo. Sus propios compañeros.

—Sí.

La confirmación llegó seca, sin rodeos ni paliativos. Una fría verdad policial.

Aquella falta de filtros, en lugar de calmarla, encendió una mecha de rabia en su estómago.

—¿Lo sabías?

—No entonces.

—¡No me jodas, Rojo!

Él dejó la copa sobre la mesa.

—En el noventa y ocho yo era un inspector que pensaba que la mitad de los jefes eran inútiles y la otra mitad unos hijos de puta. Con el tiempo, descubrí que el reparto estaba mal hecho.

—Ah, ¿sí?

—La mayoría encajaban en las dos categorías a la vez.

—Qué poético.

—Es lo que hay.

—Explícame cómo te enteraste de que vigilaron a mi padre.

—Lo supe después.

—¿Cuándo?

Rojo echó un vistazo hacia la barra. Un camarero discutía con un cliente sobre una cuenta. Nadie los miraba, pero Rojo siempre hablaba como si alguien pudiera hacerlo.

—Antes del caso de Emily Green, después de lo tuyo con la familia Coves en Elche. La verdad es que no tengo una fecha exacta.

—Claro.

—No te he llamado para que me creas.

—Tú no me has llamado.

—Me has entendido.

Agulló sacó otra fotocopia de la carpeta. Era el informe sobre Rojo. La dejó sobre la mesa y la empujó hacia él con dos dedos.

—También te perfilaron.

Rojo ni siquiera bajó la mirada.

—Claro. ¿Qué esperabas? Pasé los últimos años con una psicóloga y la supervisión de Asuntos Internos.

—Te llamaban activo inestable.

—Se mostraron sorprendentemente generosos.

—Decían que tu vínculo conmigo era un punto de influencia.

Ahí sí la miró.

—Eso no era mentira.

Agulló sintió una punzada de rabia. Le hubiese gustado clavarle el tenedor en la mano.

—¿Y qué hiciste con eso?

—Intentar que no pudieran usarlo... contra ti, claro.

—¿Ocultándome cosas?

—A veces.

La respuesta fue tan directa que la dejó sin réplica durante un segundo.

Rojo aprovechó para partir un trozo de pan.

—No pongas esa cara. Mi carrera estaba acabada y la tuya no había hecho más que empezar.

—Eso ya lo veo.

—Te estoy diciendo que sí. Que oculté cosas —confesó sin que ella insistiera—. Pensé que, si empezabas a tirar de ciertos hilos demasiado pronto, acabarían haciéndote lo mismo que a tu padre. Primero te aislarían. Después pondrían en duda tu criterio. Luego dirían que estabas obsesionada, que confundías intuiciones con pruebas, que ya no eras capaz de obedecer una cadena de mando.

—Esa historia me resulta familiar.

Las primeras raciones llegaron a la mesa y ambos se sirvieron un poco.

—Siempre usan las mismas palabras cuando alguien se acerca demasiado a una verdad que no quieren ver escrita.

Agulló bajó la vista al plato de loza, hundiendo el tenedor en la ensaladilla sin intención de probar bocado, solo para fijar la atención en algo que no fueran los ojos de su interlocutor. Rojo estaba más hablador de lo habitual, una anomalía tan flagrante que, por un segundo, estuvo a punto de atribuirla al grado alcohólico del tinto.

Apoyó los antebrazos en el borde de la mesa, acortando la distancia física entre los dos, obligando a Rojo a sostenerle el pulso en mitad del murmullo del mesón.

—Mi padre no estaba loco.

—Nadie ha dicho que lo estuviera.

—¿Lo conociste?

—Poco.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo. Coincidí dos veces con él. Una en un pasillo. Otra en un bar cerca de la comisaría. Me preguntó por un nombre. No se lo di.

—¿Por qué?

—Porque entonces no sabía si él era el problema o el cebo.

Agulló soltó una risa sin humor.

—Qué bien. A eso lo llamo camaradería.

—No lo era —dijo Rojo—. Tu padre no era el cebo.

—Vaya.

Rojo la miró.

—Has leído la última página.

—La hija será peor.

—Tenían razón en algo, ¿no crees?

—No me hagas un cumplido ahora.

—No lo era.

—Si mi padre no era el problema, sino el aviso —dijo, midiendo cada sílaba—, ¿quién coño firmó la orden para empezar a vigilarme a mí?

—Ni idea.

Agulló apartó los papeles.

—Háblame de Tabula Rasa, del Grupo 3…

Rojo se quedó completamente inmóvil, con la copa a medio camino de los labios. Por primera vez en toda la noche, ella vio el muro. El límite exacto donde el viejo inspector echaba el cierre perimetral.

—No.

—Rojo, ¡por favor!

—No esta noche —repitió él, dejando la copa sobre el mantel de papel con una firmeza que no admitía réplicas—. Ya te he dicho suficiente.

—¡No me protejas! —le espetó ella, inclinándose hacia delante, con la voz templada por la rabia—. No necesito que nadie me proteja, y menos tú.

—¡No estoy protegiéndote, joder! —Rojo soltó un bufido amargo y la señaló con el dedo índice—. Ahora mismo tienes a un chico desaparecido en tu demarcación. Céntrate en lo importante.

El golpe dolió porque dio en el centro de su ética profesional. La desarmó por completo, simplemente porque tenía toda la maldita razón.

—No uses el caso para esquivar mis preguntas —replicó ella, intentando recuperar el control de la mesa—. Deja a mi padre fuera de esto.

—No lo uso para nada —dijo Rojo, clavándole una mirada gris, desprovista de cualquier rastro de afecto—. Te recuerdo que ese chico existe. Y que, a diferencia de tu padre, todavía podría estar vivo. ¿No me vas a contar nada de la investigación?

—No —respondió ella, con la voz helada—. Esta vez no vas a meter las narices en mi caso.

Rojo apuró el último trago de vino y, cuando volvió a hablar, su tono había mudado a una gravedad distinta, más pragmática.

—No he dicho que vaya a hacerlo —aclaró, pillándola con la guardia baja —. No sé si estás al corriente de mi agenda, pero tengo dos comparecencias judiciales pendientes, una denuncia por resistencia a la autoridad, que un juez de instrucción con muy poco sentido del humor insiste en mantener viva y demasiados ojos en Jefatura esperando a que pise el fango.

—Vaya. Lo siento. Así que la cosa es seria.

—Nada que no pueda manejar, pero si mi nombre aparece merodeando los márgenes de una investigación activa con un chaval de veinte años desaparecido, Molina te cortará las piernas por encima de las rodillas y luego se hará una foto con las muletas, para el gabinete de prensa. No puedo cubrirte las espaldas esta vez.

Agulló sintió una punzada de ofensa que no supo catalogar de inmediato. Tal vez porque, en algún rincón oscuro de su orgullo, había conducido hasta ese mesón con la secreta esperanza de que él se negara a quedarse al margen. De que fuera el Rojo de siempre.

Dejó a un lado las reticencias y le expuso el esqueleto del caso, limitándose a los hechos probados. Una madre coraje que se negaba en redondo a aceptar la versión oficial de la fuga voluntaria; un grupo de amigos que recitaba una cronología demasiado perfecta, como si la hubieran ensayado en el espejo; y un vídeo rescatado de las redes sociales demasiado tarde para considerarlo un golpe de suerte. Al final, toda la línea de investigación moría en el mismo fotograma: Álex desembarcando de la plataforma del autobús, respirando por última vez ante una cámara.

Rojo no metió baza. Escuchó con la cabeza ladeada, procesando la información con la frialdad de un analista, asintiendo apenas cuando los detalles encajaban en su propio mapa mental. Cuando ella guardó silencio, él apartó la copa vacía hacia el centro del mantel.

—El vídeo es auténtico —dictaminó el exinspector—. Y ahí es exactamente donde reside el peligro. Los novatos creen que para montar una farsa hay que inventar una mentira de principio a fin, pero el manual no funciona así. A veces solo necesitas colocar una verdad incontestable en el lugar adecuado. El resto del trabajo lo hace la inercia de la mente humana.

Agulló pensó en el fotograma de Álex bajando del autobús.

—Estaba vivo, Rojo. Lo he visto con estos ojos.

—Sí.

—Y eso pesa en la balanza.

—Claro que pesa, joder. Pero no te dice hacia dónde caminó en cuanto pisó la acera.

—Nadie podía prever que la turista checa subiría ese bruto a internet. No se puede coreografiar el azar.

—No, pero ya estás cometiendo el error de novata. Le estás construyendo una narrativa al crimen, antes de tener los indicios físicos.

—Eso no es justo. No estoy haciendo eso. —Agulló sintió que los nombres de los sospechosos empezaban a parpadear en su cabeza como luces de emergencia—. Crees que los amigos mienten en la declaración.

—Yo no creo nada. Te recuerdo que no llevo placa.

—Pero si la llevaras, volverías a tomársela.

—Si tres críos me cantan la misma canción con la misma afinación, y el único hecho verificable de la noche ocurre después de que se despidieran de él, yo pasaría esa plantilla por el microscopio. Buscaría las costuras.

Agulló bebió agua y Rojo le sirvió más vino.

La comida seguía casi intacta.

El exinspector se inclinó sobre la madera, reduciendo el espacio vital, entrando en el terreno de las distancias cortas.

—Y apunta esto en tu libreta. La madre busca a su hijo. Los amigos buscan una coartada que los devuelva a sus vidas limpios de polvo y paja. No filtres sus testimonios con el mismo rasero.

Agulló sostuvo el pulso de su mirada gris y reconoció al hombre del dosier de Asuntos Internos. El sabueso que poseía la desagradable habilidad de llegar a la verdad tres segundos antes que el resto del departamento. Por mucho que pretendiera vestir de paisano y arrastrar los pies, el instinto policial seguía gobernando su estructura ósea.

—¿Qué piensas del marido? —preguntó ella.

Rojo no pareció sorprendido.

—¿El marido?

—Sí. El padre del chico.

—Es un clásico. Minimiza los hechos porque necesita desesperadamente que el chaval sea el culpable de su propia ausencia. Un inmaduro y descerebrado que se ha ido de juerga.

—¿Por qué aferrarse a eso?

—Porque la alternativa da demasiado miedo, Agulló. Si el chaval no es un irresponsable, significa que el lobo ha entrado en su jardín. Dale unas horas más de presión. El asfalto termina rompiendo a cualquiera, si sabes dónde apretar.

Finalmente, las defensas de la inspectora terminaron por ceder. El tinto le asentó el estómago y acabó picando de los platos que había ordenado Rojo, más por una capitulación física del cuerpo que por darle la razón a su excompañero. Durante un tramo de la noche, el peso del caso quedó suspendido en el aire. La conversación empezó a transitar por canales más fluidos entre las raciones compartidas y las copas que bajaban de nivel, permitiendo que la tensión que Agulló arrastraba desde la comisaría se aflojara de forma gradual, como un cabo que deja de estar en tensión.

Rojo se interesó por sus días de permiso, indagando en lo que había ocupado su tiempo desde la última vez que cruzaron palabra fuera de los pasillos de la Jefatura. Ella se descubrió respondiendo con una ligereza que la tomó por sorpresa, con la inercia propia de quien habla con alguien que forma parte de su círculo íntimo. Aunque, en el fondo, sabía de sobra que la geometría entre ellos nunca sería tan limpia. Con Rojo jamás existían las respuestas simples; el problema radicaba en que era imposible determinar qué porcentaje de la conversación pertenecía a la honestidad y cuánto formaba parte de su inaccesible catálogo de silencios.

Cuando le tocó a él responder, esquivó las preguntas con la habilidad de siempre. Habló de su hijo, de lo bien que le había sentado disponer de más tiempo para pasar con él, aunque ya estuviera en bachillerato y se hubiera convertido en un hombre al que, según admitió con una media sonrisa, apenas había ayudado a criar.

Sin que mediara un aviso consciente, la loza quedó limpia y la botella de tinto dio su último viaje. Con el estómago caliente y la cabeza extrañamente despejada, Agulló reunió las copias del dosier de Asuntos Internos, alineó los folios contra la madera y los deslizó de nuevo en el interior de la carpeta. La tregua había terminado.

—Vaya. Menos mal que el estómago se te había cerrado por el caso —dijo él, con una sonrisa ligera que apenas le movió las arrugas de los ojos.

—Me has enredado por completo, Rojo. Sigo de servicio.

—Te has dejado enredar, que no es lo mismo —replicó él. Al notar la fijeza con la que ella lo estudiaba, suavizó el tono—. Niégame que no te ha venido bien salir un rato de esa pecera, inspectora.

—Que sepas que no hemos terminado con lo de mi padre.

—Por supuesto.

—Ni con lo tuyo.

Rojo bajó la vista hacia el cristal de su copa vacía, ensombrecido de golpe.

—Eso último no tengo claro que tenga arreglo ya.

A la hora de saldar la deuda, él tiró de veteranía. Aprovechó que ella consultaba un mensaje en el teléfono, para aproximarse a la barra de madera y liquidar la cuenta antes de que el camarero imprimiera el tique. Agulló registró el movimiento, con una mezcla de gratitud y fastidio; detestaba esa vieja costumbre de los policías de la anterior generación, que te hacía sentir inmediatamente en deuda. No le faltaba nómina para pagar su mitad, pero con Rojo, cuando la mesa mezclaba el trabajo y el pasado, discutir por unos billetes era una pérdida de saliva.

Salieron juntos al exterior. La noche mediterránea era densa y templada, y la calle Labradores hervía de gente que apuraba las terrazas. Junto al umbral del mesón, Rojo rescató de la chaqueta un paquete de tabaco arrugado y un encendedor de plástico.

—Descansa algo —le dijo, antes de encender el cigarrillo.

—¿Has vuelto a fumar?

—A veces.

—No me tomes el pelo.

—No quieras acabar como yo.

Caminaron en silencio la ligera pendiente que moría en la plaza de San Cristóbal. El apartamento de ella quedaba a escasos cinco minutos de paso ligero. Se detuvieron frente a frente bajo la luz anaranjada de una farola mítica. Agulló acortó el espacio para despedirse con el protocolario par de besos, pero el pulso se le aceleró de golpe en cuanto la fragancia de su colonia le inundó las fosas nasales.

El primer beso apenas rozó la piel de la mejilla. El segundo, por un error de cálculo o de resistencia, aterrizó demasiado cerca de la comisura de los labios. Lo suficiente para que una descarga eléctrica le recorriera la espina dorsal.

Agulló rompió el contacto primero, dando un paso atrás hacia la seguridad de la acera.

—Mañana revisa lo del autobús —dijo él, dando por fin la primera calada al cigarrillo. La brasa iluminó sus facciones un segundo.

—Gracias por los consejos.

—No hay de qué.

Agulló asintió con un gesto seco de cabeza.

—¡Buenas noches, Rojo!

—¡Buenas noches, Agulló! Cuídate ahí, fuera.

Volvió andando a casa. Al llegar al apartamento, guardó de nuevo la carpeta detrás de los DVD, pero ya no tuvo la sensación de haber escondido nada. Solo de haber aplazado una explosión.

Antes de deslizarse bajo las sábanas, la mente le devolvió la secuencia del mesón: la fisionomía de Rojo, la tregua, la distancia mal calculada en la plaza y lo cerca que habían estado de cruzar una línea de no retorno, de nuevo. Intentó buscarle una lógica procedural al asunto, analizarlo como un indicio, pero la fatiga ganó la partida antes de hallar la respuesta.

—Al diablo —murmuró hacia el techo oscuro.

Encendió la pantalla del móvil y abrió el archivo de vídeo. Amplió el último cuadro transitable. Álex, con la suela del zapato suspendida sobre el estribo del autobús nocturno, congelado en el tiempo.

Estaba vivo. Al menos en esa pantalla. Al menos mientras ella siguiera buscando.

9

A Álex Roldán lo perdió la ciudad en veinticuatro minutos.

La noche no había devuelto nada.

A las 7:39 de la mañana, el autobús estaba parado en una nave de Babel, con las puertas abiertas y el motor apagado. Parecía un animal viejo después de una noche horrible.

Ya no llevaba pasajeros. Llevaba la última imagen de Álex Roldán.

Agulló se quedó inmóvil un segundo sobre el asfalto antes de subir el escalón de la plataforma. Línea N3. Matrícula municipal gastada por los lavados a presión. Una pátina de polvo seco se acumulaba en los bordes exteriores de los cristales, parecida al hollín que el tráfico diurno deja como herencia a la noche.

Al cruzar el umbral, el habitáculo la recibió con su propia atmósfera. Olía a goma recalentada por los motores, a desinfectante barato de contrata municipal y a esa densidad rancia que deja la madrugada vieja. Era el olor universal del transporte nocturno.

Costa subió detrás con una memoria externa, dos carpetas y la cara de quien había dormido dentro de una impresora.

—Bernal sigue con hospitales y emergencias —dijo el subinspector—. Nada.

—¿Y Molina?

—Ha firmado la ampliación. Parecía que le estaban arrancando el hígado, pero ha firmado.

—Vaya.

—Qué glamour, ¿eh? Homicidios, sección transporte público.

Agulló avanzó hasta la barra vertical donde Álex aparecía en el vídeo.

—Aquí.

Costa levantó el móvil, comparó el fotograma congelado y asintió.

—Sí. Grabado desde tres filas más atrás. Mila iba sentada a la derecha, mirando al pasillo. Él iba de pie, apoyado en este lugar exacto.

La inspectora agarró la barra con la mano enguantada. Estaba fría y un poco pegajosa. Forzó a su mente a fijar la imagen de los dedos de Álex cerrándose en ese mismo punto, pero despojó la escena de cualquier adorno melodramático; lo analizó puramente como parte del trabajo. Geometría y física forense. El peso del cuerpo al inclinarse, la orientación de los hombros, la distancia exacta que lo separaba de la puerta de salida trasera. Si el chaval iba herido, si el alcohol le nublaba los reflejos o si el miedo le había hecho acelerar el paso, cada pequeña variable mecánica importaba para calcular el tiempo de reacción.

Se giró y bajó las escaleras neumáticas.

El conductor aguardaba en el asfalto del depósito, junto a un encargado de la empresa municipal que no dejaba de consultar el reloj. El chófer se llamaba Andrés Vidal. Cincuenta y seis años bien grabados en las líneas de expresión. Llevaba la camisa reglamentaria de color azul claro abrochada hasta el cuello, bajo un chaleco reflectante que había visto mejores días. Arrastraba las ojeras plomizas de quien se pasa media vida conduciendo a extraños que jamás se molestarán en recordarle la cara. Había cortado el motor al finalizar su turno a las 3:20 de la madrugada. El teléfono de Jefatura lo había sacado de la cama a las seis en punto. No mostraba la indignación típica del trabajador interrumpido en su descanso.

Agulló pisó la grava del patio y detuvo sus pasos frente a él.

—Señor Vidal, necesito que me cuente exactamente qué recuerda del chico.

El conductor miró el fotograma impreso. La imagen era de mala calidad, pero lo reconoció sin hacer teatro.

—Ese chico… Sí. Lo recuerdo.

Costa dejó de revisar la cámara frontal y alzó la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque casi se cae al bajar.

A Agulló se le cerró algo en el estómago.

—Desde el principio, por favor.

El conductor se frotó la frente con dos dedos.

—No hay mucho que contar. Lo de siempre, ya saben… La noche iba normal. Gente saliendo de bares, chavales cantando, alguno pasado de copas. Este subió… —dudó, buscando el momento preciso en su memoria —. No sé si en Alfonso el Sabio o una parada antes. Yo diría que en Alfonso el Sabio. No validó tarjeta, o yo no lo vi. Entró por delante, pero había jaleo y uno de atrás me estaba preguntando si el bus pasaba por el hospital. Las noches así se pueden convertir en un auténtico coñazo.

—¿Iba solo?

—Eso diría.

—Necesito más que eso.

El conductor apretó la mandíbula. La frase le molestó, pero siguió.

—No lo vi hablar con nadie, ni recuerdo que fuera acompañado. Tampoco venía con ningún grupo. De eso estoy convencido. El chaval se quedó de pie, aunque había asientos libres. Eso sí que me llamó un poco la atención.

—¿Por qué cree que no se sentó?

—Hay gente que va bebida y prefiere agarrarse. O que no quiere dormirse.

—¿Le vio sangre o magulladuras en el rostro?

—No. Sangre no. Pero estaba mal.

—Defina mal.

Andrés miró el autobús, como si el asiento delantero pudiera devolverle la escena.

—Pálido. Muy pálido. Lo vi jodido… Llevaba una mano aquí… —se tocó el costado y enseguida la bajó, como si acabara de delatarse—. No sé. Igual era la borrachera o que estaba a punto de vomitar en el autobús.

Costa anotó aquello.

—¿Avisó a alguien?

El conductor tragó saliva.

—¿Yo? No.

Agulló no lo golpeó con la mirada.

—¿Por qué?

—Porque si avisáramos cada vez que sube un chaval como una cuba a un nocturno, no terminaríamos ninguna ruta. Ya sé cómo suena, pero la vida es así y yo tengo que hacer mi trabajo. Mire, a esa hora… A esa hora todo el mundo parece medio muerto. Es mejor no tentar al diablo.

La frase cayó entre ellos con una precisión desagradable.

Agulló volvió a mirar el fotograma.

—Bajó en Novelda-Garbinet.

—Sí.

—¿Alguien bajó con él?

—No lo sé.

—Señor Vidal.

—He dicho que no estoy seguro —respondió, esta vez más duro, y dio un largo suspiro, agotado—. Había dos chicas detrás haciendo ruido, un hombre mayor que se quejaba del aire acondicionado y un muchacho que me preguntó por una parada. El chico de la fotografía bajó por la puerta trasera. Lo vi en el espejo, porque tardó demasiado.

—¿Cuánto es demasiado para usted?

—Segundos, ¿le vale?

—Relájese, ¿quiere? Nosotros también hacemos nuestro trabajo.

—Lo sé… —dijo y carraspeó, bajando un poco la guardia—. Me pareció raro que tardara tanto porque abrió la puerta, puso un pie fuera y se quedó parado. Como si no supiera si era ahí o no. A mí eso me hizo estar alerta. Nunca sabes en qué están pensando.

—¿Vio si alguien lo esperaba fuera?

Andrés frunció el ceño.

—Había un coche. Eso es todo lo que sé.

Costa levantó la vista.

Agulló no se movió.

—¿Recuerda qué tipo de coche?

El conductor resopló de nuevo.

—Oscuro. Gris o negro, pero oscuro… No sabría decirle. Tenía una luz fundida. La derecha, creo. La delantera. Me llamó la atención porque parecía un ojo cerrado.

—¿Recuerda el modelo?

—Ni idea. Un compacto, no muy grande, ni familiar.

—Al menos se fijaría en el fabricante… —comentó Costa, un poco desesperado por su tono de voz.

—Yo conduzco autobuses, inspectores, y estoy en lo que estoy.

—No vio la matrícula, ¿verdad?

—No.

—¿El chico fue hacia el coche?

—No lo vi. Cerré puertas y seguí la marcha.

Agulló dejó pasar un segundo para controlar sus impulsos. A ella también la estaba poniendo de los nervios.

—¿Miró por el retrovisor al arrancar?

—Sí.

—¿Y?

Andrés Vidal se quedó callado.

—¿Y? —repitió Agulló.

—El chico seguía de pie junto a la marquesina. O eso creo. Me pareció que se apoyaba en el cristal. El coche estaba más adelante.

Costa escribió algo y luego se acercó al encargado.

—Necesito las cámaras internas y externas de ese vehículo. Los originales. Nada de exportaciones raras, nada de vídeos pasados por WhatsApp. Sin tocar nada, en bruto.

El encargado puso una expresión de fastidio inmediato.

—Tenemos que pedir autorización a la central.

Agulló se giró hacia él.

—La tiene.

—No sé si por protección de datos…

—Tiene a un chico desaparecido, visto con vida por última vez en este autobús, probablemente herido, y apenas veinticuatro minutos antes de que su móvil dejara de emitir señal. Si quiere hablar de protección, empiece por proteger ese archivo antes de que se sobrescriba.

El hombre bajó los ojos al móvil.

—Está bien. Voy a llamar, a ver qué dicen...

Costa se acercó a Agulló mientras el encargado se alejaba.

—Cámara frontal, puerta delantera, pasillo y trasera. Si todo ha grabado bien, de ahí podemos sacar algo útil.

—Si es que funcionan.

—Recemos para que lo hagan.

El conductor seguía mirando el autobús.

—Entonces, ¿qué, está vivo?

La pregunta sonó sincera.

Agulló pensó en Nuria Sempere. En sus años pateando el asfalto, había aprendido una lección fundamental del manual no escrito de homicidios: para una familia, un desaparecido nunca se marcha del todo. No hay un funeral que clausure el duelo ni una lápida donde dejar caer el peso de las lágrimas; solo existe un purgatorio cruel, una suspensión temporal donde el ausente sigue habitando los rincones de la casa, atrapado entre la esperanza más ciega y el terror más absoluto. Cada tic-tac del reloj no es simplemente tiempo transcurrido; es un ácido lento que va consumiendo la resistencia de los que se quedan atrás, esperando un coche en el vado o un paso en la escalera.

Recordó la respiración contenida de Nuria al teléfono, cuando le dijo que el chico caminaba. Y volvió a pensar en esa línea tan fina que siempre tenía que recorrer: no mentir, pero tampoco arrebatar la esperanza antes de tiempo.

—Lo estamos buscando como si lo estuviera.

El conductor asintió, pero no pareció aliviado.

Costa recibió un aviso en el portátil.

—La cámara trasera graba.

—Te escucho.

—Tengo una buena noticia y otra mala.

—Al grano, joder.

—La mala es que el ángulo no coge la acera completa —dijo, y su expresión se volvió más optimista—. La buena, que la frontal puede haber pillado el coche al salir.

—Pues ya sabes. Descárgalo todo.

—Ya estoy.

Agulló volvió a subir al autobús. Caminó hasta la puerta trasera y se colocó donde Álex había estado al bajar. Desde allí, la calle ya no era una calle. Era solo el hueco de la puerta. Un chico de veinte años, tocado, solo, quizá con el móvil en el bolsillo, quizá con alguien buscándolo ya sin saber por dónde empezar.

Puso un pie en el primer escalón.

Si Álex bajó vivo, no se había esfumado, pensó.

Había desaparecido desde un sitio concreto.

Y un sitio concreto se podía rastrear.

10

La parada de Novelda-Garbinet ofrecía, a media mañana, un aspecto insultantemente normal. El sol caía con fuerza sobre la acera, dándole al escenario una cotidianidad que chocaba de frente con la naturaleza de la investigación.

Era el retrato estándar del mobiliario urbano castigado por el tiempo: una marquesina de metacrilato cubierta de restos de adhesivos industriales medio arrancados, un banco de plástico perforado por quemaduras de cigarrillos y el cartel descolorido de una academia de inglés, que prometía un futuro mejor en algún lugar muy lejano de allí. A los pies de la estructura, una papelera metálica rebosaba de vasos de cartón de café para llevar y servilletas arrugadas. Tráfico espeso, persianas subiendo y motos deslizándose entre los coches como peces en un acuario.

Agulló tomó posiciones en la calzada a las 10:06 en punto. Detrás de ella se desplegó el dispositivo de búsqueda: dos patrullas de la nacional, Costa con el rostro serio, un agente de la Policía Local que conocía bien el distrito y un listado de objetivos prioritarios fijados en una tablilla con pinza. La inspectora sostenía entre los dedos el fotograma de Álex, protegido por una funda de plástico transparente que reflejaba los destellos del sol de la mañana. Tuvo la desagradable sensación de que, cada vez que forzaba la vista sobre la imagen, las facciones del chico se volvían un poco más

borrosas, como si se estuviera desvaneciendo en el propio aire de la avenida, antes de que pudieran empezar a buscarlo.

Costa señaló la marquesina.

—Si bajó a la 1:34 y el móvil enganchó a la 1:58, no pudo alejarse mucho. Salvo que alguien lo recogiera, o que cogiera otro transporte.

—O salvo que el teléfono se moviera sin él.

—Eso no te lo compro todavía.

Agulló lo miró. Detestaba esa expresión. No entendía en qué momento el mundo había empezado a reducirlo todo a comprar o no comprar argumentos.

—Yo tampoco. Pero, a saber… Ya has oído al conductor. A esas horas y en su estado, existe la probabilidad de que perdiera o le robaran el móvil. De momento, lo dejamos en la mesa.

—En la mesa sí, pero ambos sabemos que la probabilidad es muy baja.

Agulló giró la cabeza.

—¿Desde cuándo eres tan pesimista?

—Llámame lo que quieras. Soy realista.

—¿Todavía sigues con el corazón roto?

—Las heridas tardan en cicatrizar, inspectora.

Ella no sonrió, pero la frase le aflojó un poco la mandíbula.

Bernal llamó desde comisaría.

—Hospital General, San Juan, Vistahermosa, centros de salud de la zona: nada a nombre de Álex Roldán, ni otro varón sin identificar que encaje con su descripción. Emergencias recibió tres avisos entre la una y las tres de la madrugada en el área, pero ninguno relacionado con un chico herido. Una pelea doméstica, un contenedor ardiendo y molestias por ruido en un portal.

—No está mal. Dame las direcciones.

Bernal se las dictó y Costa las metió en el mapa.

—Ninguna cae limpia en la ventana de veinticuatro minutos —aclaró él —. Pero el contenedor está a siete minutos andando.

Agulló miró la calle. Siete minutos andando para una persona sana. Para Álex, quizá doce. Quizá nunca hubiera llegado al contenedor.

—Que lo revisen. No nos queda otra.

—Ya va una patrulla.

Empezaron por la farmacia. A la hora del vídeo estaba cerrada, pero tenía una cámara exterior. El dueño apareció con cara de inspección fiscal y los pasó al cuartito del fondo, entre cajas de medicamentos y un calendario de

santos. La cámara apuntaba a la acera, aunque una furgoneta aparcada tapaba media marquesina.

A la 1:34 se veía el autobús deteniéndose. Puertas abiertas. Un bulto que bajaba. Nada más. La furgoneta ocupaba el resto del mundo.

—Mierda —dijo Costa.

El farmacéutico hizo como si no hubiera oído.

Agulló se inclinó hacia la pantalla.

—Avanza un poco.

A la 1:35, el autobús arrancó. La furgoneta seguía allí y tapaba el bulto. Un minuto después, un coche oscuro pasó despacio por el carril derecho y salió de plano. No se veía la matrícula. Tampoco el conductor. Apenas el techo, los faros y el movimiento.

Costa congeló la imagen.

—Podría ser el coche que dijo Vidal.

—O uno de los veinte vehículos oscuros que pasan por aquí cada minuto.

—También.

—Guárdalo.

El siguiente comercio era un kebab cerrado de madrugada, con una cámara falsa. El dueño lo reconoció como si fuera lo más normal del mundo.

—La puse para que no me pintaran la puerta. No graba, pero ayuda.

Agulló miró la cúpula de plástico vacía.

—Creo que genera la sensación opuesta.

—¿Cómo?

—Dan ganas de romperla.

Después vino la procesión de siempre: portales que no grababan, cámaras apuntando al cielo, un cajero con mejor memoria para los recibos que para las personas, un bar que había cerrado diez minutos antes de que todo importara. La ciudad había visto pasar a Álex y se negaba a declarar.

Nadie recordaba a un chico herido. Nadie recordaba nada útil. A esa hora, en una ciudad como Alicante, la memoria no estaba donde hacía falta.

A las 11:22, el primer barrido de la zona no había dado nada. Ni sangre, ni cartera, ni chaqueta, ni móvil. Nada que demostrara que Álex había estado allí, salvo diecisiete segundos de vídeo y lo que recordaba un conductor.

El comisario Molina llamó justo cuando Agulló salía de un garaje comunitario.

—Dígame que tiene algo presentable.

—Tengo cámaras parciales, un coche oscuro sin matrícula y un conductor que dice que Álex bajó mal. ¿Le vale?

—¿Eso confirma que era Álex Roldán?

—Confirma que era el chico del vídeo. La madre vendrá a reconocerlo con una imagen mejor.

—Eso no responde a mi pregunta, inspectora.

—Es la respuesta que hay, Molina.

Al otro lado, el comisario soltó aire por la nariz.

—La familia empieza a hablar con los vecinos. Esto va a correr como la pólvora.

—¿Y eso es lo que le preocupa?

—Me preocupa que esto se convierta en otra cosa. Si trasciende, Agulló, quiero un único mensaje: posible avistamiento, búsqueda preventiva y ningún indicio confirmado de criminalidad.

—Qué obsesión con no confirmar indicios.

—No. Es obsesión por no fabricar un culpable antes de saber siquiera si hay una víctima. La diferencia parece pequeña hasta que te toca firmarla.

Agulló se quedó quieta junto a la entrada del garaje. El suelo olía a aceite y polvo húmedo. Junto al bordillo, una fila de hormigas trabajaba con más orden que media comisaría.

—Comisario, si el chico aparece muerto, esta conversación va a envejecer mal.

—Y si aparece vivo después de una fiesta, envejecerá mal la suya.

Colgó.

Costa apareció desde la acera con el móvil en la mano.

—La empresa del bus acaba de enviar una primera exportación. La versión completa tardará un poco más, pero esta ya nos sirve para ubicarlo. En la cámara frontal se ve que el coche oscuro estaba estacionado antes de que llegara el autobús, con las luces encendidas. Después se pone en marcha.

—¿Después de que Álex bajara?

—Treinta y siete segundos después.

Agulló sintió que el ruido del tráfico se alejaba medio metro.

—¿Matrícula?

—Hay un reflejo quemado. Nada de momento.

—¿Y el modelo?

—El conductor tenía razón. Es un compacto oscuro. Podría ser un León, un Golf, un A3 viejo… Lo que conduce media provincia, vaya.

—Joder, Costa. O es un Golf, o es un Audi A3.

—No se ve, jefa.

—Ya. ¿Qué dirección toma?

—Hacia el norte. Desaparece por Pintor Baeza.

Agulló abrió el mapa. Avenida de Novelda. Garbinet. Las vías que trepaban hacia el norte. Lo Morant. Virgen del Remedio. Salidas rápidas hacia media provincia. Una maraña de calles, cruces y rincones donde un coche podía tragarse a un chico y hacerlo desaparecer en menos de un minuto.

—Pues nada, ya sabes. Pide las cámaras de tráfico.

—Marchando.

—Y matrículas de coches oscuros que pasen por ese eje entre la 1:30 y las 2:05.

—Eso les va a llevar un buen rato. Y a mí también cuando me lo manden.

—Hazte la idea.

Costa iba a contestar cuando su teléfono soltó un aviso distinto. Miró la pantalla y se le borró el sarcasmo.

—Jefa.

Ella supo que algo había cambiado por cómo lo dijo.

—¿Qué pasa?

—El móvil de Álex Roldán acaba de volver a conectarse a la red.

La calle siguió su curso, inmune al despliegue, aunque a Agulló le pareció por un instante que el tiempo sufría una deceleración súbita, congelando el entorno en un plano secuencia. Un autobús frenó junto a ellos. Una mujer cruzó empujando un carrito.

—¿Dónde?

Costa giró el móvil hacia ella.

—Zona del parque de Lo Morant. Un enganche muy breve. Menos de diez segundos. Sin llamadas ni tráfico de datos. De momento, nada útil.

—¿Movimiento?

Costa tragó saliva.

—Eso es lo raro. No estaba quieto.

—¿Hora?

—Once treinta y uno.

Agulló clavó la mirada hacia el norte de la avenida, con los ojos entornados contra el reflejo del sol, como si a través del laberinto de hormigón y cables de alta tensión pudiera divisar el terminal físico.

11:31.

La cronología del caso bailaba en su cabeza. Álex había desembarcado de la plataforma del autobús a la 1:34 de la madrugada. El repetidor de la zona registró la última pulsación de su móvil a la 1:58, justo antes de que la línea se volviera un desierto analógico. Y ahora, casi diez horas de silencio después, el maldito aparato volvía a morder la red, emitiendo un pulso intermitente durante una ventana de menos de diez segundos.

Aquella anomalía en el registro de llamadas podía significar cualquier cosa en el espectro del crimen. Un terminal que se encendía por un fallo en el circuito. Una celda de litio moribunda que reaccionaba al ser enchufada a la corriente en algún piso franco. Alguien con las manos manchadas de grasa manipulando el teclado para borrar el rastro. Álex respirando en un sótano. Álex convertido en un bulto inerte en un maletero. El teléfono arrojado a una cuneta por un yonqui. El teléfono todavía en el bolsillo de su cazadora.

Todas las variables de la ecuación entraron en tropel en su cabeza, colapsando el pasillo de las suposiciones. Pero solo una de las hipótesis logró abrirse paso hasta la primera línea.

—¡Activa la geolocalización de urgencia! —ordenó, con esa voz seca que usaba cuando la adrenalina empezaba a dictar las normas—. Que la operadora reduzca al máximo el área de búsqueda y estreche celdas con los últimos repetidores. Quiero a la Policía Local en la zona de Lo Morant ya mismo. Dos patrullas cubriendo los accesos de la avenida y otra controlando las salidas traseras. Que revisen contenedores, descampados, portales, baños públicos y el perímetro del parque. Y si hay cámaras en gasolineras, colegios o supermercados, las quiero todas en mi mesa lo antes posible. No me importa el protocolo.

Costa ya estaba escribiendo.

—Esto va a poner contento a Molina.

—Molina puede presentar una queja al teléfono.

Bernal llamó otra vez. Esta vez habló más bajo:

—La madre del chico ya está aquí. La tengo esperando en sala dos para ver el vídeo.

—Genial…

—El marido está con ella —añadió Bernal—, aunque no ha dicho gran cosa.

—¿Nada?

—Ha preguntado si en el vídeo se veía a alguien esperando fuera.

Agulló miró el círculo azul.

—¿Antes o después de preguntar por su hijo?

Bernal tardó un segundo.

—Antes.

Costa levantó la vista de la pantalla del móvil, con los ojos fijos en ella, pero se guardó el comentario.

—¡Que la madre no sepa nada de este nuevo enganche a la red! ¡Todavía no! —ordenó Agulló, bajando el tono para que la frecuencia de radio no captara el nombre de Nuria Sempere.

—Tú mandas, jefa —asintió Costa, guardándose el terminal en el bolsillo del uniforme.

—No sabemos qué significa ese pulso de diez segundos, Costa. Podría ser ruido de fondo. Podría ser cualquier cosa.

—No, no lo sabemos —admitió él, dando un paso hacia el vehículo camuflado—. Pero vas a patear el parque de Lo Morant como si ese teléfono significara que el chaval sigue respirando.

Agulló soltó un suspiro largo, dejando que la tensión acumulada saliera de sus pulmones en una bocanada de aire caliente. Costa la miraba de hito en hito, esperando la orden de arrancar, mientras al otro lado de la línea, Bernal aguardaba en un silencio estático que empezaba a costar dinero.

—Sí —dijo—. Exactamente por eso.

Colgó y fue hacia el coche.

Mientras se deslizaba en el asiento del copiloto, Costa estiró el brazo y le pasó la tableta táctil con el mapa satelital de la zona norte activado. El sector de Lo Morant aparecía acotado por un radio de búsqueda que parpadeaba en un azul eléctrico e impersonal. Una diana virtual dibujada sobre el laberinto de calles que ahora tenían que morder.

—No te obsesiones con el punto —dijo él.

Agulló se abrochó el cinturón.

—No me caso con nadie.

Costa metió primera y el coche camuflado se incorporó al tráfico, devorando los metros en dirección al norte.

A través del parabrisas, Alicante parecía una ciudad cualquiera a media mañana. Una ciudad capaz de esconder una tragedia a plena luz.

La inspectora miró el círculo azul hasta que le dolieron los ojos.

—Solo pido que no vuelva a desaparecer.

11

El parque de Lo Morant no parecía un sitio donde alguien pudiera desaparecer.

Agulló pensó eso al bajar del coche sin distintivos, a las 11:43. Había árboles, bancos, una pista deportiva, jubilados caminando en pareja, dos madres con carritos y un hombre con perro que recogía una bolsa de plástico con más obligación que entusiasmo. Era un día soleado de media mañana, con tierra seca y un olor a pino caliente y basura vieja que llegaba desde los contenedores de la avenida.

Costa apoyó la tableta sobre el capó. El círculo azul del último enganche abarcaba media pantalla: Lo Morant, calles adyacentes, accesos desde la avenida de Novelda, bloques de viviendas, aparcamientos, pequeños solares y zonas ajardinadas. Dentro de aquel círculo cabía demasiada información.

—La operadora no estrecha más —dijo el compañero—. Señal de menos de diez segundos. Terminal encendido o intentando conectarse a la red. No hay llamada ni datos sostenidos.

Agulló observó el mapa.

—¿Altura?

Costa levantó la vista.

—No me hagas eso.

—Solo pregunto.

—No hay altura ni hay milagro. Solo hay un radio de celda, rebotes y ganas de matarnos buscando una aguja en un pajar.

Un agente de la Policía Local, joven, con unas gafas de sol demasiado grandes, se acercó con una libreta en la mano.

—Inspectores, tenemos dos patrullas cerrando accesos principales. Otra viene por la parte de arriba. ¿Buscamos una persona o un teléfono?

Agulló lo miró.

—Las dos cosas. Pero, si tiene que elegir, busque a la persona.

El agente asintió. La orden no le aclaró mucho, pero al menos le dio algo que hacer.

Dividieron la zona en cuatro sectores. Costa se encargó de las cámaras y los comercios. Agulló asumió el control del eje del parque y los accesos a los bloques. Una pareja de zetas revisaría contenedores, jardineras, baños públicos y huecos de garaje. La Policía Local hablaría con jardineros, porteros, dueños de bares y cualquier persona que hubiera visto a un chico de veinte años, desorientado o herido, con una chaqueta vaquera negra y zapatillas blancas con una raya azul.

La descripción empezaba a sonar repetitiva.

Agulló caminó a paso lento hacia la primera marquesina del sector, sosteniendo la funda de plástico transparente con el fotograma como si fuera un escudo contra la indiferencia del barrio. Aquella estructura metálica no era la parada que había encendido las redes sociales en el vídeo de TikTok, sino otra situada un par de manzanas más arriba, metida de lleno en el epicentro del radio de acción que acababa de escupir el repetidor. El panel estaba rayado con una navaja y una pegatina de cerrajero cubría parte del horario. En el banco había una lata aplastada y una colilla reciente.

Nada.

El jardinero municipal, un tipo enjuto con una camiseta reflectante naranja que el sol ya había empezado a decolorar, se limitó a negar con la cabeza sin retirar la vista de la desbrozadora que descansaba entre sus botas. Le echó una mirada rápida al fotograma plastificado y volvió a negar, esta vez con más fuerza. Comenzaba su turno a las seis. A esa hora, dijo, solo había corredores, dos hombres bebiendo café de un termo y una mujer que alimentaba a unos gatos detrás de los arbustos. No había ningún joven herido, ningún móvil tirado ni ninguna chaqueta.

—¿Ha visto algún coche parado donde no debería? —preguntó Agulló.

El jardinero soltó una risa seca.

—Inspectora, aquí todos paran donde no deben. Es el deporte nacional.

Ella le mostró el fotograma. El hombre lo sostuvo durante unos segundos, con una atención que parecía sincera, y volvió a negar.

—A ese no.

Siguieron.

En el umbral de un portal de ladrillo visto de la calle Doctor Jiménez Díaz, un vecino asomó la cabeza aprovechando la rendija que abría el portero automático. Vestía una camiseta de tirantes blanca, gastada por los lavados, y unas chanclas de goma que chasqueaban contra el terrazo del vestíbulo. Admitió que el ruido ambiental lo había desvelado durante la madrugada; había oído voces filtrándose por el patio de luces, pero fue incapaz de fijar una aguja en el reloj o de precisar el número de bocas que competían en la oscuridad. Quizá eran chavales, tal vez una pareja discutiendo, o podía ser la televisión del tercero. Cuando Agulló le pidió detalles más concretos, el recuerdo se le desvaneció entre los dedos.

—Yo no quiero líos, ¿me entiende?

—Le entiendo, pero un chico puede estar en peligro.

—Ya. Pero yo no vi nada.

Agulló guardó el fotograma.

—No le he preguntado todavía si vio algo. Le he preguntado si oyó voces, ruidos...

El vecino abrió la boca y la cerró.

—Eran chavales.

—Antes ha dicho que podía ser la televisión.

—Pues eso. No sé.

—¿Cuántas voces oyó?

El hombre bajó la mirada al felpudo.

—Dos. Sí, creo que fueron dos.

—¿Varones?

—Una era de hombre. La otra… no sé.

—¿La otra podía ser de un chico joven?

El vecino tardó demasiado.

—Mire, yo no quiero problemas y no quiero declarar.

Siempre llegaban allí. A ese pequeño muro doméstico, construido con miedo, pereza y supervivencia.

A las 12:07 en punto, el silencio del canal policial se rompió con el crujido metálico de un walkie-talkie. Un agente de la escala básica, con la

respiración entrecortada por la estática de la radio, informó de un posible hallazgo en el módulo de los baños públicos, en el cuadrante suroeste del parque. Agulló echó a andar deprisa y terminó corriendo. Durante unos segundos dejó de pensar. La experiencia, las hipótesis y las dudas desaparecieron. Solo quedó espacio para una imagen obstinada y nítida, grabada a fuego tras los párpados: Álex. Lo visualizó solo, con el cuerpo roto por los golpes y la garganta seca por la deshidratación de diez horas de intemperie, tendido sobre unas baldosas de gres manchadas de abandono urbano, con la pantalla del maldito teléfono apagada definitivamente a unos centímetros de sus dedos rígidos.

Una imagen sencilla y terrible, precisamente por eso difícil de apartar.

Por desgracia, no era él.

Era un chico de diecinueve años. Dormía tirado en el suelo, encogido sobre sí mismo en una posición casi fetal que buscaba retener el último rastro de calor corporal contra el frío húmedo del hormigón. Llevaba una sudadera azul marino con el logotipo de una marca de skate, empañada por una costra de vómito seco que le subía por toda la bocamanga derecha, y una pulsera de tela de alguna discoteca del puerto todavía ceñida a la muñeca, el último vestigio de una fiesta que se había truncado hacía demasiadas horas. La resaca parecía adherida a sus facciones, como una segunda piel grisácea y sudorosa, dándole el aspecto demacrado de un superviviente de naufragio.

Al percibir la irrupción de las botas policiales contra el gres, el chaval abrió los ojos de golpe. Al ver las siluetas recortadas contra la luz del mediodía y el destello de las placas, no gritó ni intentó huir. Se limitó a levantar las manos muy despacio, cubriéndose el rostro con un reflejo puramente instintivo.

—No he hecho nada.

Agulló sintió una punzada de frustración irracional.

—Joder... ¿Cómo te llamas?

El chico tartamudeó. Nunca había visto a nadie parecido a Álex, y Agulló intuyó que no compartían ningún lazo. Según les explicó, había llegado allí después de una fiesta porque su amigo vivía cerca, pero no le abrió la puerta. Así que la solución había sido dormir en el parque y superar la resaca. Llevaba el móvil en el bolsillo, encendido y con batería.

—No he visto a nadie —dijo el chico—. Se lo juro...

Agulló se agachó frente a él.

—Piénsalo bien. Era un chico como tú, llevaba una chaqueta negra y zapatillas blancas. Al parecer, le habían dado un puñetazo o se había caído.

—No. Le juro que no...

—¿Y un coche? ¿Te suena haber visto alguno por aquí?

El chico parpadeó.

—¿Cree que me acuerdo de algo?

—Haz un esfuerzo, anda —le dijo ella, sin demasiada esperanza.

—Ahora que lo dice... Sé que había música. De eso sí que me acuerdo.

—¿Qué clase de música? ¿Venía de alguna casa?

—No sé. Vieja. Como de feria.

Costa miró a Agulló.

—¿De feria?

—Una melodía. La escuché cuando estaba potando ahí arriba. Joder, eso sí que lo recuerdo. Se me clavó en la cabeza como un taladro. Venía de una furgoneta o de algo parecido, una música vieja, repetitiva... y cada nota me golpeaba las sienes de la hostia.

—¿La llegaste a ver?

—No. Solo las luces rojas... Como las de freno.

Agulló se quedó quieta.

—¿Dónde, exactamente?

El chico señaló con una mano temblorosa hacia la parte norte del parque.

Costa llegó cuando ya lo sacaban fuera.

—Falso positivo.

—Para nosotros. Para Tráfico habría sido otra cosa.

—¿Y este?

—Positivo con creces, de haber conducido.

Pero Costa no pilló el chiste. No era momento para bromas. El tiempo apremiaba para todos y en cualquier momento podía sonar el teléfono.

—Tenemos más cámaras —dijo el subinspector, observando las letrinas —: un supermercado, una gasolinera y un colegio infantil. Sin embargo, ninguna está enfocada al lugar que necesitamos.

—Qué suerte, ¿eh?

—Ya...

Agulló se quitó un guante y se frotó la frente. Tenía polvo en la piel. El sol rebotaba en las fachadas y regresaba convertido en una luz blanca y sucia.

—¿Y el móvil?

—Nada. No ha vuelto a enganchar.

—¿Puede haber sido alguien que lo encendió y lo apagó al ver que no tenía batería?

—Puede.

—¿Puede haber sido Álex?

Costa tardó medio segundo.

—También puede, jefa.

Era justo lo que ella necesitaba oír. Y quizá justo lo que él no debería haber dicho tan claro.

Siguieron hasta los contenedores de una calle lateral. Dos agentes removían las bolsas, con pinzas y expresiones de desaprobación. Sacaron comida podrida, una chaqueta de mujer, cristales rotos, un cargador barato y una carcasa de móvil que no parecía encajar con nada. No encontraron documentación, zapatillas ni sangre visible. Nada que les indicara hacia dónde dirigirse.

A las 12:39, la búsqueda inicial había generado mucho movimiento, pero ninguna dirección clara.

Molina llamó por teléfono.

—Dígame que ha encontrado algo en ese parque.

—De momento, no.

—Eso no me sirve para Jefatura.

—A mí tampoco para encontrar al chico.

Al fondo, un niño lanzó una pelota que golpeó una papelera. Dos agentes se giraron a la vez.

—Inspectora, me están preguntando si mantenemos medios por la tarde.

—Sí.

—¿Con qué argumento?

Agulló dejó que la vista recorriera el parque y las fachadas cercanas, consciente de las miradas que los seguían desde algunas ventanas, ocultas tras las cortinas.

—Un individuo desaparecido fue avistado con vida a la 1:34, y su móvil estuvo activo en este lugar a las 11:31.

—O su teléfono.

—He dicho su móvil.

—Exacto. No se ha referido al desaparecido.

La precisión le entró como una astilla.

—Comisario, mantenga medios hasta que yo diga lo contrario.

—Esto no funciona así, inspectora.

—Hoy sí, si quiere que le cuente algo que valga la pena escuchar.

Cortó la comunicación antes de tener que escuchar la réplica o las previsibles advertencias burocráticas. Costa no articuló una sola palabra; mantuvo la vista fija en el tráfico de la avenida, con las manos firmes sobre el volante. Era su manera de mantenerse al margen.

La inspectora inclinó la cabeza hacia la tableta y volvió a fijar los ojos en el perímetro parpadeante. Con el zum del mapa digital ajustado, el círculo azul parecía haber cobrado un volumen desproporcionado sobre la pantalla. Se veía más grande, más limpio en sus contornos vectoriales y, por encima de todo, exasperantemente inútil. En algún punto de aquel parque, un teléfono había vuelto a la vida durante menos de diez segundos.

Y allí abajo, de momento, no tenían absolutamente nada.

12

A las 13:16, de vuelta en comisaría, Nuria Sempere reconoció a su hijo en el vídeo, sin tocar la pantalla.

Estaba sentada en la sala dos, con el abrigo doblado sobre las rodillas y la espalda recta, igual que el primer día. Pero algo en ella había cambiado. Si horas antes sostenía una certeza, ahora sostenía una esperanza, y esa esperanza pesaba todavía más.

Bernal había preparado agua, pañuelos y un espacio limpio sobre la mesa. La madre de Álex no usó nada. Miró el fotograma ampliado del autobús y dijo:

—Es él. Es mi Álex.

El marido estaba de pie detrás de ella, con los brazos cruzados. Había llegado diez minutos antes, con botas de trabajo limpias y una camiseta gris. No olía a alcohol, ni a abandono, lo cual era una señal positiva para la policía. Por el contrario, olía a pintura, sudor y a hombre que preferiría estar cargando sacos, antes que sentado frente a algo que no podía arreglar.

—La imagen es borrosa —dijo Rafael Roldán.

La esposa no se giró.

—Es mi hijo.

—No digo que no.

—Llevas diciendo eso desde que entramos.

Rafael Roldán tensó la mandíbula. Agulló observó el gesto e identificó la forma en que ese hombre se defendía. Era su coraza. Algunos padres necesitaban un culpable para mantenerse en pie, mientras que otros requerían una explicación que les permitiera respirar. Rafael parecía pertenecer a este segundo grupo, y eso podía ser igual de peligroso.

Agulló colocó sobre la mesa dos impresiones: una del rostro de Álex en el autobús, otra de una foto familiar.

—Necesitamos que identifiquen y confirmen algunos elementos o pertenencias de Álex: su pendiente, la chaqueta y las zapatillas. También, si es posible, que revisen el vídeo completo, para observar su forma de caminar. Eso nos ayudará a estar más seguros.

Costa reprodujo el archivo original en una pantalla pequeña: veintiséis segundos de grabación del autobús, el ruido, el chico al fondo, su avance torpe hacia la puerta y su descenso.

Nuria se llevó una mano a la boca al verlo tropezar.

—Está herido. ¿Qué le ha pasado?

—¿Es que no lo ves? Está borracho —dijo el marido.

La frase salió demasiado rápido por su boca.

Agulló pausó el vídeo.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque no es la primera vez que lo veo así.

—¡Rafa! Por Dios...

—No empieces, por favor…

Nuria lo miró.

—Entonces no lo digas —le reprochó—. Hablas de él como si fuera un...

Él bajó la voz.

—Déjalo, Nuria, joder.

—¿A qué viene todo esto? —insistió la inspectora—. ¿Me lo explican?

Rafael miró a su mujer y luego a Agulló.

—¡Porque Álex bebía! —exclamó, liberando su pecho de aquella carga. Nuria intentaba aguantar las lágrimas, aunque Agulló no sabía si eran de pena o de vergüenza—. Es verdad, joder, Nuria. El chaval se había puesto así más de una vez, cuando se tomaba dos copas.

—Solo era cuando se juntaba con sus amigos...

—Se ponía dramático, torpe, pasado de rosca. ¿Es que no te acuerdas?

—No siempre.

—No siempre, pero a veces —matizó él, calmándose—. ¡Deja de defenderlo siempre, Nuria! No quieras adornarlo solo porque ahora no está.

La mujer lo miró en ese instante.

—Eres un cretino. No está para que lo critiques.

—No lo critico. Intento entenderlo. Sigue siendo mi hijo.

—No. Estás intentando reducirlo a algo más simple, para no enfrentarte a lo que está pasando.

El silencio dejó al descubierto algo que no pertenecía solo al caso.

Bernal intervino con cuidado.

—Rafael, ayer mencionó que Álex pudo haberse ido por voluntad propia. Necesito que nos diga si hay algo concreto que respalde esa idea.

Él respiró hondo. Agradeció casi físicamente que alguien le abriera esa puerta.

—El sábado dijo que se largaría. Que estaba harto de todos. De su madre, de mí, de esa chica, Claudia, de Alicante y de su entorno. Lo dijo así, con esas palabras.

—¿Eso era habitual en él? —preguntó Agulló—. Lo de amenazar.

—Decir barbaridades, sí. Pero esta vez…

Se detuvo.

—Esta vez, ¿qué?

—Esta vez parecía tener un plan.

Nuria se removió en la silla.

—No digas estupideces. Álex no tenía ningún plan.

—Tú no lo sabes todo, Nuria.

La madre se quedó quieta. La frase dolió aún más al reconocer una posible verdad en ella.

Agulló esperó.

Rafael sacó el teléfono sin prisas, midiendo cada movimiento. Deslizó el pulgar por la pantalla, buscando entre las aplicaciones con una calma que parecía fingida. Cuando dio con lo que quería, dejó el aparato bocarriba sobre la mesa, empujándolo hacia el centro para que hablaran las pruebas. Era un intercambio de mensajes con Álex. Breve, cortante. De hacía cuarenta y ocho horas.

Rafa: «Mañana vienes a ayudarme, no me dejes tirado otra vez».

Álex: «Paso. Hazlo tú. Yo ya no voy a estar para tus mierdas».

—Eso no es un plan —dijo Nuria—. Eso es una contestación de crío que no quiere echarle una mano a su padre.

—¡Venga, no me toques la moral! —dijo él—. ¿Y la mochila negra? ¿Dónde está? ¿Eh? Lo tenía preparado.

Agulló levantó la vista.

—¿Cómo dice?

—Sí, una mochila que usaba para el gimnasio. Negra, con un parche rojo. Esta mañana he mirado su cuarto y no estaba allí.

Nuria negó enseguida.

—Esa mochila estaba rota. La tiré hace semanas.

—Pues yo la vi el jueves.

—No la viste.

—Sí la vi.

Agulló anotó dos palabras en la libreta: mochila negra. Al lado, añadió un imperativo: Verificar.

El asunto no le gustaba. No porque fuera un mal indicio, sino porque encajaba con demasiada comodidad. Sabía que las teorías fáciles tienen una tendencia peligrosa a llenar los huecos de una mala investigación. Un chaval mayor de edad. Una bronca familiar. Un portazo con rabia. La exnovia. Algo de efectivo en el bolsillo y una mochila ausente. Con cuatro retales, cualquiera te montaba un caso cerrado. Bastaban unos pocos elementos para construir una historia convincente.

Además, la inspectora empezaba a sospechar que la madre ocultaba cosas. No necesariamente mentiras; a veces bastaba con apartar la mirada de aquello que resultaba insoportable. Lo había visto otras veces. Padres que protegían a sus hijos incluso cuando ya no podían protegerlos. Comprendía el impulso, pero sabía que también podía convertirse en otro muro más dentro de la investigación.

La situación le resultaba familiar, muy cercana.

Todos esos elementos, ordenados sobre una mesa, comenzaban a sugerir una decisión premeditada. Separados, podían ser solo el ruido de una familia disfuncional.

—¿Falta ropa? —preguntó.

Nuria contestó antes que nadie.

—No.

—No lo sabemos.

—¿Dinero? —preguntó la inspectora.

—Tenía algo en efectivo —dijo el marido—. Trabajó unos días conmigo. Le pagué lo justo.

—¿Cuánto?

—Doscientos euros.

Nuria lo miró, sorprendida.

—No me dijiste eso.

—Porque no tengo que contártelo todo.

Agulló vio a Bernal bajar la mirada hacia la libreta, un gesto que interpretó como un intento de registrarlo todo. La familia comenzaba a desmoronarse y cada fisura podía ser tanto una pista, como una estrategia de defensa.

Costa asomó por el marco de la puerta y le hizo una seña. Agulló lo siguió al pasillo.

—Dime.

—Nada en el parque de Lo Morant. Nada que sirva de verdad. Hemos pedido una geolocalización más precisa, pero la operadora ya nos ha dicho que no puede afinar más. Seguimos dentro del mismo sector. Si el teléfono se encendió en un coche en marcha, estamos jodidos.

—¿Nuestro coche?

—Es una posibilidad.

—El padre está dejando caer que puede haber sido una fuga voluntaria.

Costa miró hacia la sala.

—¿Con qué?

—Lo típico. Frase de hartazgo, dinero, posible mochila.

—Clásico.

—Eso no lo hace falso.

—Con suerte, cerramos el caso pronto.

Agulló volvió a entrar.

Rafael ya se había sentado, algo más sosegado, aunque Nuria seguía esquivando su mirada. En el monitor, el fotograma congelado mostraba a Álex bajando del autobús por milésima vez. El chaval siempre bajaba del estribo, atrapado en un bucle eterno, pero nunca llegaba a ninguna parte.

La inspectora tomó aire antes de dirigirse a ellos.

—Miren, si no les importa, vamos a registrar la habitación de Álex, con su consentimiento —explicó, observando sus reacciones—. Esto implica revisar el dormitorio y todo lo que contenga: ropa, mochila, ordenador, dispositivos y notas personales. Buscamos cualquier cosa que explique si Álex quería irse o si alguien quería que lo pareciera.

Nuria asintió. Rafael lo hizo un segundo después.

—¿Ha dicho el ordenador?

Agulló clavó en él la mirada.

—Sí.

—¿De veras es eso necesario? —quiso saber Nuria Sempere.

—Su hijo ha desaparecido, señora.

—Ya, pero tiene veinte años. Tendrá cosas privadas, digo yo, ¿no?

—Todos las tenemos.

Rafael se pasó una mano por la boca.

—Hace un mes encontré una carpeta abierta en su ordenador. No miré mucho.

Nuria se giró hacia él.

—¿Qué carpeta?

—Fotos. Capturas. No sé. Cosas de Claudia, supongo. No me metí.

Agulló no apartó la mirada.

—¿Por qué no lo ha dicho antes?

—Porque no sabía si era importante.

—¿Y ahora?

El hombre miró la pantalla congelada.

—Ahora cualquier cosa puede parecer importante.

—Si está vivo, su privacidad puede esperar. Si no lo está, también.

Nuria cerró los ojos.

Rafael se echó hacia atrás, como si aquellas palabras le hubieran asestado una patada en el pecho.

—Solo digo que a veces se encuentra una cosa y se acaba viendo otra. Una fotografía, un mensaje, cualquier estupidez. Luego todo encaja donde no debe. Ya me entienden... No saquen las cosas de contexto.

Lo primero que le vino a la mente a la inspectora fueron fotos comprometidas, vídeos sexuales, la clase de secretos rutinarios de cualquier chaval de veinte años. Nada que justificara semejante pánico. Los padres descubrían mierda en los ordenadores de sus hijos todos los días y, simplemente, tragaban saliva y aprendían a vivir con ello.

Pero aquello era diferente.

Rafael no parecía avergonzado, ni escandalizado; lo que tenía era el miedo metido en el cuerpo. Y Agulló se conocía de memoria esa clase de terror.

No era el pánico a lo que la policía pudiera desenterrar en el disco duro. Era el miedo a descubrir que el desaparecido no era el hijo que creías tener,

sino un maldito extraño. La certeza de que existía una vida paralela, levantada a oscuras y fuera del radar de la familia. Quizá ese era el verdadero pozo de Rafael. No saber dónde estaba Álex, sino quién demonios era cuando se apagaban las luces.

Agulló bajó la voz.

—Escúchenme bien. No buscamos juzgar a su hijo. Solo queremos encontrarlo, tanto como ustedes.

Rafael no respondió.

Un breve golpe en la puerta interrumpió el silencio de la sala. Era Bernal, con el móvil en la mano y una expresión distinta, más serena de lo habitual.

—Jefa.

La inspectora se levantó.

—¿Qué ocurre?

Bernal observó al matrimonio antes de hablar, deteniéndose lo suficiente para que la tensión se hiciera palpable.

—Ha llamado una patrulla desde una acequia, junto al borde norte de Lo Morant. Un operario de limpieza ha encontrado una zapatilla en el barro.

Nuria se puso de pie demasiado rápido.

—¿Qué zapatilla?

Bernal no respondió a la madre, sino que miró a Agulló.

Rafael solo se lamentó. Hasta ese momento había logrado aparentar enfado, pero ahora solo parecía cansado y avejentado.

—Una deportiva blanca. Con una raya azul.

Durante un segundo nadie dijo nada.

—¿En qué estado? —preguntó Agulló.

La subinspectora tragó saliva.

—Eso es lo raro. Está en el barro, pero casi no tiene barro.

—¿Cómo que casi no tiene barro?

—Como si alguien la hubiera dejado allí hace poco.

Nuria se llevó una mano al pecho mientras Rafael permanecía mudo. La imagen del autobús seguía congelada en la pantalla, con Álex de pie, descendiendo hacia la noche.

Agulló observó las zapatillas en la imagen y luego dirigió su mirada hacia la puerta.

—En marcha.

13

La zapatilla estaba donde no debía.

Esa fue la primera certeza de Agulló al verla desde el borde de la acequia, antes incluso de que la Científica levantara la cinta y antes de que el agente que la había encontrado intentara justificar por qué no la había tocado.

Blanca, con una raya azul en el lateral, hundida a medias en el barro oscuro junto a una mata de cañas secas. Lo bastante visible como para no haber pasado inadvertida toda la mañana. Cubierta de barro, pero no tanto como para parecer abandonada desde hacía semanas. Y, sin embargo, con el talón extrañamente limpio para ser un simple desecho arrastrado hasta allí.

Agulló había aprendido a desconfiar de las cosas que aparecían cuando ya no deberían hacerlo y, además, en el sitio perfecto para ser encontradas. Una prueba no era solo lo que mostraba. También era el momento en que decidía mostrarse. El lugar. La forma. La facilidad con que se dejaba encontrar.

Había objetos inocentes y objetos que parecían pedir a gritos que alguien construyera una historia alrededor de ellos.

Aquella zapatilla tenía algo de eso.

O esa era la impresión que le daba. A pesar de no confiar ciegamente en su intuición, era como si aquel objeto la obligara a mirar en una dirección. A imaginar a un chico herido, embarrado, vivo, avanzando como podía entre las cañas.

—Joder... —murmuró, mordiéndose el labio inferior.

De alguna manera, con una irritación fría, supo que una parte de ella ya había empezado a imaginarlo.

No le gustó.

¿Tenemos esperanza, inspectora?, pensó, imaginando la voz de Molina al teléfono.

La esperanza era una herramienta mala en una escena de búsqueda.

Servía para sostener a una madre, para mantener despiertos a los agentes, para justificar una batida cuando los datos aún no daban para tanto. Pero, en la cabeza de quien mandaba, la esperanza podía pudrirlo todo. Podía convertir una posibilidad en un rumbo. Una mancha en un rastro. Una zapatilla en un mensaje.

Y, aun así, ahí estaba.

La parte más primitiva de su cerebro, la que no llevaba placa ni sabía nada de cadena de custodia, le decía que Álex Roldán podía haber pasado por allí. Que podía haber perdido la zapatilla al resbalar. Que podía haberse levantado con el calcetín mojado, con el tobillo torcido, con miedo, y haber seguido hacia alguna parte.

Vivo.

El borde norte de Lo Morant olía a agua estancada. A pocos metros, el parque seguía con su actividad habitual: perros, carritos de bebé, corredores y niños jugando. Una mujer sostenía una bolsa de pan, un anciano corregía a su perro y dos adolescentes caminaban mirando sus móviles. Nadie aminoraba la marcha para notar que, tras la cinta policial, algo había ocurrido.

Allí abajo parecía hacer más frío. La zanja discurría entre cañas secas y barro negro. Había restos de plástico atrapados entre las ramas y una bolsa que el viento movía apenas, como si respirara. Era uno de esos lugares que nadie mira dos veces. Un lugar donde las cosas desaparecen sin hacer ruido. Una zapatilla. Un teléfono. La huella de una vida reducida a unos pocos detalles.

La inspectora sintió el viejo pulso en la nuca. El mismo que aparecía en cada búsqueda contrarreloj. El de los minutos perdidos, las llamadas que llegaban tarde y los cuerpos que ya no esperaban a nadie.

Agulló se agachó junto a la cinta.

—¿Quién la ha visto primero?

El agente de la Policía Local señaló a un hombre con mono verde.

—El operario. Estaba limpiando la zona de la acequia. Ha llamado al ver la raya azul. Había oído por radio la descripción.

El operario, un tipo de unos cincuenta años, con bigote fino y manos como palas, no parecía impresionado. Estaba cabreado. Le fastidiaba que aquella maldita prueba hubiera aparecido justo cuando estaba a punto de fichar la salida.

—No la he tocado —dijo antes de que le preguntaran—. La vi ahí y llamé.

—¿Desde dónde?

El hombre señaló el camino de tierra.

—Desde arriba. Brillaba un poco. Bueno, no brillaba. Pero el blanco se veía.

Agulló miró a Costa. Él ya estaba fotografiando la posición desde fuera de la cinta.

—¿Cuándo pasó por aquí antes? —preguntó ella.

—Por la mañana, alrededor de las ocho.

—¿Y estaba?

El operario dudó.

—No lo sé.

—No le pregunto si la recuerda, sino si pudo verla.

—Pude verla, sí. Pero no la vi.

Costa se acercó al borde, sin pisar fuera de la zona limpia.

—Si estaba aquí a las ocho, se escapó. Si no estaba, alguien la dejó después.

—O se movió con el agua.

Costa miró la acequia casi seca.

—Con ese Amazonas, seguro.

El sarcasmo no le quitaba razón. La acequia apenas llevaba un hilo de agua oscura y estancada, incapaz de arrastrar una zapatilla ni un par de palmos. Si el calzado estaba allí, había llegado con un pie dentro, en una mano o porque alguien lo había colocado a propósito, esperando el hallazgo.

Bernal apareció desde la parte alta de la zanja, escoltada por dos zetas. Traía la mandíbula tensa y la libreta en la mano.

—Nuria pregunta si puede venir.

—No.

—Ya le he dicho que no.

—Díselo otra vez.

—Rafael también lo ha pedido.

Agulló miró la zapatilla.

—Menos todavía.

Los de la Científica descendieron con cuidado. Dos técnicos, con fundas en los zapatos, llevaban una cámara, marcadores y bolsas. La escena era pequeña, pero Agulló notó cómo su cuerpo reaccionaba como si fuera enorme. El barro alrededor de la zapatilla tenía marcas: algunas eran pisadas antiguas; otras, huellas de animales. Una marca más profunda, a la izquierda, parecía la de una suela que había resbalado.

—Ahí —dijo ella.

El técnico fotografió.

—Podría ser una huella parcial.

—¿Tamaño?

—A simple vista, compatible con la zapatilla. Pero prefiero analizarla antes de sacar conclusiones precipitadas.

Costa soltó un ruido leve.

—Me cae bien.

Agulló no respondió. Se inclinó un poco más. En la puntera había una línea marrón oscura, insuficiente para identificarla como sangre sin pruebas. El cordón estaba desatado y la lengüeta, torcida hacia fuera.

Era una zapatilla perdida por alguien que corría o caminaba con dificultad, posiblemente arrancada por el barro. O colocada allí por alguien.

Tres historias.

Una sola prenda.

—Si es suya —dijo Bernal—, pudo bajar desde la parada, cruzar el parque, perderla aquí y seguir.

Costa la miró.

—¿Con una sola zapatilla?

—Herido, desorientado y asustado, no sería el primer desaparecido en actuar de forma absurda.

—Tampoco sería la primera pista falsa.

Agulló escuchó a los dos y se dio cuenta de que necesitaba que Bernal tuviera razón.

Eso la irritó.

—Ya lo sabéis. La decisión no se toma aquí —dijo—. Se levanta la prueba, se coteja talla, desgaste, ADN y restos. Después decidiremos qué

vía tomar. Quiero un rastreo amplio, en abanico, desde este punto. Si perdió la zapatilla aquí, tuvo que apoyar el pie descalzo o con calcetín en algún sitio. Buscad barro, sangre, marcas y revisad las cámaras de seguridad en los accesos. Buscad cualquier maldita cosa.

Costa la miró un segundo más de la cuenta.

—¿En abanico hacia dónde?

Agulló señaló la acequia, el camino, los bloques al norte y la salida hacia Virgen del Remedio.

—Adónde iría alguien que no quiere ser encontrado.

—O adónde quiere llevarnos quien dejó esto.

Ella se volvió hacia él.

—No estamos descartando eso.

—Lo sé, pero asumes que se fue caminando.

—Estoy cubriendo una posibilidad.

—Estás cubriendo la que quieres.

—Entonces no me lo repitas como si fuera idiota.

Costa bajó la vista hacia el mapa. No se dio por aludido. Esa era otra de sus virtudes con ella: encajar el golpe cuando sabía que la frustración no iba dirigida a él.

Los de la Científica recogieron la zapatilla. Al despegarla del fondo, el lodo soltó un chasquido húmedo, como una succión. Debajo solo quedó la huella del hueco, agua estancada y una lombriz retorciéndose bajo el sol.

Agulló se quedó mirando la bolsa de evidencias. El calzado, ahí dentro, parecía mucho más pequeño.

—Quiero que Nuria confirme marca y talla, pero sin ver la zapatilla todavía —dijo, observando detenidamente la prenda—. Necesito fotos de zapatillas similares de Álex.

Bernal asintió.

—Estoy con ella.

Costa recibió un aviso y se apartó unos pasos. Cuando volvió, tenía la boca torcida.

—La cámara de un portal cercano captó imágenes del camino de tierra. Mala calidad. Se detectó movimiento a las 11:17.

—¿Qué movimiento?

—Una silueta con gorra. Podría ser un hombre. O un arbusto en movimiento. Es difícil distinguirlo. Entra por el camino y sale dos minutos después.

—¿Antes del enganche del móvil?

—Catorce minutos antes.

Agulló intentó conectar la prenda, el barro, el móvil y el parque en una secuencia lógica.

Persona en el camino. 11:17.

Móvil activo. 11:31.

Zapatilla encontrada. Mediodía.

—Necesito ese vídeo —dijo.

—Ya viene.

Agulló no apartó los ojos de la bolsa de evidencias mientras el técnico estiraba la cinta de precinto, sellándola con un chasquido seco. El calzado quedó flotando tras el plástico translúcido. No le decía si el chaval seguía vivo. Tampoco si estaba muerto. Solo inyectaba más incertidumbre al caso, y la inspectora sabía de sobra que, en una investigación, la incertidumbre es lo que hace que todo salte por los aires.

Entonces llegó una voz desde el otro lado de la cinta policial.

—No estás buscando lo que dejó el chico.

Conocía esa voz.

Costa también la reconoció al instante.

14

Rojo apareció donde no debía, como siempre.

Agulló lo localizó al otro lado de la calzada, apoyado en una farola frente al parque. Costa también reparó en él. Se encajó la tableta bajo el brazo y clavó en Agulló una mirada cargada con una pregunta que ella prefirió ignorar.

Pero el exinspector no hizo amago de saltarse el cordón.

Se limitó a esperar en la acera, con las manos sepultadas en los bolsillos de la chaqueta y los ojos ocultos tras unas gafas oscuras. Su presencia resultaba incómoda precisamente por su pasividad. Estaba allí, plantado como una estatua, vigilando. Con el aire de quien ya se sabe el final de un libro que los demás acaban de abrir.

Agulló se acercó hasta el borde de la zona acordonada.

—Creo que fui bastante clara durante la cena —dijo, bajando la voz—. Los dos sabemos de sobra que no puedes estar merodeando por aquí.

—Eso intento.

—Pues empieza por no entorpecer.

Rojo bajó la vista hacia el barro.

—La zapatilla está demasiado limpia, pero intuyo que ya te has percatado de eso.

Costa levantó la cabeza, aunque no dijo nada.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Agulló.

Rojo señaló el parque.

—Los policías hablan más de la cuenta, sobre todo en las cafeterías.

—¿Molina?

—No. Ni en sus peores sueños.

—¿Quién?

—En el fondo, pasaba por aquí y os he visto —dijo, y carraspeó—. Aunque eso importa menos que el hecho de que esto ya no es solo vuestro.

Agulló barrió los alrededores con la mirada. Un par de vecinos grababan la escena con el móvil desde una distancia prudencial. El repartidor de una moto había echado el pie a tierra solo para husmear. Más allá, una mujer fingía esperar el autobús mientras estiraba el cuello por encima del cordón policial. Rojo tenía toda la maldita razón, y constatarlo solo sirvió para encenderle más el cuerpo.

—No necesito espectadores.

—Por eso he venido. Pero me puedo largar si me lo pides.

Costa soltó una risa seca.

—Qué detalle. La grada se organiza sola.

Rojo no le siguió el juego. Miró hacia la acequia.

—¿Es suya?

—Eso parece.

—Esa expresión ha mandado a mucha gente al sitio equivocado.

Agulló dio un paso hacia él.

—Si has venido a hacer de vieja guardia, llegas tarde. Hoy no tenemos el día para chistes.

Rojo se quitó las gafas. Tenía los ojos más cansados de lo que ella recordaba, o tal vez su recuerdo no era preciso.

—He venido a decirte que la zapatilla está demasiado nueva.

La frase cayó justo donde Costa llevaba empujando toda la mañana.

Agulló no apartó la mirada.

—Explícate.

—Hasta donde sé, un chico herido baja del autobús a la una y media. Luego su móvil se apaga —dijo. Respiró hondo y chasqueó la lengua—. Diez horas después, el teléfono respira en un parque. Media hora más tarde aparece una zapatilla limpia y reconocible en una acequia. Es una secuencia lógica para una desaparición.

—O es una cadena real.

—Las cadenas reales suelen tener eslabones desagradables. Cosas que no encajan. Esta encaja demasiado bien. Lo suficiente para que sigas tirando del hilo y tomes una decisión rápida.

Agulló sintió el golpe.

—No sabes lo que tenemos.

—Sé lo que veo. Esa zapatilla no ha estado diez horas en el barro.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira los ojales cuando tengáis las fotos buenas —respondió Rojo—. Si ha estado horas en ese barro, debería haber entrado por ahí.

Costa amplió una de las fotos en la tableta.

—El barro no ha entrado en los ojales.

Rojo no sonrió.

—Ese chico puede estar vivo. O puede que alguien necesite que tú actúes como si lo estuviera. Creo que me entiendes, Agulló.

—Estoy actuando como debe actuar una policía ante un desaparecido con prueba de vida reciente. ¿Acaso lo harías de otro modo?

—Estás actuando como si vieras una oportunidad donde quizá no la hay. Tal vez necesites dar un paso atrás y tomar distancia, inspectora.

Agulló habría contestado peor si se hubiera tratado de otro. Rojo no necesitaba reabrir heridas para evidenciarlas. Ese era uno de sus peores talentos.

Bernal rompió el silencio.

—La zapatilla puede estar sembrada, sí. Pero si no seguimos el posible rastro y Álex aparece después…

—Lo sé —dijo Rojo, sin mirarla—. Por eso es una buena trampa.

Costa se cruzó de brazos.

—No sabemos si es una trampa.

—No —respondió Rojo—. No lo sabéis.

La frase dejó la calle sin ruido durante un segundo.

Agulló miró la acequia. El técnico de la Científica se quitaba los guantes. La bolsa con la zapatilla entraba en una caja. Un agente marcaba el borde del camino con pintura en aerosol. Todo seguía igual, pero la percepción era distinta.

Costa recibió el vídeo del portal y lo puso en la tableta. Agulló y Bernal se acercaron. Rojo se quedó al otro lado de la cinta, quieto, observando sus caras más que la pantalla.

La imagen estaba pixelada, con ese granulado grueso de las cámaras baratas, apenas el mínimo para distinguir un camino de tierra y una silueta con gorra que entraba en el plano por el flanco izquierdo a las 11:17:08. Estatura media, ropa oscura. Avanzaba sin prisa hasta que la maleza de las cañas se la tragaba. Dos minutos más tarde, a las 11:19:12, reaparecía por el mismo sitio y enfilaba hacia la avenida. Con aquella resolución era imposible sacarle las manos, y el rostro no pasaba de ser una mancha borrosa.

—Atrás —pidió Agulló.

Una vez.

Otra.

A la tercera, Costa estiró el dedo hacia el borde inferior del monitor. En la repetición, la silueta vencía el hombro derecho justo antes de perderse entre las cañas. El defecto en la pisada ya estaba ahí.

—Mira el pie derecho. Cojea un poco.

Rojo entornó los ojos.

—O finge cojear.

Agulló apretó la mandíbula.

—¿Siempre vas a elegir la opción que me deja sin aire?

—Elijo la opción que mantiene vivo el caso, aunque el chico no lo esté. La persona del vídeo no cojea a causa de la zapatilla perdida. Ya cojeaba antes de llegar a la acequia.

Bernal miró a Agulló, preocupada. Costa no apartó la vista de la tableta.

—Podemos pedir cámaras de salida hacia Virgen del Remedio y avenida de Novelda —dijo él—. Si es quien dejó la zapatilla, vino y se fue. Si es Álex, tenemos un avistamiento once horas después.

Agulló se agarró a esa posibilidad. Lo supo mientras lo hacía.

—Entonces lo trataremos como un posible avistamiento.

Rojo volvió a ponerse las gafas.

—Trátalo como doble hipótesis. Siempre. Si apuestas por una sola, estás acabada.

—No trabajo para ti.

—Ya lo sé.

—Ni necesito tu permiso.

—Eso también lo sé.

Durante un instante, ambos se comprendieron. No fue ternura ni romance, sino algo más inquietante. Rojo la observaba demasiado y Costa también lo

notó, pero fue el primero en apartar la mirada.

Agulló hizo un gesto para que Costa guardara la tableta.

—Costa, tira de las cámaras de salida. Bernal, habla con Nuria: dile que hemos encontrado una prenda compatible, pero nada sobre posibles avistamientos hasta que lo confirmemos. Mientras tanto, quiero presencia en Virgen del Remedio y que peinen el camino de tierra, los solares y los portales de la zona. Y esta misma tarde, revisad la habitación de Álex.

—A tus órdenes —dijo Bernal.

Costa tardó medio segundo.

—Hecho.

Rojo se quedó quieto.

—Tú no vienes —dijo Agulló—. Eso ya está decidido.

—No pensaba hacerlo. Solo estaba echando un cable.

—Estás aquí. Para mí, es suficiente.

Él se quitó las gafas de sol una vez más. Tenía los ojos cargados de fatiga.

—Te lo advertí —dijo—. No confundas un rastro de vida con un tipo vivo.

—¿Quieres saber qué pienso?

—No leo la mente.

—Que no puedes andar apareciendo y desapareciendo cuando te dé la real gana.

—Estoy mirando desde una acera, Agulló. Es lo máximo que puedo hacer, sin regalarle a Molina una soga para colgarte.

—No conviertas una advertencia en una entrada al caso, Rojo.

La frase flotó entre ambos, densa.

Agulló guardó silencio. La mirada de Rojo arrastraba demasiado plomo, y lo jodido era que tenía razón. Si el fango le llegaba al cuello, tal vez acabara necesitándolo. En el fondo, tampoco le interesaba terminar de reventar una relación que nunca sabía muy bien dónde encajar.

Él esbozó una mueca. Una sonrisa desvaída, a medias, que no llegó a los ojos.

—En fin —dijo ella—. Será mejor que no estorbes.

—Recibido.

Agulló caminó hacia el coche sin mirar atrás, cortando en seco antes de soltar otra sandez de la que arrepentirse.

Al encajarse en el asiento del conductor, el retrovisor le devolvió la estampa de la acequia. Una zanja de lodo, el cordón policial y media docena

de uniformados pululando de un lado a otro.

La zapatilla podía ser del chaval.

La silueta del vídeo podía ser el chaval.

Los mensajes del móvil podían ser el chaval.

Tres anzuelos idénticos.

Agulló metió primera y arrancó. Sabiendo de sobra que lo más probable era que estuviera tragándose el primero, pisó el acelerador.

15

A las cuatro y doce de la tarde, la sala de incidencias había dejado de parecer una sala y empezaba a parecer un mapa que respiraba mal.

Agulló colocó tres fotografías sobre la mesa central: Álex en el autobús, la zapatilla dentro de la bolsa de evidencias y la figura con gorra captada por la cámara del portal. Eran tres imágenes deficientes. Tres verdades incompletas. Tres maneras distintas de obligarla a elegir una historia antes de tener derecho a hacerlo.

Costa apagó las luces para darle contraste a la pantalla mural. Antes de volver a su silla, dejó una botella de agua junto a la carpeta de Agulló. No dijo nada. Tampoco esperó gratitud.

Esa era su especialidad, aguardar a que ella, algún maldito día, registrara su existencia.

Agulló captó el gesto, pero ni siquiera rozó el plástico.

En la pantalla, la figura de las 11:17 avanzaba por el camino de tierra de Lo Morant, se ocultaba tras las cañas y reaparecía dos minutos después. La imagen tenía todas las miserias de una cámara de seguridad barata: grano, píxeles rotos y colores apagados. Suficiente para generar inquietud. Insuficiente para detener a nadie.

—Otra vez —dijo Agulló.

Costa rebobinó sin protestar. Ya era la décima.

La figura entró con la gorra baja y los hombros ligeramente caídos. La mano derecha estaba junto al cuerpo y caminaba sin prisa. Al salir, el pie derecho parecía arrastrarse un poco.

—No es Álex —dijo Bernal desde el fondo.

Agulló no apartó los ojos de la pantalla.

—No lo sabes.

—No. Pero no se mueve como él en el autobús. Álex está lesionado. Este se mueve de manera controlada.

Costa congeló el fotograma.

—Altura aproximada: entre 1,78 y 1,83, dependiendo de la inclinación de la cámara. Complexión media. Puede ser un hombre o una mujer alta con ropa ancha, pero no lo aseguraré.

—Tu nómina tampoco exige tanto —dijo Bernal.

Costa señaló el fotograma, con el bolígrafo.

—Si os fijáis, la cojera no es constante. Aparece de manera leve y luego desaparece. Puede deberse a una lesión, al terreno irregular o a un problema en el calzado.

—Teatro.

La palabra se quedó sobre la mesa, cerca de la zapatilla.

Agulló clavó los ojos en el cronograma que cruzaba la pizarra:

01:34 — Álex baja del N3 en Novelda-Garbinet.

01:58 — Último registro nocturno del móvil.

11:17 — Figura con gorra en Lo Morant.

11:31 — El móvil se conecta a la red durante menos de diez segundos.

13:24 — Aviso por zapatilla en la acequia.

Rojo solía repetir que cuando una prueba hace demasiados esfuerzos por encajar, lo normal es que te esté colando una trola. Traer de vuelta el consejo le dejó un rastro de irritación sorda en la boca. Volvió a escuchar aquella voz de lija, a oler el café quemado de la oficina y a recrear su maldita costumbre de poner el dedo sobre el error sin necesidad de abrir los labios.

La irritó incluso sin tenerlo delante.

Costa giró la cabeza, como si hubiera notado algo en ella, pero no le preguntó nada. Simplemente regresó a la pantalla.

—Costa, quiero todo lo que pueda unir el área de Lo Morant con el recorrido de Álex después de bajar del autobús —dijo Agulló—. Cámaras,

movimientos de vehículos, accesos a garajes y cualquier matrícula, aunque solo tengamos un fragmento. Si parece poca cosa, tráemelo igual.

—Claro.

—Bernal, ¿estás ahí?

—¿Sí?

—Claudia e Iker deben declarar por separado. Nada de llamadas previas entre ellos, ni de esperas compartidas. Yo me encargaré de Daniel y Rubén Soria.

Bernal levantó la vista.

—Rubén aún no está citado.

—Lo estará en diez minutos.

Costa se giró en la silla.

—¿Como testigo o como qué?

—Como hermano del testigo, que recibió una llamada a las 00:23 y que trabaja en seguridad privada.

—No está mal.

Agulló tomó la carpeta de Iker Soria.

Veinte años.

Expediente limpio. Ningún antecedente penal, ninguna denuncia. Apenas un puñado de notas escolares que retrataban al típico chaval que cruza las aulas de puntillas, sin hacer ruido y sin que el sistema educativo deje la menor marca en él.

Según el padrón, vivía con sus padres y su hermano mayor, Rubén Soria, de treinta y cuatro años.

Agulló pasó la página.

Rubén constaba como administrador de Soria Control y Eventos, una firma menor dedicada a la seguridad privada, el control de accesos y la vigilancia en locales nocturnos, fiestas patronales y bolos de segunda fila. Trabajos grises, turnos de madrugada y un catálogo interminable de garitos donde siempre pasaban cosas que luego nadie había visto.

Cerró la carpeta un momento.

A veces los informes acumulaban datos, fechas y declaraciones. Otras veces, en cambio, parecían levantados alrededor de sus propios silencios. Y lo que faltaba en el papel solía ser mucho más jodido de descifrar que lo que venía impreso.

Costa se inclinó hacia ella, bajando el tono lo justo para que Bernal pudiera fingir que no estaba escuchando.

—Rubén Soria no va a venir de buenas.

—No lo he citado por su ternura.

—Está bien, pero no lo aprietes tú sola por una cuestión de orgullo.

Agulló levantó los ojos de la carpeta.

—¿Eso es un consejo profesional, Costa?

—Es un intento torpe de mantenerte entera hasta la cena.

—Hoy te estás luciendo.

Bernal siguió concentrada en sus notas, pero dejó escapar una respiración que casi era una risa.

Agulló sostuvo la mirada de Costa. Había algo en él que permanecía siempre a medio camino de las palabras. Una inquietud silenciosa que regresaba una y otra vez sin llegar a mostrarse del todo. Muy persistente para ser simple compañerismo. Tan contenida, que nunca llegaba a exigir una respuesta.

Costa fue el primero en alejarse.

Siempre sabía dónde estaba el límite y elegía quedarse un centímetro atrás.

—Anotado —dijo Agulló.

—Eso tampoco es un sí.

—Soy la jefa. Es lo que hay.

El subinspector aceptó la respuesta, con una inclinación mínima de cabeza.

Bernal se acercó a la mesa.

—Claudia Vives está abajo. Ha venido con su madre.

—¿Y su padre?

—No. Pero ha llamado tres veces mientras esperaban. En la pantalla aparecía «Papá».

Agulló anotó el dato.

—Vicente Vives.

Costa silbó bajo.

—Constructor, eventos, patrocinio cultural, dos fotos al mes con concejales. Ese Vives.

—Sí, ese Vives —dijo Bernal—. La madre ha preguntado si era necesario que Claudia declarara de nuevo.

—Siempre es agradable cuando una familia poderosa reconoce que hay un problema.

Agulló recogió las fotos y salió hacia las salas.

***

Claudia Vives esperaba sentada, rígida, con el pelo recogido en una coleta y las manos aferradas al bolso. A su lado, su madre mantenía la espalda recta y la mandíbula tensa. No parecía preocupada. Más bien, estaba ofendida por tener que estar allí.

A ojos de la inspectora, parecían dos versiones de la misma defensa: una joven temerosa y una adulta que había aprendido a ocultar el miedo con dinero.

—Claudia —dijo Agulló—. Vamos a hablar a solas.

La madre se levantó.

—Mi hija ya ha declarado.

—Necesitamos profundizar en su declaración. Ha habido novedades.

—Es mayor de edad, pero está nerviosa. Tiene derecho a estar acompañada.

—Tiene derecho a estar acompañada por un abogado si lo desea. También tiene derecho a declarar sin usted.

Claudia miró a su madre.

—Mamá, está bien. No te preocupes.

No estaba bien.

Pero entró.

Bernal tomó asiento a un lado de la mesa, lo bastante cerca para transmitir calma y lo bastante lejos para no resultar intimidante. Agulló se sentó enfrente. Entre las tres quedó suspendido un silencio incómodo. La sala olía a plástico de botellas abiertas y a ese aire reciclado que se acumula en los espacios cerrados.

Agulló dejó la botella de Costa sobre la mesa. Solo entonces se dio cuenta de que la había traído consigo.

—Hemos encontrado una prenda compatible con Álex —dijo—. Necesitamos que nos ayudes con esto.

Claudia palideció.

—¿Está…?

—Es una zapatilla. Nada más.

La chica exhaló lentamente.

Rojo habría interpretado aquel alivio como una confesión incompleta. Agulló lo sabía. También sabía que le habría advertido que tuviera cuidado

con la esperanza, porque a veces no era más que otra forma de manipulación.

Apartó la idea.

Él no estaba allí.

—Necesito que volvamos a la noche en que Álex desapareció —dijo Agulló—. No a la versión edulcorada que me habéis intentado colar hasta ahora, sino a la verdadera. A lo que realmente ocurrió.

—Ya se lo he dicho.

—No. Me has dado la versión que habéis acordado.

Claudia apretó el bolso.

—No hemos acordado nada.

Agulló le entregó una hoja con la línea temporal. No incluyó la foto de la zapatilla.

—Mira. Álex envía un mensaje a Dani a las 00:08. Tú dices que se marcha a las 00:15 —explicó Agulló, repasando la secuencia mientras Bernal observaba a la chica sin apartar la vista—. Hasta aquí, todo correcto, ¿verdad?

—Sí. Eso fue lo que dije.

—Bien. Luego Iker llama a Rubén a las 00:23. Álex llega en autobús a la 1:34 y su móvil pierde la señal a la 1:58.

—Pero...

—A las 11:17 se ve a alguien con gorra en la zona de Lo Morant. El móvil se activa a las 11:31 y encontramos una zapatilla. —Agulló apartó la hoja y miró a Claudia fijamente—. Si quieres seguir insistiendo en que solo fue una discusión, hazlo. Pero ten en cuenta que cada minuto que falta en esta hoja lo acabará llenando alguien peor que tú.

Claudia miró la línea temporal.

—Rubén no hizo nada.

Bernal dejó de escribir.

Agulló no se movió.

—Yo no he mencionado a Rubén.

La chica abrió la boca, pero se contuvo.

—No fue como Dani lo está contando.

Las dos inspectoras intercambiaron una mirada.

—¿Por qué llamasteis a Rubén?

—Yo no lo llamé.

—He dicho que llamasteis.

—Fue Iker. Porque Dani se puso… Porque Álex estaba muy pesado.

—Define pesado.

—No quería irse.

—¿De dónde?

Claudia tragó saliva.

—Del bar.

—Del bar —repitió Agulló—. ¿Rubén llegó al bar?

—No.

—¿Lo viste esa noche?

—No.

—¿Hablaste con él?

—No me acuerdo.

Bernal intervino.

—Claudia, tienes miedo, y lo entiendo. Pero si ese miedo te lleva a proteger a alguien que hirió o agredió a Álex, también te está haciendo daño a ti.

—Como si Álex hubiera sido el problema.

—¿Y no lo fue?

—Álex era un bocazas. Nada más.

La pantalla del móvil de Claudia se iluminó sobre la mesa. Era una llamada de su padre. Claudia cubrió el teléfono con la mano sin siquiera mirarlo.

Agulló señaló el móvil.

—¿Tu padre sabe qué pasó?

—Mi padre no tiene nada que ver.

—Otra respuesta a una pregunta que no he hecho.

Claudia se levantó de golpe.

—Eso es todo lo que tengo que decir. Quiero irme.

La inspectora no se lo impidió.

—Puedes. Pero antes escucha esto —dijo, apretando los labios—. Álex estaba vivo después de vuestra pelea. Herido y algo desorientado, tal vez, pero vivo. Si alguien pudo ayudarlo y no lo hizo, la diferencia entre la cobardía y el delito es muy pequeña. Y créeme: cargar con la idea de no haber ayudado cuando aún se podía pesa toda la vida.

Claudia tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no lloró.

—Vosotras no podéis protegerme de ellos.

Bernal habló muy bajo.

—¿De quiénes?
La chica cogió el bolso de un tirón.
—De nadie. No he dicho nada.
Salió sin despedirse.
Agulló se quedó mirando la puerta cerrada.
No había confesado.
Había hecho algo más útil.

16

Rubén Soria llegó a las 18:03.

Agulló lo observó avanzar por el pasillo. Llevaba una camisa azul oscuro y la barba cuidadosamente recortada. En la muñeca brillaba un reloj barato. Nada llamaba la atención por separado. Era el conjunto lo que le producía desconfianza: aquella serenidad medida, aquella forma de ocupar el espacio sin imponerse. El tipo se había pasado años perfeccionando el arte de no dejar un solo cabo suelto.

No venía solo.

Iker caminaba pegado a él. Arrastraba unas ojeras densas y una película de sudor frío le brillaba sobre el labio superior. Mantenía los ojos clavados en las baldosas, como si cruzar la mirada con cualquiera supusiera una condena. Un par de pasos por detrás, Daniel Berenguer cerraba la marcha en silencio. Conservaba la misma chulería que el día anterior, solo que ahora la arrogancia se le había calcificado en la mandíbula y en la rigidez de los hombros.

Entraron los tres en bloque, aunque nadie les había dado permiso para hacerlo. Agulló estudió el cuadro unos segundos. Había algo revelador en ese pequeño movimiento. Cuando la gente siente el aliento del lobo en el cuello, se atrinchera junta, buscando refugio en el único rincón donde cree que todavía pincha y corta algo.

—Inspectora Agulló —dijo el mayor de los tres—. Soy Rubén Soria. Iker me ha avisado de que querían hablar conmigo.

—A Iker llevábamos tiempo queriendo verlo. A usted queremos verlo hoy.

Rubén aceptó el matiz sin pestañear.

—Lo que pueda ayudar.

Costa, apoyado en el mostrador del pasillo, miró la tableta. Bernal salió de la sala contigua y observó a Iker, que desvió la mirada.

—Lo haremos por separado —dijo Agulló.

Rubén puso una mano breve sobre el hombro de su hermano.

—Está nervioso.

—Entonces lo hará mejor sin público.

Daniel soltó una risotada burlona.

—Vais fuerte para no tener nada.

Agulló lo miró.

—Tú vienes conmigo, por listo.

La risa se le quedó a medio camino.

Bernal se llevó a Iker. Costa pidió a Rubén que esperara en la sala tres. Agulló entró con Daniel en la sala dos.

***

Daniel Berenguer se sentó como la primera vez, con los hombros relajados, la mandíbula en alto y el móvil boca abajo sobre la mesa. Intentaba ganar espacio, demostrar confianza y masculinidad. El problema era que Agulló había tratado con suficientes tipos como él para saber cuándo alguien era peligroso y cuándo solo necesitaba parecerlo. Además, se dio cuenta de que repetía algunos gestos del día anterior, lo que también era una forma de no salirse del personaje que lo protegía.

—¿Has hablado con Rubén antes de venir? —preguntó la inspectora.

—No.

—Habéis llegado juntos.

—Pura coincidencia.

—No me insultes tan pronto, que la tarde es larga.

El chico se inclinó hacia delante.

—Mira, Álex se fue con vida. Lo habéis visto en el vídeo. Punto. Se acabó. Si luego se metió en alguna bronca, no es mi culpa, ni mi problema.

¿Me entiendes o no?

—Te entiendo. Tal vez seas tú el que no entiende de qué va esto.

—Esto va así porque es la verdad.

—También puede ser una verdad a medias. Tú y tus amigos tendéis mucho a contar solo la parte que os conviene.

—Que no, joder. Es la verdad y punto.

—Suenas como un disco rayado.

El chico apretó los dientes. Agulló tomó una fotografía borrosa de la figura con gorra y la dejó sobre la mesa sin soltarla del todo.

—¿Quién es?

Daniel miró medio segundo. Suficiente para ella.

—Ni idea.

—Si no has mirado.

—Porque no se ve una mierda.

—Pero te ha dado tiempo a saber que no eres tú.

—Es que no soy yo.

—¿Rubén?

Hizo una pausa mínima.

—Tampoco.

—¿Iker?

—Menos.

—Por lo menos reconoces lo que no se ve.

Daniel apartó la cara.

En la sala contigua, Bernal hablaba con Iker. A través del cristal esmerilado solo se distinguían sombras, pero Agulló imaginaba la escena: Bernal guardando silencios mientras Iker los llenaba torpemente. Esa era su especialidad. No rompía a las personas; les permitía experimentar por sí mismas el peso de lo que llevaban encima.

Daniel golpeó la mesa con dos dedos.

—¿Puedo largarme ya o qué?

—Vamos a esperar un poco.

—¿A qué?

—A que tu memoria mejore. ¿Agua?

Agulló dejó a Daniel en la sala dos, con un agente en la puerta y el móvil boca abajo sobre la mesa y entró en la sala tres.

17

Rubén Soria estaba sentado con las manos juntas, sin tocar el vaso de agua. Observaba la cámara de la esquina, la posición de la mesa, la puerta y el espejo.

«¿Costumbre o cálculo?*»*, se preguntó Agulló al verlo.

—Gracias por esperar —le dijo.

—Entiendo que hacen su trabajo.

—Qué alivio. Uno que colabora.

Rubén sonrió muy poco.

—Mi hermano es un buen chico. Se asusta. Dice tonterías cuando se asusta.

—Anoche se asustó a las 00:23.

La sonrisa desapareció.

—Me llamó.

—Eso ya lo sabemos. Ahora me interesa por qué lo hizo, porque ninguno de los dos nos lo ha contado.

—Me dijo que Álex se había puesto agresivo, que había discutido con Dani y Claudia, sus amigos... y que luego se había ido solo por ahí.

—¿Para eso llama a su hermano mayor de madrugada? Parece un poco ilógico, ¿no cree?

—Iker me llama por muchas tonterías. Soy su hermano mayor y también su apoyo. Todos necesitamos uno a esa edad.

—¿Dónde estaba usted, Rubén?

—En casa. Ya lo saben.

—¿Puede acreditarlo?

—Vivo solo, pero tengo vecinos. Seguro que algo oyeron.

Qué cómodo para dormir. Qué incómodo para declarar.

—Seguro.

Rubén bajó la mirada al vaso.

—No fui al bar. No vi a Álex esa noche. No lo toqué. No sé dónde está, si eso es lo que les preocupa.

Cuatro negativas limpias.

—¿Y esta mañana? —preguntó Agulló.

—Trabajando.

—¿Dónde?

—En una nave de la empresa, preparando material para un evento.

—¿Solo?

—Con un empleado. Puede confirmarlo.

—Lo hará.

Agulló dejó sobre la mesa la captura de la figura con gorra.

Rubén la miró con más cuidado que el amigo de su hermano.

—No sé quién es, la verdad. Tampoco es que se vea muy bien.

—No he preguntado todavía.

—Ya, pero imagino que lo iba a hacer. Se ve poco.

—Pero suficiente para negar o afirmar.

Rubén levantó los ojos.

—Inspectora, si quiere insinuar algo, insinúelo. Si quiere preguntarme, pregunte. Le estoy diciendo que no sé quién es esa persona.

Era bueno. No era brillante, pero tenía intuición y sabía mantenerse al margen, sin ponerse nervioso, ni volverse violento. La diferencia era peligrosa, los brillantes se enamoraban de su propia inteligencia y los buenos simplemente se dedicaban a gestionar la mentira.

—¿Por qué Claudia dice que vosotras no podéis protegerla de ellos?

Por primera vez, algo le cruzó la cara.

—¿Cómo? ¿De quién?

—De ellos. Eso ha dicho.

—Claudia es una chica muy dramática, diga lo que diga o se refiera a lo que se refiera.

—Qué curioso. Su amigo Daniel dice lo mismo de Álex.

—Serán tal para cual.

—¿Claudia y Álex?

—Los niños de familias adineradas se aburren y suelen tener carencias afectivas. O eso dicen los psicólogos.

—Usted no viene de una familia con dinero.

—No. Por eso trabajo desde los dieciséis años.

—¿Para familias con dinero?

Rubén sostuvo la mirada.

—Para quien paga. ¿Qué más da eso?

Agulló sintió que aquella frase arrastraba un mundo entero detrás, un territorio hecho de favores, accesos discretos y zonas grises donde las normas parecían doblarse sin llegar a romperse.

La puerta se abrió. Costa asomó la cabeza.

—¿Tienes un segundo?

Agulló resopló y salió al pasillo.

—¿Es importante?

Costa le mostró la tableta. La imagen procedía de otra cámara, situada en una salida hacia Virgen del Remedio. A las 11:21, un automóvil oscuro pasaba lentamente durante cuatro segundos. La matrícula mostraba los números 7381, aunque las letras se veían borrosas.

—No me sirve —dijo Agulló.

—Espera.

Costa abrió otra pantalla con el primer cruce de matrículas parciales obtenido a través de cámaras municipales, registros de tráfico y consultas a la DGT. De pronto aparecieron tres posibles coincidencias. Una de ellas correspondía a un Seat León oscuro con matrícula 7381 LMF. El vehículo figuraba a nombre de Soria Control y Eventos, S. L.

Agulló miró hacia la sala tres. Rubén seguía sentado, quieto, de espaldas al cristal y con una postura relajada.

—Esto está mejor. ¿A qué hora?

—A las 11:21. Cuatro minutos después de que apareciera la figura con gorra. Diez minutos antes de que el móvil volviera a conectarse a la red.

Bernal salió de la sala uno, con gesto serio.

—Iker acaba de decir que Rubén «solo quería arreglarlo». Luego ha rectificado y se ha mordido la lengua.

Agulló se dio cuenta de que las piezas aún no encajaban del todo, pero ya comenzaban a rozarse por los bordes. Regresó a la sala tres con la tableta

apagada en la mano.

Rubén la miró entrar.

—¿Todo bien, inspectora? ¿Alguna novedad?

Ella se sentó despacio.

—Eso iba a preguntarle.

Él no respondió.

—¿Esta mañana estaba trabajando en la nave?

—Sí.

—¿Dónde estaba su coche?

Rubén tardó una fracción de segundo en responder.

—En la nave.

—¿Seguro?

—Sí.

Agulló encendió la pantalla del dispositivo y la giró hacia él.

El Seat León oscuro apareció congelado en la imagen.

El interrogado no se movió. Ese fue su primer error. La inspectora sabía que la mayoría de los inocentes se acercaban para ver mejor y buscaban explicaciones inmediatas. Él se quedó inmóvil para no ceder nada.

—Ese coche pertenece a su empresa —dijo Agulló—. Sale del parque Lo Morant cuatro minutos después de que una figura con gorra entre en la zona donde aparece la zapatilla. Diez minutos antes de que el móvil de Álex vuelva a conectarse a la red.

Rubén miró la imagen. Luego a ella.

—Tenemos tres coches.

—Entonces empezaremos por los tres.

—Los usa el personal.

—Entonces empezaremos por el personal.

—Inspectora, está construyendo mucho con muy poco.

Agulló guardó la tableta.

—No. Todavía estoy poniendo un poco de orden —dijo, mirándolo fijamente—. Construir vendrá después.

Fuera, Daniel elevó la voz en el pasillo. Iker respondió con algo inaudible. Bernal les pidió calma mientras Costa se acercaba a ellos.

Rubén giró la cabeza apenas, como si quisiera controlar la escena sin levantarse.

Agulló lo notó.

—Su hermano le tiene miedo —dijo.

El interrogado volvió a mirarla.

—Mi hermano le tiene miedo a todo.

—¿Y Claudia Vives?

—Claudia tiene un padre y no soy yo. Pregúntele a él, que la conocerá mejor.

—Le preguntaré cuando proceda.

Rubén sonrió entonces, pero la sonrisa ya no era gentil. Algo se había terminado en esa conversación.

—Tenga cuidado con lo que cree que sabe.

Agulló se levantó.

—Eso también me lo dicen mucho. ¿Es una amenaza?

—En absoluto. Pero puede causar mucho daño a las familias.

—Sobre todo a la que no encuentra a su hijo.

Al salir, Costa la esperaba con el semblante serio.

—¿Lo tenemos?

Agulló miró a través del cristal. Rubén Soria seguía sentado donde lo había dejado, inmóvil, con las manos entrelazadas y la espalda recta. Parecía tranquilo. Pero ella ya había visto ese brillo antes: una tensión mínima en la mandíbula, una rigidez apenas perceptible en los hombros. Señales de alguien que empezaba a comprender que ya no controlaba la partida.

—No, no lo tenemos —dijo—. Pero estamos acercándonos.

18

A las 18:47, Rubén Soria seguía en la sala tres, impecable, con las manos entrelazadas. Daniel Berenguer se había quedado en una silla del pasillo, vigilado por un agente, fingiendo que el móvil le importaba más que la puerta. Iker estaba con Bernal, cada vez más pequeño dentro de su propia ropa.

Agulló llevaba demasiado tiempo de pie.

Lo notó al mirar la pizarra y darse cuenta de que las líneas empezaban a mezclarse.

Muchas piezas.

Y ninguna encajaba todavía.

Necesitaba un respiro.

Costa apareció a su lado.

—Ruiz dice que puede entrar mañana a primera hora con el equipo completo. Nuria y Rafael han firmado el consentimiento, pero Bernal ha pedido que no entremos hasta mañana.

—Qué poca fe.

—Bernal sabe lo que hace.

—Mañana a primera hora. No lleguéis tarde.

La subinspectora salió de la sala uno con la libreta cerrada.

—Tenemos veinte minutos.

—No tenemos veinte minutos —respondió Agulló.

—Sí los tenemos. Ruiz todavía no ha llegado, el consentimiento está firmado y Molina está arriba intentando decidir si llama a Jefatura antes o después de equivocarse. Así que tenemos veinte minutos.

Costa señaló la calle con la barbilla.

—¿Quién se viene al bar?

Agulló negó con la cabeza.

—Id vosotros.

—No, tú te vienes —dijo Bernal.

—Yo me quedo. Quiero darle una vuelta a esto.

—No —replicó su compañera con calma—. Cruzas la calle, te sientas diez minutos y te tomas algo que no haya salido de una máquina. Luego vuelves y sigues fingiendo que eres de acero. ¿Te parece?

Costa no añadió nada.

Eso fue lo que terminó de convencerla.

Bajaron por la escalera lateral y cruzaron hacia el bar de enfrente, un local de barra grasienta que había digerido más confidencias policiales que la mitad de los juzgados de guardia de la ciudad. El camarero levantó la vista del trapo al verlos entrar. No hizo preguntas. En ese mostrador, el silencio era la única propina que importaba.

—Una caña —dijo Bernal.

—Café solo —pidió Costa.

El camarero miró a Agulló.

—Lo mismo de siempre.

Ella tardó un segundo en recordar qué era lo de siempre.

—Una cerveza.

Se sentaron a una mesa junto a la ventana. Desde allí se veía la fachada de la comisaría, la puerta de entrada, los coches patrulla y dos agentes fumando como si el humo pudiera borrarles el turno. A veces, las jornadas se hacían eternas para todos. La tarde caía sobre la fachada de cemento y el cristal del bar devolvía sus rostros mezclados con la calle.

Bernal bebió un trago largo.

—Lo necesitaba.

—Se supone que estamos de servicio —respondió Costa.

—Son cervezas sin alcohol, zoquete —dijo Bernal—. Empiezas a parecerte a Gómez.

Agulló soltó una risa breve. No llegó muy lejos, pero salió.

Luego, la subinspectora adoptó un tono más serio.

—Claudia tiene miedo de verdad.

Agulló dejó el botellín sobre la mesa sin tocarlo.

—Sí.

—Y no solo de Rubén Soria.

Costa removió el café.

—¿De quién, entonces?

Agulló observó la espuma de la cerveza, intacta.

—Del padre.

—Puede ser —dijo Costa.

—No te convence mi criterio.

—Soy prudente, nada más.

Bernal apoyó los codos sobre la mesa.

—La chica ha dicho «ellos», no «él». Eso no se le escapa a alguien que esté improvisando.

Agulló lo sabía. También sabía que una palabra podía arruinar una investigación, si se interpretaba antes de tiempo.

—Soria ha traído a su hermano y a Daniel como si fueran dos perros con correa.

—Y tú casi le tiras de la suya —dijo Costa.

Agulló giró la cabeza.

—¿Casi?

—Se te notaba con ganas.

—No me digas.

—Te lo digo.

Bernal dejó el vaso.

—Vale. Ya que estamos todos tan cómodos fingiendo normalidad, ¿vamos a hablar de qué coño pinta Rojo ahora, o seguimos actuando como si hoy no se hubiera colado en mitad de una escena?

El nombre cayó sobre la mesa con más peso que las tres bebidas juntas.

Agulló no respondió.

Costa, sí.

—Ese es el problema.

—Ha hecho una observación.

—Hizo tres. Y una de ellas te cambió la cara. Pero el problema no es ese. El problema es cómo demonios sabía que estábamos allí.

—Un soplo.

—¿Tuyo?

Bernal lanzó a Costa una advertencia muda, pero él no frenó.

—No estoy diciendo que se haya equivocado —añadió—. Digo que Rojo no puede aparecer en una escena abierta, dar su opinión y marcharse como si no hubiera pasado nada.

—No se ha marchado —dijo Agulló—. Le he dicho que se fuera. Rojo no puede participar en el caso.

Costa dejó con cuidado la taza sobre el plato.

—Peor me lo pones.

Ella lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que es como el perro del hortelano. Siempre está rondando cuando tú estás metida en un caso.

Bernal esbozó un gesto mínimo con la cabeza, como si aquella lectura le pareciera tan acertada como incómoda.

Agulló le dio por fin un trago a la cerveza. Estaba helada, pero no le supo a nada. Le bajó por la garganta como agua con gas, sin limpiar el sabor a fango que arrastraba desde la acequia.

—Rojo ve cosas. Fue un buen inspector. Quizá le falten formas, pero solo intenta ayudar.

—Está en juicios —dijo Costa—. Y eso pone en peligro nuestro trabajo. Y nuestros puestos.

—No os va a entorpecer.

—Por supuesto. Pero ¿y a ti?

Agulló dejó el botellín sobre la mesa.

—Ten cuidado.

—Lo tengo. Por eso te lo digo aquí y no delante de él.

Durante unos segundos solo se oyó la televisión sin voz.

Bernal intervino en voz baja.

—Costa no está diciendo que no hables con Rojo.

—Qué alivio. Ahora, ¿tú también?

—Está diciendo que, cuando aparece Rojo, algo cambia en ti.

Agulló miró a Bernal y luego a Costa.

—¿Y cómo cambia?

Costa guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Como si le debieras algo.

Le debía algo. Y no tenía que ver únicamente con Rojo, ni con ese enredo de cables cruzados que ninguno de los dos sabía muy bien dónde coño

colocar. Era algo mucho más primario. Más oscuro.

El hallazgo de la caja fuerte seguía pesándole en el estómago con el mismo lastre que el recuerdo de su padre. Aquellos informes bajo cuerda y los secretos del padre se alimentaban de la misma sombra, una mancha que todavía no alcanzaba a descifrar del todo. Había devorado suficiente papel para tener claro que el rompecabezas estaba incompleto, que le faltaban las esquinas de la foto, y sospechaba que más de una de esas piezas esenciales se las guardaba Rojo en el bolsillo de la chaqueta.

—Rojo no forma parte de este caso —dijo Agulló, con una firmeza que sonó a recordatorio para sí misma.

Costa asintió despacio.

—No. Y eso también me preocupa.

Bernal los observó en silencio. Donde los demás veían un muro, ella encontraba una fisura.

—El caso ya es bastante complicado como para mezclarlo con fantasmas personales.

—Gracias por la frase de taza —dijo Agulló.

—De nada.

Costa soltó una risa breve. Agulló no llegó a sonreír, pero algo en la mesa se aflojó un centímetro.

Bernal se recostó en la silla.

—Dicho esto, no quiero hacer de abogada del diablo, pero Rojo tiene razón en una cosa.

Costa la miró.

—Eso no ayuda.

—Es prudente no confundir una señal de vida con una persona viva —dijo ella—. Es una buena advertencia. Dolorosa, pero necesaria.

Agulló tragó saliva.

—Lo sé.

—Pero no la estás teniendo en cuenta, jefa.

19

A las 9:17 de la mañana, alguien había preparado la habitación de Álex Roldán para que mintiera.

Había una estela de desodorante en el ambiente, sudor seco y una desorganización juvenil que aportaba normalidad.

Agulló se quedó en el umbral unos segundos antes de entrar.

Los cuartos de los desaparecidos siempre destilaban una atmósfera engañosa. Parecían congelados en el tiempo, porque nadie se atrevía a mover un solo mueble, pero la mirada de los que entraban a buscar respuestas ya lo había contaminado todo.

Una camiseta tirada sobre el respaldo de una silla dejaba de ser simple desorden adolescente para transformarse en un indicio. Un cajón a medio cerrar ya no era una muestra de pereza; pasaba a interpretarse como el rastro urgente de una huida. Una cama deshecha podía significar que el chaval era un desastre, o que esa noche ya sabía de sobra que no pensaba regresar.

La madre del chico estaba detrás de ella, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—No he tocado nada desde ayer.

Rafael, que se apoyaba contra el marco del pasillo con los hombros hundidos, intervino:

—Yo sí eché un ojo la otra noche

La inspectora se volvió hacia él.

—¿Qué es «un ojo»?

—A la mochila. Ya lo dije.

—¿Ha abierto los cajones?

—Uno.

—¿Y el armario?

—Solo comprobé si faltaba ropa.

—¿Y debajo de la cama?

El hombre tardó un segundo, confundido por no haber pensado en ello.

—No.

Agulló registró mentalmente el desfase de tiempo.

Costa entró en el cuarto calzándose los guantes de nitrilo, con una cámara compacta colgada del cuello. Se movía con pies de plomo, midiendo cada pisada para no contaminar el suelo. Bernal se plantó cerca de Nuria. No buscaba reconfortarla; su lenguaje corporal delataba que solo pretendía ejercer de barrera, evitando que un cañonazo de dolor empujara a la mujer a tocar lo que no debía o a reventar el frágil equilibrio de la escena. Un paso por detrás, Ruiz soltó una maleta rígida de polímero sobre el escritorio. Escaneó el cubículo en silencio, con una frialdad corporativa. Tenía la pinta de esos tipos que devoran tantas horas de código y pantallas, que acaban fiándose antes de una máquina que de cualquiera que respire.

El cuarto era un nicho. La cama encajonada contra el tabique y un escritorio donde morían un monitor externo, un portátil cerrado y una silla de oficina, con el tapizado gastado. En la estantería se apilaban manuales de formación profesional que daban la impresión de llevar meses criando polvo, flanqueados por dos novelas negras de Pierre Lemaitre, una figura de Darth Vader, una camiseta del Hércules en el respaldo y una bolsa de deporte vacía, tirada en el suelo como un pellejo muerto.

—Esa no es la mochila —soltó Rafael.

Agulló apuntó a la bolsa vacía con la punta del bolígrafo.

—¿Cuál falta exactamente?

—Una negra, de nailon, con un parche rojo cosido delante. Tiene la cremallera del bolsillo lateral jodida, enganchada en un lado.

—¿Tiene alguna foto donde se vea?

El tipo torció el gesto, soltando un resoplido amargo.

—No me dedico a hacerle fotos a las mochilas de la familia, inspectora, como comprenderá.

—La tiré —murmuró la esposa.

—No la tiraste —dijo él.

—¡Rafael, por Dios!

—Dime que no la tiraste.

La bronca no subió de tono. Los inspectores captaron de inmediato ese runrún extraño en el ambiente, ese compás demasiado medido, como si aquellos reproches domésticos formaran parte de un guion ensayado mil veces de puertas para adentro.

Agulló abrió el armario con la yema de los dedos, despacio. La ropa se amontonaba doblada de mala manera: sudaderas gastadas, vaqueros, un par de cazadoras, unas zapatillas viejas que pedían el retiro y una caja de cartón desbordada de cables y cargadores. No asomaba nada que delatara una espantada a la desesperada, pero tampoco había rastro de esa normalidad cotidiana que te deja respirar. Abajo, en el fondo del mueble, quedaba un hueco limpio.

—¿Falta ropa? —preguntó.

Nuria negó con la cabeza. Rafael no respondió.

Costa fotografió el interior.

—Si se fue con una mochila y algo de dinero, no parece que haya hecho una mudanza.

—A lo mejor no necesitaba más —dijo el padre.

Agulló lo observó.

—¿Qué insinúa?

—Nada.

—¿Quiere que su hijo se haya ido de verdad?

La pregunta le golpeó en la cara.

—Quiero que esté vivo. Solo eso.

—No es lo mismo, señor Roldán.

Él bajó la mirada y Ruiz se sentó frente al escritorio.

—Tenemos consentimiento firmado, ¿verdad? No quiero meter la mano antes de estar seguro.

Bernal levantó la carpeta.

—Que sí, pesado.

—Voy a comprobar si hay sincronizaciones activas antes de seguir. Si existe algún acceso remoto, sesiones abiertas en la nube o alguien intentando entrar, prefiero detectarlo cuanto antes.

Agulló se acercó.

—Haz lo que tengas que hacer. ¿Crees que puede haber un acceso remoto?

Ruiz conectó un dispositivo de bloqueo y abrió el portátil.

—Puede haber casi cualquier cosa. Lo raro es que la gente todavía se sorprenda.

La pantalla solicitó una contraseña. Nuria dijo una fecha al azar: 1409, pero no funcionó. Rafael sugirió el nombre del perro que habían tenido cuando Álex era pequeño. Tampoco sirvió. Finalmente, Ruiz sacó una unidad externa.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo para jugar a las adivinanzas.

Mientras él seguía a lo suyo, Agulló fue abriendo los cajones uno a uno, deslizando las guías con cuidado. El primero guardaba la cochambre habitual de una vida a medio hacer: tiques arrugados, bolígrafos mordidos, la pulsera de tela de un festival, calderilla y un mechero sin gas. En el segundo dio con un fajo de folios doblados y una libreta emborronada de frases inconexas, títulos de canciones y garabatos geométricos repetidos hasta la náusea. El tercero hizo que se le afilaran las pupilas. Había una navaja multiusos, un cargador obsoleto y una tarjeta microSD suelta, sin funda de plástico.

—Costa, mira esto.

Él se acercó.

Agulló señaló la tarjeta.

—Ponla en una bolsa aparte. Que Ruiz la clone.

Nuria dio un paso.

—¿Eso qué es?

—No lo sabemos todavía.

Rafael se pasó una mano por la nuca.

—Álex guardaba todo tipo de chatarra tecnológica. Cables, tarjetas, móviles viejos... Le gustaba coleccionar esas cosas. No todo tiene por qué significar algo.

—Eso espero —dijo Agulló.

Pero no era así.

Ruiz logró acceder al sistema sin alterar nada. La pantalla se llenó de carpetas e iconos. Durante unos minutos nadie habló. Ruiz trabajó en silencio, comprobando datos, registrando horas y copiando información. Era un trabajo lento y meticuloso, de esos que apenas dejan huella mientras se hacen.

Entonces, en la pantalla del portátil que Ruiz acababa de pinchar, saltó la primera carpeta con un nombre que desentonaba por completo.

SANTOS.

Dentro no asomaba ni un solo rastro que tuviera que ver con la religión tradicional.

Eran imágenes de cruces invertidas, grabados medievales y símbolos arcanos trazados en círculos imperfectos. También se amontonaban capturas de pantalla de foros clandestinos de internet, madrigueras llenas de alias absurdos e hilos de conversación cifrados, jodidamente difíciles de seguir. No era la escena de un crimen propiamente dicha. Para una madre aquello era mucho peor: era tropezar de frente con una parcela de su propio hijo de la que jamás había tenido la menor sospecha.

Nuria se tapó la boca con las dos manos, ahogando un grito de puro horror.

—¡Virgen Santa! Eso no es suyo.

—No lo sabes —respondió Rafael.

La frase quebró algo entre los dos.

Agulló miró al informático.

—¿Los archivos tienen fechas de modificación?

—Descargas de las últimas tres semanas. Algunas son de hace meses. Hay accesos a foros. Se identificaba con el alias «Nadie_713».

Costa se inclinó hacia la pantalla.

—Original.

Ruiz abrió el historial. Encontró registros de búsquedas sobre desapariciones voluntarias, ritos de purificación, cómo borrar metadatos, autobuses nocturnos en Alicante, cámaras en Lo Morant y símbolos para cerrar pactos.

La tensión se instaló en la habitación.

—No —dijo Nuria—. Eso no, por favor...

Rafael estaba pálido, pero Agulló detectó también algo más. Alivio. Apenas una luz en la expresión, suficiente para verla. Aquello le daba una explicación. Horrible, sí, pero una explicación, al fin. Un hijo extraño, hermético, tal vez metido en algo que no comprendían. Tal vez simplemente desaparecido por voluntad propia.

—Ruiz —dijo Agulló—. Necesito distinguir entre actividad real y actividad plantada.

El técnico no apartó los ojos de la pantalla.

—Dame tiempo y quizá pueda darte algo. Pero no vendas nada seguro a Molina.

Costa señaló una línea del historial.

—«Cámaras Lo Morant», buscado la tarde en que Álex desapareció, a las 18:42.

Agulló se quedó quieta.

La búsqueda se había efectuado antes de la desaparición.

Antes del TikTok.

Antes de la zapatilla.

Rafael habló desde la puerta sin que nadie lo esperara.

—Entonces él ya pensaba ir allí.

Nuria se giró hacia él como si acabara de traicionarla.

Agulló mantuvo la boca cerrada y miró la pantalla. Sabía que aquel era el cortocircuito natural de una madre al comprender el giro más sucio del juego: ver cómo, a ojos de la policía, su hijo pasaba en un parpadeo de ser la víctima desamparada a convertirse en el verdugo.

Hasta entonces habían buscado a un chico desaparecido.

Ahora tenían que preguntarse quién era realmente.

20

A las cuatro menos veinte, Molina ya había encontrado en el ordenador de Álex la explicación que quería encontrar.

Sobre la mesa de la sala de incidencias se amontonaba el botín: la copia forense del portátil, la tarjeta microSD ya precintada en su bolsa de evidencias y un fajo de impresiones con el historial de navegación del chaval. Nadie parecía estar leyendo los mismos datos. El fuego cruzado ya había empezado a subir de tono cuando Agulló echó el freno y pidió prudencia.

Molina, en cambio, iba a lo suyo. El comisario había olfateado algo mucho más jugoso que la verdad; había detectado una narrativa perfecta, una historia golosa que podía empezar a vender a los de arriba mucho antes de que las malditas respuestas se molestaran en aparecer.

—Un chico con búsquedas sobre desapariciones voluntarias, simbología ritual, borrado de metadatos y cámaras de Lo Morant —dijo el comisario—. A ver si ahora resulta que el chaval no era precisamente una víctima inocente.

Bernal, apoyada contra la pared, apretó la mandíbula.

Costa dejó el café sobre la mesa.

—La inocencia no figura en ningún protocolo de búsqueda.

Molina lo ignoró.

—Lo que aparece es contexto. Y esto, nos guste o no, también forma parte del contexto.

Agulló observó el folio donde aparecía la búsqueda sobre las cámaras de Lo Morant. Se había realizado el día anterior, a las 18:42. El usuario activo era Nadie_713. Sesión local. Navegador normal. Nadie había intentado borrar el rastro después.

Todo era demasiado visible.

Esa misma idea le daba vueltas en la cabeza una y otra vez.

—Es contexto contaminado hasta que Ruiz termine —dijo.

—Siempre está contaminado cuando no le gusta lo que hay.

Agulló levantó la vista.

—No me gusta nada de lo que encuentro en este caso.

Molina se acercó a la pizarra. Allí seguían la secuencia del móvil y la zapatilla. Cogió un rotulador y escribió debajo:

«Vida secreta / fuga preparada».

Agulló sintió el impulso de arrancarle el rotulador.

—Borre eso. No tiene gracia.

—No.

—No es una conclusión.

—Es una hipótesis. Una más.

—Es una hipótesis que usted quiere convertir en una conclusión antes de tener pruebas.

El subinspector Gómez, junto a la puerta, intervino con voz suave.

—Inspectora, también debemos contemplar la posibilidad de que Álex estuviera preparando algo por su cuenta. Es posible que la pelea acelerara una decisión que ya había tomado. El móvil, la zapatilla y Lo Morant podrían no ser un montaje externo, sino parte de un plan trazado por él mismo.

Costa soltó una risa sarcástica.

—Claro. El chaval se pega una paliza a sí mismo, después, medio destrozado, baja de un autobús, deja el móvil activo diez segundos y coloca una zapatilla para orientar la búsqueda. Joder, Gómez. Eres el siguiente Harry Bosch.

Gómez no se alteró.

—No he dicho eso. He dicho que no debemos descartar una conducta voluntaria compleja.

—Qué bien suena cuando no sabes qué pasó, ¿eh?

Molina golpeó la mesa con el rotulador.

—Basta ya. Discutir no nos lleva a ninguna parte.

Agulló no apartó la mirada de la pizarra.

Vida secreta. Fuga preparada.

No pensaba darle la razón al comisario.

Las palabras ya estaban haciendo su trabajo. No necesitaban ser ciertas; bastaba con que parecieran más ordenadas que la incertidumbre que se extendía entre ellos.

En ese momento, Ruiz entró con un portátil bajo el brazo y cara de malas noticias.

—Tengo un informe preliminar y no os va a gustar.

—¡Habla! —ordenó Agulló antes de que Molina pudiera hacerse con la sala.

Ruiz conectó el portátil al monitor.

—Primero, la actividad existe. No es una carpeta creada cinco minutos antes de que desapareciera. Hay un historial de semanas y algunas descargas antiguas. Álex, o alguien usando su cuenta, como ya sabíamos, visitó foros extraños, páginas sobre simbología y violencia ritual. También hay contenido propio de internet adolescente. Y algunas cosas que no lo son tanto.

Agulló sabía por dónde iban sus palabras y agradeció esa pequeña misericordia.

—Segundo —siguió Ruiz—, hay actividad reciente que puede servirnos. Varias búsquedas realizadas antes y después de que Álex saliera de casa encajan demasiado bien con lo que estamos investigando. Lo Morant, cámaras, rutas nocturnas. Utilizó un mapa de código abierto y dejó rastros que no se molestó en borrar. Eso puede significar que estaba planificando algo. También puede significar que alguien conocía su contraseña. O que alguien se sentó delante de ese ordenador sabiendo exactamente qué quería que encontráramos.

—¿Desde dónde? —preguntó Costa.

—De momento, la sesión es local.

Molina sonrió.

—Entonces estaba en su habitación.

Ruiz lo miró con cansancio.

—He dicho sesión local. No he dicho que Álex estuviera sentado en la silla escuchando la banda sonora de Star Wars.

Costa esbozó una mueca divertida.

Agulló señaló el registro.

—¿Hora exacta de la última actividad?

—A las 23:56, casi medianoche. Hay una búsqueda sobre cómo recuperar la ubicación de un móvil apagado. Después no aparece ninguna actividad hasta las 6:12 de esta mañana, cuando se registra un intento fallido de sincronización con una cuenta en la nube.

Cada uno trataba de encajar la pieza en un puzle que acababa de transformarse.

—¿Hoy? —preguntó Bernal.

—Sí. A las 6:12. El portátil estaba apagado, pero la cuenta asociada registró un intento de acceso desde un navegador móvil. Aún no tengo la IP exacta. Puede ser el propio teléfono de Álex intentando sincronizarse. También puede ser otro dispositivo utilizando sus credenciales.

Molina perdió parte de la sonrisa. Parecía no entender ni la mitad de los términos que usaba el informático.

Agulló sintió que el caso volvía a moverse.

—¿Qué hay en la microSD?

Ruiz abrió otra ventana.

—Imágenes y vídeos. Nada concluyente aún. Mucha basura. Capturas de chats. Dos vídeos dañados. Y una carpeta oculta llamada «Sala».

Costa se enderezó.

—¿Sala?

—Todavía no puedo abrirla del todo. Los archivos están corruptos o se copiaron mal. Pero los nombres corresponden a fechas. Tres son de hace una semana y uno, de anteayer.

Agulló recordó la frase de Álex.

«No pienso borrarlo».

La sala.

Daniel.

Claudia.

Rubén.

Algo que no debía verse.

Se guardó la sospecha para sí, blindando el rostro para no reflejar nada. Si abría la boca, Molina se encargaría de empaquetar aquello como una línea oficial de investigación, antes de haber entendido una sola palabra, o peor

aún, lo transformaría en un arma arrojadiza, si veía que el movimiento servía para arrimar el ascua a su propia sardina.

—Trabaja esa carpeta primero —dijo.

Molina señaló la pizarra.

—Eso es estupendo, pero no vamos a ignorar lo demás. Este ordenador nos da motivos para explorar una fuga voluntaria, una conducta errática, una posible autolesión o incluso una puesta en escena por parte del propio desaparecido —apuntó, elevando la voz—. No olvidemos que estamos investigando la desaparición de ese chico.

Bernal se separó de la pared.

—También nos da motivos para pensar que alguien está utilizando su vida privada para desacreditarlo.

Molina la miró como si acabara de reparar en su presencia.

—Subinspectora, las vidas privadas se complican solas con bastante frecuencia. No hace falta desaparecer.

Agulló cerró la carpeta del historial y recorrió la sala con la mirada.

—No habrá ninguna nota, filtración ni comentario fuera de esta sala sobre el contenido del ordenador.

Gómez bajó la mirada.

Molina sonrió.

—¿Me está dando órdenes, inspectora?

—Estoy protegiendo una investigación, comisario.

—Está protegiendo una idea de víctima.

Agulló se acercó a la pizarra y borró con la mano las palabras que Molina había escrito. El rotulador dejó un borrón gris.

—Estoy protegiendo la diferencia entre lo que sabemos y lo que usted necesita contar a los medios. Haga bien su trabajo y nosotros haremos el nuestro.

Durante un segundo, la sala se quedó quieta.

El móvil de Costa vibró. Miró la pantalla.

—La operadora acaba de enviar un primer dato sobre el intento de acceso a la nube de las 6:12. No procede de la conexión de la casa de Álex Roldán.

—Entonces, ¿de dónde?

Costa frunció el ceño al leer la pantalla.

—Una red wifi de una cafetería situada junto a la avenida de Novelda, a nueve minutos a pie de la parada donde bajó del autobús.

Nadie comentó nada al respecto.

En la pizarra, donde Molina había escrito «fuga preparada», solo quedaba un borrón gris. Debajo continuaba la línea temporal: Álex bajaba del N3 a la 1:34, su móvil se silenciaba a la 1:58 y alguien intentaba acceder a su cuenta en la nube a las 6:12, desde una red wifi pública cercana a la zona.

Agulló miró a Molina.

—¿También estaba fugándose a las seis de la mañana, intentando acceder a la nube desde una cafetería cerrada?

Molina no contestó.

Costa amplió el mapa. El punto apareció en azul.

A nueve minutos de la parada.

A cuatro horas de la desaparición.

Y demasiado lejos de casa para ser casualidad.

21

A las cinco y nueve de la tarde, el portátil empezó a señalar a otra persona.

Ruiz había pedido silencio, café sin azúcar y que nadie se le acercara demasiado. En la unidad tenía fama de raro por cosas así. Solo le concedieron el café.

En la sala técnica de la comisaría, el aire estaba viciado y olía a café recalentado y plástico caliente. Agulló mantenía la vista clavada en la pantalla principal mientras Costa, con los brazos cruzados y los hombros caídos, se apalancaba contra una mesa lateral. El cansancio ya no se ocultaba; se les había instalado a todos en las ojeras y en la forma de arrastrar las botas. El búnker era una maraña de cables cruzados, monitores escupiendo ráfagas de datos y un maldito fluorescente de luz blanca que empezaba a taladrarles las sienes.

En el centro del monitor seguía congelado el perfil de «Nadie_713».

Estructuras de carpetas, historiales de navegación, sesiones clonadas, registros de acceso y un goteo sistemático de horas. El material seguía revolviendo el estómago. Imágenes de iconografía turbia, hilos de foros activos a las cuatro de la madrugada, comentarios morbosos sobre desvanecimientos y huidas, rastreos de metadatos y vídeos con una violencia explícita descabellada, descargados de rincones de la red paridos para adolescentes con ganas de jugar a pasar miedo y adultos que ya no tenían ninguna excusa para estar allí dentro.

Agulló se frotó la raíz de la nariz, preguntándose qué diablos buscaba Álex en ese pozo de mierda. Podía ser simple curiosidad, morbo mal digerido, el vacío de la soledad o una rabia sorda que no sabía cómo canalizar. No tenía la respuesta. A veces el detonante era lo de menos; bastaba un mal día para que cualquiera terminara asomándose a la rendija equivocada. El cerebro, cebado con la basura adecuada, es capaz de fabricar su propio agujero negro y quedarse atrapado en el fondo mucho más tiempo del que un tipo cuerdo puede soportar.

Sin embargo, había una parte de todo aquel fango que apestaba inequívocamente a Álex. La inspectora no necesitaba que Ruiz le desglosara el informe pericial para saberlo. El rastro digital tenía una continuidad torpe, larga y profundamente humana. Eran las mismas faltas de ortografía que el chaval repetía en sus libretas. Las mismas descargas absurdas de música. Búsquedas encadenadas con la lógica errática de una obsesión adolescente, no con la precisión quirúrgica de un plan criminal.

Pero otra parte no encajaba.

Ruiz señaló una columna.

—Aquí empieza lo raro. Estas búsquedas se hicieron la misma tarde en que Álex desapareció: «cámaras Lo Morant», «autobuses nocturnos Alicante», «recuperar ubicación móvil apagado». Salen de su sesión de usuario, sí, pero no se parecen en nada a la forma en que él solía navegar.

Costa se inclinó.

—Explícalo como si Molina fuera a escucharlo y fingir que lo entiende.

—El usuario normal de Álex era caótico. Abría diez pestañas, volvía atrás, dejaba vídeos a medias, escribía deprisa y con errores. Eso es propio de alguien disperso, impulsivo o simplemente acostumbrado a navegar sin orden. Estas búsquedas son limpias. Una detrás de otra. Sin cambios de tema. Sin navegación intermedia. ¿Me sigues?

—Alguien con prisa —dijo Agulló.

—O alguien que sabía exactamente qué quería dejar, por si llegábamos hasta aquí.

La frase quedó entre ellos.

Ruiz abrió un gráfico de actividad.

—Además, hay otra cosa. La última sesión de la noche de la desaparición, a las 23:56, no tiene suficientes movimientos de ratón previos para ser navegación normal. Parece una ventana reabierta desde el historial o una búsqueda pegada. Todavía no puedo jurarlo. Pero no me gusta.

—¿Remoto? —preguntó Costa.

—No veo un acceso remoto clásico. Pero sí hay credenciales guardadas y sincronización abierta con la nube. Si alguien tuvo el portátil delante, cinco minutos bastaban para hacer daño. Si alguien tuvo el móvil de Álex desbloqueado, también podía forzar parte de la sincronización.

Agulló empezó a desgranar la secuencia en su cabeza, repitiéndola como un mantra sucio. El teléfono del chaval cobrando vida de golpe en el parque de Lo Morant, escupiendo una señal solitaria entre los árboles. La conexión automática a la wifi de la cafetería a las seis y doce de la madrugada, un rastro digital exacto y frío. Y luego la imagen del autobús, con ese chico de silueta desdibujada bajando torpemente por la puerta trasera, con la cabeza hundida entre los hombros como si intentara desaparecer dentro de su propia cazadora.

—¿Y el intento de acceso de las seis?

Ruiz abrió otra ventana.

—Wifi pública de una cafetería cerrada a esa hora —explicó, señalando la gráfica—. El rúter se quedó encendido toda la noche, que es lo que hace el noventa por ciento de los negocios. Olvídate de tiques de caja y olvídate de consumos. Para colmo, la cámara de seguridad del interior es un adorno que no graba nada. Pero ojo al dato: el acceso no se hizo desde un portátil. Es el rastro de un navegador móvil corriendo bajo Android. Ahora bien, no me pidas milagros, inspectora; con esto sobre la mesa, no puedo asegurarte si era el teléfono de Álex o el terminal de cualquier otra persona usando sus claves de usuario.

Costa soltó aire.

—O sea, alguien estuvo cerca de donde bajó del bus, de madrugada o a primera hora, intentando entrar en su nube.

—Exacto.

—Joder... Y Molina quería vender una fuga con rito satánico.

—Molina vendería cualquier cosa si le sirviera —dijo Ruiz, sin levantar la vista.

Agulló no sonrió. Estaba mirando la carpeta **Sala**.

—¿Eso qué es?

El técnico tardó un segundo.

—Malas noticias, jefa. Los vídeos están dañados.

—Genial.

—Pero tengo una buena noticia: no todos están igual. He recuperado miniaturas parciales.

—Quiero verlas ya.

Ruiz pinchó en una carpeta temporal, haciendo restallar el ratón. En la pantalla brotaron cuatro archivos bautizados a secas con fechas correlativas. Escogió el más reciente, registrado apenas dos días antes de que el chaval se esfumara. La miniatura se tomó su tiempo, parpadeando un instante antes de escupir una imagen mutilada por la corrupción del código: un lienzo de pared oscura, un fogonazo de luz rojiza que lo teñía todo con un tinte de matadero y varias formas abstractas que lo mismo podían ser el contorno de una mesa, un grupo de personas quietas o simples sombras mal paridas por los píxeles rotos. No servía para ponerle cara a nadie ante un juez, ni de coña, pero traía el peso suficiente para que a Agulló se le helara la sangre al comprender que aquella carpeta no estaba allí por un maldito capricho.

—¿Qué coño es eso? ¿Un local? —preguntó.

—Puede ser una sala privada o un trastero con luces horteras. Puede ser cualquier sitio cutre usado para algo peor. No puedo asegurarlo.

Costa señaló una esquina de la miniatura.

—Eso parece un logotipo.

Ruiz amplió la imagen. Píxeles rotos. Una forma blanca sobre fondo negro. Imposible.

—Lo siento. Esto no da para más.

Agulló recordó a Claudia evitando el contacto visual. A Daniel insistiendo en que Álex salió vivo. A Iker justificando que Rubén solo buscaba arreglarlo. A Rubén, quieto, contenido, sospechosamente calmado para alguien que empezaba a perder terreno.

—Clona la microSD completa y prioriza esos archivos.

—Ya está en marcha.

—¿Cuánto tardas?

—Lo que tarde en no estropearse más.

Costa miró a Agulló.

—Esto nos ayuda. No limpia a Álex, pero impide que lo entierren con el portátil.

Ese era el problema.

Le ayudaba demasiado.

El ordenador era una respuesta a medias, un cabo suelto. Mitad verdad, mitad posible montaje. Estaba diseñado para despistar. Sabía que aquello

reanimaba el caso y también inyectaba esperanza. Pero la esperanza, justo ahora, era un arma de doble filo en sus manos.

Su móvil vibró.

Era Bernal.

—Dime.

—Tenemos a una pasajera del autobús nocturno. Ana Beltrán, cuarenta y ocho años, auxiliar de enfermería. La empresa ha cruzado las validaciones y ha llamado al ver el aviso interno. Iba en el autobús. Dice que habló con Álex.

Agulló se incorporó.

—¿Dónde está?

—Viene hacia la comisaría. Llegará en unos diez minutos.

—¿Ha dicho algo más?

Bernal bajó la voz.

—Que el chico estaba vivo, consciente y asustado.

Agulló cerró los ojos un instante.

Costa la miró como si también la hubiera oído, aunque no estuviera en la llamada.

—Voy para la sala dos —dijo Agulló.

Ruiz habló antes de que saliera.

—Inspectora.

Ella se volvió.

—Qué.

El técnico señaló la pantalla.

—No dejes que lo demás tape esto. Ese chaval miraba cosas muy turbias. No debería quedar fuera de la ecuación.

—No busco santos. Busco a un desaparecido. Después, ya veremos. ¿Entendido?

Ruiz asintió.

—Bien. Porque, si alguien quiso manipular lo que vemos, no necesitó inventar nada. Le bastó con usar lo que ya había en el disco duro. Es la mejor forma de que una mentira cuele como verdad.

Agulló le sostuvo la mirada un segundo.

—Y la más cruel.

Salió al pasillo con Costa pegado detrás. Al fondo, la máquina de café escupió un vaso de plástico con un golpe seco. Un agente cruzó con un fajo de folios. Alguien soltó una carcajada en un despacho cercano.

La comisaría seguía a su ritmo, indiferente, como si las palabras ”vivo, consciente y acojonado” no acabaran de reventar el suelo bajo sus pies.

Costa vino a su lado.

—No arranques todavía.

—No estoy arrancando.

—Sí.

Agulló no contestó.

La sala dos estaba vacía.

Sobre la mesa habían dejado dos botellas de agua, una caja de pañuelos y el monitor listo para reproducir el vídeo del autobús.

Bernal apareció al fondo del pasillo escoltando a una mujer menuda. Llevaba el pelo recogido y aún se adivinaba el uniforme sanitario bajo una cazadora vaquera demasiado fina para la hora que era. Caminaba despacio, con los hombros ligeramente encogidos y parecía agotada.

Agulló sintió un leve chasquido, casi físico, en las tripas del caso. Como si una pieza encallada hubiera empezado a desplazarse después de días en punto muerto.

No se permitió llamarlo esperanza.

Pero, por primera vez en muchas horas, aquello no apestaba a trampa.

Parecía una posibilidad.

22

Ana Beltrán no se sentó hasta que Agulló se lo pidió dos veces.

Tenía las manos limpias, las uñas cortas, un arañazo pequeño en el dorso de la muñeca y ojeras de turno largo. Dejó el bolso sobre las rodillas y miró fijamente la pantalla, donde el vídeo del autobús seguía congelado. En el fotograma, Álex Roldán aparecía de perfil, agarrado a la barra metálica. Una silueta borrosa atrapada en un recuerdo inolvidable.

Para Ana, sin embargo, no era una figura sin más.

—Es él —dijo—. El chico del bus.

Agulló se sentó frente a ella. Bernal ocupó una silla a su derecha y abrió la libreta. Costa permaneció junto a la pantalla. Entonces, al alzar la vista, la inspectora vio el reflejo de Rojo en el cristal de la mampara. Estaba en el pasillo, apoyado contra la pared, inmóvil. Tenía la quietud de los hombres que han aprendido a no esperar demasiado de nadie.

No había entrado.

Ni siquiera le habían informado de los avances.

—Cuénteme desde el principio —dijo Agulló, centrándose en lo importante.

La testigo respiró hondo.

—Venía del Hospital General. Había doblado turno porque una compañera no se presentó. Hice transbordo y cogí el nocturno en Alfonso el

Sabio. Estaba agotada. Me senté dos filas detrás de él y pensé que llegaría a casa sin fijarme en nadie. Pero lo vi enseguida.

—¿Él ya estaba dentro?

—No. Subió en la misma parada que yo, creo. O justo después —dijo, intentando ser precisa—. Había gente y mucho ruido. Lo habitual a esa hora. Pero lo vi porque se quedó parado en el pasillo y casi no dejaba pasar a los que bajaban.

Costa abrió una línea nueva en su libreta.

—Eso confirma la subida en Alfonso el Sabio.

Agulló levantó una mano para que no interrumpiera.

—¿Cómo estaba?

Ana miró el vídeo. Esta vez no parecía buscar la imagen, sino comprobar que seguía allí.

—Mal.

—¿Mal cómo?

Ana tardó un segundo en contestar.

—No como alguien borracho. Eso lo habría reconocido enseguida. Trabajo en urgencias, inspectora. Veo chavales borrachos todos los fines de semana. Hacen ruido, se ríen, se tambalean, montan escándalo. Él no. Él estaba intentando mantenerse entero.

Agulló no la interrumpió.

Ana se tocó la comisura de los labios.

—Tenía el labio partido, aquí. Y estaba muy pálido. Sudaba, pero no por el calor; era ese sudor frío que ves en alguien que no está bien. Caminaba encogido, como si cada movimiento le doliera.

—¿Se sujetaba algo?

—El costado. Todo el rato. Como si le doliera al respirar, ya me entiende.

Bernal levantó la vista de la libreta.

—¿Pudo caerse?

Ana negó despacio.

—Puede. Pero no parecía haber sufrido una caída tonta. No un golpe de borrachera contra una farola.

Volvió a mirar la pantalla.

—Ese chico venía de algún sitio. Y no había salido bien de allí.

Agulló sintió que una pieza encajaba, pero no le dio alivio.

—¿Le dijo algo?

—Le pregunté si necesitaba ayuda.

—¿Y?

—Me dijo que no. Pasó todo muy rápido.

—¿Eso fue todo lo que hablaron?

Ana dudó.

—No.

Agulló esperó.

—Le dije que podía llamar a emergencias.

Agulló levantó un poco la vista.

—¿Y qué hizo él?

Ana se quedó mirando el fotograma congelado. Álex tenía la cabeza baja, una mano en la barra, el cuerpo torcido hacia un lado.

—Me miró.

—¿Cómo?

—Como si acabara de traicionarlo. Como si llamar a una ambulancia fuera, para él, lo peor que podía pasarle.

Bernal dejó de escribir.

—¿Le dijo algo en concreto?

Ana asintió despacio.

—Sí. Y eso sí lo recuerdo palabra por palabra.

Agulló esperó.

Ana tragó saliva.

—«No llames a nadie». Eso fue lo que dijo literalmente.

Durante un segundo, nadie habló.

No era solo un chico herido rechazando ayuda.

Era un chico con miedo a que alguien supiera dónde estaba.

Bernal dejó de escribir durante medio segundo.

—Por lo que nos cuenta, estaba asustado.

La mujer no respondió enseguida. Miró el vídeo, como si allí pudiera comprobarlo una vez más.

—Sí. Mucho.

—¿Mucho?

—Intentaba parecer tranquilo, pero no le salía. O iba bajo los efectos de algo que lo tenía bloqueado… Miraba demasiado a su alrededor y apenas se movía. Como esos chavales que creen que, si pasan desapercibidos, nadie se fijará en ellos.

Agulló dejó pasar un segundo.

—¿Miraba a alguien en particular?

—No lo sé.

—Pero miraba.

Ana asintió.

—El móvil. Luego la puerta. Luego hacia atrás.

—¿Una vez?

—Varias. No paraba de hacer movimientos raros.

—Hacia atrás, ¿dónde?

Ana señaló la parte delantera del autobús.

—Hacia los asientos. Y también hacia la ventana.

Costa reprodujo el vídeo interno facilitado por la empresa de transportes. Correspondía a la cámara frontal del autobús. En la esquina superior corría el minutero: 1:25:18. La imagen tenía la calidad mugrienta de las grabaciones nocturnas, granulada y rácana en detalles, pero suficiente para seguir los movimientos de Álex. Se veía subir, validar la tarjeta casi sin mirar, quedarse inmóvil un segundo junto al conductor y, después, enfilar el pasillo.

No caminaba bien. Apenas cojeaba, pero avanzaba con el cuerpo ladeado, protegiéndose instintivamente el costado. Cada movimiento parecía arrancarle una punzada de dolor.

Agulló sintió un alivio tan breve como involuntario.

Álex había subido al autobús por su propio pie. Había hablado. Había rechazado ayuda. Había tenido miedo.

Nada de eso significaba que estuviera a salvo, pero volaba por los aires una parte importante de la historia que otros habían construido para él. No encajaba con la versión de Molina, ni con la de su padre. No parecía un chaval huyendo de las consecuencias de una gamberrada, ni preparando una espantada voluntaria. Era alguien herido, agotado y acojonado, empeñado en llegar a algún sitio o en poner distancia con alguien que le pisaba los talones.

—¿Bajó solo? —preguntó.

Ana miró otra vez el vídeo.

—Sí. Yo bajaba más tarde. Lo vi moverse cuando el autobús paró. Pensé que se iba a caer.

Costa cambió a la cámara trasera. Álex avanzaba hacia la puerta con una mano en la barra horizontal, la cabeza baja y el paso corto.

Estaba concentrado en no caerse.

Al llegar junto a la puerta, se detuvo un instante y giró la cabeza hacia el interior del autobús. La imagen se deformó, pero el gesto era claro.

Había mirado atrás.

—Ahí —dijo Ana.

Costa detuvo el vídeo.

—¿Dónde?

Ana señaló la pantalla sin tocarla.

—Ahí. Justo antes de bajar. Mira hacia dentro.

Costa retrocedió unos segundos y volvió a reproducirlo. Álex llegaba a la puerta, se agarraba a la barra y giraba la cabeza.

—Como si hubiera oído algo —dijo Ana.

Agulló no apartó la vista del fotograma.

—¿Lo oyó usted?

—No. Había demasiado ruido. Unos chicos cantaban al fondo, alguien hablaba por teléfono y el motor apenas dejaba oír nada más. No sabría decirlo.

—Pero él reaccionó.

Ana asintió.

—Sí. Eso sí. Reaccionó.

—¿Alguien bajó detrás de él?

Costa reprodujo los veinte segundos posteriores.

Nadie bajó por la puerta trasera. Por la delantera, una figura se levantó tarde, quedó a medio camino y volvió a sentarse.

Un hombre con sudadera gris.

La cara era una mancha.

—Ese —dijo Agulló—. ¿Lo recuerda?

Ana frunció el ceño. Se inclinó un poco hacia la pantalla.

—No.

—Mírelo bien.

—No lo recuerdo, inspectora. Lo siento.

Costa congeló la imagen.

—Pudo pagar en efectivo o con una tarjeta no registrada.

—Identifícalo.

Costa miró la pantalla.

—Con esta calidad, lo añadiré a mi lista de milagros.

Agulló no le siguió la ironía. Volvió a Ana.

—Cuando Álex bajó, ¿vio algo fuera?

Ana tardó un instante en responder.

—Un coche.

La palabra dejó quieta la sala.

—¿Qué coche?

—No sé. Oscuro. No puedo decirle más. Lo vi por la ventana, solo un momento. Estaba un poco más adelante, con las luces encendidas.

Agulló sintió que la misma pieza volvía a aparecer.

—¿Álex fue hacia ese coche?

—No lo vi. El autobús arrancó enseguida.

—Pero antes de arrancar…

Ana tragó saliva.

—Antes de arrancar, él se quedó mirando hacia allí.

Agulló la miró a la cara e insistió:

—Necesito que esté segura.

Ana sostuvo su mirada.

—Lo estoy.

La sala quedó en silencio.

***

Costa salió a la carrera para pedir ampliaciones de la cámara frontal y rastrear los cruces de tráfico. Bernal acompañó a Ana a firmar la declaración. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Agulló permaneció inmóvil frente a la pantalla. En el fotograma congelado, Álex estaba detenido en el escalón del autobús, suspendido entre bajar o quedarse, entre el miedo y algo peor. Una imagen borrosa. Y, aun así, lo bastante nítida para que la inspectora sintiera que el chaval se le escapaba entre los dedos.

En ese momento, Rojo dio un paso hacia la puerta.

Agulló salió antes de que pudiera cruzarla.

—Ni se te ocurra entrar.

—No estoy aquí por eso.

—¿Qué demonios haces entonces?

—Papeleo. Debo preparar mi defensa. ¿Ya has encontrado al chico?

Agulló no se giró.

—Lo siento, pero tenemos trabajo que hacer.

Rojo se acercó a la pantalla, indiferente.

—¿Iba colocado?

—Pero consciente —respondió ella.

—Y huyendo de alguien.

—Eso también es útil.

—Al menos, su padre estará más tranquilo.

Agulló lo miró entonces.

—Gracias por decirnos tantas obviedades.

Rojo no sonrió.

—No lo serían si me hubieras escuchado a tiempo.

Costa volvió con una carpeta y se detuvo al verlos. Miró primero a Rojo y luego a Agulló. No dijo nada, pero la frase del bar volvió a estar entre los dos.

—Tenemos otra cosa, jefa.

Agulló agradeció la interrupción más de lo que quiso admitir.

—Tú dirás.

La primera era el fotograma del tipo de la sudadera gris, dentro del autobús. La cara seguía siendo un borrón. Solo se distinguían los hombros, la postura tensa y el gesto congelado a medio levantar. La segunda era una captura de la cámara exterior de una gasolinera situada a tres calles de la parada.

Hora: 1:41.

Agulló la cazó al vuelo antes de preguntar. En la imagen se veía un compacto oscuro avanzando despacio por el margen derecho del encuadre. La matrícula era un chiste ilegible y los faros apenas arrancaban destellos del asfalto húmedo.

Y en la esquina inferior, casi fuera de plano, aparecía un peatón.

El cuerpo vencido hacia delante.

Paso irregular.

Cabeza baja.

—¿Es Álex? —preguntó la inspectora.

Costa no contestó enseguida. Se inclinó sobre la captura, intentando arrancarle más detalle a la imagen.

—No puedo certificarlo. Pero la ropa encaja y la hora también. Siete minutos después de bajar.

Rojo miró la fotografía.

—Sigue andando.

La frase cayó en la sala con un peso incómodo. No era una buena noticia. Al menos, no todavía.

—¿En qué dirección? —preguntó Agulló.

Costa señaló el mapa.

—Por lo que parece, hacia Virgen del Remedio. O hacia los solares de detrás de la avenida. La cámara lo pierde aquí.

—¿Y el coche?

—Pasa treinta segundos antes en la misma dirección.

Agulló miró los dos puntos. Un posible Álex avanzando a pie y, unos metros por delante, un coche oscuro. Era una línea corta, imperfecta, pero al fin una línea.

Bernal volvió a entrar.

—La testigo ya ha firmado. Dice que, si recuerda algo más, llamará. Y Andrés Vidal, el conductor del autobús, ha ampliado su declaración. Confirma que el chico estaba vivo al bajar y que el coche seguía con las luces encendidas.

Agulló asentía mientras su cabeza ya corría por calles, cámaras, radios, patrullas, solares y matrículas.

Rojo la observaba con preocupación.

—No te hagas falsas esperanzas.

Esta vez no la enfadó.

—No sabes en qué estoy pensando.

Costa la miró. Bernal también.

Agulló recogió la captura de la gasolinera. El chico borroso caminaba hacia el borde de la imagen, a punto de desaparecer del encuadre.

—Pero mientras el chico respire en una cámara, seguimos detrás —concluyó.

Costa miró el móvil. La expresión le cambió apenas, pero Agulló lo vio.

—¿Qué diablos pasa ahora?

—Es Ruiz. Ha sacado un audio parcial de uno de los vídeos dañados de la carpeta «Sala».

Agulló dejó la fotografía sobre la mesa.

—Ponlo.

Costa activó el altavoz.

Primero llegó el ruido.

Música baja.

Voces mezcladas.

Un golpe seco, quizá una puerta, quizá algo contra una mesa.

Luego una voz masculina, joven, distorsionada, pero inteligible:

—Borra eso, Álex.
Costa no se movió.
Bernal dejó de respirar un instante.
Después brotó otra voz. Más baja. La de un chaval. Pegada al micrófono.
—Ni de coña.
La sala quedó en absoluto silencio.
El chico de la pantalla seguía caminando.
Agulló levantó la vista.
Por fin, empezaba a comprender por qué alguien quería detenerlo.

23

Era la tercera noche que el trabajo se le echaba encima sin que apenas se diera cuenta, y el estómago empezaba a recordárselo a base de latigazos. Cuando abrió la nevera, la inspectora comprendió que llevaba días viviendo como un fantasma en su propia casa.

Dentro había medio limón momificado en un plato, dos yogures caducados, los restos resecos de una comida china que había pedido a domicilio, un par de latas de cerveza, una bolsa de ensalada mustia y una botella de agua con menos de tres dedos. En la puerta, un bote de mostaza y una lata de aceitunas que no recordaba haber comprado jamás.

Pedir comida a domicilio a estas horas ya no era una opción viable.

Cerró la puerta de un golpe.

La cocina estaba limpia. No por orden, sino por puro abandono. El fregadero vacío, la encimera despejada, los vasos alineados en el armario como si nadie los hubiera tocado en meses.

Durante un minuto pensó en ducharse, lavarse el cansancio y meterse en la cama, aunque no pudiera dormir. Luego miró otra vez la nevera y salió sin cambiarse.

Lo más cercano a esas horas era el Supercor que había junto a la parada del tranvía, si no quería acabar pagando los precios desorbitados de las tiendas de alimentación que nunca cerraban. Con los auriculares inalámbricos puestos, escuchaba «Wish You Were Here», de Incubus,

mientras cruzaba la Rambla y se mezclaba con el bullicio de los viandantes que emergían por las escaleras del tranvía como una corriente incesante.

Cuando las puertas automáticas se abrieron, entró en el supermercado y cogió una cesta de plástico.

Se detuvo en mitad de un pasillo y dejó que la mirada recorriera los estantes. Pan de molde, latas de atún, fruta cortada, huevos, café. Productos alineados con una lógica sencilla. Durante unos segundos tuvo la sensación de estar observando objetos pertenecientes a la vida de otra persona.

Aun así, fue llenando la cesta: un paquete de café, media docena de huevos, una bandeja de jamón de pavo, dos yogures, una barra de pan y una bolsa de mandarinas. Pensó que podría hacerse una tortilla francesa al llegar a casa.

Después añadió una pizza congelada, porque las noches largas siempre terminaban exigiendo algún tipo de previsión.

En el pasillo de bebidas, al fondo del reflejo de una nevera, vio a alguien observándola.

No volvió la cabeza. Cogió una botella de agua y utilizó el cristal para mirar mejor. Entre el movimiento disperso de los clientes distinguió una figura inmóvil. Un hombre con cazadora gris, ligeramente girado hacia ella, una cesta colgando de una mano. Permanecía quieto, como si estuviera esperando algo.

Ella no se volvió de inmediato y, cuando lo hizo, el hombre ya no estaba.

—Mierda.

La nuca se le tensó.

Caminó hacia el pasillo central con la cesta colgándole del brazo. Un reponedor abría cajas de leche. Una mujer mayor discutía con el lector de precios. El cajero consultaba el móvil, con la expresión cansada de quien ya había terminado la jornada mucho antes de que cerraran las puertas.

Todo parecía normal.

La figura había desaparecido.

Agulló dejó la cesta junto a las galletas y avanzó despacio.

Entonces oyó una voz.

No reconoció las palabras al principio. Solo el tono. Algo en aquella forma de hablar le resultó familiar.

—No. Mañana no puedo. Que no, joder. Tengo otro encargo...

Se detuvo.

La voz venía del pasillo de productos de limpieza. Agulló se acercó lo justo para observar sin exponerse.

Rafael Roldán estaba junto a los detergentes, de espaldas a ella, con el teléfono pegado a la oreja. Gesticulaba apenas, pero había tensión en sus hombros. Llevaba unos vaqueros, una camisa arrugada y una bolsa de supermercado en la mano libre. Parecía más viejo que aquella mañana. La desaparición de su hijo había dejado otra capa de desgaste sobre su rostro.

—Te he dicho que no —murmuró.

Agulló no respiró.

Roldán escuchó unos segundos. Su mano se cerró sobre el asa de la bolsa.

—No. Ella no sabe nada.

Lo dijo en voz baja. Después giró ligeramente la cabeza.

Agulló reaccionó tarde. Dio un paso atrás y se agachó junto a un estante, fingiendo examinar unos paquetes de detergente. Cuando levantó la vista, Roldán ya la estaba mirando.

Durante un segundo, su rostro quedó inmóvil. Luego parpadeó. La expresión regresó despacio, mal encajada.

—Inspectora.

Agulló salió al pasillo con calma, fingiendo no haber escuchado una sola palabra.

—Vaya... Roldán.

Rafael bajó el móvil.

—Qué cosas, ¿eh?

—Ya.

La escena se tiñó de una tensión rara, difícil de catalogar. Durante unos segundos, ninguno de los dos supo muy bien qué hacer. Rafael bajó los ojos hacia la cesta que ella había plantado junto al expositor de las galletas.

—También compra, entonces.

—Cuando me acuerdo.

Rafael esbozó un amago de sonrisa que se quedó en nada.

—Nosotros… Nuria se ha negado a cenar. He bajado a por cuatro cosas.

En la bolsa de plástico asomaban pan, cerveza, un bloque de tortilla precocinada y cápsulas de café. Una compra rutinaria, casi banal.

—¿Cómo están?

El tipo la midió con evidente recelo.

—¿Eso es cortesía o es parte del interrogatorio?

—Es una pregunta humana. Estoy fuera de servicio.

Por primera vez, un destello de pura rabia le crispó las facciones al hombre.

—Mi hijo lleva tres días desaparecido. ¿Cómo coño cree que estoy?

Agulló le sostuvo el pulso con la mirada.

—No lo sé. Por eso pregunto.

Rafael tragó saliva. Desvió los ojos hacia la salida del súper y luego hacia la línea de cajas.

—Estamos reventados, si le sirve de algo.

—Todos lo estamos.

—No. Usted curra. Nosotros simplemente... esperamos.

En boca de cualquiera, la frase habría sonado lógica. En la de Rafael, en cambio, dejó un regusto extraño. Agulló no logró descifrarlo.

El móvil vibró entre los dedos de Rafael.

Él bajó la vista hacia la pantalla. Durante una fracción de segundo, algo le cruzó el rostro antes de bloquearla y guardar el teléfono.

—¿No contesta?

—No es importante.

—Cójalo si es necesario.

Rafael volvió a mirarla. Esta vez no intentó sonreír.

—Inspectora, ¿me está siguiendo?

Agulló pensó en la imagen de Álex alejándose por el encuadre borroso de la gasolinera. Pensó en Costa pidiéndole que no se precipitara. En Bernal recordándole que estaba ignorando una advertencia que aún no entendían del todo. Y en Rojo, repitiéndole que una señal de vida no era lo mismo que una persona viva.

—No. Esto ha sido una casualidad.

—¡Entonces, déjeme en paz!

Pasó junto a ella sin rozarla.

Agulló permaneció inmóvil hasta verlo llegar a la caja. El cajero pasó los productos por el lector, con desgana. Rafael guardó la compra en la bolsa, pagó en efectivo y salió a la calle sin volver la cabeza.

Ella esperó.

Después dejó la cesta junto a una columna y salió tras él.

Sabía que no debía hacerlo. No tenía nada que justificara una vigilancia. Ni una orden judicial, ni una sospecha sólida. Solo una sensación incómoda que se le había instalado en algún lugar entre el estómago y la nuca.

Algo en Rafael Roldán no encajaba.

No era una cuestión de palabras. Era otra cosa. Los silencios. Las pausas. La forma en que había apagado el teléfono. La manera en que le había mentido.

Lo siguió desde la acera de enfrente.

La noche se había vuelto más fría. Rafael caminaba deprisa, con la bolsa en una mano y el móvil en la otra.

El teléfono le vibró.

Esta vez contestó.

Agulló cruzó cuando el semáforo ya estaba cambiando.

Oyó una sola palabra antes de que el ruido del tráfico la borrara.

Después, nada.

Aceleró el paso.

El hombre dobló por una calle lateral. Cuando ella llegó a la esquina, lo vio detenerse junto a un coche oscuro estacionado en doble fila. La ventanilla del conductor bajó unos centímetros. Solo alcanzó a distinguir una mano apoyada en el volante.

Rafael se inclinó hacia el interior.

Habló unos segundos.

Diez, quizá menos.

Luego el coche arrancó.

Agulló intentó acercarse, pero una furgoneta de reparto se interpuso entre ella y la calzada. Para cuando recuperó la visión de la calle, el coche había desaparecido.

Y Rafael también.

Agulló permaneció en mitad de la acera, inmóvil, mientras la ciudad seguía moviéndose a su alrededor como si no hubiera pasado nada.

24

Al día siguiente, después de que Ruiz pasara media mañana limpiando el audio, la voz seguía sin bastar como prueba para detener a nadie, pero sí para poner en marcha a toda la unidad.

El archivo aún arrastraba música baja, golpes de graves, un zumbido de ventilación y voces superpuestas. Pero la frase principal ya no dejaba demasiado margen a la duda.

—Borra eso, Álex.

La habían escuchado tantas veces que había dejado de sonar como una frase aislada. Ahora parecía una amenaza directa.

Agulló permanecía de pie frente a la pantalla de la sala técnica. Costa, a su lado, tenía los brazos cruzados y la cara de quien ya no distinguía el sueño de la irritación. Bernal observaba desde una silla, con la libreta abierta sobre las rodillas. Ruiz, sentado ante el ordenador, parecía más despierto que cualquiera de ellos.

—¡Otra vez, no! —dijo Costa—. La hemos oído hasta en sueños.

Ruiz no le prestó atención y reprodujo el audio completo.

Primero llegó el ruido: música baja, voces mezcladas, una risa breve. Luego algo golpeó una superficie metálica y el audio pareció abrirse durante un instante. Ahí apareció la frase masculina, clara entre el desorden. Después, casi sepultada por el fondo, llegó la respuesta de Álex.

—Ni de coña.

Ruiz lo pausó.

—He sacado tres capas útiles: la voz, el fondo y algo más. El patrón de compresión del vídeo. Ahí es donde el asunto empieza a ponerse raro.

Agulló lo miró.

—Empieza por lo que puedas demostrar.

—El vídeo original no se grabó con el portátil. Llegó al portátil desde un móvil, copiado mal o de forma interrumpida. Los archivos de la carpeta «Sala» no se crearon ahí. Fueron volcados.

Costa se inclinó hacia la pantalla.

—¿Desde el móvil de Álex?

—No puedo afirmarlo —dijo Ruiz—, pero el patrón encaja con un móvil Android y una aplicación de mensajería. No parece una grabación directa de cámara.

—¿Le mandaron los vídeos?

—O los copió él desde otro sitio. O los sacó de un chat.

Ruiz abrió una miniatura recuperada. En la imagen se veía una pared oscura, un sofá bajo y una luz rojiza que apenas dejaba distinguir los detalles. En un extremo aparecía parte de un cartel cortado; solo se leían dos letras: OS. Junto a él había una figura borrosa, sin rostro reconocible, pero con una pulsera metálica en la muñeca. Delante, sobre una mesa, quedaban varios vasos.

—No me digas que esto es todo —dijo Costa.

—No. Esto es todo lo visible. Lo útil está en el sonido.

Ruiz subió un fragmento. En el fondo, antes de la frase, se oía una voz femenina cantando una palabra en inglés. Luego llegaba un golpe seco y, muy por debajo, una especie de anuncio automático.

—...servado dos... acceso privado.

Bernal levantó la cabeza.

—¿Acceso privado?

—Eso he entendido —dijo Ruiz—. Aunque podría ser «reservado dos, acceso privado». El algoritmo no lo tiene claro. Yo tampoco.

Agulló miró la imagen.

—Sala privada.

El nombre de Óscar Vidal no apareció a la primera. Hubo que arrancarlo de chats viejos, contratos menores, multas de tráfico y relaciones que nadie parecía interesado en reconocer.

—He cruzado «reservado dos», «acceso privado», música ambiente y locales con cámaras interiores —dijo Ruiz—. No es concluyente, pero aparece un nombre repetido en dos chats de Álex: Óscar Vidal. Alias Chispa.

Costa hizo memoria.

—Chispa Vidal. Me suena.

—Antiguo relaciones públicas. Ahora hace recados para locales. Tiene una detención por resistencia, varias identificaciones por trapicheos menores y una denuncia por amenazas que acabaron retirando. También trabajó como portero eventual para Soria Control y Eventos.

Agulló fijó la vista en la pantalla.

—Rubén.

—La conexión es indirecta —dijo Ruiz—. No lo metas en una rueda de reconocimiento por mi culpa.

Costa ya buscaba en la tableta.

—Óscar Vidal estuvo contratado en tres eventos en los que también aparece Daniel Berenguer, como invitado o acreditado. Y en una fiesta privada patrocinada por Vicente Vives hace dos meses.

Bernal cerró la libreta.

—Claudia dijo que no podíamos protegerla de ellos. ¿Creéis que se refería a esta gente?

—Cada vez hay más gente en ese «ellos» —comentó Costa.

Agulló no apartaba la vista del nombre.

Óscar «Chispa» Vidal. Un enlace menor. Quizá testigo, quizá cebo. No parecía capaz de organizar un encubrimiento, pero sí de saber demasiado sobre la gente que podía hacerlo.

—¿Dónde está? —preguntó.

Costa amplió una ficha.

—Último domicilio conocido, calle Teulada. Pero una patrulla pasó hace una hora por otro asunto y no lo localizó. Tiene una moto a su nombre. Multas recientes cerca de unos talleres en Carolinas Bajas. Calle Garbinet, trasteros, garajes, locales cerrados...

Agulló miró el mapa.

Garbinet.

Novelda.

Lo Morant.

Virgen del Remedio.

La misma zona de la ciudad aparecía una y otra vez.

—Vamos para allá.

Bernal se levantó.

—Voy contigo.

—No. Tú localiza a Claudia Vives otra vez. Quiero saber si reconoce el nombre de Chispa, sin enseñarle ninguna ficha. Costa viene conmigo.

Costa alzó las cejas sorprendido y con cierta alegría cogió las llaves.

La puerta se abrió antes de que salieran. Molina entró primero, con el gesto tenso. Detrás apareció Gómez, la tableta contra el pecho y la mirada prudente de quien ya sabía que llegaba en mal momento.

—¿Dónde van? —preguntó Molina.

—A hablar con un posible testigo.

—¿Otro? Demonios, inspectora...

—Es lo que tienen las investigaciones, comisario. Nunca se quedan en una sola persona.

Gómez miró la pantalla.

—¿Ese nombre viene de los vídeos dañados?

Agulló se volvió hacia él. No era una mala pregunta, pero Gómez la había hecho demasiado pronto.

—Viene de varias piezas —respondió.

Molina se acercó a la mesa.

—Necesito que entiendan algo. Desde Jefatura quieren que paremos un poco. No podemos ir detrás de cada nombre que aparece. Tenemos a un desaparecido adulto, un ordenador con material preocupante, una posible fuga voluntaria y demasiadas líneas abiertas.

—Tenemos a un chico vivo y herido en un autobús.

—Hace tres noches.

Costa levantó la mirada.

—No lo dé por perdido por eso.

—No lo doy por perdido —respondió Molina—. Intento que no movamos media unidad cada vez que aparece un nombre nuevo. Vidal puede ser una pista o puede no ser nada.

—Alguien está tocando las pruebas —dijo Agulló—. Y cada vez que nos acercamos, alguien intenta frenarnos.

Gómez intervino con cautela.

—Inspectora, si Vidal tiene algo que contar, quizá sea mejor citarlo formalmente. Ir a buscarlo por los talleres puede asustarlo.

—Si está en Garbinet y no en su casa, ya está asustado, ¿no te parece?

Agulló cogió la carpeta y salió.

***

Costa la alcanzó en el pasillo.

—Menudo gilipollas... Otro lamebotas de Molina.

—A mí tampoco me cae bien.

—Ha preguntado por los vídeos demasiado rápido, ¿no crees?

—Sí.

—No sé si es torpeza o alguien le ha pedido que mida lo que sabemos… Y Molina ha aparecido justo cuando teníamos un nombre. Dime que es otra casualidad.

—También lo sé.

—Y vamos solo nosotros dos.

Agulló se paró en seco.

—¿Qué te da miedo?

—¿A mí? Nada.

Agulló visualizó a Rafael Roldán evaporándose junto a ese coche negro la noche anterior. No le apetecía volver a contemplar una calle desierta.

—¿Quieres pedir refuerzos?

—Eres tú quien manda, jefa. No quiero entrar a ciegas, eso es todo.

Ella lo miró.

Costa no lo decía por protocolo. Era un cóctel de compañerismo, amistad y algo más que le tapaba la boca. Pero, sobre todo, le agobiaba que Agulló se aferrara a cualquier pista que mantuviera con vida a Álex.

—Pedimos un zeta de apoyo y no entramos sin visual.

Costa aceptó porque era lo único que podía conseguir.

***

A las 18:16, Costa recibió el aviso.

—Han localizado la moto de Óscar Vidal junto a unos talleres de la calle Tucumán —dijo—. El zeta está a seis minutos.

—Nosotros a dos.

Costa la miró.

—No entremos hasta que lleguen.

—Primero miramos desde fuera.

—Jefa...

—Desde fuera, Costa. Te lo prometo.

Llegaron a una calle estrecha, flanqueada por talleres cerrados, persianas pintadas y garajes bajos. La moto estaba aparcada junto a la acera: negra, con un adhesivo amarillo en el guardabarros.

Agulló reconoció a Óscar Vidal antes de que él reparara en ellos. Delgado, con barba corta y una gorra baja sobre la frente. Hablaba por el móvil, distraído, hasta que levantó la vista y se cruzó con ellos.

Se quedó quieto al verlos.

Durante un segundo no hizo nada. Solo bajó el teléfono despacio, como si estuviera calculando la distancia hasta la esquina.

Luego echó a correr.

Costa soltó un insulto.

La inspectora salió detrás de Vidal sin esperar refuerzos. No pensó en Molina, ni en Rojo, ni en la advertencia de Costa.

Solo vio a Álex bajando herido de aquel autobús.

Y corrió.

25

Óscar Vidal no corría como un tipo que huyera de la policía por primera vez.

Salió con ventaja suficiente para obligarlos a quemar suela, pero no tanta como para descolgarlos. Al cabo de unos metros empezó a medir el esfuerzo. Miraba atrás con demasiada frecuencia, como si necesitara comprobar algo más que la distancia que los separaba. Titubeaba en las esquinas. Corría por calles que no parecían escogidas al azar.

Agulló lo siguió por la acera. Esquivó un contenedor volcado y oyó la voz de Costa a su espalda, amortiguada por el tráfico.

No redujo la marcha.

El Zeta no debía de estar lejos. Y Vidal seguía a la vista.

De momento, eso era suficiente.

—¡Policía! —gritó—. ¡Vidal, párate!

Pero el sospechoso no obedeció.

Giró entre dos naves bajas sin volver la cabeza. Agulló se metió tras él y, a los pocos pasos, la calle quedó atrás. El tráfico se apagó, sustituido por el eco de sus pisadas contra el cemento.

Oyó un frenazo a su espalda y la voz de Costa maldiciendo. Una furgoneta salía marcha atrás desde un garaje y le había cortado el paso.

Agulló siguió.

Antes de llegar a la puerta, percibió el olor.

Primero le llegó la grasa vieja. El metal. El aire estancado de un taller cerrado durante demasiado tiempo.

Debajo de todo eso, casi oculto pero inconfundible, estaba el olor reciente de la lejía.

Las persianas estaban bajadas a ambos lados. Al fondo, una puerta mal cerrada dejaba escapar una luz débil sobre la rampa del garaje. En la pared, un piloto permanecía encendido.

Agulló redujo el paso.

La moto había estado demasiado expuesta. Vidal había corrido demasiado tarde. Y aquel sitio no parecía un escondite improvisado, sino una trampa con la boca abierta, esperando a que alguien entrara.

Entonces Vidal cruzó la puerta y se desvaneció.

Agulló llegó a la entrada con la mano rozando la culata de la pistola y clavó los pies. El impulso la empujaba a entrar. Los años en la calle le ordenaron esperar.

Escuchó primero.

El silencio era aterrador.

Luego asomó la cabeza lo justo para hacer una composición de lugar.

Un taller amplio, sumido en una penumbra grasienta. Dos columnas de carga. Cajas apiladas contra la pared. Un coche cubierto por una lona gris. Al fondo, una salida trasera abierta hacia un patio por donde se colaba una luz mortecina.

Nada se movía. Nada sonaba. Óscar Vidal se había esfumado.

Y Costa seguía sin aparecer.

—¡Vidal! —dijo Agulló—. ¡No hagas más tonterías!

Algo se movió a su izquierda.

Pero ella se giró tarde.

26

El golpe le entró en el costado y le arrancó el aire. No vio con qué la habían golpeado; solo notó algo duro, pesado, quizá envuelto en tela. Chocó con una columna, buscó el arma por instinto y el segundo impacto le cayó sobre el antebrazo.

Los dedos se le abrieron.

La pistola golpeó el suelo, rebotó una vez sobre el cemento y se deslizó bajo una estantería cargada de cajas y piezas oxidadas.

Durante un instante, el garaje desapareció.

Solo quedó el fogonazo de una memoria que no había pedido: una hoja de acero brillando demasiado cerca de su cara, el olor agrio del miedo y el peso de un cuerpo desplomándose sobre ella.

El tercer golpe llegó antes de que pudiera apartar aquel recuerdo. Agulló se dejó caer y rodó hacia la derecha.

La barra de hierro pasó por donde había estado su cabeza una fracción de segundo antes.

Una figura encapuchada cruzó junto a ella. Otra cerró la puerta de entrada con un golpe seco que resonó en todo el taller.

Eran dos.

Vidal ya no estaba a la vista.

—Quietecita.

La voz era masculina y joven. No parecía la de Daniel, ni la de Rubén.

Agulló lanzó el talón contra la rodilla del más cercano. El crujido fue seco y el hombre gruñó, tambaleándose lo suficiente para que ella intentara levantarse.

No lo consiguió.

El segundo le golpeó la espalda con la contundencia de un martillo. Agulló se dobló y cayó de costado contra el suelo. El impacto descargó todo su peso sobre el hombro. El aire se le escapó de los pulmones en un siseo. Solo quedó el polvo arenoso en la boca y un latigazo eléctrico que le subió por las cervicales hasta la base del cráneo.

El móvil saltó de su bolsillo y rebotó contra el suelo. La pantalla se iluminó, dividida por una grieta que recordaba a un rayo. En ese destello, Agulló alcanzó a ver el mapa, su posición exacta y el nombre de Costa parpadeando en una llamada perdida.

Luego la pantalla se apagó.

Uno de los encapuchados se agachó para cogerlo.

Agulló tanteó el suelo a ciegas, con la respiración entrecortada. Sus dedos encontraron algo: una pieza metálica, fría, con el peso denso del acero industrial. No lo pensó. Giró la muñeca y la lanzó con lo poco que le quedaba de energía.

El hombre reaccionó tarde.

El metal impactó contra su antebrazo con un golpe sordo. Su mano se abrió por puro instinto y el móvil salió disparado, golpeó el pavimento con un chasquido y quedó inerte entre la basura.

—¡Hija de puta!

Entonces oyó la voz de Costa desde fuera.

—¡Agulló!

Uno de los encapuchados se volvió hacia la entrada. El otro reaccionó antes: empujó una caja al suelo y la hizo caer en medio del paso. Vidrio, metal, piezas de motor. El ruido rebotó contra las paredes del garaje.

Agulló buscó su arma. La vio al fondo, bajo la estantería: una forma negra y fría, apenas visible entre el polvo acumulado y un puñado de tornillos olvidados.

Estaba demasiado lejos.

El encapuchado también la había visto.

La inspectora no calculó las consecuencias. Se lanzó contra él. Se hundió en su cintura con un esfuerzo desesperado y ambos chocaron con el coche

cubierto por la lona vieja. El impacto levantó una nube de polvo gris que quedó suspendida en el aire viciado.

Ella le hundió el codo en la garganta. Él respondió con un jadeo sordo antes de agarrarla del pelo y tirar hacia atrás con una fuerza brutal.

Entonces, la puerta trasera chirrió.

Óscar Vidal apareció desde el patio y se detuvo en seco. Miró a Agulló. Luego a los hombres enmascarados. Llevaba la gorra torcida y el rostro de un tono grisáceo, como si acabara de comprender demasiado tarde qué había puesto en marcha.

Fuera lo que fuese aquello, no era algo que hubiera previsto. Ni siquiera él parecía capaz de contener el caos que acababa de desatarse.

—¡Corre, hostia! —gritó uno de los encapuchados.

Vidal salió disparado.

Agulló intentó apartarse, pero el segundo atacante le alcanzó el muslo con una patada. La pierna cedió y cayó de rodillas, apoyándose en el suelo para no desplomarse del todo.

El hombre se inclinó sobre ella.

—Dile a tu jefe que pare. Ya sabe por qué.

Ella levantó la cabeza. Solo alcanzó a ver la capucha, la sombra de la mandíbula, la mano que venía hacia ella.

Después, el empujón.

Cayó contra el suelo y oyó los pasos que se perdían por la puerta trasera.

Costa entró por la principal con el arma levantada.

—¡Policía! ¡Al suelo!

Ya no quedaba nadie.

Agulló intentó incorporarse. El costado le cobró el precio con una punzada seca que le cortó la respiración a mitad de camino. Se quedó inmóvil un segundo, esperando a que el dolor remitiera.

Costa cruzó el taller con el arma en posición de guardia, echó un vistazo rápido por la salida trasera y regresó sobre sus pasos.

—No te muevas.

—Vidal ha salido por atrás.

—Ya lo sé. Ahora dime dónde te han dado.

—Estoy bien.

Costa repasó la ceja abierta, el labio hinchado, el brazo que mantenía rígido contra el cuerpo y la manera en que dosificaba cada respiración para no castigar más el costado.

—Claro. Estás estupendamente.

—El Zeta tiene que cerrar la calle.

Costa ya hablaba por radio.

—¡Necesito unidades en la parte trasera del taller! Dos encapuchados a la fuga y un varón identificado como Óscar Vidal. ¡Cerrad Tucumán y las salidas hacia Garbinet! ¡Enviad una ambulancia!

Agulló lo miró.

—No hace falta que pidas una ambulancia.

Costa cortó la transmisión y se agachó frente a ella.

—¡No empieces, joder!

—Estoy consciente.

—Y sangrando.

—He estado peor.

—Eso no te arregla el día.

Agulló desvió la mirada y recogió el móvil roto. La pantalla partida parpadeó un segundo y volvió a fundirse a negro.

—Han intentado llevárselo.

Costa siguió la dirección de sus ojos.

—¿El móvil?

—Uno de ellos ha ido directo a por él.

—Querían dejarte sin GPS.

—Qué gracioso eres.

Costa comprobó el teléfono y luego la puerta trasera por donde habían escapado.

—Entonces sabían que ibas a venir.

Agulló miró alrededor y entendió la trampa en la que habían caído.

Contaban con que siguiera a Vidal.

También con que no esperara al Zeta.

Costa se levantó y buscó bajo la estantería. Recuperó la pistola de Agulló con cuidado, comprobó el seguro y la dejó sobre una bandeja metálica, lejos del paso.

—El de la gorra nos ha traído hasta aquí.

—Vidal —corrigió Agulló.

Costa la miró.

—El de la gorra.

Ella tomó aire con cuidado. El dolor le atravesó el costado al hacerlo.

—Sí. Nos ha traído hasta aquí.

—Joder, necesitas un médico.

—Me pondré bien, ¿vale? Ese cabrón conocía el sitio.

Costa miró hacia la puerta trasera.

—Sea como sea, les ha funcionado.

La lona se había desplazado durante el suelo, revelando un armazón metálico bajo la mugre. Agulló se acercó. Había una placa de matrícula vieja en el suelo, costras de barro seco bajo el parachoques y una mancha oscura, demasiado mate para ser aceite de motor.

—Se han dejado un regalo —murmuró la inspectora.

Costa siguió la dirección de su mirada. El taller quedó sepultado en un silencio denso, cargado de motas de polvo en suspensión. Agulló dio un paso al frente y aferró la lona.

—Ni se te ocurra —soltó Costa.

—Solo es la tela.

—Jefa, no.

Agulló ignoró el aviso. Tiró con suavidad. El polvo subió como un espectro antes de disiparse sobre una berlina oscura, oculta bajo aquel sudario.

No era el Seat de Rubén Soria.

El maletero estaba entornado, vacío. El interior aparecía forrado con un plástico transparente, tenso y sellado con una precisión obscena. Excesivamente profesional para ser un apaño de última hora.

La mente de Agulló disparó un recuerdo: Rafael Roldán, la noche anterior, inclinado sobre un coche oscuro. La ventanilla bajando apenas unos dedos, la luz de una farola muriendo contra una matrícula que ella nunca llegó a leer.

El olor le golpeó la nuca antes de que pudiera procesarlo.

«Lejía».

Un aroma agresivo, químico, demasiado reciente para ser una limpieza rutinaria.

—Joder —susurró Costa.

Agulló se inclinó sobre el maletero. No tocó nada. Sus ojos recorrieron el plástico. Las esquinas estaban selladas con cuidado y el fondo se mostraba impoluto.

—Llama a la Científica.

Costa ya tenía el dedo sobre el botón de la radio, adelantándose a la orden.

—Y a Gómez —añadió ella—. Haz que pase por registro oficial antes de que Molina intente clasificar esto como una «conducta voluntaria compleja» y lo archive en el limbo.

Costa la miró.

—¿Puedes estar dos minutos sin morder a nadie?

—No.

Mientras Costa transmitía las coordenadas por la radio, Agulló se quedó suspendida en el vacío. El brazo le latía, la ceja le ardía y cada bocanada de aire era un compromiso que le costaba esfuerzo. El dolor, sin embargo, se había distanciado; era una vibración ajena, el problema de otra persona.

Lo único real en aquel taller era la lejía, el plástico y la silueta de aquel coche.

La patrulla entró por el acceso principal con las armas en la mano. Costa levantó una palma para frenarlos.

—Llegáis tarde. Pero al menos lo hacéis con estilo —murmuró.

Agulló no sonrió.

Recorrió con la mirada el coche, la puerta trasera abierta, el rastro interrumpido de la huida.

—Esto confirma que no estábamos apuntando en la dirección equivocada.

Costa cortó la transmisión y se acercó a ella.

—Confirma que nos estaban esperando.

Agulló sostuvo su mirada. No podía negarlo. Volvió a observar el forro de plástico, aquel lienzo de polietileno esperando un cadáver.

—Entonces dejaremos de correr —sentenció—. A partir de ahora, seremos nosotros quienes esperemos.

Costa respiró por la nariz, todavía enfadado.

—Qué bonito.

—¿Qué?

—Que lo digas ahora.

Fuera, el eco de las sirenas empezó a morder el silencio de la calle. Dentro, el olor a lejía seguía adueñándose del aire, ganándole la partida a la grasa y a la sangre seca.

Alguien había intentado esterilizar el pasado.

27

El coche apestaba a algo que la química no había conseguido tapar.

Agulló lo supo antes de que el fotógrafo de la Científica hiciera saltar el primer flash. Habían volcado la lejía con prisa, a lo bruto, confiando en que una capa sepultara la otra. Debajo, la moqueta original era una sombra. En una esquina, junto al paso de rueda, resistía un cerco oscuro que el cloro no había logrado disolver del todo.

Costa se puso de cuclillas al lado del técnico.

—Dime algo que pueda usar sin que luego me lo niegues en un informe.

El técnico no levantó la cabeza.

—Te diré que cierres la boca y me dejes trabajar.

—Gracias por tu simpatía.

Agulló observaba desde dos metros. Le dolía el costado al respirar y el antebrazo derecho le latía con cada movimiento. La ambulancia había insistido en llevarla al hospital, pero ella aceptó una cura rápida, dos puntos de aproximación en la ceja y la falsa promesa de hacerse una placa si el dolor empeoraba.

Costa no discutió allí.

¿A quién iba a engañar ella?

Eso era lo que decía su cara.

El compañero se guardó los reproches para más tarde.

—No es el coche de Rubén —le dijo—. Si es el de alguna cámara, lo han dejado irreconocible.

Agulló estudió el vehículo. Compacto, diez o doce años, pintura negra comida por el sol, sin matrícula delantera y con la trasera arrancada de mala manera. Encajaba con la descripción, pero no era ese. En el asiento del copiloto había restos de polvo blanco, un ambientador de pino y una brida cortada bajo la alfombrilla.

—Este coche no está para circular —dijo ella.

—Lo han usado para transportar algo —comentó Costa, dejando caer la frase demasiado cerca del maletero.

El técnico de la Científica levantó la vista.

—Hay algunas fibras adheridas al plástico. No muchas. Parecen de una prenda oscura, quizá algodón. También he encontrado dos pelos. Y esto.

Sacó con pinzas un fragmento mínimo de cinta adhesiva pegado al interior del maletero. En la superficie, apenas visible, había una hebra azul.

Agulló pensó en la chaqueta vaquera de Álex.

En la zapatilla.

En el chico de la gasolinera caminando a la 1:41.

No dijo nada.

Costa, sí.

—¿Sangre?

—Todavía no hay presuntivo —dijo el técnico—. Y hasta que el laboratorio lo confirme, eso es solo una mancha.

—Nadie está emocionado.

El técnico lo miró.

—Mejor.

En ese instante, Rojo apareció en su Ford Focus y aparcó lo bastante lejos del cordón policial como para no regalarle a nadie una excusa inmediata. El resto de la unidad lo vio llegar. Bajó del coche y se quedó junto a la cinta, con las manos en los bolsillos.

¿Casualidad?

¿Pasaba por allí?

Agulló no necesitó hacerse demasiadas preguntas. Su presencia ya lo decía todo, con aquella mirada de inspector de la vieja guardia, que no podía evitar seguir el olor de una escena abierta.

Alguien le había dado un soplo.

El móvil roto de Agulló estaba en una bolsa aparte. La pantalla no respondía. Los agresores habían intentado llevárselo y eso le escocía más que los golpes.

—Si hubieran querido matarte —dijo Costa—, lo habrían hecho.

Agulló no apartó la vista del maletero.

—Querían mi teléfono.

—Y ver hasta dónde sabías.

Costa se incorporó despacio.

—Tenemos que centrarnos en el móvil del chico y volver a lo importante.

Durante unos segundos, solo se oyó el plástico moviéndose bajo las manos del técnico.

Agulló miró el maletero y pensó en el teléfono de Álex. Hasta ese momento lo habían tratado como una pista, como una forma de seguirle el rastro. Pero, si allí dentro estaba la grabación de aquella sala, el teléfono era otra cosa.

Era el motivo.

—Si lo tienen —dijo Costa—, ya habrán borrado lo que hubiera en él. No creo que sean tan idiotas.

—Depende —respondió Agulló—. Si Álex lo subió a la nube, si lo mandó a alguien o hizo una copia, borrar el móvil no les sirve de mucho.

—Entonces, por eso siguieron entrando en su cuenta.

—Para saber si había algo más. Y dónde.

—Y por eso alguien se conectó desde la wifi de la cafetería a las seis de la mañana —añadió Costa—. No buscaban al chico. Buscaban lo que el chico había dejado atrás.

El técnico carraspeó.

—Antes de que os montéis otro caso encima del caso, hay otra cosa.

Señaló el lateral del maletero. En el plástico, casi en el borde, había una marca de barro seco con un dibujo parcial de suela.

—No es una huella completa —dijo—. Pero el patrón puede compararse con un calzado. Si tenemos la zapatilla del parque de Lo Morant, quizá podamos ver si comparten barro o superficie.

Costa se quedó quieto.

—¿La zapatilla pudo viajar en el maletero?

—He dicho comparar. No escribir una novela.

Agulló sintió un frío incómodo.

Si la zapatilla había pasado por aquel maletero, entonces no era un rastro de huida.

Alguien la había colocado donde quería que la encontraran.

—Mierda… —murmuró al darse cuenta de que casi había mordido el cebo.

El comisario Molina llegó diez minutos después, con Gómez detrás y cara de haber venido a levantar acta antes que a entender nada. Miró el garaje, la cinta, el coche, la sangre seca en la ceja de Agulló y empezó por lo de siempre.

—¿Quién ha autorizado esto sin esperar refuerzos?

Costa dio un paso.

Agulló habló antes.

—Yo.

—Claro. —Molina miró a Rojo—. ¿Y él qué pinta aquí?

Agulló notó la pregunta como una trampa pequeña, de las que Molina disfrutaba más de la cuenta.

—Nada —dijo—. Está fuera del cordón.

—Claro. Qué sorpresa.

—Y va a seguir ahí.

Molina soltó una risa seca.

—Muy bien.

Gómez se acercó al maletero sin cruzar la cinta.

—¿El coche tiene relación directa con Álex?

—Todavía no —dijo Agulló.

—Entonces, por ahora, tenemos una agresión a una inspectora y un coche abandonado que alguien ha intentado limpiar.

—Y una advertencia sobre la sala privada —dijo Costa.

Molina lo miró.

—Subinspector, lo que diga un encapuchado mientras golpea a una policía no nos va a sostener nada delante de un juez.

Agulló dio un paso hacia él. El costado le respondió con una punzada.

—No hace falta un juez para saber que nos estaban esperando.

—Lo que yo sé es que ha vuelto a meterse donde no debía, sin cubrirse las espaldas —respondió Molina, fijándose en cómo se protegía el costado —. ¿Qué hace aquí y no con un médico?

Rojo soltó una risa baja.

Molina giró la cabeza.

—Usted mejor no hable. Su presencia no es grata.

—Me lo dicen mucho.

—Gómez, anote la presencia del señor Rojo en la escena.

Gómez bajó la vista a la tableta.

Agulló sintió que el cansancio empezaba a convertirse en rabia.

—Anote también que, mientras discutíamos si podíamos movernos o no, alguien tuvo tiempo de preparar esto.

Molina se acercó un poco más.

—No me cargue a mí su imprudencia.

—No. La suya ya pesa bastante.

El silencio fue breve.

Costa recibió una llamada y se apartó dos pasos de la disputa.

—Es Ruiz —dijo, tapando el micrófono—. Ha sacado otra miniatura del archivo de la carpeta «Sala».

Agulló levantó la mirada.

—Ponlo en altavoz.

Costa activó el manos libres.

La voz de Ruiz llegó con ruido de teclado de fondo.

—Os aviso. Esto no mejora el día.

—Eso ya lo teníamos asumido —dijo Costa.

—He rascado tres fotogramas más del archivo de anteayer. Siguen muy pixelados, pero en uno se distingue una pared con un tubo de neón. Solo se leen las dos últimas letras: OS. Debajo hay un logo; puede ser una corona o un trébol, no lo tengo claro. Y asoma una muñeca con una pulsera VIP negra y letras doradas. He cruzado la pulsera con fotos públicas de garitos y encaja en varias imágenes de Los Olivos Club, en la zona del puerto. Reservados privados.

Gómez levantó la vista.

Agulló captó el gesto.

Los chavales habían mentido. Nunca habían estado en La Musa, como habían afirmado en la declaración oficial.

—Repite el nombre —dijo la inspectora.

—Los Olivos Club —contestó Ruiz—. Tiene reservados. El dos se alquila para cumpleaños, afters, cenas de empresa... ese tipo de cosas.

Costa miró a Agulló.

—Reservado dos.

Rojo ya no sonreía.

Molina recuperó la voz.
—Eso no prueba nada.
Agulló miró a Gómez.
Luego al maletero plastificado.
—No —dijo—. Pero ya nos dice por dónde no querían que miráramos.

28

Claudia Vives reconoció la pulsera en cuanto la imagen parpadeó en la pantalla.

No abrió la boca, pero Agulló cazó el gesto. Le había bastado con mostrarle el fotograma en el monitor de la Sala Dos: una captura sucia, devorada por el grano, donde solo se distinguían una muñeca, el plástico negro con letras doradas y el reflejo de un neón al fondo. Claudia parpadeó, desvió la vista hacia su bolso y dejó su propio teléfono boca abajo sobre la mesa. Un acto reflejo.

Bernal se había sentado a un lado, marcando distancias, más cerca de la chica que de la inspectora. Costa observaba desde el otro lado del espejo espía. Rojo ni se presentó. Esta vez Agulló no tuvo que gastar saliva para dejarlo fuera.

—¿Has pisado Los Olivos Club? —preguntó Agulló.

Claudia se humedeció los labios. Un tic de manual.

—Va mucha gente de la ciudad.

—Te he preguntado a ti, Claudia.

—Sí.

—¿Con Álex?

—Alguna vez.

—¿Con Daniel?

—También.

—¿Con Rubén?

Claudia negó con la cabeza. Un segundo tarde para que resultara creíble.

Agulló guardó silencio. Dejó que la imagen congelada en la pantalla siguiera haciendo el trabajo de presión por ella.

—El reservado número dos —soltó al fin—. ¿Te dice algo?

Claudia cerró los ojos, sintiendo el golpe.

Bernal intervino, modulando la voz, jugando al poli blando.

—Claudia, creemos que Álex grabó algo en ese reservado. O que se llevó algo que no le pertenecía. Alguien quiso limpiar el rastro. Y unas horas después, Alex aparece en un autobús. Necesitamos saber qué se coció en esa sala.

—No sé nada de eso...

—No te estoy preguntando si lo sabes todo —la cortó Agulló—. Te estoy preguntando qué viste.

—No vi nada.

—Pero sabes perfectamente de qué hablo.

Claudia abrió los ojos. El brillo del llanto estaba ahí, contenido, al límite. Aguantaba. Como si llevara todo el día ensayando frente al espejo para no desmoronarse.

—Fue una fiesta privada.

—¿De quién?

—Era una fiesta privada.

—¿De quién?

—No lo sé. De Daniel. De socios suyos. Cambian de nombre cada semana.

—¿Estaba tu padre?

—No.

Disparó la respuesta demasiado rápido.

—¿Vicente Vives organiza eventos allí?

—Mi padre conoce a todo el mundo en este negocio.

—Claudia.

—Él no tiene nada que ver con Álex. De verdad.

—Entonces dime qué pasó.

Claudia apretó las manos sobre la mesa, blanqueando la piel de los dedos.

—Ustedes no tienen ni idea de cómo funciona esa gente.

Agulló acortó la distancia, inclinándose hacia delante.

—Cuéntamelo.

La chica soltó una risa breve, seca, sin pizca de gracia.

—Nadie te apunta con una pistola. Ese es el truco. Entras porque te apetece. Bebes porque te invitan. Te ríes porque todos se ríen. Y cuando la cosa deja de tener gracia, ya es tarde para bajarse de la atracción.

Bernal soltó el bolígrafo, que rodó por la mesa.

Agulló fijó la vista en Claudia. La chica no protegía un secreto; protegía a un objetivo.

—¿A quién hicieron daño en esa sala?

Claudia negó con la cabeza, cerrándose en banda.

—No puedo hablar de eso.

—¿Fuiste tú?

—No.

Lo dijo sin dudar. Agulló la creyó.

—¿Otra chica?

Claudia bajó la vista.

—¿Álex?

La reacción fue inmediata.

—Álex tampoco era ningún santo.

—No te he preguntado eso.

—Pues parece que sí. Parece que quieren convertirlo en otra cosa.

—Queremos saber por qué acabó herido, en un autobús.

Claudia tragó saliva.

—Al principio se reía. Igual que los demás. Quería entrar, quería grabar, presumir de que estaba allí con ellos. Luego le cambió la cara.

—¿Por qué?

—Porque dejó de parecerle gracioso.

Agulló mantuvo la voz baja.

—¿Grabó con su móvil?

—Creo que sí.

—¿Quién le dijo que borrara el vídeo?

Claudia miró hacia el espejo. Se quedó allí un segundo, como si al otro lado pudiera estar cualquiera.

—Daniel.

—¿Solo Daniel?

Claudia no contestó.

Bernal empujó el vaso de agua hacia ella.

—Claudia, alguien ha atacado a la inspectora Agulló después de seguir esta pista. No estamos hablando de una fiesta que se fue de las manos.

La chica miró la ceja herida de la inspectora y luego desvió la mirada.

—¿Por el vídeo?

—Por acercarnos a él —dijo Agulló.

La chica se pasó las manos por la cara.

—Daniel perdió la cabeza. Álex decía que no iba a borrar nada. Que, si volvían a hacer algo así, lo haría público.

—¿Algo así como qué?

—No puedo contarlo.

Agulló dejó pasar unos segundos. Si apretaba más, Claudia iba a cerrarse del todo.

—¿Rubén Soria estuvo en Los Olivos?

Silencio.

—¿Rubén Soria apareció después de la pelea?

La chica levantó la cabeza.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco has dicho que no.

El móvil de Claudia vibró sobre la mesa.

Esta vez no llegó a taparlo.

Papá.

Agulló miró la pantalla. Claudia también, pero apartó la vista enseguida.

—¿Cuántas veces te ha llamado hoy?

—No lo meta en esto.

—No he sido yo quien ha llamado tres veces durante una declaración.

—Mi padre no sabe nada.

—¿Nada de qué?

Claudia apretó el móvil con los dedos.

—De esto.

—¿De la fiesta? ¿Del vídeo? ¿De Álex? ¿O de lo que pasaría si hablabas?

La chica no contestó. Apagó el teléfono y lo dejó boca abajo, como si así pudiera sacar a su padre de la sala.

Agulló retiró el fotograma de la pantalla.

—Una última pregunta.

Claudia se quedó inmóvil.

—No me contestes rápido. Piénsalo bien. ¿Quién tenía más que perder con ese vídeo? ¿Daniel, Rubén o tu padre?

La chica tardó unos segundos en hablar.

—Daniel es un imbécil y un bruto —susurró—. Pero Daniel no mueve a tanta gente.

Eso fue todo.

Fuera, Costa esperaba junto al cristal, con el gesto cerrado.

—Tenemos algo.

—Lo sé.

—No me refiero a eso —dijo Costa—. Lo del maletero acaba de salir positivo.

Agulló se volvió hacia él.

—¿Sangre?

—Eso parece. Muy poca. Y las fibras azules podrían ser de vaquero.

Agulló miró a través del cristal. Claudia seguía sentada en la sala, con el móvil apagado entre las manos.

—¿ADN?

—Va para largo.

—Ya. ¿Y la zapatilla?

—Están comparando el barro. Todavía nada.

Bernal salió detrás de ella y cerró la puerta con cuidado.

—Claudia está al límite.

—Que descanse por hoy —dijo Agulló, sin mostrar simpatía por la chica —. Mañana volveremos a intentarlo. Con un abogado, si hace falta. Pero pienso sacarle lo que sabe.

Al final del pasillo, Rojo esperaba junto a la máquina de café, con dos vasos de plástico y un montón de documentos bajo el brazo. Le tendió uno que aún estaba caliente.

Agulló lo miró.

—¿Ahora eres el chico de los recados?

—Solo llevo cafés aguados.

—No me fío de los hombres que traen café a cambio de nada.

—Haces bien.

Aun así, lo aceptó. Estaba malo, como todos los que salían de esas máquinas. Demasiado caliente y con un sabor vago a quemado. Así y todo, le vino bien.

—¿Cómo es que todavía sigues por aquí?

—Recordarás lo lenta que es la burocracia… cuando ya no formes parte de ella. —Rojo miró hacia la sala dos—. ¿Ya la has destrozado?

—No destrozo a nadie —corrigió Agulló—. Solo ayudo a descomprimir lo que llevan dentro.

—Ajá. Ahora lo llamáis así. ¿En qué se está convirtiendo esto?

—¿Qué quieres, Rojo?

—No buscaban el teléfono para localizar a Álex.

Agulló sostuvo el vaso entre las manos.

—No.

—Buscaban lo que había dentro.

Costa llegó a tiempo de oírlo.

—El vídeo.

Rojo asintió.

—O la prueba de que existía uno en el dispositivo.

Agulló volvió la vista hacia Claudia. La chica no se movía. Tenía el móvil apagado delante, como si todavía pudiera sonar.

—Por eso dejó de ser una pelea y empezó a ser un problema para alguien con mucho que perder —dijo Agulló y volvió la vista hacia Claudia.

Durante días habían seguido señales, llamadas, vídeos y rastros que parecían decirles que Álex aún podía estar en alguna parte.

Ahora la desaparición empezaba a parecer menos una incógnita y más una consecuencia.

Todo apuntaba hacia aquel reservado.

Lo que había pasado dentro.

Y el móvil con el que Álex, durante unos minutos, había podido demostrarlo.

29

La Cervecería Cantó, inasequible al desaliento, seguía con las puertas de par en par.

La barra era un campo de batalla de vasos huérfanos, servilletas estrujadas, platos a medio retirar y el ruido de conversaciones que se imponían al cansancio de la jornada. Los azulejos blancos, curtidos por un barniz amarillento de tiempo, tapaban las paredes entre carteles antiguos y fotografías descoloridas de equipos de fútbol, fiestas populares alicantinas y clientes que tal vez ya no entraban por allí.

Tras la barra, el camarero se movía con la eficacia de los profesionales que ya escaseaban en el sector hostelero. Deslizaba platos de sepia al ajillo, retiraba de un golpe seco los restos de un capellán y dejaba caer un par de montaditos de lomo sobre una mesa cercana, sin interrumpir la charla con dos hombres que, a aquellas horas, ya habían perdido la cuenta de las rondas.

En Alicante, la noche siempre encontraba una excusa para no rendirse del todo.

Agulló se sentó de espaldas a la pared del comedor del fondo.

Costa lo notó.

—¿Siempre tienes que elegir el sitio desde donde se ven las salidas?

—Defecto profesional.

—Debo de ser el raro de la unidad…

Bernal se rio y pidió tres cañas, una ración de ensaladilla, otra de calamares a la romana y unos montaditos. Cuando volvió, dejó delante de Agulló una cerveza sin alcohol y un plato de ensaladilla.

—Come, jefa. Te lo has ganado.

—No tengo mucho apetito.

—Mi abuela decía que comer y rascar, todo es empezar.

Costa se sentó enfrente, con un montadito de lomo entre las manos.

—Me encanta cuando otra persona hace mi trabajo.

Agulló miró la ensaladilla.

—Os preocupáis demasiado por mí. Si digo que estoy bien y no tengo hambre, es que no la tengo.

—Esta vez no es por amor al prójimo —soltó Bernal—. Es supervivencia básica. Tu hígado y tu estómago te van a dar las gracias después de tres días viviendo a base de café de máquina y paracetamol.

—Podría ser peor.

Costa arqueó una ceja.

—Al menos lo reconoces. ¿Es por él? —preguntó el subinspector, sin rastro de burla, refiriéndose a Rojo—. Lo de cerrar el estómago, digo.

Agulló terminó soltando una risa breve, seca. Costa aprovechó para empujar el plato dos centímetros más hacia ella.

—¿Qué? No, no seas imbécil —respondió, restándole importancia—. Ya se lo he dejado clarito.

—¿El qué? —quiso saber Bernal—. ¿Que es una mosca cojonera?

—Eso para empezar. No va a meter las narices en el caso, os lo garantizo —dijo Agulló antes de tomar aire—. Ahora bien, no puedo prohibirle que se pasee por Jefatura. Tiene dos comparecencias judiciales pendientes y un marrón por resistencia a la autoridad, que un juez de instrucción está deseando oler.

—Pobrecito… —ironizó Bernal.

—Sí, un santo varón —remató Costa.

—Supongo que está mareando con el papeleo para preparar su defensa —zanjó Agulló—. En cuanto firme el último documento, le perderemos la pista.

Durante unos minutos no hablaron del caso.

O hicieron el intento.

Bernal desenterró una historia absurda sobre la detención de dos tipos que habían intentado okupar una casa con el dueño todavía dentro. Costa remató

la faena asegurando que había listos capaces de tragarse un móvil con tal de pillar una cama en el hospital. Agulló probó la ensaladilla, le dio un trago a la cerveza sin alcohol y saboreó una tregua que sabía que tenía fecha de caducidad.

Por desgracia, el caso no se había movido de allí, agazapado en algún rincón de su cabeza.

Costa dejó el montadito a medias sobre el plato y se limpió los dedos con una servilleta de papel.

—Antes de irnos, he visto que mañana hay otra cita con Claudia Vives en comisaría.

Bernal no apartó la vista de su botellín.

—Sí —asintió la inspectora—. Le vamos a exprimir todo lo que podamos. Está a punto de caramelo para romperse.

—No olvidemos que es una cría.

—¿Y? Está encubriendo a alguien. Te recuerdo que es Roldán el que ha desaparecido y sus amigos saben perfectamente por qué.

—Ya, pero solo digo que...

—Ha sido un error dejar que cruzara la puerta —la cortó Agulló—. Su padre va a levantar un muro a su alrededor antes de que vuelva a abrir la boca.

—Un minuto más ahí dentro y le da un síncope —replicó Bernal—. A eso me refiero. Hay que saber cuándo soltar el sedal, jefa.

Agulló observó a la subinspectora. Tenía el mismo cansancio encima que ella, pero mantenía una expresión firme, limpia. Bernal sabía encontrar las costuras donde otros solo sabían meter presión.

—¿Creéis que sabe quién es la chica del reservado? —preguntó Costa—. La del vídeo.

—Sabe algo, seguro —sentenció Agulló—. De eso no tengo la menor duda. Lo suficiente como para estar aterrada.

Bernal bajó el tono.

—Todo sería más sencillo si tuviéramos un nombre.

Agulló no abrió la boca.

Desvió la mirada hacia el exterior.

Y entonces, al otro lado de la cristalera, vio la bronca.

Al principio solo fueron aspavientos. Había una pareja pegada a un coche mal aparcado en una calle estrecha, a escasos metros de la cervecería. Él invadía su espacio personal como si conociera al milímetro el radio exacto

en el que ella dejaba de sentirse segura. Ella mantenía una mano apoyada en el pecho del tipo, intentando ganar una distancia que él no estaba por la labor de conceder.

A su alrededor, la vida seguía su curso.

Entonces el hombre agarró a la chica por el brazo.

Agulló dejó el vaso sobre la mesa.

Costa siguió la dirección de su mirada.

—Joder.

La chica forcejeó para soltarse. Él le siseó algo al oído, tan cerca que parecía morderle las palabras. Después la empujó contra el lateral del coche. No fue un impacto brutal, pero bastó para que la cabeza de ella rebotara contra la ventanilla.

Bernal ya tenía el móvil en la mano, desbloqueando la pantalla.

—Doy el aviso para que manden una patrulla.

Entonces llegó el bofetón.

Sonó limpio, restallante, como una tabla partiéndose en dos.

Varios clientes de la cervecería, apoltronados junto al ventanal, se quedaron congelados. El camarero levantó la vista. La chica se llevó la mano a la mejilla. Él abrió la puerta del copiloto de un tirón y la metió a empujones.

—Sala, aquí indicativo fuera de servicio —disparó Bernal, ya sobre sus pies—. Violencia de género en curso, un varón metiendo a la fuerza a la víctima en un vehículo. Necesitamos un Zeta en...

—No llegan a tiempo —dijo Agulló.

Costa ya se levantaba.

—Espera, ¿adónde vas?

Ella ni siquiera lo miró y se dirigió a la salida.

—Pillad el coche y taponad el cruce.

—¡Jefa!

El tipo rodeó el capó y se plantó al volante. El motor cobró vida con un rugido torpe, de acelerón a destiempo. La calle era un embudo, con coches a ambos lados y la salida a una vía principal al fondo. Si ganaba esa avenida, lo perderían en el tráfico.

Agulló echó a correr.

El primer paso le clavó un estilete de dolor en el costado; el segundo redobló la apuesta. A partir del tercero, el cerebro desconectó los receptores y el cuerpo se limitó a obedecer.

—¡Policía! —bramó.

El conductor la cazó por el retrovisor y hundió el pedal. El coche salió dando un trallazo, lamiendo el bordillo. Una pareja de peatones se apartó insultando. Agulló mantuvo la carrera por mitad de la calzada, con los dedos rozando la culata y el aire quemándole los pulmones.

—¡Alto! ¡Policía!

El coche no aflojó, ni siquiera al intuir el semáforo de la intersección.

De pronto, el aire se llenó de un chirrido de neumáticos. Al fondo, un vehículo camuflado irrumpió desde una bocacalle. Costa iba al volante y Bernal en el asiento del copiloto, con una mano apuntalada en el salpicadero y la otra aferrando la radio. El coche cruzó el morro en diagonal justo antes de la línea de parada, bloqueando media calzada.

El hombre pisó el freno demasiado tarde.

Las gomas patinaron sobre el asfalto.

El coche quedó encajonado, atrapado entre el vehículo de Costa, una furgoneta de reparto y la acera. Dentro, la chica soltó un grito.

Agulló llegó a la altura de la ventanilla del conductor, desabrochando la funda.

—¡Las manos donde pueda verlas! ¡Ahora mismo!

El conductor descargó un puñetazo contra el volante.

—¡Quita de ahí, puta loca de mierda!

—Las manos arriba.

Él abrió la puerta de golpe, saliendo como un resorte, encendido en rabia.

—Pero tú, ¿quién coño te crees que eres?

Agulló leyó la intención antes de que el cuerpo se moviera. No iba armado, pero iba sobrado de gimnasio, con esa suficiencia del que está acostumbrado a embestir para que el resto se aparte.

Se abalanzó sobre ella, con una mano arriba y las facciones deformadas por el odio.

Agulló midió las distancias, esquivó el primer viaje con un paso lateral y le cazó la muñeca.

Antes de que el tipo asimilara el agarre, le torció el brazo, metió la cadera y lo proyectó contra el suelo, aprovechando su propia inercia. El hombre mordió el polvo; primero de rodillas y luego de pecho contra el asfalto. Agulló le hundió una rodilla entre los omóplatos, el peso justo para anular la palanca, y le aseguró la articulación

—¡Policía! ¡Cállate la boca!

—¡Me estás partiendo el brazo, hija de puta!

—¡No te muevas si no quieres que empeore!

Costa apareció a su altura, respirando fuerte.

—¿Lo tienes?

—Asegurado —dijo ella, cargando un poco más el peso cuando el tipo amagó con revolverse—. Saca los grilletes y espósalo.

El agresor giró el cuello, pegando la mejilla al suelo.

—¡No sabéis con quién os estáis metiendo, zorra!

Costa se arrodilló y le cerró la segunda anilla con un chasquido más seco de lo estrictamente necesario, pero impecable según los manuales.

—Suelta otra lindeza y te recito el Código Penal a capela hasta que llegue el indicativo.

Bernal ya estaba junto a la puerta del copiloto. La abrió despacio.

La chica seguía encogida en el asiento, con el cinturón cruzado de mala manera y la mano pegada al pómulo. No tendría más de veinticinco años; una muñeca de porcelana con el rostro encendido, los ojos vidriosos y la respiración a mil revoluciones. Miraba a Bernal, con el pánico del que no sabe si aquello era el rescate o el inicio de un problema mayor.

—Soy policía —dijo Bernal, enseñando la placa—. Estás a salvo. ¿Puedes salir del coche?

La chica desvió la vista hacia el tipo que bufaba en el suelo.

—Estoy bien, de verdad... No ha sido nada.

Bernal no retiró la mano.

—Ya.

—¿Se lo van a llevar? Él no ha hecho nada malo, en serio...

Agulló levantó la cabeza desde su posición y se mordió el labio inferior, tragándose el sabor amargo de la impotencia. Comprendía el mecanismo. Negar la evidencia era la única forma que tenía la joven de no declarar una guerra que aún no se sentía con fuerzas para librar.

Bernal rebajó el tono, haciéndolo más humano.

—Eso lo aclararemos luego. Ahora sal del coche y toma aire.

Ella dudó unos instantes, pero luego asintió, vencida.

Costa cantó la posición por radio solicitando el furgón. Agulló se incorporó despacio, conteniendo los músculos para que el dolor del costado no se le reflejara en las facciones. El tipo seguía boca abajo, encadenado, escupiendo insultos contra el alquitrán.

—¿Estás entera? —preguntó Costa de reojo.

—Sí.

—Ya, y yo soy el comisario.

—Es superior a mis fuerzas. Me saca de quicio que los justifiquen... —soltó ella, resoplando por la nariz, cargada de bilis—. ¿Es que no ve lo que tiene delante?

—Hay barrizales que solo se entienden cuando estás metido en ellos.

Agulló guardó la pistola en la funda.

—Me importa un carajo. No hay contexto que valga. Es un puto maltratador de manual.

El Zeta asomó al final de la calle, tiñendo las fachadas de destellos azules intermitentes. Durante un segundo, el vecindario pareció contener el aliento. Luego, como si un director de orquesta invisible hubiera dado la entrada, las persianas empezaron a moverse y las cabezas a asomarse. La gente miraba ya sin tapujos, con ese morbo blandengue que florece cuando el peligro está bajo control.

Bernal guio a la chica hasta la acera y le ofreció un botellín de agua. Evitó tocarle el hombro. Sabía de sobra que el contacto físico, a veces, se percibe como otra forma de invasión. Se limitó a quedarse ahí, inmóvil, lo bastante cerca para ofrecer un punto de apoyo, pero respetando el perímetro que la joven necesitaba para no ahogarse.

Agulló contempló la estampa a unos metros.

La patrulla de uniforme se hizo cargo del detenido. Uno de los agentes se emparejó con Bernal para tomar nota de las identidades y los detalles del acta. La chica repitió el mantra: que estaba bien, que solo era una discusión de pareja, pero esta vez, el final de la frase se le rompió en un hilo de voz.

Agulló respiró hondo, sintiendo más rabia que compasión.

La presión en el pecho seguía firme, instalada en el mismo sitio, como si tuviera intención de echar raíces. Ya no le venía de nuevas. Pensó en Claudia Vives, en el interrogatorio que le aguardaba a primera hora del día siguiente en el despacho y en que el cuerpo siempre aprende las lecciones antes de que la cabeza sea capaz de procesarlas.

A veces, la única opción disponible era mantener el tipo y esperar a que la víctima encontrara la fuerza para escupir la verdad.

Y estar allí para recogerla cuando cayera.

Si es que caía.

30

A las nueve y veintidós de la mañana siguiente, Claudia Vives regresó a comisaría.

Por su aspecto, había dormido entre poco y nada. Llevaba vaqueros oscuros, un jersey blanco y el pelo recogido. No se quitó las gafas de sol hasta entrar en la sala de interrogatorios.

Su madre se quedó en el vestíbulo, rígida, con el teléfono pegado a la oreja y la voz baja. El padre no había venido. Agulló no lo interpretó como una ausencia. Bastaba con que alguien pronunciara su nombre para que todo cambiara un poco de sitio.

Bernal recibió a Claudia con un vaso de agua y ninguna pregunta. Costa esperaba al otro lado del cristal.

Agulló entró la última. La marca de la ceja empezaba a amoratarse y el costado le pinchaba cada vez que intentaba llenar los pulmones. Había dormido poco, a ratos, sin llegar a descansar. Cada vez que cerraba los ojos regresaban las mismas imágenes: el maletero plastificado, la zapatilla blanca, Álex bajando del autobús.

Vivo.

Fuera de alcance.

Claudia miró la herida de la ceja.

—¿Le duele?

—Sí.

La respuesta la descolocó. Quizá esperaba una frase de policía. Un «no es nada». Agulló prefirió no dársela.

—Lo de ayer… —Claudia señaló apenas la ceja—. ¿Fue por lo que dije?

—Fue por seguir una pista.

—De Los Olivos.

—Entre otras.

Claudia bajó la mirada al vaso.

Agulló dejó una hoja en blanco sobre la mesa.

No sacó fotos. No todavía. No quería que Claudia volviera a cerrarse delante de una imagen. Las imágenes ya habían hecho su parte. Ahora necesitaba que hablara.

—Ayer dijiste que Dani no era tan listo.

Claudia cerró los ojos.

—No tendría que haber dicho eso.

—Lo dijiste porque te salió de dentro.

—Me salió porque estaba nerviosa.

—Y porque era verdad.

La chica no contestó.

Bernal se inclinó apenas hacia ella. Su voz bajó medio tono.

—Claudia, no hace falta que entiendas todo ahora mismo. Solo necesitamos que nos cuentes qué pasó. Como lo recuerdas. Paso a paso y sin adornos.

—Si hablo, mi padre…

Se calló.

Agulló esperó un segundo.

—¿Tu padre qué?

—Nada.

—Tu padre no está aquí.

Claudia levantó la mirada. Tenía los ojos secos, pero demasiado abiertos.

—Eso no significa que no esté.

Bernal dejó correr el bolígrafo sobre la libreta.

Agulló permaneció inmóvil al otro lado de la mesa, dándole espacio.

—No voy a prometerte que todo saldrá bien. Te mentiría a la cara. Pero, mientras tú callas, otros deciden qué versión queda de lo que pasó con Álex.

Claudia tragó saliva.

—Álex tampoco era un santo.

—Esto ya lo has dicho. Centrémonos. Estamos hablando de lo que le pasó.

Durante unos segundos no se oyó nada más que el zumbido de la lámpara del techo. Claudia se quedó mirando la hoja en blanco, fija, como si esperara encontrar algo escrito.

—Fue en el reservado dos.

Bernal no se movió.

Agulló tampoco.

—¿En Los Olivos? —preguntó para que quedara constancia, aunque ambas lo sospechaban.

Claudia asintió.

—Había una fiesta. Dani conocía al encargado. Rubén también. Era… no sé. De esas fiestas donde al principio todo parece normal, pero cuanto más rato estás, más raro se vuelve. Música baja, puertas cerradas, gente entrando y saliendo sin parar. Te daban una pulsera negra y ya parecía que formabas parte de algo importante. Copas carísimas, chavales flipando porque los dejaban sentarse con gente mayor… Ese rollo.

—¿Gente mayor?

—Sí. Treinta, cuarenta. Empresarios. Amigos de mi padre, amigos de esos amigos… Ya sabe.

—¿Estaba Vicente Vives?

—No.

Esta vez no sonó rápida. Eso la hizo más difícil de leer.

—¿Y qué grabó Álex?

Claudia bajó la vista al vaso.

—A una chica.

Bernal levantó la cabeza.

—¿Quién era? ¿La conocías?

—No lo sé. De verdad. Era joven. Veintipocos, quizá menos. Y estaba fatal.

—¿Borracha?

—Borracha, colocada… Yo qué sé. Al principio se reía y todos seguían el juego, porque ella también se reía. Luego dejó de hacerlo. Pero ellos no.

Agulló sintió un pinchazo seco bajo las costillas.

—¿La agredieron?

Claudia apretó el vaso entre las manos.

—No lo sé.

—Claudia, por favor.

—Que no lo sé —dijo, alzando apenas la voz—. No vi todo. Fui al baño y, cuando volví, Álex estaba grabando con el móvil escondido. Dani lo vio enseguida. Se le cambió la cara. Primero le dijo que parara. Después, que borrara el vídeo.

—La frase del audio.

Claudia asintió.

—«Borra eso, Álex».

—Y Álex no lo borró.

—No. Se puso como se ponía cuando tenía miedo.

—¿Cómo?

—Desafiante. Agresivo. Empezó a decir que eran unos cerdos y unos hijos de puta, que iba a enseñar el vídeo, que a ver si tenían huevos de tocarlo. Álex hacía eso. Cuando tenía miedo, amenazaba. Era lo único que tenía.

—¿Quién estaba en el reservado?

—Dani, Iker y yo. Óscar Vidal aparecía de vez en cuando. Rubén no estaba cuando Álex empezó a grabar. Al menos yo no lo vi.

—¿Qué pasó después?

Claudia respiró por la boca, como si le faltara aire.

—Salimos.

—¿Por qué?

—Dani dijo que necesitaba tomar el aire.

—¿Era cierto?

—No. Quería hablar con Álex fuera, pero ya iba pasado de vueltas. Iker intentaba tranquilizarlo. Yo le dije a Álex que borrara el vídeo, que no valía la pena meterse en eso. Y él me llamó cobarde y niñata de mierda.

—¿Por dónde salisteis?

—Por la puerta lateral. Detrás del local hay una zona de carga, unos contenedores y una calle estrecha que da a la avenida.

Agulló colocó mentalmente las piezas. Por fin una secuencia.

—¿Qué hizo Daniel al salir?

Claudia miró la hoja.

—Dani lo empujó. Álex se rio, aunque no le hizo gracia. Le soltó que, si quería pegarle, al menos lo hiciera delante de todos. Pero ya no quedaba nadie allí. Solo nosotros. Entonces Dani se acercó y le dio un puñetazo en la cara.

La chica se señaló la parte inferior de la boca.

—Álex salió despedido contra un contenedor. O quizá contra la pared, no lo sé. El golpe sonó fuerte. Aun así, consiguió incorporarse, tambaleándose. Dani volvió a lanzarse sobre él, antes de que pudiera mantenerse en pie.

Bernal escribía despacio.

—¿Iker intervino?

—Iker gritaba que parasen.

—¿Pero intervino?

Claudia negó.

—No.

—¿Y tú?

La chica levantó los ojos.

—Yo tampoco.

Nadie le quitó de encima esa frase.

—¿Álex estaba consciente durante la pelea? —preguntó Agulló.

—Sí. Aturdido, pero consciente. Tenía el labio partido, respiraba con dificultad y no dejaba de sujetarse el costado. Pero seguía hablando.

—¿Qué decía?

—Que no iba a borrar nada. Que esta vez sí pensaba enseñarlo. Que, cuando saliera, todos se iban a enterar de quiénes eran en realidad.

—¿Tenía el móvil?

—Sí. Dani intentó quitárselo, pero Álex se apartó. Casi se cae al hacerlo.

Agulló imaginó la escena y reconstruyó los hechos mentalmente.

—¿Cuándo aparece Rubén?

Claudia cerró los ojos.

—Después de que Iker lo llamara.

—¿Rubén fue al callejón?

—Sí.

—¿Solo?

—Creo que sí. No estoy segura. Todo pasó muy rápido.

—Haz memoria.

—Lo intento, ¿vale?

Bernal carraspeó para no desviar el asunto.

—¿Qué hizo al llegar? —preguntó Agulló.

—Miró primero a Álex, tirado contra la pared, y después a Dani. No levantó la voz. Solo lo miró y dijo que era un puto gilipollas.

—¿Gritó?

—No, qué va. Precisamente por eso daba más miedo.

—¿Ayudó a Álex en algún momento?

Claudia negó con la cabeza, fija en un punto de la mesa.

—Dijo que, si llamábamos a una ambulancia, se iba a armar un buen cristo. Que en cuanto asomara la policía empezarían las preguntas: las cámaras, los padres, las denuncias, el garito… y que al final todos terminaríamos salpicados. También soltó que Álex seguía en pie y que, si todavía podía tirar millas por su propio pie, podía largarse solo.

Agulló se quedó muy quieta.

—Y entiendo que se fue por su propio pie.

—Sí.

—Necesito que seas más concreta.

—Sí, se fue andando. Tambaleándose, pero andando. Hacia la avenida. Iker quiso acompañarlo, pero Rubén lo frenó en seco y le dijo que no se moviera, que lo dejara en paz. Dani seguía obsesionado con recuperar el vídeo, pero entonces Rubén dijo que él se ocuparía de todo.

Bernal dejó de escribir.

—¿De Álex o del vídeo?

Claudia levantó la mirada.

—No lo sé.

Agulló le sostuvo los ojos un momento.

Pensó que quizá ni siquiera lo supiera.

O peor: que sí lo supiera y hubiera decidido no decirlo.

—Volviendo a Álex. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Esa noche, en el callejón. Seguía vivo, caminaba solo y aún llevaba el móvil encima, si es lo que me van a preguntar.

—¿Rubén lo siguió?

Claudia se quedó en blanco.

—Claudia.

—Rubén se fue después.

—Especifica.

—Unos minutos, quizá. Dani se quedó con nosotros. Iker estaba llorando y no paraba de repetir que aquello se había ido de las manos. Yo solo quería largarme. Entonces Rubén nos dijo exactamente qué teníamos que decir cuando nos preguntaran.

—¿Qué os dijo?

La respuesta salió casi sin voz.

—Que Álex se había ido vivo. Y que nosotros no habíamos visto nada más.

Agulló sintió un frío seco en la nuca.

La frase encajaba en el relato como una pieza metida a martillazos para tapar el hueco exacto donde empezaban las preguntas de verdad. Álex había salido de aquel callejón respirando. Eso era cierto. Por eso funcionaba la mentira.

Claudia no estaba falseando la realidad por completo. Tampoco sus amigos. Todos se habían aferrado al mismo clavo ardiendo, repitiéndolo hasta convertirlo en un refugio legal. Álex Roldán se marchó por su propio pie y todos lo presenciaron.

Lo demás quedaba fuera del perímetro de la frase.

Fuera de la historia.

Fuera de su responsabilidad.

Y precisamente ahí, en todo lo que nadie se atrevía a poner en palabras, era donde empezaba la oscuridad total.

31

Molina escuchó la transcripción de Claudia sin romper el silencio. A Agulló le preocupó más esa mudez que cualquier réplica airada.

Estaban encerrados en la sala de juntas. Sobre la mesa descansaba el volcado parcial de la declaración; en el monitor seguía desplegado el mapa satelital con los accesos al club, y la línea temporal corregida a última hora ocupaba media pizarra. Gómez permanecía junto a la puerta, con la tableta blindada contra el pecho. Costa aferraba un bolígrafo con tanta rabia que los nudillos se le habían quedado sin sangre. Bernal, apoyada contra el marco de la ventana, parecía de piedra.

Molina pasó la página con una lentitud exasperante.

—Esto nos da luz verde para ir a por Daniel Berenguer.

—Nos da luz verde para trincar a Daniel y la palanca idónea para que Rubén Soria cante —corrigió Agulló.

—Con Daniel tenemos una agresión de manual, lesiones, una omisión de socorro de libro y coacciones —replicó Molina, levantando la vista—. Con Rubén solo tenemos a una cría muerta de miedo que asegura que el tipo apareció después y soltó que «él ya se encargaba». No me pida que levante una imputación sobre humo, inspectora.

Costa soltó el bolígrafo y se echó hacia atrás en la silla.

—Tenemos uno de sus coches rondando Lo Morant aquella noche. Muy cerca de donde aparecieron la zapatilla y el enganche del móvil.

—Un coche de su empresa.

—Qué casualidad. Los coches de esa empresa siempre acaban orbitando alrededor de nuestro caso.

Molina lo miró sin mover la cabeza.

—Subinspector, guarde el sarcasmo para cuando tenga algo sólido.

Agulló señaló la pizarra.

—Rubén aparece después de la agresión. Es quien corta la llamada a emergencias, quien marca lo que se va a decir. Luego desaparece después de que Álex se marche. Uno de sus coches acaba cerca de Lo Morant. Chispa Vidal trabaja para gente de su entorno. Y ahora aparece un maletero forrado, con restos que podrían ser sangre y fibras azules.

—Presuntivos —dijo Gómez.

Agulló se giró hacia él.

—Gracias por la aclaración. Menos mal que aún queda alguien pendiente de las etiquetas.

Gómez bajó la mirada.

Molina cerró la carpeta con calma.

—Voy a decirles lo que tenemos sobre la mesa. Tenemos a un chaval con un historial idóneo para meterse en charcos, un vídeo grabado de tapadillo en un reservado y una bronca que, por muy fea que se pusiera, termina con la víctima saliendo del callejón por su propio pie. Después, el chico se sube a un autobús por voluntad propia y, para rematar, nos encontramos con un ordenador portátil lleno de mierda, que cualquier abogado de tres al cuarto va a explotar para vender la imagen de un desequilibrado.

—Los abogados van a usar cualquier brecha —respondió Bernal—. Pero si esperamos a tenerlo todo cerrado, ellos tendrán más tiempo para borrar lo que quede.

—Si nos precipitamos contra gente con dinero y buenos abogados, nos van a desmontar el caso antes siquiera de que sepamos dónde está el chico.

—Si no nos movemos ya, puede que no lo encontremos nunca —sentenció Agulló.

Molina clavó sus ojos en los de ella.

—Ese es su error, inspectora. Que usted sigue planteando esto, como si jugáramos a encontrarlo con vida.

Bernal buscó los ojos de Agulló. Costa hizo lo mismo, en silencio.

Ella encajó la frase como si fuera un impacto físico. Nadie lo había verbalizado hasta ese instante, no con esa crudeza, pero la sospecha flotaba

en el ambiente desde hacía días.

Cada hora que pasaba hacía más difícil imaginar a Álex vivo en alguna parte, esperando que lo encontraran.

Y lo peor era eso: que las pruebas seguían apareciendo, una detrás de otra, empujándolos hacia la agresión, hacia la violencia, hacia algo mucho más oscuro.

¿Qué demonios les iba a decir a sus padres?, se preguntó la inspectora, sintiendo el peso del fracaso antes de tiempo.

Cada paso al frente, cada maldito éxito en la investigación solo servía para certificar que estaban llegando tarde.

—Mientras no tenga un cuerpo, una prueba de muerte o una confesión, lo buscaré vivo.

Molina sonrió con cansancio.

—Eso queda muy bien delante de una cámara, inspectora. Luego llegan las horas extra, los informes de gasto y las llamadas de arriba preguntando por qué seguimos quemando recursos en un desaparecido sin una sola prueba de que siga vivo. Dejemos los idealismos para otro día.

—No estamos hablando de presupuesto.

—¡Maldita sea, sí! —exclamó, hastiado—. Siempre acabamos hablando de lo mismo en los despachos: presupuesto, recursos, horas. Qué merece la pena y qué no. Y ahora mismo la decisión es bastante simple. Se cita formalmente a Berenguer con su abogado, se prepara una imputación por lesiones y omisión si procede, y a Rubén Soria se le toma declaración como testigo asistido. Lo demás… —Miró la pizarra, con cansancio agrio—. Lo demás es seguir gastando recursos persiguiendo pings, zapatillas y pistas que no llevan a ninguna parte.

—No.

Molina levantó las cejas.

—¿Perdón?

—No voy a cerrar la búsqueda.

—No se lo estoy preguntando.

—Y yo no voy a obedecer una orden que puede poner en riesgo a un desaparecido.

Gómez cambió el peso de una pierna a otra.

Molina apoyó las manos en la mesa.

—Tiene hasta mañana a las ocho para traerme algo sólido que justifique mantener el despliegue. Algo de verdad. No quiero intuiciones,

corazonadas, ni a ese —dijo, refiriéndose a Rojo—, paseándose por el pasillo. ¿Queda claro?

—Sí.

—Bien —dijo el comisario, más satisfecho—. Quiero una prueba que conecte a Rubén Soria con Álex Roldán después de que este saliera de allí vivo. Si no, reestructuramos el caso.

—¿Reestructuramos?

—Sí, claro. Daniel Berenguer como agresor principal. Rubén Soria como testigo incómodo. Álex Roldán como desaparecido adulto con posible conducta voluntaria posterior. Y usted, inspectora Agulló, dejará la dirección de la parte operativa.

Costa dio un paso.

—Eso es regalarles tiempo.

—¿A quién, Costa? Eso es impedir que una inspectora golpeada y emocionalmente implicada convierta otra investigación en una cruzada personal.

Agulló ni parpadeó.

No iba a regalarle a Molina el espectáculo de verla saltar. Pero el dardo había dado en el centro de la diana.

Lo supo por el mutismo de Bernal, por cómo desvió la vista hacia el suelo de golpe, incómoda. Por la mandíbula de Costa, que se tensó hasta parecer granito. Y, al otro lado de la mampara, en mitad del pasillo, Rojo irguió el cuello de súbito, como si la onda expansiva del desprecio hubiera atravesado el cristal.

Molina sabía cómo joderla.

A un jefe mediocre no le hacía falta comprender el origen de las cicatrices; le bastaba con saber exactamente dónde presionar para hacer daño.

—¡Mañana a las ocho en mi despacho! —remató Molina, recogiendo sus papeles—. Y quiero al exinspector Rojo fuera de esta Jefatura de inmediato. Si necesita un asesor, inspectora, ya me ocuparé yo de buscarle uno.

***

El comisario desfiló hacia la salida con su lacayo pisándole los talones.

Costa fue el primero en romper el hielo.

—Si me lo pides, le pincho las cuatro ruedas. A Molina, digo. A Gómez todavía no le tengo fichado el coche.

Bernal soltó una risa breve, sin ganas.

Agulló fijó los ojos en la pizarra. La nueva línea temporal, al menos, había ganado nitidez.

Reservado dos. Vídeo. Paliza. Aparición de Rubén. Álex saliendo por su propio pie. Autobús. Coche oscuro. Teléfono. Zapatilla. Maletero.

—Necesito saber qué hizo Rubén en cuanto puso un pie fuera de ese callejón —sentenció la inspectora.

El subinspector asintió, ya trabajando.

—Voy a reventar las grabaciones de las cámaras. Desde Los Olivos Club hasta Alfonso X el Sabio, a ver si reconstruimos la ruta previa al autobús. También quiero el listado de matrículas de todos sus vehículos y un volcado de antenas de telefonía en cuanto el juez nos firme la orden.

—Y nos falta la chica del reservado —añadió Bernal—. Si Claudia no nos da el nombre, alguien de la plantilla del club tiene que saberlo.

—Al tajo —ordenó Agulló, sacudiéndose el sopor—. Bernal, entra a Claudia por la vía de la seguridad, no la machaques con la culpa. Si vuelve a cantar, que sea porque ha entendido que el silencio ya no le sirve de escudo.

—Me pongo con ella.

—Costa, localízame cada maldito vehículo de Soria Control que estuviera de servicio la noche de la desaparición. Que Ruiz no despegue los ojos de la microSD y del procesado de los vídeos. Y de Los Olivos lo quiero absolutamente todo: contratos, cuadrantes de empleados, libro de reservas, contabilidad, proveedores de las pulseras… todo.

Costa emborronó la libreta con trazos rápidos.

—No nos va a dar la vida.

—Ya sabías dónde te metías cuando aceptaste el traslado.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Agulló rescató la copia del testimonio de Claudia de encima de la mesa.

—Voy a echarle un ojo a esa salida de emergencias de la que ha hablado.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Costa la escaneó de arriba abajo: la brecha de la ceja, la mano apoyada en las costillas, las rozaduras del antebrazo.

—Ni de coña vas sola.

Agulló amagó con saltar. Se vio a sí misma soltando el bufido protector antes incluso de tomar aire. Al final, se tragó el orgullo.

—Vienes conmigo. Moviliza a la patrulla de la zona.

Bernal cerró su cuaderno de un manotazo.

—Le doy un toque a Ruiz para que priorice el desentierro de los fotogramas de anteayer.

La sala recuperó el ritmo de trabajo.

La cuenta atrás acababa de empezar.

Antes de enfilar la puerta, la inspectora repasó el extracto que Claudia había soltado y que Bernal había subrayado con un bolígrafo rojo:

«Rubén dijo que él se encargaría».

Seis palabras.

Si a las ocho de la mañana no le ponía a Molina sobre la mesa una sola prueba que amarrara a Rubén con Álex después de ese callejón, el comisario le amputaría la investigación.

Y con esa firma, sepultaría la última oportunidad de encontrar al joven.

32

La puerta lateral de Los Olivos Club parecía mucho menos clandestina a plena tarde.

Estaba abollada en la parte de abajo, con una pegatina de alarma medio despegada y una cámara pequeña apuntando al callejón. A un lado se amontonaban tres contenedores y un palé roto; al otro, una salida estrecha hacia la calle trasera.

No quedaba nada del club que Claudia había descrito. Ni música, ni luces, ni esa sensación de lujo fácil que parecía envolverlo todo desde dentro.

Allí solo había basura recalentada por el sol.

Agulló se quedó frente a la puerta, con la declaración de Claudia doblada en la mano.

Costa permanecía junto a la cámara, estudiando el ángulo con esa expresión suya de quien ya esperaba encontrar exactamente aquello.

—Si funciona, cubre todo el callejón.

—Entonces seguro que falla.

—Qué sorpresa. Tú pensando en positivo.

El encargado del garito aguardaba a unos metros, con los brazos cruzados y el peso del cuerpo muerto sobre una pierna. Era un tipo escurridizo, escuálido, embutido en una camisa negra rigurosa y con una barba de diseño demasiado perfilada para ser natural. Se llamaba Iván Otero y, según

su primera declaración, no tenía ni idea de nada. Cada vez que abría la boca para contestar, dejaba flotar una milésima de segundo de silencio antes de soltar el «no», como si revisara mentalmente el guion para comprobar cuál era la versión oficial que le tocaba defender.

—La cámara graba en bucle —dijo Otero—. Los siete días de la semana.

Costa se giró.

—La noche de la desaparición fue hace menos de siete días.

—Sí, pero esa cámara se quedó sin señal justo esa noche.

—Claro.

—No digo que sea una excusa. Digo que está registrado el fallo.

El encargado sacó el móvil y les enseñó el registro de incidencias.

La cámara lateral había estado sin señal entre las 23:48 y las 02:16.

Agulló leyó la hora y soltó aire por la nariz.

Otero agrandó la imagen del registro con dos dedos.

—No fue la única.

Costa le quitó el móvil casi sin pedir permiso.

Había otros dos cortes esa semana: uno de nueve minutos el martes y otro de diecisiete, el jueves. Ninguno durante el cierre. Ninguno en la puerta lateral.

Agulló miró la pantalla.

Lo bastante frecuente para parecer normal.

Lo bastante distinto para no serlo.

El encargado se encogió de hombros ante la mirada de los policías.

—Aquí fallan cosas. Es un local, no la NASA.

Costa bajó de la escalera pequeña que había usado para comprobar el cableado.

—El cable no está cortado. El conector está flojo. O alguien lo dejó flojo a propósito.

—Eso no lo puede saber —dijo Otero.

—Y usted tampoco puede saber que fue un fallo normal.

Otero abrió las manos.

—Las cámaras fallan, ya se lo he dicho. No es la primera vez.

—Claro. Justo esa y justo esa noche.

—Inspectora…

—No estamos aquí para detenerte —dijo Costa—. Si lo estuviéramos, la conversación sería otra.

Agulló se aproximó a los contenedores de basura. Si el testimonio de Claudia era exacto, Álex había impactado contra uno de esos plásticos o directamente contra el muro de ladrillo. Al bajar la vista, el suelo le escamó. Estaba demasiado decente para ser un callejón de servicio de la zona de copas. No es que chorreara agua, pero era evidente que le habían dado un manguerazo no hacía mucho. La costra de mugre habitual se concentraba en los bordes, mientras que el carril central mostraba un aclarado sospechoso, el rastro típico de quien limpia a escape y solo para quitar lo gordo.

—¿Limpian el callejón todos los días? —preguntó la inspectora sin levantar la vista del firme.

—Por normativa de sanidad —soltó el encargado, imperturbable.

—¿Y la normativa exige manguerazos a las dos de la mañana?

Otero se tomó su medio segundo de rigor antes de activar la mandíbula.

—Se le da un agua en cuanto cierra el local, si el suelo da asco. O si a algún cliente le da por vomitar la cena fuera. Pasa más a menudo de lo que se imagina.

—Qué poético —ironizó Agulló, irguiéndose despacio—. ¿Quién estuvo a los mandos de la manguera esa noche?

—Ni idea. Personal de mantenimiento, supongo.

—Quiero un nombre.

—Tendría que revisarlo en los cuadrantes de la oficina.

—Pues ya está tardando. Mírelo.

El hombre bajó la vista al móvil. Esta vez sí buscó algo.

Agulló vio pasar nombres, horas, una hoja de turnos mal fotografiada.

Otero se detuvo.

—Aquí está. Samuel. Entró a la una y cuarenta.

Para entonces Álex ya no estaba en Los Olivos, pensó ella. Pero alguien todavía tenía motivos para limpiar.

—La cámara dejó de grabar a las once cuarenta y ocho.

—Pues no sé qué quiere que le diga. Samuel no arregla cámaras. Es el que friega los suelos.

Agulló sacó una fotografía de Óscar Vidal.

—¿Lo conoce?

Otero apenas la miró.

—Ha trabajado alguna vez aquí.

—¿La noche de la fiesta?

—No lo recuerdo.

—Pruebe con otra respuesta.

—Puede ser.

—Eso está mucho mejor.

Costa recibió un mensaje y se acercó a ella.

—Ruiz dice que el sistema de reservas del local tiene una entrada para el reservado dos esa noche. No aparece a nombre de un particular. Figura como «evento corporativo». Y sí, antes de que lo preguntes: pagado por transferencia desde una sociedad de Vives. Vives Mediterráneo Gestión.

Agulló miró al encargado.

Otero se puso rígido.

—Yo no llevo la facturación.

—Pero controla quién entra y quién sale.

—Yo llevo la sala.

—Y sabe quién pasa al reservado dos.

—Pasa quien lo reserva.

—¿Vicente Vives estuvo aquí esa noche?

Otero dudó apenas un instante.

—No lo vi.

—Eso no significa que no estuviera.

Otero se guardó el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón de un manotazo. Fue el primer ademán verdaderamente tenso, descompuesto, desde que habían irrumpido en el callejón.

—Mire, inspectora, si quieren papeles, vuelvan con una orden del juez —soltó, plantando cara por primera vez—. Yo no voy a fabricar recuerdos para sacarle a usted las castañas del fuego.

Agulló recortó la distancia entre ambos con un solo paso, invadiendo su perímetro sin pestañear.

—No necesito que fabrique nada, Otero. Solo que no me mienta.

Costa dio un paso lateral y le plantó la tableta digitalizadora a la altura de los ojos. Una cámara de tráfico municipal, ubicada en la bocacalle trasera, había arañado una porción del callejón desde un ángulo oblicuo y lejano. En el extremo superior de la pantalla, bajo el minutero que marcaba las 00:31, se distinguía la silueta de cuatro figuras recortadas contra la penumbra de los focos. Una de ellas llevaba una gorra calzada hasta las cejas. Otra se demoraba un segundo de más, venciendo el peso contra el muro de ladrillo, antes de reemprender la marcha a rastras.

La resolución era infame, insuficiente para ponerle nombres y apellidos a las sombras, pero la cronología encajaba al milímetro con la escena que Claudia Vives acababa de describir en el despacho.

—¿Y esto?

—Lo pidió Ruiz al cruzar el plano del callejón con la salida lateral. Nos acaba de entrar.

—¿Es Álex? —preguntó Agulló.

—Puede ser el que se apoya. Difícil de afirmar.

—¿Rubén?

Costa pasó al siguiente fotograma.

A las 00:37, un vehículo oscuro asomaba la parte delantera por la calle trasera, avanzando a paso de entierro. El coche se detenía durante exactamente treinta segundos en la zona ciega, fuera del tiro de cámara, antes de reaparecer y largarse por el extremo opuesto, a toda prisa.

La matrícula era un borrón ilegible, saboteada a partes iguales por el reflejo traicionero de una farola y por la copa densa de un árbol de la acera.

—En realidad, podría ser cualquiera —dijo Costa.

—Pero no es cualquiera, Costa.

—No te precipites, jefa.

Agulló lo sabía.

Y le irritaba que Costa también lo supiera. No por llevarle la contraria, sino porque cada vez que él desmontaba una esperanza con calma, ella sentía que el caso perdía un poco más de oxígeno.

Su móvil seguía en manos de Informática, inutilizado. Costa le había dejado uno de sustitución, demasiado nuevo y limpio. Cada vez que lo sacaba del bolsillo sentía que no era suyo.

El aparato vibró.

Era Bernal.

—Claudia no quiere seguir hablando sin abogado —dijo Bernal—. Y la madre no para de repetir que Vicente está «arreglando esto». Tal y como lo oyes.

—¿Arreglando qué?

—Ni idea. Pero Claudia está muerta de miedo. Me ha preguntado si podría declarar sin que su familia se enterara de cuándo y dónde.

—Dile que sí.

—¿Y eso podemos hacerlo?

—Ya veremos.

Colgó.

Costa seguía mirándola.

—Molina va a exigir algo que pueda sostener delante de Asuntos Internos y de un juez. Una testigo aterrada, una cámara «averiada» y una transferencia ligada a Vives no le van a bastar.

—Tenemos un coche entrando a las 00:37.

—Sin matrícula. Genial.

—Y un reservado pagado por una sociedad de Vives.

—Eso coloca a Vives en el local. No a Rubén con Álex.

—También tenemos a Claudia.

Costa negó con la cabeza.

—Y cualquier abogado le va a destrozar la declaración en diez minutos.

El teléfono de sustitución volvió a vibrar en el bolsillo de Agulló.

Esta vez no era Bernal.

«Número desconocido».

Agulló miró la pantalla con fastidio y contestó.

—Agulló.

Durante un segundo solo oyó ruido de calle. Luego una respiración conocida.

—Soy yo.

No necesitó que dijera el nombre.

Costa levantó la vista de la tableta.

—¿Quién es?

Agulló no contestó enseguida.

—¿Qué quieres, Rojo?

Costa congeló el dedo sobre el cristal táctil. No abrió la boca, pero el gesto se le endureció en un segundo.

—Verte —soltó la voz de Rojo al otro lado de la línea, con ese tono arrastrado de siempre.

—Estoy en mitad de una inspección.

—Por eso mismo te llamo.

Agulló se distanció un par de metros de Otero y de la batería de contenedores, buscando algo de intimidad.

—Si tienes algo que soltar, escúpelo ya.

—Por teléfono, ni de coña.

—No estoy para jueguecitos, Rojo.

—Entonces haz el favor de escucharme un minuto. Tengo algo que necesitas ponerte en la oreja.

Agulló barrió con la mirada la salida de emergencias, la óptica ciega de la cámara, el pavimento sospechosamente limpio y la angostura de ese callejón donde Claudia había ubicado la caída de Álex. Las piezas encajaban sobre el papel, pero en el ambiente flotaba una disonancia, un cabo suelto invisible que no terminaba de cuadrarle.

—¿Tiene que ver con la investigación?

—Tiene que ver contigo metida en este avispero.

La advertencia le revolvió las tripas antes siquiera de procesarla.

—Rojo, no me jodas...

—Te espero en la Layon. La taberna que está justo enfrente del Hospes Amérigo.

Agulló sepultó el teléfono contra la oreja, apretando los dedos.

—No voy a levantar un operativo de campo porque te haya entrado el capricho de almorzar.

—No es una corazonada, Agulló. Esta vez los cafés corren de mi cuenta.

Y la línea se quedó muerta.

Agulló contempló el reflejo negro de la pantalla apagada.

—Será pedazo de imbécil…

Costa no le quitaba la vista de encima.

—¿Rojo?

—El mismo.

—Qué tío más oportuno, joder.

—Si me cita así es porque ha rascado algo que nos sirve. No empieces a torcer el gesto, que ya sabes cómo funciona su cabeza.

—Yo no he abierto la boca.

—No te hace falta, Costa. Lo dices todo con esa cara de vinagre.

El subinspector bajó los ojos hacia la tableta, pero no llegó a pulsar ningún comando.

—Yo me voy a encargar de rebañar las grabaciones de la avenida superior —dijo, cambiando de tercio con frialdad—. Si ese vehículo oscuro enfiló por donde me huelo, lo mismo pescamos un ángulo limpio, sin árboles de por medio.

Agulló se embutió el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—Te veo luego en Jefatura. Dame un toque si salta la liebre con las matrículas.

Costa asintió con un cabeceo seco, demasiado autómata.

—Hecho.

—Costa.

Él levantó las pestañas, sosteniéndole la mirada.

—No me estoy dispersando. Estoy metida en el caso al cien por cien.

—Ya lo sé, jefa.

—Solo voy a comprobar qué diablos dice haber desenterrado este hombre. No perdáis de vista el servidor, ni el maldito registro de reservas, ¿queda claro?

Costa se blindó la tableta contra el esternón. El brillo LED del dispositivo le perfilaba la línea de la mandíbula en mitad de la penumbra del callejón.

—Descuida. Si canta la máquina, te pego el toque.

Agulló captó la barrera invisible que el subinspector acababa de levantar en esas pocas palabras. No había un reproche explícito, ya que Costa no gastaba esa clase de juego sucio, pero precisamente por eso la distancia escocía el doble. Era el eco de alguien dando un paso atrás, el sonido sordo de una compuerta que se cierra sin hacer ruido.

—No te entretengas —zanjó ella, dándose la vuelta—. Quiero saber qué pasó dentro de ese club, antes de que se nos eche la noche encima.

—Cuenta con ello.

33

La cervecería Layton se abría hueco a escasos metros del Hospes Amérigo, en una de esas calles del cogollo central de Alicante donde los turistas de crucero, los vecinos de toda la vida y la gente que prefería no llamar la atención compartían baldosa sin cruzarse las miradas.

Era un garito estrecho, pulcro, con el mobiliario apretado, una barra hasta arriba de raciones y ese aroma inconfundible que resulta de mezclar café recién molido y grasa de plancha. Un bar de los de siempre, de los que Rojo consideraba su hábitat natural. Una pizarra de madera desconchada cantaba el menú del día con tiza blanca. En la barra, justo frente a la vitrina de las tapas, una pareja de guiris señalaba una bandeja, con cara de estar descifrando jeroglíficos.

Rojo se había apalancado al fondo del todo. Viejas manías de perro de calle que se niega a dar la espalda a la puerta.

Las mismas taras que le había contagiado a ella.

El exinspector vestía la cazadora de cuero abierta y había arrojado las gafas de sol sobre la mesa. Custodiaba una caña a medio terminar y un platito de olivas partidas que no se había molestado ni en probar.

Agulló se dejó caer en la silla de enfrente, sin amagar siquiera con quitarse la chaqueta.

—Tengo diez minutos.

Rojo levantó la vista hacia el reloj de pared, uno de esos cacharros promocionales de cerveza que jamás daban la hora exacta.

—Con cinco me basta.

—Pues no me hagas perder el tiempo.

Rojo apoyó los antebrazos en la mesa. No preguntó por la ceja partida ni por el golpe en el costado. Observó cómo se sentaba, cómo colocaba el móvil de sustitución junto a su mano fuerte, cómo evitaba cargar peso en el lado herido.

Ese era su método de interrogación.

—Tienes mala cara.

—Gracias por citarme para eso.

—No te he citado por eso.

Un camarero se acercó con el bloc en la mano.

—¿Qué le pongo?

—Café solo —dijo Agulló.

—¿Corto?

—Sí.

El camarero se fue hacia la barra.

Rojo esperó a que estuviera lejos.

—Has encontrado el club.

—Vaya, ¿cómo lo sabes? No me has traído hasta aquí para felicitarme.

—No.

—Pues habla.

Rojo miró un momento hacia la puerta y chasqueó la lengua.

—Lo que te voy a decir no te va a gustar.

Agulló se quedó quieta.

—Piénsatelo dos veces antes de soltarlo, entonces.

—Sigues buscando a ese chico como si estuviera sentado esperándote.

—¿De qué coño hablas? —preguntó ella, descolocada—. Tengo pruebas de vida.

—Tenías indicios.

—Joder, Rojo. Déjate de juegos semánticos.

—Agulló…

—Álex subió al autobús, bajó por su propio pie. Caminó siete minutos y su amiga Claudia jura que salió vivo del callejón. El repetidor posiciona el móvil moviéndose después.

—Sí.

—¿Entonces?

El camarero dejó el café. Agulló ignoró la taza.

—Estás enfocando el caso como si todo dependiera de encontrarlo con vida.

—Porque depende de eso.

—No necesariamente.

Agulló soltó una risa seca, carente de humor.

—Estás de coña.

—No.

—¿Lo dices en serio?

Rojo miró la caña, pero no llegó a beber.

—Dime una cosa. Si alguien quisiera que siguieras el rastro de un fantasma, ¿qué tendría que darte?

—No empieces.

—Una imagen borrosa, un móvil moviéndose, una zapatilla abandonada, un testimonio con lagunas… Pan rallado para que sigas el camino.

Agulló lo sostuvo la mirada.

—¿Un testimonio con lagunas?

—Las mejores mentiras se construyen con verdades a medias.

—Escucha, Rojo…

Él la cortó en seco.

—Nada de eso contradice que Álex estuviera vivo entonces. Al contrario, por eso muerdes el anzuelo —dijo, clavándole los ojos—. Porque cada puta pieza encaja en la misma historia, mientras el titiritero decide hacia dónde tienes que mirar.

Agulló guardó silencio.

El ruido de la barra llenó un segundo el silencio.

—Pretendes decirme que estoy siguiendo un rastro falso, manipulado por alguien.

—Más o menos.

—En serio, tío. Me descojono.

—La situación no tiene nada de gracia —repuso, al notar el sarcasmo de la inspectora—. Pretendo echarte una mano. He estado ahí, sé lo que es no ser capaz de ver…

—Claro, claro, tú nunca te equivocas. Lo mejor de todo es que no te he pedido ayuda en este caso y ya escuchaste a Molina. ¿Algo que decir al respecto?

Rojo aceptó el golpe sin moverse.

—Yo me equivoco bastante. Pero esta vez no estoy hablando de mí.

Ella apartó la mirada.

No podía aceptarlo todavía. Porque hacerlo significaba admitir que quizá cada búsqueda la había alejado justo del lugar donde Álex ya no podía pedir ayuda.

—La zapatilla puede ser real —dijo.

—Sí.

—El móvil pudo estar con él.

—Sí.

—El vídeo del portal lo muestra caminando.

—Puede.

—Y esa chica no está inventándose lo que dice porque está aterrorizada.

—No.

—Entonces deja de hablar como si todo fuera mentira.

Rojo se inclinó un poco hacia delante, lo justo para que ella tuviera que escucharlo.

—Una mentira buena no se inventa de cero, Agulló. Se monta con cosas reales. Álex salió vivo, caminó y tenía el móvil encima. Puede que incluso grabara algo. Pero eso no significa que las pistas te estén llevando a él. A lo mejor solo quieren que sigas mirando en esa dirección.

Agulló sintió que algo se le cerraba dentro. Era el mecanismo de siempre para no asumir los errores.

Luego apoyó las dos manos sobre la mesa.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo dé por muerto? ¿Que mire a su madre a la cara y le diga que su hijo es una hipótesis estadística?

—No he dicho eso.

—¿Quieres que le entregue a Molina el caso cerrado porque tú tienes una corazonada que nos lleva a otra parte?

—Quiero que dejes de creer que salvarlo es la única forma de no sentir que has vuelto a llegar tarde.

La frase le quitó la respuesta de la boca.

Rojo no intentó tocarla.

—No tienes derecho a hacer esto —dijo Agulló.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes.

—Sí.

—No me vengas ahora con lo que crees saber de mí.

Rojo le sostuvo la mirada y ella sintió calor en la cara.

—Sé cuándo no estás buscando solo a una persona.

La inspectora golpeó la mesa con la palma abierta.

No fue un golpe fuerte, pero bastó para que la pareja de turistas de la barra se girara y el camarero congelara el trapo sobre un vaso durante medio segundo.

El exinspector ni parpadeó.

—Eres un cabrón —dijo Agulló.

La rabia seguía ahí, pero el cansancio empezaba a ganarle terreno por abajo. Junto a él, una vergüenza sorda que llevaba demasiado tiempo esquivando.

Rojo bajó la vista hacia su caña.

—Mira, no disfruto con esto —dijo, antes de dar un trago corto—. Solo intento evitar que construyas el caso sobre un cimiento podrido.

Algo en la llanura de su tono la descolocó más que cualquier réplica airada.

Agulló se reclinó en la silla, alejándose de la mesa. El caso de Álex se le había metido bajo la piel sin que se diera cuenta; se había aferrado a cada indicio porque necesitaba creer que aún llegaba a tiempo de salvar una vida.

Había querido creerlo.

—Si dejo de buscarlo, Molina gana esta partida.

Rojo negó con la cabeza, impasible.

—Molina gana si sigues persiguiendo el humo que él mismo suelta.

Cogió una oliva y se la echó a la boca. Dejó el hueso en el plato y se limpió los dedos con una servilleta de papel.

—No busques solo a ese chico. Busca la mano que lo está moviendo.

El café seguía intacto delante de ella. La superficie se había oscurecido, quieta.

La búsqueda no había sido absurda.

Ese era el veneno.

—Puede que el hermano de uno de ellos, el de la empresa de seguridad, tenga algo que ver —comentó ella.

—Puede.

—Aparece el último en toda esta historia.

Rojo no la interrumpió.

—Es la autoridad, el mayor, el que pone orden cuando las cosas se tuercen —siguió Agulló—. Además, tiene tablas gestionando grupos de personas.

—Y cree que entiende cómo piensas a la hora de hacer tu trabajo.

Agulló abrió los ojos.

—Tengo que buscar al que está construyendo a Álex… después de Álex.

Rojo la miró.

El teléfono de sustitución vibró junto a su mano.

Era Costa.

La llamada siguió vibrando entre los dos.

Contestó.

—Dime, Costa.

La voz del subinspector sonó tensa.

—Tenemos algo en las cámaras de la calle superior.

Agulló se incorporó.

—Te escucho.

—No tenemos la matrícula completa, pero sí el recorrido. El coche de las 00:37 abandona la zona de Los Olivos y, un cuarto de hora después, vuelve a aparecer cerca de Alfonso el Sabio. A apenas tres calles del punto donde Álex subió al autobús.

Agulló miró a su excompañero.

—¿Crees que Rubén pudo seguirlo?

—No puedo meter a Rubén en el informe todavía —dijo Costa—, pero el coche está a nombre de un empleado de Soria Control. No es el utilitario que viste, ese con el maletero. Es una Kangoo oscura. Y hay más.

Agulló apretó el móvil.

—Dime.

—A las 02:06 salta en el lector de matrículas de una gasolinera, camino de Virgen del Remedio.

Ocho minutos después de la última señal de la antena. El escenario acababa de cambiar por completo.

—Mándamelo.

—Ya lo tienes en bandeja.

El móvil vibró en su mano con la descarga del archivo.

—¡Y llama a Bernal! —ordenó Agulló—. Mañana no vamos a ir a suplicarle a Molina que nos mantenga en el caso.

Costa guardó silencio al otro lado de la línea. Un segundo de analista.

—¿No?

—Vamos a demostrarle que alguien ha montado un teatro.

Rojo la observaba desde el otro lado de la mesa, impasible.

—¿Estás segura? —preguntó.

Agulló abrió el mapa de satélite que Costa acababa de adjuntar.

—No del todo —admitió—. Pero esta vez voy a elegir yo hacia dónde mirar.

34

La madre de Iker Soria abrió la puerta, con los ojos hinchados y el teléfono en la mano.

No preguntó quiénes eran. Los reconoció antes de que Agulló le enseñara la placa.

—Mi hijo no está aquí —dijo.

Costa, a la derecha de Agulló, miró hacia dentro. Bernal se quedó un paso atrás, cerca por si hacía falta. Por encima del hombro de la mujer, Agulló vio unas zapatillas junto al recibidor y una bolsa de basura sin bajar. En el salón sonaba un informativo, muy bajo.

—¿Dónde está Iker? —preguntó Agulló—. Es importante.

La mujer apretó el móvil contra el pecho.

—No lo sé.

Agulló le sostuvo la mirada un segundo más.

—¿Cuándo se ha ido?

—Hace un rato.

Tragó saliva y miró hacia el pasillo, como si esperara que alguien contestara por ella.

Entonces apareció el marido.

Era un hombre ancho, de camiseta gris y barba descuidada. Se secó las manos con un paño de cocina antes de hablar. Tenía esa forma de ocupar el espacio de quien quiere mandar, pero llega tarde.

—Iker es mayor de edad. Si ha salido, ha salido. ¿Qué quieren de él? ¿Le ha pasado algo?

Costa se volvió hacia él.

—Qué tranquilidad.

El hombre lo miró sin saber si debía ofenderse.

Agulló siguió mirando a la madre.

—Estamos en medio de una investigación y su hijo podría estar en peligro.

Eso la rompió un poco.

—Debe de haber ido al gimnasio. La bolsa de deporte y la sudadera no están en su habitación.

—¿Lleva dinero encima?

—Probablemente el justo.

Bernal intervino por primera vez.

—Su hijo podría intentar salir de la ciudad. O del país.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó el padre.

—Me pidió veinte euros —dijo la madre—. Dijo que era para comer algo. Que luego me los devolvía. Como si eso importara ahora.

El padre chasqueó la lengua.

—No empieces.

La mujer se giró hacia él. No gritó. Fue peor.

—¿Lo sabías?

El hombre apartó la mirada.

—Está nervioso. Ya volverá.

—Joder...

—Últimamente no come —añadió ella, mirando de nuevo a Agulló—. Se encierra en el baño para mirar el móvil y casi no habla con nosotros.

—¿Y con su hermano? —preguntó la inspectora.

—¿Rubén? No me ha dicho nada de él.

Costa levantó la cabeza.

La mujer miró a Agulló, arrepentida de haberlo soltado y aliviada al mismo tiempo.

—Necesitamos la dirección del gimnasio al que va.

—Sí, claro...

Costa ya tenía el teléfono en la mano.

Agulló dio un paso hacia el interior mientras la mujer buscaba la dirección en el móvil. El padre se movió para bloquearle el paso.

—¿A dónde va? No pueden registrar mi casa sin orden.

—No he venido a registrar su casa. Quiero encontrar a su hijo.

El hombre palideció.

—¿Ha estado Rubén por aquí?

—No.

—¿Tiene buena relación con él?

—No tengo por qué responder a eso.

—Ya lo ha hecho.

El hombre apretó la mandíbula.

—Rubén solo ha llamado para preguntar si estábamos bien. Nada más.

Bernal miró a Agulló.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿A quién?

—A su madre.

—Quería saber si estaba bien —dijo ella.

—Claro —dijo Costa—. Lo más normal del mundo.

Agulló mantuvo la voz baja.

—¿Le dijo algo más?

La mujer respondió antes de que el marido pudiera detenerla.

—Le comenté lo de su hermano. Es su hermano. Sabe cómo llevar al pequeño.

El padre bajó la vista.

Costa salió al rellano y llamó a central. Bernal entró dos pasos en el recibidor, sin invadir más, y se colocó frente a la madre.

—Necesito que piensen despacio.

—De verdad, ¿a qué viene todo esto? —preguntó el hombre—. ¿Qué está pasando?

—¿No lo saben?

La mujer levantó los ojos.

—No.

El padre soltó un resoplido.

—Es por lo de ese chico, ¿verdad?

—¿Álex Roldán? —preguntó Agulló.

—Lo sabía... Sabía que ese chaval lo iba a meter en líos algún día.

—¿Les ha contado algo Iker sobre lo que ocurrió esa noche?

—¿De qué diablos estamos hablando, inspectora? —preguntó él, ya a la defensiva—. ¿Debería llamar a un abogado antes de seguir?

—No nos ha dicho nada —intervino la esposa—, pero Iker está muy nervioso desde entonces. Una madre nota esas cosas. Ese Álex no lo trataba bien. Lo ponía de los nervios. Ayer me dijo que quería subir a Valencia unos días, a ver a unos amigos. Que aquí no podía respirar. Yo le dije que llamara a su hermano. Que Rubén siempre sabe qué hacer.

La frase cayó entre todos.

Bernal cerró un instante los ojos.

—¿Y él qué respondió?

La mujer se llevó una mano a la boca.

—Que no.

El padre golpeó la pared con la palma abierta.

—¡Ya está bien! ¡Les pido que nos dejen tranquilos!

Costa volvió del rellano.

—El móvil de Iker está apagado. La última señal lo sitúa en Carolinas Altas, hace veintisiete minutos. Sin orden no podemos afinar más, pero Ruiz ya ha solicitado a la operadora el histórico con carácter urgente.

—No va a ir a la estación de trenes —dijo Agulló.

Los otros la miraron.

—¿Por qué?

Agulló pensó en Iker. En cómo miraba a su hermano.

—La estación es demasiado obvia. Lleva una mochila con lo justo.

—¿Entonces?

La madre habló con un hilo de voz.

—Probablemente vaya al aeropuerto.

Agulló se volvió hacia ella.

—¿Por qué piensa eso?

—Sé que me mintió con lo de Valencia. A Iker no le gusta Valencia. Pero uno de sus mejores amigos del colegio vive en Barcelona.

Costa ya se estaba moviendo.

—Avenida de Jijona, Plaza de España, líneas hacia la estación, tranvía y salidas norte.

—Ya sabéis. Avisad a patrullas —ordenó Agulló—. Sin sirenas. Nada de asustarlo.

El padre intentó recuperar algo de autoridad.

—No pueden tratarlo como un delincuente.

Agulló lo miró.

—No lo estamos tratando como a un delincuente. Le pedimos que no saliera de la ciudad.

La madre empezó a llorar.

Bernal le puso una tarjeta en la mano.

—Si llama, no le diga que venga a casa ni que estamos aquí. Manténgalo hablando y llámenos a este número. ¿Puede hacerlo?

La mujer asintió.

—¿Y si llama Rubén?

Bernal la miró de frente.

—No le conteste.

El padre dio un paso.

—Oiga...

Agulló se interpuso.

—Ustedes conocen a sus hijos. Saben de lo que son capaces. Nosotros solo intentamos que nadie salga perjudicado.

En el rellano, Costa pulsó el botón del ascensor.

—Tenemos que movernos.

Agulló salió la última. Antes de que la puerta se cerrara, la madre la llamó.

—Inspectora.

Agulló se volvió.

—Encuéntrelo antes que él.

No dijo el nombre.

No era necesario.

35

Tras un par de horas de búsqueda, una patrulla dio el aviso por radio.

Habían encontrado a Iker Soria en una marquesina estrecha de la avenida de Jijona. El cristal estaba rayado, el banco era de metal y había un anuncio de clínica dental medio despegado por las esquinas.

Iker estaba sentado en un extremo, con la mochila entre los pies y la capucha puesta pese al calor. Tenía el móvil bloqueado en una mano. En la otra, un billete de veinte euros arrugado de tanto manosearlo.

Bernal lo vio primero desde el coche.

—Es él.

Costa iba al volante. Pasó de largo sin frenar de golpe y detuvo el coche unos veinte metros más adelante.

—No me gusta verlo tan expuesto.

—A él tampoco —dijo Bernal.

Iker levantó la cabeza al verla bajar. Se puso en pie de golpe.

—¿A dónde ibas? —preguntó Bernal antes de darle tiempo a nada.

Iker tragó saliva.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué planeabas, Iker?

Agulló bajó del asiento trasero y se acercó despacio.

—Iker, tu madre está preocupada.

El chico se pasó una mano por la boca. Estaba pálido. Tenía los labios secos.

—Joder...

—Suele ser una respuesta bastante clara.

Costa se quedó junto al coche, pendiente de la calle. Fingía no escuchar, pero Agulló sabía que no se le escapaba una palabra. Bernal se colocó al lado de Iker, no delante. Cerca, pero sin cerrarle el paso del todo.

—¿Pensabas ir al aeropuerto? —preguntó Agulló.

—No sé de qué habla.

—Entonces ven con nosotros y lo aclaramos en comisaría.

Iker negó con la cabeza antes de que ella terminara.

—No puedo ir allí.

—Tu hermano va a enterarse igual.

Iker miró hacia la avenida. Un autobús pasó de largo y durante unos segundos solo hubo motor, frenos y aire caliente. Nadie habló hasta que el ruido se alejó.

—Me dijo que no hablara con vosotros sin él.

—El hermanito mayor dando consejos... —dijo Bernal.

Iker la miró con rabia.

Le duró poco.

—No lo entendéis.

A Agulló la frase le sonó a otra persona. A Claudia, quizá. El mismo miedo, con otra cara.

—Pues no. Ayúdanos a entenderlo.

Iker apretó el móvil contra la palma de la mano.

—Yo no le hice nada a Álex, ¿vale?

—Eso ya lo dijiste en comisaría.

—Porque es verdad, joder.

—La verdad no mejora por repetirla. Mejora cuando dejas de recortarla.

El chico bajó la cabeza. Tenía veinte años, pero allí, con la mochila entre los pies y el billete arrugado en la mano, parecía bastante más pequeño.

Costa habló sin apartar la vista de la calle.

—Creo que tenemos compañía.

Agulló no dejó de mirar a Iker.

—¿Qué ves?

—Una furgoneta oscura. Ha pasado dos veces por la glorieta.

Iker levantó la cabeza.

—¿Qué furgoneta?

Agulló miró de reojo.

—¿La Kangoo?

No hizo falta que el chico respondiera. Se le notó en la cara.

Bernal se acercó un poco más.

—Iker, escúchame. Si Rubén llega antes que tú a esta historia, ya no vas a poder salir.

El chico soltó aire por la nariz. No era una risa, aunque lo intentó.

—Como si alguna vez hubiera podido.

Agulló lo observó un segundo.

—¿Qué te dijo exactamente?

Iker miró hacia la avenida.

—Que Álex se había ido. Que estaba bien.

—¿Y tú te lo creíste?

No respondió.

—Porque una cosa es que se fuera vivo —dijo Agulló— y otra muy distinta lo que pasó después.

Entonces sí la miró.

Tenía miedo. No miedo de comisaría, ni de una bronca, ni de quedar como un cobarde. Algo más viejo. Algo aprendido.

—Iker —dijo Agulló, más suave—. ¿Qué borraste?

El chico bajó la vista al móvil.

—Unas llamadas.

—¿Cuántas?

—Dos.

—¿De quién?

El silencio se alargó.

—De Rubén.

Costa levantó la cabeza desde el coche.

—¿A qué hora?

—Iba… después de que Álex se fuera. Y luego otra más tarde.

—¿Más tarde cuánto?

—Iker —dijo Agulló.

El chico tragó saliva.

Costa ya estaba sacando el móvil.

—El registro de llamadas nos lo va a decir igualmente.

—Sobre la una —soltó Iker—. Y luego… no sé. Después. Casi las dos.

Agulló intercambió una mirada con Costa.

Antes del último registro del móvil.

Cerca de la ventana del autobús.

—¿Qué te dijo tu hermano en la primera llamada?

Iker se llevó una mano al estómago.

—Que me fuera a casa. Que no hablara con nadie. Y que, si preguntaban, dijera que Álex se había largado solo. Cabreado, pero bien.

—¿Y en la segunda?

—Que, si Álex me escribía o me llamaba, no lo cogiera. Que le mandara una captura a él.

Bernal soltó aire por la nariz.

—¿Álex te llamó?

Iker negó demasiado rápido.

—No.

—¿Seguro?

El chico no contestó.

Agulló sintió que algo encajaba, pero no del todo. Una pieza pequeña. Sucia. De las que no quieres tocar y aun así necesitas.

—Iker.

El chico desbloqueó el móvil con dedos torpes. No enseñó nada todavía. Solo miró la pantalla, como si el aparato pudiera juzgarlo.

—Me escribió, pero lo borré.

—¿Qué decía?

—No sé.

—Sí lo sabes.

—No lo abrí.

—Pero viste la notificación.

Iker empezó a llorar sin ruido. Las lágrimas le bajaron por la cara sin gesto, sin aspaviento, como si hasta llorar le diera vergüenza.

—Ponía: «Tío, ven».

Nadie habló.

Agulló repitió las dos palabras por dentro.

«Tío, ven».

Álex había salido vivo de la pelea. Quizá también del autobús. Estaba vivo antes de que alguien le echara el guante. Antes de lo que fuera que el destino le tuviera reservado después.

Sintió una punzada parecida a la esperanza.

Y le dolió como una herida abierta.

—¿A qué hora te escribió?

—No sé… A la una y media, casi las dos. Yo ya iba para casa. O estaba llegando. No me acuerdo bien. Rubén me dijo que apagara el móvil, pero al final no lo hice. Vi el mensaje y me rayé. Luego volvió a llamarme y le dije que Álex me había escrito.

—¿Y qué te dijo?

Iker se secó la cara con la manga.

—Que lo borrara.

—¿Contestaste a Álex?

—No.

Bernal cerró los ojos un instante.

—¿Por qué? Era tu amigo.

Iker miró al suelo.

—Porque Rubén me dijo que no contestara. Que Álex estaba montando un drama y que, si me metía, iba a acabar bien jodido. Que él hablaría con él. Que lo arreglaría todo.

Costa habló desde la calzada.

—La furgoneta vuelve.

Agulló agarró a Iker del brazo, firme, pero sin hacerle daño, y lo llevó hacia el coche antes de que pudiera echarse atrás.

—Vamos.

—No quiero ir a comisaría.

—No vamos a meterte en una sala de interrogatorios. Necesitamos un sitio donde puedas hablar tranquilo. Sin tu hermano encima.

Iker dudó.

—¿Me vais a detener?

Agulló lo miró de frente.

—Depende de lo que hagas ahora.

La respuesta le cayó encima. Se le vio en la cara.

Iker se encajó en el asiento trasero, entre Bernal y Agulló. Costa metió primera y aceleró casi antes de que la puerta terminara de encajar en el marco. Al fondo de la avenida, una Kangoo oscura recortó su silueta en el espejo retrovisor. Circulaba despacio, midiendo la distancia.

—La matrícula —dijo Agulló.

Costa entrecerró los ojos.

—No la veo entera. Pero sí, podría ser la misma.

Iker se cubrió la cara con las manos.
—Me va a matar.
Bernal le apartó las manos con suavidad.
—Tendrás más opciones, si hablas antes que él.
Costa giró hacia comisaría, aunque enseguida se salió de la ruta habitual.
—¿Qué haces? —preguntó Agulló.
—Entrar por detrás. Y pedir que bloqueen el acceso principal.
Agulló volvió a mirar por el retrovisor.
La Kangoo había desaparecido.

36

Bernal pidió una sala de atención a víctimas. De las pequeñas.

Sin espejos falsos. Solo una mesa redonda, tres sillas y una ventana alta que daba a un patio interior donde la luz moría antes de tocar el suelo. No era acogedora, pero al menos no parecía un matadero.

Agulló ordenó grabarlo todo. Por protocolo y por precaución.

Necesitaba una declaración que sobreviviera al primer asalto de los abogados de Rubén.

Iker se hundió en la silla con la mochila pegada al pecho, como si fuera un blindaje. El vaso de agua le bailaba entre los dedos. Bernal se quedó a su flanco, en silencio, y Agulló tomó asiento enfrente, invadiendo su espacio personal.

Costa entró solo para dejar un informe sobre la mesa. No dijo nada, pero sus ojos sobre el papel lo decían todo.

—La operadora ya está avisada. En cuanto nos autoricen el acceso, tendremos un preliminar de llamadas.

Miró a Iker apenas un instante. Lo justo para ver cuánto miedo traía encima. Después salió. La puerta se cerró con un clic suave y la sala pareció encogerse.

Agulló esperó unos segundos.

—Esto se está grabando —dijo—. Ahora mismo no estás detenido. Puedes pedir un abogado, parar cuando quieras y corregir algo si te

equivocas. Pero, si vuelves a mentir, Iker, luego será mucho más difícil ayudarte.

El chico asintió sin levantar la mirada.

—Y si en algún momento crees que necesitas abogado, paramos.

—No quiero un abogado.

—De acuerdo.

Agulló dejó el bolígrafo sobre la libreta.

—Empieza por Los Olivos.

Iker miró a Bernal.

—Álex llevaba unos días raro —dijo al fin—. Decía que Dani y Claudia iban de intocables.

—¿Intocables?

—Sí. Creciditos. Como si nadie pudiera decirles nada.

—¿Por qué decía eso?

—Álex había visto cosas. Yo pensé que estaba exagerando otra vez. Él era así, hablaba mucho. Cuando se calentaba, parecía que estaba dentro de una película.

—¿Qué cosas decía haber visto?

—No lo sé. No me lo contó claro. Iba soltando frases. Que había gente que parecía muy limpia y luego… —Se encogió de hombros—. No sé. Que si alguien supiera quién entraba allí, a más de uno se le caía la vida encima.

—Te refieres al reservado del club.

Iker tragó saliva.

—Dani nos metió. Decía que Rubén conocía al de la puerta, que no habría problema y que solo íbamos a pasar un rato. Yo al principio no quería entrar. Esos sitios no me van. Pero luego vi las luces, la música, a toda esa gente… y sí quise. No sé. Me pareció buena idea.

—¿Quiénes estabais?

—Dani, Claudia, Álex y yo. Los de siempre, vaya. Dentro había más gente. Casi todos mayores. Treinta y pico, cuarenta… gente con pasta, copas caras, botellas. La música estaba altísima y una chica…

Se detuvo.

El vaso volvió a temblar.

—No quiero meterla en esto.

—No necesito su nombre ahora —dijo Agulló—. Necesito saber qué pasó con ella.

Iker asintió varias veces. Demasiadas.

—La estaban vacilando.

—¿Quiénes?

—Todos. Menos yo.

—Ya.

—¡Es verdad, joder! —soltó, con una rabia floja, sin sitio donde ponerla —. Al principio ella seguía el juego. O eso parecía. Luego ya no. Se le notaba. Dani se reía de ella y Álex también, al principio. Después se le cambió la cara y empezó a grabar.

—¿Con su móvil?

—Sí.

—¿Qué grabó?

—De todo un poco. La sala, la chica, Dani haciendo el imbécil. Y gente que no quería salir en ningún vídeo. Algunos se pusieron de mala hostia.

—¿Tú se lo dijiste?

—Le dije que parara. Que nos iba a buscar un problema.

—¿Por la chica?

Iker bajó la mirada.

—No.

La vergüenza le subió al cuello antes de que siguiera hablando.

—Por nosotros. Porque allí no se podía grabar. Fue lo primero que nos dijeron. Si te pillaban, estabas jodido y te ibas a la puta calle.

Bernal no dijo nada.

Iker se pasó una mano por la cara.

—Dani lo vio y le dijo que borrara el vídeo. Ahí empezó todo. Álex se puso chulo. Dijo que ni de coña, que ya estaba bien y que, si la gente supiera quién iba allí… Entonces Dani se levantó y lo agarró de la sudadera.

—¿Rubén estaba en la sala?

—No. Pero Dani salió después. Llamó a alguien. O mandó un audio. No lo vi bien.

—¿A tu hermano?

—Creo que sí.

Agulló lo miró sin pestañear.

—No me vale «creo».

Iker cerró los ojos.

—Dani me miró y dijo: «Este capullo nos va a buscar un lío a todos. Voy a llamar a tu hermano, que él sabrá cómo arreglar esto». Eso sí lo dijo. Y yo

le pedí que no lo metiera.

—¿Por qué?

—Porque no.

Agulló esperó.

Iker apretó la mandíbula.

—Porque cuando Rubén arregla algo, lo arregla de verdad.

La frase no necesitaba más explicación.

Agulló hizo una anotación breve.

—Después salisteis al callejón.

Iker respiró por la boca.

—Salimos por la puerta lateral, antes de que nos echaran de verdad. Dani decía que tenían que hablar fuera, pero yo sabía que le iba a explicar dos cosas a Álex.

—¿Cómo lo sabías?

—Claudia iba detrás, pidiéndole que lo dejara. Yo solo quería irme a casa y olvidarme de todo. Álex llevaba el móvil en la mano. Dani intentó quitárselo, pero Álex lo apartó y dijo que, como lo tocara, subía el vídeo a redes.

—¿Y Dani le pegó?

—Sí.

—¿Una vez?

—Primero una. Luego otra. Y otra. Y un empujón que lo mandó contra un contenedor. Se pasó. Es una puta bestia.

Iker apretó la mochila contra el pecho.

—Sonó muy mal. No como una caída normal. Fue seco, contra el metal. Álex se levantó, pero los golpes lo habían dejado hecho una mierda. Caminaba encorvado. Y sangraba.

Se tocó la ceja. Luego la boca. No parecía seguro de dónde había visto la sangre.

—Dani se asustó cuando la vio —añadió—. Eso nadie lo está diciendo, pero se asustó. Se le cambió la cara. Sabía que, si Álex lo denunciaba, se podía buscar un lío de verdad.

—¿Dani quería matarlo?

Iker levantó la cabeza.

—¡No!

La respuesta salió sin dudas.

—Dani es un puto animal. Pero no quería matarlo. Quería quitarle el móvil, humillarlo y que se cagase encima. Pero matarlo, no.

—Entonces, ¿quién llamó a Rubén?

Iker tardó un segundo de más.

—Yo.

—¿Por qué?

—Porque se nos había ido de las manos. Es mi hermano. Siempre lo llamo cuando no sé qué hacer.

Bernal bajó la vista un instante.

—¿Qué le dijiste?

—Todo. Se lo solté todo de golpe. Que Dani había reventado a Álex, que había sangre, que el móvil seguía en sus manos y que Dani estaba fuera de sí. Yo estaba temblando. Fatal. No pensaba. Puede que incluso le dijera que Dani quería matarlo. Yo qué sé. En ese momento lo creía.

—¿Cuánto tardó Rubén en llegar?

—Poco. Diez minutos. Menos, quizá.

—¿Cómo llegó?

—En coche.

—¿Recuerdas el coche?

—Oscuro. Lo dejó fuera de la calle.

—¿Iba solo?

—Creo que sí.

—Iker.

El chico soltó aire.

—Sí. Iba solo.

—¿Qué hizo al llegar?

Iker miró la puerta.

Bernal habló por primera vez en varios minutos.

—Tranquilo. No está aquí.

Iker negó con la cabeza, casi sin fuerzas.

—Siempre está.

Nadie contestó.

Al final, el chico siguió.

—Rubén vio a Álex y no dijo nada. Ni le preguntó si estaba bien.

Agulló no se movió.

—¿Te preguntó algo a ti?

Iker tragó saliva.

—Que dónde estaba el móvil.

Bernal se quedó muy quieta.

Agulló mantuvo la voz plana.

—¿Y Álex qué hizo?

—Dijo que lo tenía él. Que nadie iba a tocar ese móvil. Mi hermano le habló tranquilo, pero de esa forma suya que acojona más. Le dijo que se calmara, que si subía algo la iba a liar muy gorda y nos iba a hundir a todos. Y Álex le mandó a la mierda, claro.

—¿Y entonces?

—Rubén me mandó callar. A Claudia le dijo que llamara a su madre y le dijera que estaba bien.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que para que pareciera que todo era normal. O para que luego pudiera decir que Claudia estaba en casa. Yo qué sé. Luego le dijo a Dani que se apartara y a Álex que, si quería hacerse el héroe, se fuera andando. Así, sin más.

Agulló sintió que ahí había algo.

Todavía no sabía cuánto.

—¿Lo dejó ir?

—Sí.

—Entonces no había por qué preocuparse.

Iker empezó a llorar otra vez. Esta vez con rabia.

—Sabía que lo iba a seguir después.

Durante un momento solo se oyó el zumbido del fluorescente.

—¿Eso te lo dijo tu hermano?

—No así. Pero se notaba. Cuando Álex se fue, Rubén se quedó mirándolo. Esperó un momento. Luego nos dijo: «A casa. Ahora». Dani quería ir detrás, pero Rubén le gritó que ni se moviera. Yo pregunté si no teníamos que ayudarlo. Llevarlo a Urgencias, algo.

—¿Y qué te contestó?

Iker se limpió la nariz con la manga.

—«Vete a casa y métete en la cama».

Agulló se inclinó apenas hacia delante.

—¿Sabes si Rubén lo siguió en coche?

—No lo vi. Me fui.

—Pero luego te llamó.

—Sí.

—La llamada que borraste.

Iker asintió.

—Me dijo que Álex se había subido a un bus y que lo había perdido.

Bernal levantó la mirada.

Agulló tardó medio segundo en preguntar.

—¿Rubén sabía lo del autobús?

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Supongo que lo vio subir.

—¿Te dijo dónde estaba Álex?

—No. Solo dijo que era mejor así. Que había cámaras y que todo el mundo vería que Álex se había ido solo. Eso fue todo.

Agulló bajó la vista a la libreta, pero no escribió.

Rubén no había reaccionado al autobús como ellos. No era una pista para él. Era una salida.

—¿Qué más te dijo?

—Que, si alguien preguntaba, Álex se había ido por su propio pie. Eso era lo único importante.

Agulló apoyó las manos sobre la mesa.

—Volvamos al mensaje de Álex. «Tío, ven». ¿Qué pasa con eso?

Iker se tapó la boca. Habló detrás de los dedos.

—Lo vi después. No sé si antes o después de esa llamada. De verdad que no lo sé. Yo estaba fatal. Ponía eso. «Tío, ven». Y debajo había otra cosa, pero se cortaba en la notificación.

—¿Qué otra cosa?

—«No puedo…». Algo así. No lo sé. No abrí el chat.

—¿Por qué?

—¡Porque me llamó Rubén!

—¿Y?

—Me dijo que borrara cualquier cosa de Álex. Que, si aparecía el móvil, nos hundiría a todos.

—¿El móvil de Álex?

—No. El mío. Mis chats con Álex.

—¿Por qué os hundía?

Iker la miró como si la respuesta fuera obvia. Como si decirla en voz alta fuera otra forma de traición.

—Porque demostraba que seguía vivo después.

Agulló notó un calor breve en la nuca.

—¿Tu hermano tenía a alguien siguiendo el bus?

—No lo sé.

—¿Te suena el nombre de Sergio Moya?

Iker se quedó demasiado quieto.

—¿Qué?

—Sergio Moya.

—No sé.

—Sí lo conoces.

—Trabaja con mi hermano. A veces.

—¿Estaba esa noche?

Iker miró a Bernal, como si ella pudiera sacarlo de allí.

—Vi una furgoneta después.

—¿Dónde?

—Desde el taxi.

—¿Qué taxi?

—El que cogí para irme a casa. Rubén no quería que nos fuéramos juntos y yo no me iba a ir andando.

—¿Y viste una furgoneta?

—Una oscura. Giró hacia Alfonso el Sabio. Pensé que era la de Sergio porque llevaba una pegatina blanca en la puerta. De una empresa de reformas o mudanzas. No sé. Algo así.

Agulló escribió despacio.

—¿Recuerdas la hora?

—Después de irnos. Cerca de la una. O un poco más tarde.

—¿Rubén iba dentro?

—No lo vi.

—Pero pensaste que era de Sergio Moya.

—Sí.

El móvil de Agulló vibró sobre la mesa.

Costa.

Lo puso en silencio. Iker había empezado a hablar y no quería perderlo.

—Iker, necesito que contestes una cosa.

El chico se tensó.

—¿Crees que Rubén recogió a Álex?

Iker miró la mesa.

—No lo sé.

—¿Sí o no?

La respuesta tardó en salir.

—Creo que lo encontró.

Bernal cerró los ojos.

—¿Vivo?

Ahí se rompió.

No fue de golpe. Fue peor. Iker se dobló hacia delante, abrazado a la mochila, con el vaso olvidado junto a la mano. Cuando habló, cada palabra pareció dejarlo con menos aire.

—Sí. Porque si hubiese estado muerto, Rubén no habría necesitado todo lo demás.

Agulló sintió una náusea seca.

Y lo peor era eso.

Que el relato encajaba con los hechos.

El móvil vibró otra vez.

Costa.

Esta vez Agulló contestó.

—Dime.

—Tenemos a Sergio Moya localizado —dijo Costa—. Está en una nave alquilada en el polígono de Rabasa. La Kangoo está fuera.

Agulló miró a Iker.

—¿Está solo?

—No lo sabemos, pero hay alguien dentro.

Ella se levantó.

—No entréis.

—Eso pensaba decirte yo.

Agulló colgó.

Iker la miró aterrado.

—Por favor, no digáis que he hablado.

—Lo siento —respondió Agulló con una frialdad técnica—. Eso ya no es una opción.

—Rubén lo sabrá.

Agulló se acercó demasiado y le dijo, manteniendo el tono bajo, casi un susurro:

—De eso no te preocupes ahora. Tu hermano ya no va a marcar el paso.

37

El almacén de Rabasa se pudría al final de una calle ciega, atrapado en un abrazo de hormigón entre un taller de lunas y una nave eléctrica con un rótulo que colgaba como un diente cariado.

El sol castigaba las chapas onduladas y el aire se tornó un horno; un vaho denso con regusto a metal recalentado y a aceite quemado que rezumaba del suelo.

La Kangoo estaba allí, ocupando el asfalto frente a la entrada. El morro, encajado contra la puerta metálica, como un depredador acechando a una presa. Lucía costras de barro seco en los bajos, una pegatina desollada en el lateral y esa abolladura en el portón: la firma técnica que Costa había rastreado en las cámaras.

Agulló observó la furgoneta desde el asiento trasero del coche camuflado. Sintió que el vello se le erizaba, no por el bochorno, sino por la certeza de que el silencio que envolvía el lugar era el preludio de un estallido.

Costa, al volante, no apartaba la mirada del recinto.

—La persiana está a media altura —dijo—. Hay luz dentro.

Bernal iba en el asiento del copiloto, con el chaleco oculto bajo la chaqueta.

—¿Y Moya?

—Su móvil está dentro o muy cerca. Geolocalización de urgencia. Molina ha hecho el mínimo indispensable, que en su caso ya es una gesta.

Agulló siguió mirando la Kangoo.

—¿Indicativos?

—Uno detrás de la manzana. Otro cubriendo la salida principal. Y, según Catastro, la nave tiene acceso a un patio común, por la parte de atrás.

—O sea, tiene por dónde salir.

—Como todas las ratas.

Agulló comprobó el arma. El movimiento le tiró del antebrazo dolorido. Costa lo vio por el retrovisor.

—No entres la primera.

—No empieces.

—Ayer casi te abren la cabeza por entrar la primera.

—Costa.

—Solo digo que no hace falta repetirlo.

Bernal miró a Agulló.

—Esta vez estoy con él, jefa.

—Estupendo —dijo Agulló—. Todos preocupados de repente.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Costa.

Agulló iba a contestar, pero la puerta lateral de la nave se abrió unos centímetros.

Salió un hombre con una bolsa de basura negra y la dejó caer en un contenedor azul. Treinta y tantos, camiseta gris, cabeza rapada, brazos fuertes.

No era Sergio Moya.

El hombre miró la calle de un lado a otro y volvió a meterse dentro.

Costa bajó la voz.

—Genial. Al menos dos.

Agulló cogió la radio.

—Unidad dos, cubrid la parte trasera. Que no salga nadie sin identificar. Entramos por delante en treinta segundos.

—Recibido.

No podían esperar mucho más.

Tenían autorización de entrada por riesgo inminente de destrucción de pruebas y posible relación con un desaparecido. La Kangoo estaba delante y había movimiento dentro.

Agulló salió casi al mismo tiempo que Costa, pero dejó pasar al compañero. Bernal cerró la puerta del copiloto mientras se ajustaba el chaleco bajo la chaqueta.

Dos agentes de apoyo aparecieron desde la esquina. Uno llevaba el ariete. El otro avanzaba con el arma baja, cubriendo la entrada.

Costa golpeó la persiana con el puño.

—¡Policía! ¡Abran!

Dentro hubo un segundo de silencio.

Luego, un golpe seco.

Algo cayó.

Agulló miró al agente del ariete.

—Ahora.

El primer impacto dobló la cerradura lateral. El segundo abrió un hueco. El tercero levantó la persiana lo suficiente para que entraran agachados.

La nave olía a lejía, gasóleo y goma quemada.

Agulló entró justo detrás del primer agente, con el arma en alto y el pulso convertido en un martilleo sordo contra sus sienes. El aire dentro del almacén era un refugio de aire estancado y polvo.

El lugar era un rectángulo de sombras y desorden: un esqueleto de estanterías metálicas, un altillo que amenazaba con desplomarse al fondo y, contra la pared derecha, una zona de lavado improvisada que rezumaba humedad. Bidones apilados, mangueras enredadas como víboras de goma, lonas mugrientas y, como un cadáver varado en el centro del desorden, un coche viejo sin ruedas, sepultado bajo una capa de polvo gris.

En el centro de aquel escenario, Sergio Moya. Estaba junto a una mesa de trabajo, inmóvil. Sus dedos, tensos, aferraban el asa de una mochila negra.

El tiempo pareció detenerse, comprimiéndose en ese espacio entre el cañón de la pistola de Agulló y la mirada de Moya.

La mochila negra.

El parche rojo.

Durante medio segundo, nadie se movió.

Moya soltó la mochila y echó a correr hacia el fondo.

—¡Quieto! —gritó Costa.

El hombre rapado salió por la derecha con una llave inglesa en la mano. Bernal le apuntó al pecho.

—Ni se te ocurra.

El hombre se quedó clavado, respirando por la boca.

Moya subió la escalera metálica de dos en dos. El hierro protestó bajo sus botas. Costa fue detrás, tan cerca que casi podía agarrarlo por la espalda. Agulló avanzó por el centro, apartando bidones y esquivando charcos de

agua gris. Un agente se deslizó por la izquierda, buscando un flanco, cuando el impacto ocurrió. Fue un golpe seco, pesado, un objeto sólido encontrándose con la madera del altillo justo encima de sus cabezas. El almacén, que un segundo antes parecía inerte, se cargó de electricidad. Alguien, o algo, estaba ahí arriba, esperando a que terminaran de subir.

—¡Sergio Moya! —rugió Agulló, pero su voz se perdió en el eco metálico de la nave—. ¡Policía! ¡Al suelo!

Moya no estaba allí para negociar.

Se lanzó al vacío desde el altillo, un salto ciego que terminó con un aterrizaje desastroso. El tobillo le crujió con un chasquido sordo, una nota discordante en medio del estrépito. El grito que escapó de su garganta fue más de rabia que de dolor. Se puso en pie como un animal herido, sujetando el móvil, como única prioridad en su mano derecha.

Sin embargo, al verse atrapado, lanzó el teléfono contra el cemento y lo remató con dos pisotones brutales, hasta que la pantalla se convirtió en una telaraña de cristal inútil.

Costa llegó como una avalancha. Embistió con el hombro, estampando el cuerpo de Moya contra la estantería de metal. El impacto sacudió la estructura hasta los cimientos. Baldes, cajas y una bandeja de metal cayeron en cascada.

Moya soltó un gruñido gutural. Su mano se disparó hacia el bolsillo de la chaqueta, moviéndose con la desesperación de alguien que sabe que es el último segundo de su libertad.

—¡Las manos! —bramó Costa, bloqueándole el brazo contra el metal—. ¡Quiero ver esas manos, hijo de puta!

Agulló dio un paso al frente con el arma firme, el corazón golpeándole las costillas. En ese aire viciado, cargado de polvo y sudor, el destino de la investigación se reducía a lo que fuera que Moya estuviera escondiendo en el forro de su ropa.

Costa le inmovilizó el brazo.

Agulló le apuntó.

—La mano fuera.

Moya se quedó quieto.

Costa le retorció el brazo y lo llevó al suelo.

—Como saques la mano otra vez, te la dejo clavada al cemento.

—No he hecho nada, joder... —jadeó Moya.

—Para ser inocente, corres demasiado.

Bernal esposó al hombre rapado mientras uno de los agentes comprobaba la puerta trasera.

—Cerrada. Unidad dos cubriendo fuera. No ha salido nadie.

Agulló avanzó hasta la mesa de trabajo.

La mochila negra seguía abierta, caída de lado. Dentro había una camiseta sucia hecha un ovillo, un cargador de móvil, una cartera vacía y una bolsa de plástico con barro seco pegado en las arrugas. El parche rojo del frontal estaba gastado, pero aún se distinguía la marca.

La misma descripción que había dado Rafael Roldán.

Agulló se quedó mirándola sin tocarla.

—Que venga la Científica ya.

Costa mantenía a Moya contra el suelo.

—Pregúntale por la mochila.

El detenido alzó la cabeza. La caída le había abierto la ceja y un hilo de sangre le bajaba hacia el ojo.

—No sé de quién es.

—La tenías en la mano —dijo Agulló.

—La iba a tirar.

—Qué considerado.

Agulló recorrió la nave con la mirada.

Lonas húmedas. Un cubo con agua gris. Bolsas industriales. La Kangoo fuera. Una manguera que aún goteaba. En el suelo, junto al desagüe, una línea rosada se perdía bajo la rejilla.

Bernal abrió una puerta interior.

—Baño.

Vacío.

Costa abrió la siguiente de una patada.

—Almacén.

También vacío.

Los agentes revisaron el altillo, apartaron cajas, abrieron armarios metálicos y levantaron la tapa del foso de reparación.

Nada.

Solo polvo, herramientas y el zumbido de los fluorescentes.

Álex Roldán no estaba allí.

Moya seguía boca abajo, esposado, respirando contra el cemento como si acabara de salir del agua. Agulló se agachó junto a él.

—¿Dónde está el chico?

—No lo sé.

—Piénsatelo mejor.

—¡Joder! ¡No sé de quién hablas!

Agulló acercó un poco más la cara. Sabía que, si se dejaba arrastrar por la rabia, Molina y cualquier abogado se lo harían pagar después.

—Del chico de la mochila.

Moya giró la cabeza hacia ella. La sangre de la ceja le llegaba ya a la boca. Intentó sostenerle la mirada, pero no pudo.

—Aquí no hay ningún chico.

Agulló lo miró un segundo más.

Luego miró la nave.

La manguera seguía goteando. Las lonas estaban húmedas. El cubo de agua gris aún tenía espuma en la superficie. Junto al desagüe, la rejilla brillaba demasiado limpia.

—Eso ya lo veo.

El teléfono de Costa vibró. Lo consultó sin soltar a Moya.

—Ruiz está intentando entrar en el móvil que este ha querido reventar. Cree que aún puede sacar algo si nadie vuelve a tocarlo.

Moya cerró los ojos un instante.

Agulló se incorporó despacio.

—Volveré a por ti más tarde. Empezamos por el teléfono.

Sus ojos volvieron a la rejilla.

El agua seguía escurriéndose en un hilo rosado, lento, casi limpio.

Entonces lo vio.

No era el escondite.

Era el sitio donde habían limpiado.

Habían encontrado el lugar.

Solo que demasiado tarde.

38

Agulló se quedó junto a la entrada, mirando sin tocar, mientras los de la Científica entraban en la nave con una calma que a ella siempre le ponía nerviosa.

Le dolía más estarse quieta que moverse.

La nave se llenó de cinta policial, bolsas de pruebas y flashes. La mochila negra quedó sobre una mesa. Apartaron las lonas húmedas, desmontaron el desagüe y registraron la Kangoo abierta, que olía a productos de limpieza y humedad vieja.

Costa hablaba con Ruiz por teléfono junto a la furgoneta, en voz baja, con la tensión clavada en los hombros. Bernal tomaba declaración al hombre rapado, Abel Ríos según su DNI, que repetía que solo había ido allí a cobrar una chapuza de limpieza. Sergio Moya seguía sentado en el suelo, esposado y custodiado por un agente, con la vista perdida en algún punto de la nave.

Había dejado de decir que no sabía nada.

No significaba que fuera a hablar. Solo había entendido que su silencio, en aquel sitio, le convenía más que sus palabras.

Un técnico de la Científica levantó la vista desde el desagüe.

—Presuntivo positivo.

Agulló no preguntó de qué.

Costa se acercó a ella.

—Sangre diluida en el canal. Poca, pero hay.

—¿De cuándo?

—Eso lo dirá el laboratorio. De momento sabemos que alguien lavó algo que sangraba.

Agulló miró la Kangoo.

—¿Y dentro?

Costa abrió la carpeta con las primeras fotos.

—Zona de carga limpiada a conciencia. Demasiada lejía. Barro incrustado en las guías del suelo. Dos fibras azules atrapadas en una arista. Una brida cortada bajo el asiento del copiloto. Y esto.

Le tendió una fotografía. Se veía un fragmento negro, pequeño, tal vez goma o plástico, encajado entre el suelo de la furgoneta y el panel lateral.

—¿Qué demonios es?

—Puede ser parte de una funda de móvil. O basura. Probablemente algo que nos hará perder seis horas.

Agulló cogió la foto por el borde.

—No tenemos seis horas.

—Ni dos.

Bernal se acercó desde el fondo, libreta en mano.

—Abel Ríos dice que Moya le pagó en efectivo para echar una mano limpiando una furgoneta y moviendo material. Que llegó esta mañana, que no sabe nada del chico, que no conoce a ningún Rubén y que a Moya solo lo tenía visto de hacer portes por la zona.

—¿Te crees algo?

—El miedo, sí. Lo demás ya saldrá.

—¿Y Moya?

Bernal miró al detenido.

—Callado como un perro, esperando a que alguien venga a sacarlo.

Costa siguió su mirada.

—El hermanísimo estará a punto de caer.

—O alguien por encima de Soria —dijo Agulló.

Un técnico abrió una bolsa industrial junto al cubo de agua gris. Dentro había ropa empapada en lejía: una bayeta, unos guantes de trabajo, una camiseta sin marca y un trozo de lona azul. Nada reconocible. Nada que una madre pudiera mirar y decir: eso es de mi hijo.

Agulló agradeció que Nuria no estuviera allí.

El alivio le duró muy poco.

El teléfono de sustitución vibró en su bolsillo.

Molina.

Contestó sin apartar la vista de la cinta policial.

—Dime que Álex Roldán ha aparecido y que esta pesadilla se ha terminado.

Agulló apretó la mandíbula.

—No.

Al otro lado hubo un silencio breve.

—Inspectora.

—Tenemos la furgoneta, una mochila que coincide con la descripción que dio Rafael Roldán, sangre diluida en el desagüe y un detenido que intentó destruir un móvil.

—Se lo repito. ¿Dónde está Álex Roldán?

—Molina, no está aquí.

Decirlo le dolió más de lo que esperaba.

El comisario respiró por la nariz.

—Voy para allá. Esto tiene que acabarse ya. Que no se mueva nada sin autorización de la Científica. Y ni una filtración, ¿queda claro?

—Por una vez estamos de acuerdo.

Molina colgó.

Costa seguía mirando la furgoneta, pero Agulló notó que llevaba varios segundos sin verla de verdad. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta y la mandíbula tensa.

—Pensabas encontrarlo aquí, ¿verdad?

La voz le salió más baja de lo habitual.

Ella no contestó.

Desde que habían visto la mochila, había imaginado a Álex respirando en algún rincón de aquella nave. Atado, deshidratado, hecho polvo.

Pero vivo.

—Yo también —dijo Costa.

Eso la hizo mirarlo.

Costa tenía los ojos cansados. Demasiado sinceros para alguien que solía esconderse detrás de bromas.

Durante un segundo, el ruido de la nave quedó lejos.

—Cuando vi la mochila pensé que ibas a entrar ahí dentro y salir con él —murmuró—. Y que entonces se te quitaría esa cara.

Ella tragó saliva.

—¿Qué cara?

Costa no contestó enseguida. La miró apenas un poco más de lo prudente.

—La de no poder más y seguir igualmente.

Agulló apartó la mirada primero. Porque, si no lo hacía, iba a olvidar por un instante dónde estaban.

—Hemos hecho nuestro trabajo —dijo, obligándose a sonar fría.

—Sí.

La palabra quedó ahí.

Ninguno se movió, hasta que ella recuperó el aliento.

—Al ver la mochila creí que lo encontraríamos en alguna habitación —dijo al fin—. Amarrado, sin fuerzas, medio muerto… pero respirando. De verdad lo creí.

Volvió la vista a la nave.

—Pero no está. Hay que seguir.

—Y si estuvo…

Costa no terminó la frase.

En el suelo, junto al desagüe, un técnico señalizó una huella parcial. El dibujo de la suela aparecía deformado por el agua y el barro. A pocos metros, otro técnico clasificaba muestras en pequeños tubos numerados.

No habría respuestas rápidas.

En ese momento, Rojo llegó antes que Molina.

No hizo falta preguntarle cómo se había enterado. Era de sospechar que habría llegado siguiendo el rastro de Agulló, no el del operativo. Y aun así verlo allí era un problema.

Antes de tiempo.

A una distancia inquietante.

Costa, inusualmente, no soltó ninguna pulla. No había ironía en su silencio; solo una cautela que le tensaba los tendones del cuello. Se apartó unos metros, dejando espacio suficiente para que la electricidad estática que siempre rodeaba a Rojo no les quemara a ambos.

El exinspector se quedó fuera, más allá de la cinta policial, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta de cuero y la mirada clavada en el desagüe.

Agulló se giró hacia él. El aire viciado de la nave pareció espesarse de golpe.

—¿Has pinchado la emisora o qué? —escupió.

Rojo miró las lonas, la manguera, el cubo y la rejilla del desagüe.

—¿Algún rastro del chico?

Costa apretó la mandíbula.

—Estamos esperando los análisis del laboratorio.

Rojo asintió una vez.

Agulló cruzó la nave hasta Moya.

—Mírame.

Él no lo hizo.

—Moya.

El detenido levantó la vista a medias.

—Tu furgoneta está llena de restos. Hay sangre en el desagüe de tu nave. Intentaste destrozar un móvil delante de nosotros y tenemos una mochila que pertenece a un desaparecido. Se te está acabando el tiempo.

Moya tragó saliva.

—Quiero un abogado.

—Perfecto. Entonces vas a esperar sentado hasta que llegue.

—Bien.

Agulló se agachó delante de él.

—Mientras llega, piensa una cosa. ¿Rubén va a pagar uno bueno para ti o solo para él?

Moya levantó la vista.

Antes de que pudiera responder, entró Molina con Gómez y dos mandos uniformados. Se detuvo al cruzar la cinta y miró alrededor con una expresión cerrada. No parecía furioso. Tampoco sorprendido. Parecía estar calculando cuánto de aquello podía caber en un informe sin manchar demasiado.

—¡Resumen! —ordenó.

Agulló se lo dio rápido, sin adornos.

Gómez tomó notas en silencio.

—Con la mochila, el presuntivo de sangre y el mensaje recuperado del móvil, ya tenemos base suficiente para pedir una ampliación del registro en el domicilio de Moya y en las oficinas y equipos de Soria Control.

—Tiene lo que queda de la tarde, inspectora.

—¿Para qué?

—Para atarlo. Se ha acabado el tiempo. El mío y el de arriba —dijo Molina—. Ahora mismo tenemos un posible secuestro, un encubrimiento cada vez más claro y un homicidio que nadie puede nombrar todavía. ¿Es consciente de dónde estamos?

—Le dije desde el principio que no era una simple desaparición.

—Y yo no puedo sostener una historia que aún no puede demostrar.

—Nadie le está pidiendo que sostenga nada.

—Me lo pide todo el mundo, inspectora. Usted también.

Agulló estuvo a punto de responder.

El móvil de Costa vibró en el bolsillo del pantalón. Lo sacó y miró la pantalla.

—Es Ruiz.

Descolgó y activó el altavoz. El audio llegó distorsionado, una masa de ruido blanco que se asentó sobre el silencio del almacén.

—Dime que tienes algo —soltó Costa. Su voz sonaba como si hubiera estado mascando grava.

La voz de Ruiz llegó desde el otro lado, entrecortada por un chisporroteo metálico.

—Ojalá. El *hardware* es chatarra, Costa. He tenido que escarbar en la basura de la memoria flash para encontrar algo. Está fragmentado, sucio, apenas legible... pero he recuperado dos líneas.

Agulló dio un paso al frente. La humedad del suelo parecía haberse filtrado a través de sus botas hasta calarle los huesos.

—¡Lee! —ordenó.

Ruiz respiró antes de hacerlo.

—Que conste que no es una recuperación completa. Es una previsualización del sistema, restos de notificaciones. Muy sucio, pero legible.

—Por Dios, Ruiz...

—Remitente no identificado. Tarjeta de prepago. Primer fragmento: «Limpia y espera. Si preguntan, no estuvo».

Agulló sintió un vacío en el estómago, como si el suelo del almacén se hubiera vuelto líquido.

—¿Y el segundo? —preguntó Costa, casi en un susurro.

—«El teléfono va por otro lado».

—Mierda —masculló Agulló.

—El móvil de Álex no está aquí —dijo Costa.

Rojo miró el desagüe.

—Y quizá Álex tampoco estuvo mucho tiempo.

Agulló sintió que algo se le rompía por dentro.

Sobre la mesa, la mochila negra con el parche rojo parecía casi una provocación.

Agulló miró al detenido.

—¿Dónde está el teléfono?

—Quiero un abogado.

—¿Dónde está el móvil?

—Quiero un abogado.

Agulló se acercó demasiado.

—¡¿Dónde coño está?!

—Inspectora —dijo Molina.

Moya bajó la cabeza y evitó el contacto visual.

Agulló lo agarró de la camiseta y lo zarandeó una vez, lo suficiente para que el agente que lo custodiaba diera un paso.

—¡Inspectora!

La palabra la frenó en seco.

Soltó a Moya.

Durante un segundo, todos se quedaron mirándola.

Ella no dijo nada.

Se apartó, pateó un cubo metálico y salió de la nave.

Fuera, en el polígono, se oía una sirena lejana cruzando la mañana.

39

Eran las cuatro y nueve de la tarde y la comisaría ya olía a rueda de prensa.

Agulló entró por el garaje con la camisa manchada del polvo de la nave, la ceja tirándole bajo el apósito y el costado convertido en una piedra caliente bajo las costillas.

Costa venía detrás con una caja de actas, fotografías preliminares y el móvil roto de Moya dentro de una bolsa de evidencias.

Bernal apareció desde Homicidios antes de que llegaran al ascensor.

—Tenemos un problema.

Agulló no le dio tiempo a pulsar el botón.

—Lo peor primero.

Bernal levantó el móvil.

—Se ha filtrado lo de Rabasa.

Costa cerró los ojos.

—Mierda…

—¿Qué han sacado? —preguntó Agulló.

Bernal le enseñó la pantalla. Un periódico digital local había publicado una pieza con un titular enorme:

EL CHICO DEL TIKTOK: LA POLICÍA HALLA SANGRE Y UNA MOCHILA EN UNA NAVE RELACIONADA CON LA DESAPARICIÓN DE ÁLEX ROLDÁN

Debajo, una fotografía granulada de la Kangoo aparcada frente a la nave. Otra, tomada desde lejos, mostraba el polígono acordonado con cinta policial. Y más abajo, en un recuadro destacado, aparecía el párrafo que jamás debería haber salido de una investigación abierta:

«Fuentes próximas al caso apuntan a que el joven podría haber estado vinculado a prácticas de carácter perturbador y que su desaparición no se descarta como una posible huida voluntaria, tras una pelea ocurrida días antes».

Agulló leyó la frase dos veces.

Cada palabra le hacía daño por un lado distinto.

—El puto ordenador —dijo.

—Sí —respondió Bernal—. Han mezclado lo del contenido turbio con la nave y lo están vendiendo como si fuera una sola historia.

Costa dejó la caja sobre una mesa con más fuerza de la necesaria.

—Eso no sale de Científica.

—No —dijo Agulló—. Claro que no.

Pensó en Molina. En Gómez. En aquel despacho lleno de fotos con políticos sonriendo demasiado cerca. En cómo la estaban jodiendo otra vez. Y en la velocidad con la que ciertas hipótesis dejaban de ser líneas de investigación, para convertirse en verdades útiles cuando alguien necesitaba protegerse.

La sala de incidencias estaba llena. Ruiz hablaba por teléfono en un rincón, con un portátil abierto y cara de no haber comido en toda la mañana. Dos agentes repasaban ubicaciones de vehículos de Soria Control. Una televisión pequeña, que nadie admitía haber encendido, mostraba un programa de tarde con la imagen congelada del autobús nocturno.

El rótulo era peor que el titular:

«ÁLEX ROLDÁN, EL CHICO DESAPARECIDO DEL VÍDEO: ¿HUYÓ TRAS UNA FIESTA MACABRA?»

Agulló cogió el mando y apagó la pantalla.

—Quiero saber quién nos ha vendido a la prensa.

Costa se acercó.

—Hoy no lo vas a averiguar.

—He dicho que quiero saberlo. No que espere un milagro.

Para variar, Molina apareció en la puerta, con Gómez un paso por detrás. El traje azul seguía impecable, pero la tensión en la mandíbula le endurecía el rostro hasta darle un aspecto casi esculpido en piedra.

—A mi despacho —dijo Molina.

—No.

Molina la miró.

—¿Qué ha dicho?

Agulló señaló la pizarra.

—Si va a gritarme, hágalo aquí. Así ahorraremos tiempo.

Costa bajó la vista a la caja para esconder la media sonrisa. Bernal, en cambio, ni siquiera hizo el intento.

Molina entró un paso más.

—Esto le va a salir caro, Agulló. Su numerito en Rabasa ya nos ha explotado en la cara. Hay cámaras en la puerta, Delegación llamando cada diez minutos, la familia de Álex Roldán en la recepción y media ciudad tragándose bazofia amarillista sobre rituales, sangre y chavales fugados. ¿Sabe lo que significa eso?

—Que alguien ha filtrado lo que no debía.

—Significa que el caso se le ha ido de las manos, inspectora.

Agulló encajó el golpe sin moverse.

—¿Le parece poco lo que hemos encontrado en esa nave?

—Me importa un cuerno, la verdad. No ha encontrado al chico.

La frase cayó como un saco de cemento y Molina aprovechó el silencio para continuar.

—Y mientras no aparezca el chico, esto es carne para leones. Los abogados van a masticarlo, la prensa va a venderlo por fascículos y la familia va a agarrarse a cualquier versión que no huela a morgue. Pero no se preocupe, yo asumo la responsabilidad. Una vez más.

Agulló no apartó la mirada.

—Me arrepiento de haberla dejado seguir con esa desaparición cuando vino a mi despacho —añadió Molina—. Esto se ha desmadrado.

Agulló miró a Gómez.

—¿Y usted? ¿También ha venido a darme una clase básica sobre indicios y pruebas, o piensa limitarse a escuchar?

Gómez tragó saliva.

—He venido a informar de que el abogado de Sergio Moya ya está aquí. Moya se acoge a su derecho a no declarar. Abel Ríos insiste en que solo lo contrataron para limpiar la nave. Y, por si faltaba algo, la propiedad figura a nombre de una sociedad pantalla vinculada a un administrador fantasma que no aparece por ninguna parte en Soria Control.

—Vaya —dijo Bernal—. Qué conveniente.

El comisario se volvió hacia ella.

—Subinspectora, su trabajo no está siendo muy útil. Ahórrese los comentarios.

Bernal apretó la mandíbula.

Molina respiró por la nariz.

—Daniel Berenguer no está localizado —dijo Gómez.

Agulló giró hacia él.

—¿Desde cuándo?

—Tiene el móvil apagado desde las 13:42 —explicó Gómez, con ese tono de buen estudiante que a Agulló le revolvía el estómago—. Han mirado en su casa, en el gimnasio y en el local donde a veces se saca algo de dinero haciendo chapuzas, pero no hay rastro de él. La madre asegura que salió con una mochila pequeña y sin decir adónde iba. El padre, en cambio, no suelta una palabra.

—Ha apagado el terminal después de lo de Rabasa —comentó Costa.

—Claudia tampoco contesta —añadió Bernal—. La madre dice que está descansando. He mandado una patrulla a casa de los Vives. Al parecer, el portero afirma que salió con su padre antes de la hora de comer. No han vuelto todavía.

Agulló miró la pizarra.

Todo iba a peor.

—¿Rubén Soria? —preguntó.

Costa levantó la vista.

—Está en su oficina, con el abogado al lado. Este ha enviado un correo hace diez minutos: «Mi cliente está plenamente disponible para declarar en cuanto sea requerido formalmente».

—Claro —dijo Agulló—. No esperaba menos de él.

Molina dio un golpe seco en la mesa.

—¡Basta ya! —exclamó, harto—. Esto no lleva a ninguna parte y me he cansado de esperar. Desde este momento se reduce el despliegue de búsqueda.

—¿Qué?

—La prioridad ahora es localizar a Berenguer, tomar declaración formal al detenido en presencia de su abogado y esperar los resultados de los análisis de la nave. La línea de Rubén Soria queda, de momento, supeditada a lo que determinen las pruebas técnicas.

—No puede hacer eso.

—Ya ve que sí.

—Soria está moviendo a los testigos como piezas de ajedrez.

—Estoy cansado de sus hipótesis.

—Comisario…

—No ha demostrado nada.

—Porque cada vez que estoy cerca de hacerlo, usted me frena.

Molina se acercó lo justo para bajar la voz y hacer más daño.

—La freno porque su margen está dejando un reguero de cadáveres administrativos, inspectora. Ahí fuera hay una madre viendo cómo despedazan la vida de su hijo en televisión, mientras usted tiene a media brigada persiguiendo una teoría que ni siquiera puede sostener todavía. ¿Quiere que la respalde así? Porque empiezo a preguntarme qué va a pensar Asuntos Internos cuando vea en qué se ha convertido esta investigación.

Agulló le sostuvo la mirada.

—Así no, Molina. No vaya contra mí.

—¿No?

Rojo ya se lo había insinuado antes, con más cuidado y menos veneno. Y ella, en el fondo, sabía que había algo de verdad en aquello. Pero Molina no estaba intentando hacerla reaccionar. Estaba aprovechándolo para apartarla del caso.

El teléfono de Bernal sonó. Contestó, escuchó y se quedó quieta.

—Es Nuria —dijo, tapando el micrófono—. Está abajo. Ha visto las noticias.

—Joder… —murmuró Agulló.

Molina se apartó.

—Pues baje, Bernal —dijo, moviendo los dedos de una mano—. ¿A qué espera? Haga algo útil y contenga a la familia.

Agulló se fijó en cómo su compañera mandaba a su superior al infierno sin mover un músculo de la cara.

Molina sonrió sin alegría.

—Baje con la madre, inspectora.

Agulló cogió la carpeta del informe del polígono de Rabasa.

—Eso voy a hacer. Pero no para contenerla.

—Usted sabe cómo arruinar su carrera.

—Voy a decirle la verdad antes de que este circo termine de devorar lo poco que le queda.

40

Nuria Sempere esperaba en el vestíbulo, sin abrigo, con el bolso colgado de un hombro y la mirada fija en ninguna parte.

Rafael Roldán caminaba a su lado de un extremo a otro, como si el suelo pudiera darle una salida si lo recorría suficientes veces. Detrás de la cristalera exterior había varios periodistas pegados a la acera, grabando con móviles y cámaras pequeñas. Un agente intentaba mantenerlos fuera. Otro hablaba por radio. En el teléfono de una mujer que esperaba para denunciar un robo, Agulló alcanzó a ver la misma noticia de la nave.

Ya no había forma de cerrar la puerta.

El caso había entrado en la ciudad, y la ciudad iba a engullirlo sin pedir permiso.

Nuria vio a Agulló y fue hacia ella.

—¿Es verdad?

No preguntó cuál de todas las cosas.

Eso era lo cruel de una filtración: soltaba tantas medias verdades a la vez que la víctima tenía que escoger qué dolor nombrar primero.

Agulló la llevó a una sala pequeña junto al vestíbulo. Rafael entró después. Bernal apareció unos segundos más tarde y cerró la puerta.

Nuria Sempere no se sentó.

—¿Han encontrado sangre de Álex?

—Hemos encontrado rastros que han dado positivo en un test preliminar. En una nave vinculada a lo que estamos investigando.

Rafa dejó escapar una risa seca, destrozada por dentro.

—Eso es un sí con palabras de policía.

Agulló lo miró.

—Es un todavía no, dicho con sumo cuidado.

—¿Y la mochila? —preguntó Nuria—. ¿La tienen?

—Hay una mochila negra con un parche rojo. Tenemos que confirmarlo formalmente.

Nuria cerró los ojos.

—Es suya.

—No lo sabemos.

—Sí lo sabemos. Lo sabemos todos los que estamos aquí.

Rafael se pasó las manos por la cara.

—Ya dije que faltaba.

La mujer se volvió hacia él.

—No empieces otra vez. No ahora.

—Lo dije, ¡cojones, Nuria!

—¿Quieres una medalla, Rafa? ¡Por Dios!

—Quiero que alguien admita que quizá nuestro hijo es una víctima, no el friki que están intentando fabricar para explicar lo que ha ocurrido.

La frase cortó el aire.

Bernal dio un paso, pero Agulló levantó apenas una mano.

Nuria miró a su marido como si acabara de descubrir a un desconocido viviendo en su casa desde hacía años.

—¿Eso es lo que necesitas?

—Necesito que esté vivo.

—No. Lo que necesitas es que, si no aparece, no tener que admitir que llevabas tiempo sin mirar el problema de frente.

Rafael abrió la boca, pero no dijo nada.

Agulló no intervino de inmediato. Aquella discusión no era simple ruido, ni desahogo matrimonial; también formaba parte del caso. Las desapariciones no solo consumían tiempo y pistas. Erosionaban recuerdos, abrían culpas antiguas, resucitaban conversaciones pendientes y deformaban la manera en que una familia se sostenía y se quería.

—Nuria —dijo la inspectora al fin—. Lo que ha salido en la prensa mezcla datos reales con conclusiones que nadie puede sostener todavía. El

ordenador personal de Álex contiene material que seguimos analizando, pero no demuestra que Álex quisiera huir, ni desaparecer. En la nave hemos encontrado indicios de limpieza y rastros que estamos estudiando, pero eso tampoco nos permite saber cuándo estuvo allí. Ni siquiera podemos afirmar aún que llegara a estar.

—¿Si llegó a estar?

A la madre se le quebró la voz.

—Tenemos una mochila que podría ser la suya. Rastros biológicos y un vehículo relacionado con la investigación. Pero todavía hay demasiadas cosas sin confirmar, y no voy a darle certezas que aún no tenemos.

—Sé que tiene algo en la cabeza —dijo Nuria—. De eso estoy convencida.

Agulló sostuvo su mirada.

Nuria no estaba buscando consuelo. Estaba suplicando que no convirtieran a su hijo en una versión conveniente de la historia.

—Pienso que alguien está intentando decidir qué versión de su hijo va a sobrevivir a todo esto —dijo Agulló—. Quieren convertirlo en una fuga, en un chico raro, en el relato de una noche de fiesta que salió mal o en una suma de errores fáciles de explicar. Pero también pienso que Álex siguió vivo después de que le hicieran daño. Y eso, de momento, sigue siendo verdad.

Nuria se agarró al respaldo de una silla.

—¿Sigue vivo o no?

La pregunta salió apenas en un hilo de voz.

Ahí estaba el vacío verdadero del caso.

Cada nueva pieza los acercaba a la verdad y, al mismo tiempo, alejaba la única respuesta que Nuria necesitaba escuchar.

—No lo sé —dijo Agulló.

Dos lágrimas le resbalaron por la cara sin que hiciera ruido.

Rafael terminó dejándose caer en la silla.

—Entonces ya no lo están buscando de manera activa...

Agulló se volvió hacia él.

—Lo buscamos. Y también buscamos a quien está aprovechando la incertidumbre para mover piezas y ganar tiempo.

El hombre negó con la cabeza, obcecado.

—Eso no significa nada.

—No voy a permitir que conviertan a su hijo en una historia fácil, para que otros la consuman y sigan con sus vidas.

La puerta se abrió sin llamar. Un agente asomó la cabeza.

—Inspectora, perdón... Costa dice que suba. Parece urgente.

Agulló miró a Bernal.

—Quédate con ellos.

Bernal asintió.

Nuria la agarró del brazo antes de que saliera.

—No deje que digan que se fue porque quiso.

La presión de sus dedos era mínima, pero estaba cargada de una desesperación que casi dolía. Agulló pensó en todas las veces que el sistema había escogido una frase porque encajaba mejor en un expediente.

Fuga voluntaria.

Conducta errática.

Entorno conflictivo.

Mayor de edad.

Todas ellas sin indicios concluyentes.

—No mientras yo siga en el caso.

Subió a Homicidios y encontró a Costa en la puerta de la sala de incidencias, con el móvil en la mano.

—Daniel ha desaparecido de verdad —dijo.

—Eso ya lo sabíamos.

—No. Ahora sabemos cómo.

Se acercó a ella y le mostró la pantalla.

—Cámara de la estación de autobuses. Catorce cero seis. Daniel compra un billete en efectivo a Murcia. Se queda dentro trece minutos. A las catorce diecinueve sale por la puerta lateral y se mete en un coche. ¿Lo ves?

—¿Qué coche?

Costa le enseñó una captura borrosa sacada de la cámara de seguridad. Un Seat León oscuro acababa de detenerse junto a la salida lateral de la estación. Daniel abría la puerta trasera y entraba sin mirar alrededor. La matrícula apenas se distinguía: 7381.

Agulló sintió cómo la rabia regresaba, fría y afilada, despejándole el cansancio de golpe.

—Es de Soria Control.

—Sí. Pero el conductor lleva gorra y mascarilla. No puedo identificarlo.

—Rubén Soria está en su oficina con el abogado.

—Eso dice él.

Bernal apareció detrás, pálida.

—Claudia no está con su padre.

Agulló se volvió.

—¿Qué?

—La patrulla ha conseguido hablar con la madre —dijo Bernal, aún sin aliento—. Al final ha admitido que Vicente Vives se llevó a Claudia a una finca de la familia, «para que descansara». Hemos enviado una unidad. La finca está cerrada. No hay nadie. El personal asegura que Vives llamó esta mañana para cancelar el servicio. Claudia no responde.

—Me cago en todo...

—Nos está pasando por delante de las narices —dijo Costa.

Agulló miró la pizarra.

—No. Lo que está pasando es que alguien está retirando piezas en cuanto entiende que pueden hablar.

Ruiz levantó la mano desde su mesa.

—Siento deciros que hay algo más. El prepago desde el que escribieron a Moya solo se activó dos veces. Una antena lo sitúa cerca del polígono de Rabasa. La otra, esta misma mañana, junto a la estación de autobuses.

Los tres se quedaron en silencio, atrapados por la misma idea.

Agulló sostuvo la mirada unos segundos en la captura del Seat León, después en la pizarra llena de conexiones torcidas y, por último, en el pasillo por donde Molina acababa de desaparecer.

El plan no había fallado porque estuviera mal.

Alguien se había movido más rápido en cuanto empezó a funcionar.

Agulló se dirigió a Costa.

—Encuentra ese vehículo.

—A ello voy.

—Bernal, a por Claudia. Ahora es nuestra prioridad absoluta.

—Voy.

—Ruiz, cruza el prepago con el teléfono de Álex. Quiero saber si alguien los está moviendo dentro de la misma red.

—Consígueme una orden judicial… y luego ya veremos si el milagro aparece solo.

—Te conseguiré la orden. El milagro tendrás que ponerlo tú.

Molina entró con la cara encendida.

—¿Qué diablos pasa ahora?

Agulló recogió la captura de Daniel entrando en el Seat León oscuro.

—Que alguien está retirando del tablero a todos los que todavía pueden contar lo que pasó.

Molina observó la imagen.

Por primera vez en todo el día, se quedó sin una sola frase mordaz que escupir.

41

Ruiz pidió veinte minutos.

Necesitaba cruzar la segunda remesa de datos de la operadora: IMEI, SIM, terminales, antenas. Palabras que, en la cabeza de Agulló, ya sonaban como piezas de otro idioma.

Costa se quedó con él en la sala técnica.

Bernal salió a coordinar la búsqueda de Claudia.

Molina, fiel a su estilo, se encerró en su despacho para orinar sobre el desastre, buscando la forma de redactar una frase que pudiera tragar la Delegación del Gobierno sin que les estallara el estómago.

Agulló bajó al bar de enfrente.

La sala de incidencias se le había quedado pequeña. Cinco minutos más allí dentro, oliendo el sudor del pánico de sus compañeros, y habría reventado a puñetazos la primera pantalla que tuviera delante.

Cruzó la calzada con la carpeta de cuero bajo el brazo y el teléfono de sustitución pesándole en el bolsillo como un trozo de plomo. La tarde de Alicante era una masa pegajosa, un aire espeso que se te pegaba a los pulmones. Frente a la jefatura, dos periodistas se consumían junto a una unidad móvil. Tenían esa paciencia predatoria y desganada de los buitres con acreditación de prensa: animales de rapiña que solo esperan a que la carroña dé la primera señal de putrefacción. Uno de ellos la reconoció, pero

tarde. Para cuando quiso levantar la cámara, Agulló ya empujaba la puerta de cristal esmerilado del bar.

Dentro flotaba el olor rancio de los aceites que habían ardido durante el turno de la comida. Quedaban un par de mesas ocupadas por clientes de mirada turbia, estirando sobremesas que olían a solera y fracaso. Agulló se encajó en una banqueta de la barra, de espaldas a la pared.

El camarero, que la conocía de verla entrar y salir de comisaría a deshoras, se acercó con un trapo en la mano.

—¿Lo de siempre?

—Café solo. Corto. Y un agua con gas.

—¿Algo de comer? Hay tortilla.

Agulló desvió la vista hacia la vitrina grasienta. El estómago se le cerró como un puño.

—No.

El hombre no insistió. Hay camareros que saben leer la ruina en los ojos de un policía mejor que cualquier psiquiatra de la academia.

Sobre la máquina de tabaco, un televisor plano escupía ruido a un volumen obsceno. Un programa de tarde fagocitaba las horas muertas con rótulos de un rojo sangriento y la misma maldita imagen congelada de siempre: Álex Roldán bajando del autobús nocturno. Un chaval borroso, inclinado hacia delante, atrapado para siempre en los diez segundos previos a convertirse en un fantasma.

Los tertulianos masticaban el caso con desprecio profesional. En el faldón inferior de la pantalla, las letras parpadeaban:

«¿HUYÓ ÁLEX ROLDÁN TRAS UNA FIESTA SINIESTRA?».

La presentadora hablaba con una seriedad impostada que repetía como un gesto más frente a la cámara.

—La investigación, según fuentes directas del caso, ha dado un vuelco tras los hallazgos en una nave abandonada de Rabasa: restos biológicos, una mochila y restos de sangre que ya se analizan en el laboratorio. Comienzan a surgir dudas sobre el entorno del joven. Fuentes policiales apuntan a una posible doble vida.

—Hijos de puta —murmuró Agulló para sus adentros.

A su lado, un jubilado de dedos amarillos por el tabaco dejó el periódico sobre la barra, buscando conversación.

—Es el niñato este de internet, ¿no? El que buscáis.

El camarero deslizó la taza frente a la inspectora. El café era una balsa de alquitrán humeante.

—Eso parece —respondió el hostelero, sin mojarse.

—Qué mala pinta tiene todo —dijo el hombre—. Estos chavales se meten en cada cosa...

Agulló cerró los dedos alrededor de la taza. El café tenía un sabor horrible, pero no soltó la porcelana.

En la televisión, un tertuliano con barba blanca y el rictus de superioridad moral de un fiscal jubilado gesticulaba hacia la pantalla. Señalaba la fotografía de Álex como si estuviera diseccionando un espécimen en un laboratorio, convirtiendo la tragedia de alguien en un simple tema de debate para la audiencia de la hora de la siesta.

—Lo que resulta intolerable es la contradicción —dictaminó el barbudo, relamiéndose—. Primero, una fuga voluntaria. Luego, una zapatilla. Ahora, sangre en un polígono y un material presuntamente perturbador en su ordenador portátil. La pregunta que la policía esquiva es obvia: ¿estamos ante una víctima desamparada o ante un depredador que midió mal sus fuerzas?

Al fondo de la barra, la cafetera del bar soltó un latigazo de vapor que sonó como un disparo. Alguien pidió una caña, con un hilo de voz. A la ciudad le importaba un bledo la verdad; solo querían carnaza fresca para alimentar la maquinaria de los rumores.

Agulló bebió un trago corto. De golpe, vio la cara de Nuria Sempere en el vestíbulo de la jefatura, tiritando sin abrigo bajo la luz, preguntando si la sangre que salía en la tele era de su hijo.

Aquellos críos amigos de Álex habían mentido mal, habían llorado tarde y se habían escondido peor. Eran torpes, estúpidos y crueles. Y, sin embargo, se le estaban escapando entre los dedos.

La pantalla cambió de plano: la nave de Rabasa bajo los focos de los forenses, rodeada por la cinta plástica amarilla. Una reportera tiritaba de frío fingido en una acera de Alicante, con la fachada gris de la comisaría a su espalda.

—La jefatura guarda silencio sobre los análisis de ADN, pero fuentes internas confirman que el posicionamiento del teléfono móvil de Álex Roldán ha sido el verdadero hilo de la policía para reconstruir sus últimas horas.

El de la barba blanca volvió a saltar a la yugular, interrumpiéndola.

—Ahí está el detalle. Los teléfonos no mienten, no tienen remordimientos. Si el terminal se movió después de la supuesta agresión, si dio señal en repetidores de distintos puntos de la costa, es que había alguien al volante. Quizá el joven Roldán tenía mucho más control sobre su destino del que su familia nos quiere hacer creer.

Una oleada de bilis le subió a Agulló por el esófago.

La geometría del mapa volvió a encajar en sus ojos: el círculo azul de la antena de Lo Morant. El mismo punto ciego.

Miró su teléfono de sustitución, apoyado sobre la barra, que empezó a vibrar. Un zumbido sordo, violento, que hacía que el aparato se desplazara milímetro a milímetro hacia el borde, directo al suelo.

En la televisión, el bloque informativo se cortó en seco. Entró la publicidad. La cara pálida de Álex Roldán fue sustituida por una familia idílica, rubia y sonriente, desayunando en una cocina iluminada por un sol de anuncio de seguros. El contraste de la miseria y el plástico le revolvió las tripas.

El camarero regresó con el trapo.

—¿Te pongo otra cosa, inspectora?

Agulló tardó cinco segundos en regresar al mundo real. Negó con la cabeza, la vista fija en la pantalla.

La publicidad terminó con un golpe de música corporativa. El rótulo rojo regresó al televisor como una herida abierta:

«EL MÓVIL DE ÁLEX: LA PISTA QUE PUEDE RESOLVER EL CASO».

Agulló se quedó mirando la pantalla hasta que el teléfono dejó de vibrar.

42

—Malas noticias —dijo Costa—. No era el móvil de Álex.

Agulló tardó un segundo en entenderlo.

O quizá en querer entenderlo.

Estaba de pie junto a la mesa, con la carpeta de Rabasa abierta, la captura del Seat León en la estación y el informe preliminar de la mochila a medio leer. Llevaba tantas horas oyendo variaciones de la misma palabra —móvil, línea, terminal, nube, ping, IMEI— que la frase le sonó al principio a otra precisión técnica del subinspector.

Ruiz levantó la vista del portátil.

—La señal de Lo Morant no salió del teléfono de Álex. Salió de su SIM.

Bernal, sentada junto a la pared, dejó de escribir. Todo estaba sucediendo a la vez: Molina, Nuria Sempere, la captura del coche.

—Otra vez, no...

Costa giró la pantalla hacia Agulló. Había tres columnas: hora, SIM, IMEI.

—Una cosa es la línea y otra el aparato —dijo—. Hasta la 01:58, la línea de Álex estaba en su móvil. A las 11:31, esa misma línea estaba dentro de otro teléfono.

Ruiz señaló la fila siguiente.

—A las 06:12 hay un intento de acceso a su nube desde una wifi pública cerca de la avenida de Novelda. No pasa por red móvil, pero la cuenta

identifica el dispositivo como habitual: el mismo modelo, la misma huella del teléfono de Álex. No sabemos quién lo usaba. Lo que sabemos es que alguien tenía el terminal físico o acceso abierto a él.

Agulló escuchó sin terminar de respirar.

Costa bajó a la tercera línea.

—A las 11:31, parque de Lo Morant. La línea de Álex vuelve a enganchar red durante menos de diez segundos. Pero el IMEI ya no es el suyo.

—Otro móvil.

—Sí. Un Android barato. Sin historial previo con esa línea.

Ruiz abrió otra tabla.

—Y ese terminal sí tiene historial. Está vinculado a un número prepago.

Agulló ya sabía lo que venía.

—El que escribió a Sergio Moya.

Ruiz asintió.

—El mismo prepago desde el que salió el mensaje: «Limpia y espera. Si preguntan, no estuvo. El teléfono va por otro lado».

Bernal se llevó una mano a la boca y la apartó enseguida, como si el gesto pudiera delatarla. Agulló sostuvo la vista en los números.

La pantalla no se movía.

—Entonces alguien sacó la tarjeta SIM del teléfono de Álex.

—Sí. Y la puso en el móvil del prepago para que diera señal en Lo Morant —dijo Ruiz.

Costa remató:

—La señal que nos llevó al parque no demuestra que Álex estuviera allí. Solo demuestra que su tarjeta SIM apareció allí dentro de otro teléfono.

Agulló recordó la mañana en Lo Morant como se recuerdan las cosas que uno preferiría borrar. El círculo azul latiendo en el mapa como un corazón enfermo. Los baños públicos, los contenedores, los agentes desplegándose entre los árboles con esa disciplina inútil de la policía cuando persigue un fantasma. El muchacho borracho que no era Álex. La zapatilla atrapada en la acequia, sucia, convertida durante unos segundos en una promesa.

Y ella, aferrándose a todo, porque dejar de creer significaba mirar de frente algo mucho peor.

—La figura con gorra —dijo.

—Pudo llevar la SIM —respondió Costa—. Pudo dejar la zapatilla. O las dos cosas.

—¿El prepago se activó allí?

Ruiz negó.

—No. En Lo Morant solo usaron la SIM de Álex. Pero el IMEI del terminal los delata. Ese mismo móvil aparece antes cerca de Rabasa y vuelve a salir esta mañana junto a la estación, cuando mueven a Daniel. Es uno de los teléfonos que están usando para taparlo.

Agulló apoyó una mano en la mesa.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

Costa no se defendió.

—Desde hace dieciocho minutos, para ser exactos.

—¿Seguro?

—He esperado a que Ruiz lo comprobara con la segunda remesa de la operadora.

Ruiz carraspeó.

—Pedimos los registros dos veces, porque la primera tabla solo mostraba la línea, no el terminal. La operadora hablaba del «móvil de Álex Roldán», pero en realidad era su SIM funcionando dentro de otro aparato. Sé que es un poco complejo de entender.

—No, no lo es.

—¿Entonces?

—Simplemente, me abruma tanto tecnicismo.

Agulló sintió cómo esa diferencia abría un agujero debajo de sus pies.

Bernal se levantó.

—Entonces lo del parque fue fabricado.

—Lo de Lo Morant, seguro —dijo Costa—. La zapatilla, casi seguro también. Lo que aún no sabemos es quién tenía el teléfono original.

—¿Álex pudo seguir vivo a las 06:12? —preguntó Bernal.

Ruiz tardó un poco más de la cuenta en responder.

—Técnicamente, pudo.

Costa miró a Agulló antes de añadir nada.

—Pero el patrón no dice eso.

—Enséñame el patrón —dijo la inspectora.

Ruiz amplió la línea temporal en la pantalla.

—A la 01:58, el terminal original sigue cerca de la avenida de Novelda. A las 02:06, la Kangoo se dirige hacia Virgen del Remedio. A las 06:12, alguien intenta acceder a la nube desde una wifi pública de la zona. A las 11:17 aparece la figura con gorra en Lo Morant.

—Hasta ahí lo tengo claro.

—Bien —dijo Costa, tomando aire—. Catorce minutos después de la figura con gorra en el parque, la SIM de Álex sigue dentro del terminal de prepago. Y esta mañana, ese mismo terminal vuelve a aparecer cerca de la estación, justo cuando desaparece Daniel.

El teléfono de sustitución de Agulló vibró sobre la mesa.

La pantalla mostró el nombre de Nuria.

Apenas había salido de allí y ya quería una explicación que sirviera de morfina para pasar la noche.

Agulló no se movió. Se limitó a observar el aparato con una fijeza gélida, dejando que el zumbido le taladrara los tímpanos. No tenía palabras para ella. Las palabras eran mercancía barata de tertuliano; a ella ya no le servían. ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Que eran unos incompetentes? ¿Que durante días su equipo había estado corriendo como perros de presa ciegos, siguiendo el rastro de una tarjeta SIM metida en el bolsillo del abrigo de otro hombre? ¿Que la frágil, hermosa y desesperada esperanza que había brotado unas horas antes en aquel parque de Lo Morant era mentira?

Una ilusión de diseño. Un engaño fabricado por alguien que conocía los resortes de la culpa y sabía exactamente cómo manipular el dolor ajeno para ganar tiempo. Alguien que se estaba riendo de ellos en su puta cara.

Incluso la zapatilla, aquella prueba miserable a la que todos se habían agarrado, empezaba a parecerle ahora una maniobra sádica.

Bernal miró el teléfono.

—Déjalo.

El teléfono dio tres sacudidas más y luego la pantalla se apagó, devolviéndole el reflejo de sus propios ojos cansados en el cristal negro.

Costa imprimió la tabla.

—Con esto, Molina no puede seguir sosteniendo otras hipótesis.

—Joder...

—No es solo Molina —dijo Costa—. Esto nos da base para ir contra Rubén Soria, si vinculamos el dispositivo con la empresa.

—Rubén Soria no se acercaría a ese teléfono ni borracho —dijo Agulló —. Siempre trabaja a través de otros. La pregunta es otra: ¿qué se nos está escapando?

Ruiz señaló otra pantalla.

—Hay algo más. En el móvil que Moya intentó romper hemos encontrado una foto borrada de una tarjeta SIM sobre una mesa metálica.

La imagen es mala y no se ve el número, pero sabemos que se hizo esta mañana, antes de Rabasa.

Agulló lo miró.

—¿Para qué fotografiar una SIM?

—Para demostrar que la había cambiado —dijo Ruiz—. O porque es imbécil.

Costa añadió:

—Moya no parece de los que hacen un trabajo sin mandar justificante.

La puerta se abrió. Gómez asomó la cabeza.

—Siento interrumpir, pero Molina quiere una actualización.

Nadie respondió.

Gómez vio la pantalla.

—¿Qué es eso?

Agulló cogió las impresiones.

—Tendrá su actualización.

Gómez palideció un poco.

—¿Las activaciones no eran del móvil?

—No todas.

Gómez bajó la mirada.

—Eso lo cambia...

—Sí —dijo Costa—. Lo cambia todo.

43

Molina fijó la vista en la tabla de datos del IMEI.

No necesitaba descifrar cada protocolo de red. El veneno de la verdad estaba sintetizado en las últimas líneas.

Agulló lo observó desde el otro lado de la mesa. El comisario era un analfabeto tecnológico, pero un lince político. Tenía instinto para oler cuándo un dato no encajaba en el relato oficial y cuándo, simplemente, le reventaba la carrera. Y aquel dato tenía la potencia de una granada.

La sala de incidencias quedó atrapada en un silencio espeso. Costa permanecía inmóvil junto al monitor, con los brazos cruzados, como si intentara camuflarse con la pared. Ruiz, con el rostro iluminado por el brillo azul de la videollamada desde la sala técnica, compartía los registros abiertos. En una esquina, Bernal sostenía el móvil contra el muslo, con los nudillos blancos de tanto marcar el número de Claudia sin obtener respuesta.

—Repítalo —ordenó Molina.

Su voz sonó grave, rasposa por la falta de sueño.

Costa obedeció. Lo soltó sin anestesia.

—La señal de Lo Morant no salió del teléfono de Álex. Salió de su SIM metida en otro terminal.

Molina miró a Ruiz en la pantalla. Dejó escapar un suspiro largo.

—¿Es concluyente?

Ruiz se quitó un auricular.

—Es concluyente para afirmar que la señal salió de otro aparato. Si además quiere que le ponga nombre y apellidos al que cambió la tarjeta, comisario, necesito una de tres cosas: una confesión, una cámara de seguridad que no esté desenfocada o que Dios baje de los cielos y nos haga el trabajo de campo.

Molina ignoró el sarcasmo. Sus ojos ya estaban fijos en la pizarra.

—El mensaje que recuperamos del móvil de Moya... —empezó, rumiando la lógica del enemigo en voz alta—. «El teléfono va por otro lado». No era un despiste. No hablaban de que el chico lo hubiera perdido en una pelea. Hablaban de separar las piezas. El terminal físico, por un lado, la tarjeta SIM por otro. La línea viva para mantenernos entretenidos siguiendo un fantasma. El teléfono real en manos de alguien encargado de limpiar el vídeo, borrar accesos y asegurarse de que nadie pudiera rascar nada.

Bernal añadió:

—Y la zapatilla abandonada en el parque para darle una narrativa a la señal. Para que pisáramos el acelerador en la dirección que ellos querían.

Molina clavó los ojos en el corcho.

Lo que durante días habían considerado un rastro sólido y prometedor se desvelaba ahora como una función de teatro. El decorado era real, pero alguien los había llevado de la mano hasta la primera fila para que miraran exactamente hacia donde convenía.

Gómez midió sus palabras antes de abrir la boca. Sabía que pisaba cristales rotos.

—Esto cambia el escenario, comisario. Refuerza el encubrimiento y la obstrucción a la justicia. Y nos da una vía penal por coacciones si logramos vincular la desaparición de Daniel y de Claudia con los últimos movimientos del entorno de Soria.

—Y tentativa de destrucción de pruebas —añadió Costa, enderezándose —. Como mínimo.

Agulló no apartó la vista de Molina.

—Y permite citar a Rubén Soria como investigado.

Molina expulsó aire por la nariz, un bufido de desprecio.

—Nos permite solicitar diligencias contra Rubén Soria, inspectora. No confunda el derecho procesal con sus deseos personales.

—Gómez acaba de desglosarlo, comisario.

—Gómez no firma los oficios que van al juzgado número tres. Aquí mando yo.

Gómez bajó la cabeza, buscando refugio en sus propios zapatos.

Agulló sintió cómo la bilis le subía por la garganta. Se la tragó por puro orgullo.

—Rubén Soria sabía que Álex había subido a ese autobús antes de que nosotros tuviéramos acceso a las cámaras —dijo Agulló, bajando el tono—. Iker lo dejó caer en el interrogatorio. El entorno de Soria aparece en Los Olivos, aparece vinculado a la Kangoo, merodeó por Lo Morant, por Rabasa y estuvo presente en la última noche en que se vio a Daniel. Ahora resulta que la señal del parque era pirotecnia barata fabricada con la SIM del chaval. ¿Qué más necesita para que nos permita movernos, Molina? ¿Que le traigan el cadáver con una dedicatoria?

Molina dio dos pasos largos hasta quedar a un palmo de ella.

—Se lo advertí el primer día, inspectora. Necesito al chico.

La frase cayó sobre el linóleo de la sala con la contundencia de un golpe seco. No había agresividad en el tono de Molina. Tampoco impostura política. Solo un pragmatismo cínico y descarnado. La certeza absoluta de quien sabe que las medallas y las destituciones dependen del mismo hilo.

Por eso dolió más.

Agulló mantuvo la mandíbula apretada.

Molina siguió, más bajo:

—Necesito a Álex Roldán. Vivo o en una bolsa de lona verde. Me da igual. Ojalá el mundo fuera un lugar más amable, pero necesito algo que pueda sostener ante un juez de instrucción, ante una madre destrozada y ante veinte cámaras de televisión sin que un abogado nos lo desmonte en el primer turno de réplica. No tengo la más mínima intención de salir ahí fuera a explicar cómo un puñado de criados nos ha tomado el pelo durante una semana.

Costa hizo amago de avanzar, pero Agulló lo frenó con un leve movimiento de la mano.

—Nos han tomado el pelo a todos, comisario. A usted también.

—No —replicó Molina, mirándola a los ojos—. A mí no, inspectora. A ustedes.

El comisario se dio la vuelta y volvió a mirar la pizarra. No había burla en su gesto. Era algo mucho peor.

Era un veredicto.

Agulló sintió el golpe justo donde ya tenía la carne viva. No era un insulto. Era un diagnóstico clínico de su propia ceguera.

Durante unos segundos, la luz de la sala se tragó todo lo demás. En su cabeza desfiló el parque de Lo Morant.

Buscadlo como si siguiera vivo.

Y detrás de toda esa parafernalia, la imagen mental del verdadero ejecutor, dejando que ella, la brillante inspectora Agulló, hiciera todo el trabajo sucio de distracción.

Bernal habló con una voz inusualmente suave, rompiendo el aire estancado.

—Eso no cambia que Álex necesitara que lo encontraran.

Agulló la miró.

Bernal no bajó la vista.

—Alguien tenía que ir a buscarlo.

Costa asintió una sola vez, con la rigidez de un resorte.

Molina se pasó una mano por la mandíbula.

—Rubén Soria entrará en este edificio con la condición de investigado, en el momento exacto en que la Fiscalía avale la validez de esa tabla de conexiones.

—Eso será hoy mismo —sentenció Agulló.

—Cuando la Fiscalía firme.

—Hoy, Molina.

El comisario se volvió despacio.

—Inspectora, no vuelva a equivocarse de enemigo. El mío no lleva placas.

—Es usted el que parece haberlo olvidado —respondió ella, sin retroceder un milímetro.

Un pitido agudo cortó la tensión. Gómez miró la tableta que tenía entre las manos. Su rostro, habitualmente rojizo por la tensión, se tornó del color de la cera.

—Mensaje de la unidad de apoyo en la finca de los Vives —anunció, con la voz un punto más agudo de lo normal—. Han localizado el coche de Vicente Vives. Abandonado en una vía de servicio de la AP-7. Vacío. Ni rastro de la chica, ni rastro de Vives. Las puertas estaban cerradas con seguro. A simple vista no hay restos de sangre ni impactos. Nada.

Bernal se despegó de la pared, como si la hubieran inyectado adrenalina.

—¿Qué coño pinta el padre metido en este fango?

Costa consultó su propio terminal.

—El geolocalizador de Daniel sigue mudo.

Ruiz volvió a agitar la mano desde la pantalla.

—Un momento. Tengo otra alerta del terminal de prepago. Última activación hace exactamente diecinueve minutos. Ha enganchado una célula en el eje San Gabriel-Rabasa. Un destello muy débil, pero suficiente para acotar el radio.

Agulló se volvió hacia él.

—¿El mismo IMEI?

—El mismo. El aparato que resucitó la SIM de Álex en Lo Morant.

La sala estalló en actividad como un avispero pateado. Costa empezó a teclear para proyectar el mapa, Bernal empezó a dar órdenes por radio y Gómez se sentó de golpe para transcribir la ampliación de la orden judicial. Molina ya marcaba un número directo con el despacho del jefe superior.

Agulló, sin embargo, permaneció clavada en el centro del caos.

La baliza que se estaba burlando de ellos seguía ahí fuera, moviéndose por las arterias de la ciudad.

Costa amplió el zoom del mapa digital. Un nuevo círculo de dispersión apareció al sur del polígono de Rabasa, una zona de naves industriales abandonadas, canteras de arcilla secas y carreteras secundarias que morían en la autovía.

—Puede ser la misma persona —aventuró Costa, con la mano sobre el ratón—. El que lleva el terminal.

—¿Montamos el equipo de asalto? —preguntó Bernal, con el dedo sobre el botón de envío.

Agulló contempló el punto parpadeante. El pulso le latía con fuerza en las sienes. Todo su cuerpo, cada fibra de su instinto policial, le ordenaba salir corriendo hacia el coche, encender la sirena, quemar rueda y cazar a esa rata antes de que la pista se enfriara.

El viejo y adictivo reflejo de la persecución.

Esta vez, sin embargo, algo se activó en su cabeza.

Una frialdad extraña.

—No.

Costa la miró, con el ceño fruncido y la mano suspendida en el aire.

—¿Cómo que no?

—Primero acordonamos las salidas de la zona. Perímetro ancho. Discreto. Coches camuflados y nada de sirenas —ordenó Agulló, señalando

con el dedo los puntos de fuga en la pantalla—. No vamos a lanzarnos de cabeza detrás de una señal de telefonía como perros siguiendo el rastro que ellos mismos nos pintan en el suelo.

Agulló señaló el mapa de la ciudad.

—Si quieren que corramos en esa dirección, haremos exactamente lo contrario. El que mueve los hilos nunca está en el lugar hacia donde te empuja a mirar. Quiero saber quién se queda respirando aliviado en la ciudad, mientras mandamos una unidad a correr detrás de una bombilla en mitad de un descampado.

Costa lo entendió primero.

—Rubén Soria.

—Soria. Moya. Vives. No lo sé.

Bernal guardó el móvil.

—Claudia puede estar en otro punto.

—Por eso no les vamos a enseñar todas las cartas.

El teléfono de Agulló vibró otra vez.

Nuria Sempere.

Esta vez no se lo pensó. Descolgó y se pegó el auricular al oído.

—Nuria.

—He vuelto a ver el telediario, inspectora —la voz de la madre llegó rota, sostenida únicamente por el pánico—. Un avance informativo.

Otra filtración.

Molina levantó la cabeza al instante.

—Están diciendo en la televisión... —Nuria ahogó un sollozo—. Que el teléfono que encontraron en el contenedor no era el de mi hijo. Dicen que ustedes han estado perdiendo el tiempo buscando en el lugar equivocado. Que Álex nunca estuvo allí…

—Nuria, escúcheme bien —dijo Agulló, endureciendo el tono para transmitir una seguridad que no sentía—. La línea de Álex fue manipulada. Alguien usó su tarjeta SIM en otro teléfono, para empujarnos en una dirección falsa.

—¿Entonces... entonces mi hijo no… está...?

La pregunta se extinguió en un hilo de voz, incapaz de formular la palabra «muerto».

—Ahora sabemos que alguien manipuló el rastro para engañarnos.

Al otro lado, Nuria lloró sin sonido durante un segundo.

—Encuéntrelo, inspectora. Se lo pido por lo que más quiera en este mundo.

—¿Se refiere a su hijo? —preguntó Agulló, con el corazón encogido.

—No —escupió la madre desde el otro lado—. A ese hijo de puta.

44

El teléfono apareció dentro de una bolsa de patatas vacía, tirado en una cuneta de servicio junto a la salida hacia San Gabriel.

Solo que nunca había sido el teléfono de Álex.

No hubo sirenas. Ni botas reventando el asfalto, ni tipos duros jugando a ser héroes bajo el destello azul de los rotativos. Una patrulla camuflada se limitó a cerrar la salida de la calle lateral, transformándola en un callejón sin salida. Costa avanzaba guiado por Ruiz a través del teléfono, con los ojos fijos en la pantalla y en el último estertor digital del prepago.

A unos metros, un agente de la Local contemplaba una papelera volcada junto al talud de tierra reseca. Tenía el brazo extendido y el dedo rígido, apuntando a la basura derramada con el mismo desapego anestesiado con el que se señala el cadáver de un perro atropellado.

El aparato estaba destrozado. Sin tapa trasera, con la pantalla hecha una telaraña de grietas y la carcasa chamuscada por un lateral. Un Android barato y viejo, de los que pasan desapercibidos entre latas aplastadas, colillas húmedas y envoltorios arrugados.

El teléfono que los había hecho correr.

Agulló lo contempló desde detrás de la cinta policial como si mirara el cadáver de algo que unas horas antes todavía había tenido alma. La luz de la tarde moría despacio sobre el asfalto agrietado, tiñéndolo todo de un color sucio y cansado. A lo lejos, la autovía rugía con esa indiferencia brutal de

las ciudades grandes, donde incluso la desgracia acaba convertida en ruido de fondo. El aire olía a goma recalentada, polvo y basura vieja.

Costa se agachó junto al técnico sin tocar nada.

—¿Y la tarjeta SIM?

El técnico extrajo la bandeja con unas pinzas.

—Hay restos. Está cortada. Parece que intentaron partirla después de sacarla, o mientras la sacaban. El laboratorio dirá.

Costa levantó la vista hacia Agulló.

No hizo falta decir nada.

La SIM de Álex había pasado por allí. O lo que quedaba de ella. También el prepago. El muñeco que habían usado para hacerlos bailar.

Ruiz habló por el móvil de Costa, en altavoz.

—Si han cortado la SIM, quizá podamos sacar algún identificador parcial, pero no os montéis películas. El terminal está limpio hasta los huesos. Registro de llamadas borrado, cuentas cerradas, ni una foto decente. Lo han usado como quien usa un mechero de gasolinera. Usar y tirar.

—Dime que hay alguna geolocalización previa —pidió Agulló.

—Lo que ya teníamos. Lo encendían. Lo apagaban. Lo movían de un punto a otro para que corriéramos detrás de una sombra.

Agulló contempló el teléfono dentro de la bolsa de basura.

Durante días, aquel aparato había tenido alma. Había respirado por Álex, había mentido por él, había mantenido viva una esperanza que todos necesitaban creer. Y ahora no era más que plástico chamuscado abandonado junto a una carretera.

Basura entre basura.

Costa se incorporó lentamente.

—Con esto nos han dado un golpe muy bajo.

Agulló no discutió. La discusión exigía energía y la verdad tenía la costumbre de dejarla sin ella.

El móvil de sustitución vibró en su bolsillo como un insecto atrapado.

Molina.

Agulló respondió sin dejar de mirar el teléfono destrozado.

—¿Lo tienen? —preguntó él.

—Tenemos el prepago. Lo han dejado hecho una mierda, con la SIM cortada. De momento no hay nada que nos lleve a quien lo usaba.

—¿Y el teléfono original de Álex Roldán?

—No ha aparecido.

El silencio duró apenas un par de segundos, pero pesó más que toda la conversación.

—Vuelva a comisaría, inspectora.

—Estoy con el levantamiento.

—Agulló, he dicho que vuelva.

—¿Qué pasa?

Molina tardó lo justo para que ella supiera que era malo.

—El laboratorio ha adelantado un perfil genético preliminar de la muestra del desagüe de Rabasa. Es compatible con Álex Roldán. Aún falta la confirmación completa, pero ya sabe cómo funciona esto: cuando el laboratorio adelanta algo así, rara vez es para tranquilizarnos.

El tráfico de la autovía siguió ahí, pero Agulló dejó de oírlo.

Como si alguien hubiera cerrado una puerta entre ella y el mundo.

Costa la miró de reojo. No necesitó preguntar.

—¿Cantidad? —preguntó ella.

—Poca. Muy degradada. Mezclada con lejía o algún limpiador industrial. Demasiado alterada para decir cómo murió.

Agulló apoyó la vista en el parabrisas agrietado de un coche abandonado al otro lado de la cuneta.

—Pero es sangre suya.

Molina tardó medio segundo.

—Compatible con su sangre.

Siempre había una palabra capaz de torcer el destino de un policía.

En este caso, de una inspectora.

Agulló contempló la cuneta, el teléfono chamuscado, la bolsa grasienta de patatas aplastada contra la tierra seca. Objetos sin valor. Basura. Y, sin embargo, allí estaba concentrado todo el peso del caso.

Pensó en Álex escribiendo «tío, ven» con la urgencia de quien todavía cree que alguien acudirá. Pensó en Iker dejando el mensaje sin abrir, como si la culpa pudiera aplazarse. Pensó en Rubén, tranquilo, diciendo que él se encargaría de todo. Y en la Kangoo atravesando la ciudad de un lado a otro, no como un vehículo, sino como un coche fúnebre repartiendo fragmentos de una muerte que nadie quería mirar de frente.

—Voy para allá —dijo.

Colgó.

Costa se acercó.

—¿Y ahora qué?

—La sangre hallada en Rabasa es compatible con el perfil de Álex.

—No alcanza para afirmar que murió allí.

—No.

—No basta.

—Ya lo sé.

Pero había una diferencia entre una prueba insuficiente y un peso imposible de quitarse de encima.

Regresaron a comisaría sin hablar.

Costa conducía con las dos manos firmes sobre el volante, como si sujetar el coche fuera también una manera de mantener el caso unido. Agulló observaba la ciudad a través de la ventanilla. Alicante seguía viva: semáforos, terrazas, motos cruzando avenidas, gente cargando bolsas de supermercado. La vida continuaba con esa crueldad tranquila que tienen las ciudades cuando alguien desaparece.

Los nombres pasaban por su cabeza como estaciones de un viacrucis privado. Cada barrio guardaba ahora una mentira distinta. Primero, una esperanza. Después, una corrección.

Y debajo de todas ellas, una idea que le mordía por dentro.

Quizá llevaban días persiguiendo un reflejo en el cristal mientras el verdadero crimen ya había cruzado la ciudad y desaparecido en la oscuridad.

Cuando entraron en comisaría, Molina los esperaba en la sala de incidencias junto a Gómez y dos mandos de Brigada. Bernal permanecía de pie frente a la pizarra, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.

La pizarra seguía llena de flechas, nombres y conexiones. «Vida real». «Puesta en escena». «Gestores». Y alguien había añadido en rojo:

ADN RABASA — PRELIMINAR ÁLEX.

Una frase que ocupaba más que todo lo demás.

Molina fue al grano.

—Desde este momento, queda apartada del mando operativo del caso.

Costa intervino desde el fondo de la sala.

—Comisario.

—Usted seguirá en la unidad técnica, bajo la coordinación de Gómez.

—¿Qué? Alucino...

Gómez levantó la vista, incómodo.

—Comisario, quizá…

—No he pedido su opinión.

Bernal se separó de la pared.

—No puede apartarla ahora.

—Puedo y lo hago. La inspectora Agulló está lesionada, ha sido objetivo directo de una agresión y ha tomado decisiones operativas precipitadas. La línea del teléfono confirma, además, que el encubrimiento se sostuvo sobre una interpretación errónea del caso.

Agulló sintió cada frase como un dedo hundiéndose en una herida ya abierta.

No era del todo justo.

Tampoco del todo mentira.

Y precisamente por eso no encontró una respuesta inmediata.

Costa habló en voz baja.

—Todos seguimos esa lectura. Todos seguimos la misma señal.

Molina lo miró.

—No todos dirigían.

Bernal tardó un instante en hablar.

—Si aparta a la inspectora, Rubén Soria ganará tiempo.

—Soria gana tiempo cada vez que este equipo confunde el deseo con la verdad.

Agulló se quedó mirando la pizarra como si fuera una pared escrita por un loco meticuloso. Las palabras parecían clavadas con chinchetas dentro de su cabeza.

Todo era verdadero.

Todo había estado delante de ellos desde el principio.

Y, aun así, ella había ido empujando cada pieza, despacito, casi sin darse cuenta, hacia el único sitio donde todavía podía respirar: la esperanza de que el chico siguiera con vida.

Molina dejó una carpeta sobre la mesa.

—Ahora atiendan a mis órdenes. La búsqueda de Claudia y Daniel sigue activa. Vamos a apretar a Sergio Moya hasta que hable o hasta que su abogado se quede sin excusas. He pedido autorización para entrar en todo lo relacionado con Soria Control y para rastrear el teléfono original de Álex Roldán.

Giró el rostro hacia Agulló.

—Usted queda fuera de la coordinación. Si necesitamos algo, será por escrito. ¿Queda claro? Y vaya al hospital antes de que ese costado decida abrirse solo.

La humillación llegó fría.

Como llegan las cosas que ya no pueden evitarse.

Agulló miró al subinspector Gómez.

—¿Te quedas con el caso?

Gómez aguantó su mirada apenas un instante antes de asentir.

—De manera provisional.

Agulló soltó una risa seca, sin humor.

—Claro.

Costa se volvió hacia Molina.

—Esto es un error, comisario.

—Probablemente ya hemos cometido demasiados. A estas alturas, uno más apenas se notará.

Ella hizo un gesto para cortarlo.

—Déjalo.

Costa la miró, como si esperara que discutiera.

Pero ella ya estaba cansada de pelear batallas perdidas.

Recogió una sola carpeta de la mesa: la de Iker Soria y la hoja con los IMEI cruzados. Dejó las demás donde estaban. Ni siquiera sabía por qué se llevaba esa. Tal vez porque aún necesitaba creer que quedaba un hilo del que tirar.

Molina la observó.

—La carpeta se queda, inspectora.

Agulló sostuvo la carpeta un segundo más.

Luego la dejó sobre la mesa.

Salió de la sala.

Nadie la detuvo.

Y eso fue lo que más le dolió.

45

Agulló bajó al garaje por las escaleras.

Al llegar abajo, vio la Vespa azul turquesa encajada entre dos coches oficiales. Una película fina de polvo apagaba el brillo de la carrocería y el casco seguía guardado bajo el asiento. La había dejado allí días atrás, cuando aún creía que aquel caso podía resolverse yendo más deprisa.

Ahora la moto parecía de otra persona.

Clavó los ojos en el pavimento gris, buscando una respuesta que el asfalto no iba a darle.

«No hay cadáver».

Se lo repitió como un mantra inútil, con el mismo tono monótono y funcionarial con el que un forense lee un protocolo para no venirse abajo.

«No hay confesión».

«No hay una prueba definitiva de muerte».

Pero el instinto le decía que tampoco quedaban señales limpias de vida.

La última certeza que tenía era una imagen grabada a fuego en la retina: un chico herido, bajando de un autobús, entregándose de cabeza a una noche que otros sabían masticar y escupir mucho mejor que ella. Una instantánea maldita que habría dado casi cualquier cosa por borrar.

Después de eso, la nada.

El rastro se disolvía en ese territorio pantanoso donde solo habitan los depredadores.

Y aun así, Agulló había corrido detrás de cada pista como si pudiera compensar todas las veces que llegó tarde a una habitación de hospital, cuando ya no quedaba nadie respirando y una madre seguía esperando milagros del uniforme.

Por eso, cuando el caso tomó el nombre de Álex Roldán, mordió el anzuelo sin advertir que alguien llevaba días aguardándola al otro lado del hilo.

El golpe de una puerta metálica la obligó a regresar al presente.

Costa apareció en el rellano de la escalera y se detuvo al verla junto a la Vespa. Se quedó allí arriba, inmóvil, como si aún estuviera decidiendo si podía hacer aquello.

—Te estaba buscando.

—Aquí me tienes. Ya me has encontrado.

—Molina es un imbécil.

—No del todo.

Costa bajó los últimos peldaños.

—No le concedas eso.

Agulló levantó la vista hacia él.

—Entonces dime qué parte es mentira.

Él tardó demasiado en contestar.

Agulló sonrió sin humor.

—¿Ves? Eso.

—La parte en la que te sacrifica para salvar su culo.

—Eso no significa que la otra no exista.

Costa se acercó, pero se detuvo a una distancia prudente.

—La señal del parque engañó a todos.

—Pero yo seguí esa vía.

—Eso no importa.

Desde arriba bajaba un murmullo de voces y teléfonos, distante y continuo, como si la comisaría siguiera funcionando en otro mundo del que ella acabara de quedar fuera.

Costa habló más bajo.

—Que actuaran sobre tu decisión no significa que fuese culpa tuya.

Agulló lo miró.

—¿Y si Álex seguía vivo mientras estábamos allí?

Costa se quedó inmóvil.

—No sabemos eso.

—Exacto. No lo sabemos.

—No puedes hacerte eso.

—¿Qué?

—Mirar atrás y convertir cada decisión en un error porque ahora sabes cómo termina.

Agulló soltó una risa seca.

—Eso es literalmente mi trabajo.

—No de esa manera.

Él dio otro paso. Esta vez sí quedó demasiado cerca.

—Agulló, mírame.

—No.

—Mírame.

Costa tenía ojeras, barba de dos días y una preocupación que ya no conseguía esconder detrás del trabajo. Durante años había sido bueno en eso: convertir el cuidado en datos, el miedo en mapas, la ternura en un café dejado sin comentario sobre una mesa. Ahora estaba demasiado cansado para disimular.

—Todavía podemos encontrarlo —dijo Costa.

La frase cayó entre ellos como una moneda en un pozo. Agulló notó el impacto antes de oír el eco.

—No digas eso para hacerme sentir mejor.

—No es esperanza. Es que no tenemos un cadáver.

—Claro. Y tú necesitas agarrarte a eso igual que yo.

Costa cerró la boca.

Ahí estaba.

La grieta que ninguno nombraba.

Él también había creído. Él también había esperado encontrar a Álex en Rabasa, atado y vivo. Él también necesitaba que el caso no terminara en una nave lavada con lejía y un teléfono quemado en una cuneta.

Agulló bajó la mirada.

—Lo siento.

—No. Tienes razón.

—Me he pasado.

Costa se pasó una mano por la nuca.

—No sé qué hacer contigo cuando te pones así.

—No tienes que hacer nada.

—Ese es el problema.

La frase quedó entre los dos como un cable pelado.

Agulló sintió el impulso absurdo de retroceder un paso.

No podía cargar también con eso. No esa misma noche, confundida y saturada. No mientras el caso se le escurría de las manos y la sangre de Álex Roldán seguía apareciendo en su cabeza mezclada con agua sucia y lejía.

Costa la miraba esperando algo. Una respuesta, una señal. Cualquier cosa que no fuera aquel muro helado.

Ella apartó la vista primero.

—Sube, anda —dijo—. Te necesitan.

—A ti también, aunque Molina diga lo contrario.

Ella se apartó de la columna.

—Costa.

Aquello le bastó.

Costa vio cómo la puerta se cerraba delante de él. No hizo el menor gesto por detenerla. Quizá porque sabía que, si empujaba un poco más, algo terminaría rompiéndose del todo.

Asintió despacio. Como un hombre acostumbrado a obedecer incluso cuando le dolía.

—Te llamaré si hay algo.

—Llama a Gómez. Coordina él.

—Eso no va a pasar.

—Haz tu trabajo. Será mejor que no lo pierdas también.

Costa la miró un segundo más.

Luego subió las escaleras.

Agulló volvió a quedarse sola.

La Vespa seguía allí, apoyada sobre el caballete, muda bajo la luz enferma. No la tocó. Dudaba incluso de tener reflejos suficientes para mantenerse recta en una curva.

Caminó despacio hasta la salida del aparcamiento y se dejó caer en el bordillo junto a la rampa. Desde la calle entraba aire húmedo, mezclado con humo de escape y ese olor salado del puerto que en Alicante siempre parecía anunciar algo podrido.

El teléfono le vibró.

Esta vez era Rojo.

No contestó.

Vibró otra vez.

Bernal.

Tampoco la atendió.

La tercera llamada fue de Nuria Sempere.

Agulló sostuvo el teléfono hasta que la pantalla se apagó sola.

No podía hablar con la madre de Álex.

Por primera vez desde que Nuria Sempere había cruzado el umbral de la comisaría, Agulló sopesó la idea de rendirse.

No era un farol para llamar la atención ni un arrebato dramático. Era algo mucho más frío y pragmático. El pensamiento exacto del boxeador sonado que, con la boca ensangrentada y las costillas crujiendo, comprende que el rival lleva rompiéndole la cara desde antes de que sonara la campana del primer asalto.

El tipo del otro lado del cuadrilátero conocía todos sus puntos débiles.

Quizá ya no era la solución, sino parte del problema. Quizá cada maldito paso que daba hacia delante no era un avance, sino una trampa; otra puerta abierta para que el hijo de puta que estaba ahí fuera volviera a golpear.

Arriba, en algún despacho, sonó un teléfono.

Luego, otro.

Y otro.

La investigación seguía respirando.

Sin ella.

Agulló apoyó los codos en las rodillas y se tapó la cara con las manos.

No lloró.

El llanto exige una clase de alivio que ella ya no tenía.

Y se quedó quieta, escuchando el zumbido lejano de la comisaría y el tráfico filtrándose desde la calle, mientras el fracaso le iba llenando el pecho despacio, como agua negra entrando en un coche hundido.

46

Costa había vuelto arriba después de soltarle una frase que seguía clavada en ella como una astilla: «Todavía podemos encontrarlo».

No sabía si lo había dicho para convencerla a ella, para convencerse a sí mismo o para tapar con palabras el agujero que el caso estaba abriendo dentro de todos.

La Vespa arrancó al segundo intento, con un rugido asmático. Vibró bajo sus piernas y subió por la rampa del garaje con esa lentitud humillante de las máquinas viejas. Arriba, la luz de la tarde tenía el color sucio de los bares después del cierre, y el tráfico avanzaba a trompicones, una procesión de chapa y humo.

La ciudad entera parecía demasiado agotada para fingir esperanza.

No fue a casa.

El apartamento vacío, el silencio y el fantasma de la botella la esperaban allí.

Viró hacia Los Olivos Club.

Avanzó entre los coches con la sensación de estar saliéndose otra vez del procedimiento y entrando en ese territorio donde ninguna decisión podía explicarse después en un informe. No llevaba orden. No llevaba respaldo. No llevaba una sola excusa que pudiera sostener delante de Molina si alguien preguntaba qué hacía allí.

Estaba fuera de control.

Pero quedaba el impulso terco, casi biológico, de pisar las huellas de Álex. Necesitaba oler los escenarios reales antes de que los burócratas de despacho redujeran todo a un rastro frío de antenas repetidoras, archivos digitales y verdades convenientemente masticadas por tipos que jamás habían visto al chico respirar.

Pensó que quizá estaba perdiendo algo más importante que una prueba: el instinto que permite a algunos policías percibir las corrientes de favores, silencios y miedos que se esconden bajo los casos importantes. Sabía que, cuando uno deja de notar esa corriente, acaba caminando ciego, aunque tenga todas las pruebas delante.

También sospechó que el error había empezado mucho antes de aquella noche, cuando gente poderosa decidió moldear la verdad y dejar que otros hicieran el trabajo sucio por ellos.

Y, mientras avanzaba, sintió esa clase de cansancio que nace al comprender demasiado tarde cómo funciona realmente el mundo.

La puerta lateral del club estaba cerrada a cal y canto.

A plena luz de la tarde, el callejón de carga perdía cualquier glamour nocturno. Contenedores rebosantes, cartones empapados, una mancha de grasa negra incrustada en el hormigón y, arriba, la lente ciega de la cámara de seguridad, observándolo todo.

Agulló plantó la Vespa y se quedó quieta frente a la puerta metálica.

Por ahí había salido Álex aquella noche.

Herido.

Furioso.

Con el teléfono clavado en el puño como si ese trozo de plástico fuera un escudo contra el mundo.

En ese instante, el chico aún respiraba.

Agulló se aferró a ese detalle. Era lo único sólido, la única roca limpia en mitad de la marea de mierda que arrastraba el caso.

Pero ya no bastaba.

Las tripas le pedían algo más.

Se preguntó, por milésima vez, por qué la chica del vídeo seguía siendo un fantasma. Habían quemado pestañas frente a pantallas durante días: perfiles, matrículas, reconocimiento facial. Nada. No existía. Y el vacío que dejaba solo significaba una cosa en su experiencia: cuando alguien desaparece de forma tan perfecta, no es un milagro; es que alguien con

recursos se tomó la molestia de borrarla, antes incluso de que el primer policía empezara a buscar.

La verdad podía reducirse a una sola imagen y, aun así, no servir para salvar a nadie.

Agulló caminó hacia los contenedores. El callejón parecía haber encogido, como si las paredes de hormigón se hubieran ido cerrando con las horas, asfixiando los restos de aquella noche. Sin embargo, en su cabeza, la escena se reprodujo con la nitidez de una película.

Cerró los ojos y casi pudo oírlo.

El impacto de Daniel empujando a Álex contra el metal. El golpe hueco y sordo del contenedor vibrando en la oscuridad como una campana fúnebre. A un lado, Iker, paralizado en esa frontera miserable donde el miedo se convierte en cobardía. Y Claudia, mirando fijamente, con los ojos muy abiertos, sin mover un dedo, con esa indiferencia helada que no te mancha las manos de sangre, pero te pudre el alma igual.

Y entonces, Rubén apareciendo desde la penumbra.

Sereno.

Impecable.

Más preocupado por la pantalla de un teléfono que por el cuerpo que sangraba en el suelo.

Ya me ocupo yo.

La frase flotaba en el aire del callejón, densa, casi visible, como si alguien la hubiera pintado con spray negro sobre la persiana metálica.

Se subió a la Vespa, pateó el arranque y dejó atrás el centro. Cruzó la avenida de Novelda, enfiló Garbinet y no soltó el acelerador hasta que los neumáticos chirriaron junto al parque de Lo Morant.

No esperaba encontrar nada.

Ningún policía cuerdo lo haría.

Pero los de su especie no regresan a los lugares del crimen buscando pruebas. Regresan al escenario donde les mintieron a la cara, solo para saborear de nuevo el regusto amargo del engaño.

El parque de Lo Morant seguía respirando con normalidad. Familias en los bancos, corredores con auriculares, perros tirando de las correas, chavales inclinados sobre las pantallas. El parque había absorbido el caso y seguía adelante, indiferente.

Agulló caminó despacio entre los senderos, pensando que la ciudad siempre hacía lo mismo.

El fantasma ya no estaba allí. Se había marchado, o tal vez se había disuelto en el aire sucio de la tarde, dejándola a solas con el ruido de su propia respiración.

Arrastró las botas por los senderos de tierra compacta, rumiando la misma vieja lección: la ciudad es una bestia enorme e indiferente. Le da igual quién caiga. Cicatriza rápido, se limpia la sangre con agua a presión y sigue funcionando.

El suelo mutó bajo la goma de sus botas a medida que bajaba hacia la acequia. Tierra cuarteada, luego un fango denso que se agarraba al calzado y, finalmente, el esqueleto crujiente de las cañas aplastadas. El viento peinaba los juncos con un siseo metálico.

Ahí abajo la habían encontrado.

La zapatilla.

Blanca, con una raya azul que ahora le parecía el trazo de un cadáver. El barro seco incrustado en los relieves de la suela no era un desecho; era una firma. El autógrafo del asesino.

Se agachó justo donde los técnicos habían plantado el marcador amarillo días atrás.

Nada.

El vacío absoluto.

Solo lodo pisoteado por curiosos, larvas moviéndose en el agua estancada y una bolsa de plástico descolorida que, enganchada a las ramas, ululaba con el viento, imitando el sonido de una respiración agónica.

Agulló apoyó la palma de la mano en la rodilla. Se quedó así, doblada en dos, con los pulmones negándose a absorber el aire húmedo y podrido de la acequia.

Le costaba respirar.

Había perdido el tiempo.

El pensamiento llegó sin dramatismo.

Había quemado horas como un ludópata quema los últimos billetes en una timba clandestina. Y peor aún: había quemado los recursos de otros. Patrullas enteras dando vueltas como tiburones ciegos en un tanque de agua sucia. Costa con las ojeras rozándole los pómulos por la falta de sueño. Bernal consumiéndose en el despacho, destruyendo su estómago a base de café recalentado y bollería industrial. Ruiz enterrado vivo en el búnker de informática, con los ojos inyectados en sangre tras pantallas parpadeantes y litros de bebida energética.

Impostora Agulló.

La palabra no trajo rabia, solo un frío denso.

Había fracasado como inspectora.

Exactamente igual que su padre.

La idea apareció sin violencia, como una verdad vieja que llevaba demasiado tiempo sentada dentro de ella, esperando el momento adecuado para levantar la cabeza.

A esas alturas, se acabó el autoengaño: Álex estaba muerto. Su cuerpo ya pertenecía a la química de la tierra, descompuesto en algún rincón oscuro. Y la probabilidad de que lo encontraran bajaba a cada segundo que el día avanzaba hacia la noche.

Quizá jamás saldría a la superficie.

Agulló estiró las piernas. La espalda le crujió con un chasquido seco.

Miró el parque por última vez, grabándose en la retina la geometría de los árboles y la silueta de los bancos vacíos.

Luego dio media vuelta.

—Lo siento —dijo.

No sabía a quién.

Regresó a casa cuando ya anochecía.

El apartamento seguía igual. Limpio hasta resultar obsceno. Silencioso como la habitación de una pensión de carretera sin huéspedes. La cocina brillaba con un orden estéril, la mesa de comedor era un desierto de madera y las llaves descansaban en el cuenco metálico del recibidor, esperando como un perro viejo y ciego que todavía cree en el sonido de la puerta.

La cama estaba intacta.

Ni una miserable arruga en las sábanas.

Ni una sola marca que delatara que allí dentro habitaba un ser vivo.

Agulló se despojó de la chaqueta húmeda y la dejó caer sobre el respaldo de una silla. Abrió la caja fuerte empotrada en el armario y depositó la HK reglamentaria. El arma se asentó en el metal con un chasquido seco, definitivo.

Clic.

Fin de la función.

El turno había terminado, aunque ambos sabían que la placa se pegaba a la piel como una quemadura y que ese turno no acababa nunca.

Abrió una aplicación en el móvil y encargó comida china al primer local que aparecía en la lista. Tallarines nadando en grasa, arroz tres delicias

apelmazado y pollo al limón cubierto por esa costra amarillenta que probablemente serviría para desatascar tuberías industriales.

Comida de policía derrotada.

Gasolina para la resaca emocional.

Mientras esperaba al repartidor, se sentó en el borde del sofá y desbloqueó la pantalla. El dedo se quedó congelado sobre un nombre.

No era solo por el caso.

O quizá sí, pero no únicamente.

Vicente Rojo.

Ese hombre era una puerta mal encajada que jamás terminaba de cerrarse, una rendija por la que se colaba un viento viejo que siempre la hacía tiritar. Podía pulsar el icono verde ahora mismo. Podía llamarlo y escuchar su voz, esa ironía seca y gastada que solía usar como escudo. Podía dejar que él fingiera, con esa solvencia tan suya, que todo seguía bajo control en este rincón del mundo. Podía comprar, aunque fuera por cinco minutos, el recuerdo de los días en que ambos eran lo bastante estúpidos como para creer que el trabajo no terminaría devorándoles la vida privada.

Se quedó mirando la pantalla parpadeante, sintiendo el impulso eléctrico en la yema del dedo, justo en la frontera entre la salvación y el abismo.

No llamó.

Ya era tarde para demasiadas cosas.

Tarde para arreglar el caso.

Y probablemente tarde también para retomar una historia que ya solo existía porque ninguno de los dos había sabido enterrarla bien.

El repartidor llegó a las diez menos veinte. Agulló tiró los envases de cartón sobre la mesa de la cocina y encendió el televisor sin importarle el canal. La plataforma de *streaming*, con esa insistencia algorítmica tan molesta, le ofreció reanudar el episodio de *The Sopranos* que llevaba tres semanas congelado a mitad de metraje.

Le dio al *play*.

La pantalla se inundó de la grisura industrial de Nueva Jersey. Tipos duros de mandíbula cuadrada que llenaban bares de striptease y hablaban de la familia mientras, entre bastidores, desguazaban las familias de los demás. Violencia corporativa envuelta en camisas horteras y justificaciones domésticas.

Agulló hundió los palillos en el cartón. El pollo al limón estaba pastoso, pero masticó y tragó de forma mecánica. No había hambre en su estómago,

solo un vacío físico que necesitaba taponar con algo pesado.

El episodio corría sin llegar a tocarla, como si una lámina de metacrilato separara sus ojos de la pantalla. Las voces de los actores le llegaban amortiguadas, deformadas por el zumbido sordo que le colapsaba los oídos tras demasiadas horas de tensión. En la ficción, un tipo mentía con una calma gélida, profesional. Tony Soprano asentía al otro lado de la barra, entornando esos ojos de tiburón, fingiendo una ignorancia que no engañaba a nadie.

En una cocina de chalet americano, demasiado iluminada para ser real, alguien pronunciaba la palabra lealtad con la misma ligereza con la que se pide un café.

Una palabra muerta.

Disecada.

La violencia no necesitaba estallar. La amenaza de muerte respiraba en cada cambio de plano, en cada gesto contenido, en el tintineo de los hielos dentro del vaso.

El teléfono espantó el silencio con una vibración violenta sobre la madera.

En la pantalla parpadeó el nombre de Bernal. Esta vez no era una llamada; no había espacio para los matices de la voz. Era un mensaje de texto, seco como un disparo de advertencia:

«En The Duke a las 22:40. Ven. Solo nosotras».

Agulló leyó la línea una sola vez y volteó el aparato, dejando el cristal contra la mesa.

No iba a ir.

No tenía derecho a arrastrar a nadie más a su propio sumidero. Bernal ya cargaba con suficiente peso en las costillas. Costa seguía tirando de la cuerda con una terquedad suicida, aunque a esas alturas ya no quedara cuerda, solo un nudo marinero apretándosele en la garganta. Gómez continuaba al frente del caso, con el culo apretado por la falta de colmillo y el pánico a decepcionar al comisario.

Y mientras tanto, Molina aguardaba en la sombra.

Tranquilo.

Paciente.

Como los viejos caimanes de comisaría que han visto pasar demasiados cadáveres políticos por el río y saben que, si te sientas a esperar el tiempo suficiente, el novato siempre acaba rompiéndose por el eslabón más débil.

En cuanto a Rojo, el exinspector seguiría haciendo lo que mejor se le daba: orbitar alrededor del incendio. Merodear por la zona catastrófica con las manos en los bolsillos, calculando fríamente si le convenía apagar las llamas o arrimar los dedos para calentarse con el fuego ajeno.

Era un caso perdido.

El teléfono vibró otra vez.

Agulló tardó unos segundos en cogerlo.

«No es para animarte. Es para enseñarte algo que no quiero pasar por el canal oficial».

Se le quedó clavada la vista en los caracteres pixelados.

Eso cambiaba las reglas.

Eso era dinamita fuera de los registros.

Eso era diferente.

En el televisor, los gánsteres de Nueva Jersey seguían con su letanía de plomo y hormigón. Una voz rota por el tabaco hablaba de códigos, de respeto y de hombres débiles que confundían el terror con la lealtad. Sobre la mesa, el pollo al limón empezaba a enfriarse con dignidad, formando una película brillante y gelatinosa dentro del cartón.

Agulló dejó caer la cabeza hacia atrás, hundiéndola en el respaldo del sofá. El apartamento estaba en un silencio sepulcral, pero ella seguía oyendo el crujido del caso dentro de su propio cráneo.

Los casos nunca se callan.

No importa el alcohol, el cansancio o los ansiolíticos; se quedan agazapados al fondo del cerebro como una radio vieja mal sintonizada, emitiendo un zumbido constante de estática, voces distorsionadas, rostros congelados y frases a medio terminar.

La verdad no desaparece por arte de magia. Solo se cocina a fuego lento en las cocinas de comisaría hasta que se vuelve una masa informe e irreconocible. Primero llegan los informes preliminares. Luego, el miedo a que salpique arriba. Después aparecen las versiones oficiales empaquetadas para el consumo doméstico, las llamadas discretas desde teléfonos prepago y las ruedas de prensa con sabor a café torrefacto y rostros de severidad impostada.

Con un poco de suerte, el engranaje te escupe una medalla y un archivo archivado. Al final del día, nadie recuerda qué diablos pasó de verdad en ese callejón. Solo sobrevive la mentira más fácil de tragar para los que necesitan seguir durmiendo por las noches.

Y ese era su problema.
Que ella seguía atrapada, viva y sangrando, dentro de ese engranaje.
Sabía perfectamente qué implicaba el mensaje de Bernal.
Significaba prenderle fuego al reglamento.
Cogió el mando y apagó la televisión.

47

Veinte minutos después entró en The Duke, con la sensación de estar cruzando una línea que quizá ya no podría desandar.

El pub irlandés ocupaba un bajo de la glorieta de la plaza de Luceros. Dentro, el aire denso golpeaba la garganta con la clásica trinidad de los locales de esa clase: roble humedecido por décadas de alcohol derramado, cerveza agria fermentando en las tuberías y el rastro aceitoso de la freidora recalentada. Una pantalla colgada sobre la barra reproducía las imágenes mudas de un partido antiguo, un bucle fantasma para ojos que no querían mirar a ninguna parte.

Agulló hizo un barrido visual rápido.

Había bastante gente para ser entre semana: grupos de estudiantes riendo alrededor de las mesas altas, varias parejas compartiendo raciones de nachos y un par de camareros sudando entre grifos de Guinness y bandejas de pintas, todo bajo una banda sonora de rock clásico.

Bernal estaba al fondo.

Ocupaba un reservado de cuero desgastado pegado a la pared de ladrillo visto. Tenía una pinta de cerveza delante, intacta, con la espuma ya disuelta en una corona amarillenta. Su postura la delató al instante: los hombros tensos, la mirada fija en el cristal y la rigidez de un zapador.

Agulló se sentó frente a ella y pidió otra cerveza.

—Esto es una mala idea.

—Sí.

—Perfecto. Me tranquiliza saber que aún distinguimos una mala idea de una decisión de mierda.

Bernal sacó un papel doblado de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa, entre las dos cervezas.

—Molina está preparando esto.

Agulló no lo tocó.

—Ya no coordino nada.

—No te he citado para eso.

Bernal desplegó el documento con calma.

—«El joven Álex Roldán, mayor de edad, presentaba indicios previos de conducta errática, conflicto familiar y actividad digital preocupante. La investigación contempla que terceros hayan aprovechado dicha conducta para manipular elementos posteriores a su desaparición».

Agulló leyó sin acercarse.

Cada palabra parecía escrita para erosionar algo más que un caso.

Bernal continuó:

—«No se descarta que el propio desaparecido participara inicialmente en una dinámica de ocultación voluntaria que después derivó en hechos aún bajo investigación».

El murmullo del pub siguió igual, pero Agulló tuvo la sensación de que el aire se había vuelto más denso. Dio un trago a la cerveza y respiró.

—¿Qué coño es esto?

—Una forma elegante de enterrarlo. —Bernal dobló otra vez el papel—. Eso es lo que están construyendo, mientras tú recorres la ciudad culpándote por cada hora perdida.

Agulló levantó la vista del vaso.

—¿Me has seguido?

—No. Pero te conozco lo suficiente.

Agulló apartó la mirada hacia la barra.

—Tenía que volver a los hechos. Por última vez.

—Lo sé.

La inspectora volvió a mirarla. Bernal tenía el rostro tenso, endurecido por el cansancio y por algo más afilado: la certeza. Ya no intentaba suavizar los golpes, ni disfrazar la verdad con medias tintas. No la había hecho ir hasta aquel pub para consolarla. La había citado para enseñarle cómo estaban enterrando el caso mientras todos miraban hacia otro lado.

—He perdido el tiempo —dijo Agulló.

Bernal tardó un momento en responder. Luego levantó su vaso de cerveza para brindar.

—Puede ser.

Agulló aceptó el brindis y dejó escapar una risa seca.

—Cada vez hablas más como Rojo.

—¿Perdona? No me insultes.

—Pues deja de darme la razón a medias de una maldita vez. —Bernal apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Marta, si te apartas, Molina contará una historia. Rubén contará otra. Vives pagará para que circule una tercera. Y al final todo se mezclará, hasta que ellos se salgan con la suya. Daniel será el salvaje. Moya, el que limpia la mierda. Iker, el cobarde. Claudia, la niña rica que miró hacia otro lado. Y Álex Roldán…

Se quedó callada.

Bernal solo la llamaba por su nombre de pila cuando necesitaba acercarse.

Agulló acabó la frase:

—Álex será el chaval rarito que se metió donde no debía y desapareció porque jugaba con gente peligrosa.

Bernal asintió despacio.

—Y eso ya está pasando.

El camarero apareció junto a la mesa y ambas pidieron una segunda ronda.

—Escucha esto.

Bernal sacó el móvil y puso un audio.

La voz de Nuria sonó cansada, quebrada, demasiado cerca del teléfono.

—Inspectora… no sé si llegará a escuchar esto. Hoy me han llamado dos periodistas. Querían saber si mi hijo estaba metido en cosas malas, si creemos que se escapó, si tenemos fotos «más normales» de él para enseñar a los medios... Y ya no sé qué contestar. No sé qué parte de mi hijo puedo defender sin sentir que estoy mintiendo. Pero yo lo conozco. Sé cómo era Álex cuando estaba bien y cuando estaba mal. Y si hizo algo, quiero saberlo. Si tuvo miedo, también. Si pidió ayuda, igual. No necesito que me devuelvan a un hijo perfecto. Mi matrimonio está destrozado. Solo necesito que no me destrocen a mi hijo también en la televisión.

Hubo un silencio.

Luego Nuria respiró y añadió:

—Yo ya no sé si todavía estamos a tiempo… pero, por favor, encuentre la verdad antes de que ellos decidan cuál va a ser. Y meta en la cárcel a los desgraciados que hayan hecho esto.

El audio terminó.

Agulló no se movió.

El pub siguió respirando a su alrededor. Las palabras de Nuria permanecían entre ellas.

—No puedo salvarlo —dijo Agulló.

Bernal se encogió apenas de hombros.

—No lo sé.

—No me digas eso.

—Vale. No puedo saberlo. Pero sí creo que todavía puedes evitar que lo destrocen del todo.

Agulló bajó la mirada.

La verdad podía llegar tarde.

Pero aún podía llegar antes que la versión que otros ya estaban preparando.

—¿Qué está haciendo Costa?

Bernal guardó el móvil.

—Lo de siempre. Trabajar, aunque diga que no.

—¿Dónde?

—En el archivo viejo, con Ruiz. Gómez quiere que vaya a por Daniel, pero Costa sigue dándole vueltas a otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Ni idea. Y con Costa eso suele significar dos cosas: o todavía está atando cabos, o ha encontrado algo que no quiere que Molina vea.

Agulló levantó la cerveza y bebió despacio. El amargor le dejó una línea áspera en la garganta.

No regresaba al caso porque creyera que aún podían salvar a Álex.

Esa parte ya casi no importaba.

Volvía porque la historia de Álex ya estaba en marcha y alguien iba a escribir el final.

Si ella no intervenía, la verdad no tendría sitio en esa versión.

48

Media hora más tarde, Agulló se colaba en Jefatura por la puerta lateral, esquivando el mostrador de guardia y la luz fluorescente del vestíbulo principal.

Costa se había atrincherado en el archivo viejo, dos plantas por debajo de la moqueta limpia de Homicidios. Las catacumbas del edificio. El purgatorio de papel donde iban a morir los casos cuando ya no le importaban a nadie.

El aire allí abajo era espeso, una mezcla rancia de estanterías metálicas, cartón húmedo, polvo acumulado y tóner caliente de una fotocopiadora que zumbaba como un insecto moribundo.

En mitad de aquel cementerio, Ruiz parpadeaba en la pantalla de un portátil viejo, encajado sobre una torre de cajas de expedientes de tráfico. Junto al teclado, sembrado de migas y huellas grasientas, agonizaba una bolsa de patatas fritas de marca blanca. Ruiz tenía la cara típica de los analistas que llevan demasiadas madrugadas alimentándose de basura y luz de monitor: piel de cera, ojeras profundas y la expresión ausente de quien ya no sabe muy bien en qué día vive.

Costa levantó la vista del montón de folios cuando las botas de Agulló hicieron crujir el suelo de cemento.

No hubo sorpresa en sus ojos. Solo la bienvenida sombría de un náufrago que ve llegar a otro a la misma isla desierta.

—Bernal te ha encontrado.

—Bernal encuentra a todo el mundo.

—Sí. Por eso es buena.

Agulló se quedó junto a la puerta.

—No vengo a daros órdenes.

—Menos mal.

Ruiz levantó la mano desde la pantalla.

—Técnicamente, mando yo. Soy el único que sabe qué demonios estamos mirando.

—Eso nunca te ha impedido meter la pata —dijo Costa.

—Sí, pero la meto con seguridad.

Agulló cerró la puerta.

—¿Qué tenéis?

Costa giró el portátil hacia ella.

En pantalla se apilaban accesos a cámaras privadas, rebotes de antenas, matrículas incompletas, pagos de aparcamiento y movimientos de vehículos relacionados con Soria Control. Datos sueltos. Fragmentos. Nada que pudiera sostenerse solo. Pero juntos empezaban a dibujar algo distinto.

—Después de la activación del móvil prepago en San Gabriel-Rabasa, todo el mundo se lanzó al mismo sitio —dijo Costa—. Gómez mandó dos unidades a peinar la zona, sin éxito. Molina pidió cámaras de salida y cruces principales. Todo muy lógico. Y precisamente por eso, demasiado evidente.

—¿Y Rubén Soria?

Costa señaló una columna.

—Soria no se mueve. Oficialmente, su León sigue en el aparcamiento de la oficina desde las 15:03. Hay una cámara. A las 15:11 entra con su abogada. Desde entonces, no vuelve a aparecer.

—Un trabajo fino.

—Demasiado. Pero eso ya no nos sirve. Así que he mirado quién sí se mueve mientras Rubén Soria finge no meterse en líos.

Ruiz abrió otra ventana.

—Soria Control mueve otros tres vehículos operativos. Dos están controlados. Uno sigue en taller. El tercero es un furgón blanco de alquiler contratado a nombre de un empleado temporal. No figura en los listados que enviaron a Molina porque, técnicamente, no pertenece a la empresa. Tiene un contrato semanal.

Agulló se acercó a la pantalla.

—¿Qué empleado?

Costa la miró.

—Abel Ríos.

—El de la nave.

—El mismo. El que dijo que solo había ido a limpiar y a cobrar en efectivo.

Ruiz amplió un contrato.

—El furgón se alquiló hace cuatro días. La devolución vence mañana. Matrícula 9184 MJP. Lleva GPS integrado de la compañía de alquiler. Aún no tenemos autorización judicial para intervenirlo, pero la empresa nos ha facilitado una ubicación aproximada porque el contrato figura con incidencia por impago del depósito.

Agulló sintió que el cansancio retrocedía medio paso.

—¿Dónde está?

Costa abrió el mapa.

Un punto intermitente apareció al sur de Alicante, perdido entre caminos de servicio, naves medio vacías y ramales de tierra que descendían hacia el barranco, en la franja sucia entre San Gabriel y los polígonos menores.

No era el mismo punto donde se había activado el prepago.

Pero estaba cerca.

Lo bastante cerca para formar otra capa.

—Lleva parado cuarenta minutos.

—¿Quién lo conduce?

—No lo sabemos.

—¿Abel?

—Abel Ríos está detenido —dijo Costa—. Sergio Moya también. Daniel sigue desaparecido, igual que Claudia y Vicente Vives. Y, antes de que lo preguntes, Rubén Soria sigue encerrado con su abogada.

Agulló miró el mapa.

—Intentan ocultar algo en ese furgón.

Ruiz asintió desde la pantalla.

—O usarlo para quedarse quietos mientras todos corren detrás del segundo prepago.

—¿Gómez sabe esto?

Costa se apoyó en la mesa.

—Gómez sabe que estoy revisando vehículos secundarios. No sabe que tenemos una localización.

—¿Por qué?

Costa sostuvo su mirada.

—Porque en cuanto suba el aviso, Molina lo pasea por la sala, Gómez lo mueve por procedimiento y alguien acaba oliéndolo. Veinte minutos después, ese furgón estará limpio o habrá desaparecido.

La frase no sonaba a insubordinación.

Sonaba a experiencia.

—No puedo encabezar un operativo estando apartada.

—Nadie te lo ha pedido.

—Tampoco puedo actuar fuera de la cadena de mando.

—Tampoco te lo he pedido.

—Costa.

Él bajó la voz y la miró fijamente.

—Te estoy poniendo delante una decisión. Molina puede apartarte del caso, quitarte el mando e incluso dejarte fuera de la sala. Pero no puede decidir por ti qué haces cuando sabes que algo no encaja.

Ruiz carraspeó desde la pantalla.

—Yo, como funcionario prudente y con hipoteca, diré que todo debe canalizarse por vías oficiales y que jamás sugeriría hacer una comprobación visual discreta, mientras la autorización formal se redacta con la lentitud de un entierro.

Costa miró la pantalla.

—Gracias, Ruiz.

—De nada. Me gusta conservar mi empleo.

Agulló negó con la cabeza.

Miró el mapa como si pudiera olerlo. El punto inmóvil del furgón. San Gabriel-Rabasa atravesando la ciudad como una cicatriz abierta. El teléfono hecho pedazos. El prepago encendido para distraerlos. Mentiras moviéndose donde los cuerpos se quedaban quietos. Sangre bajando por un desagüe industrial. Y la voz de Nuria, baja, rota, clavándosele detrás de los ojos.

Encuentre la verdad antes de que ellos decidan cuál va a ser.

—Si vamos y nos tienden otra trampa, la habremos cagado de verdad.

—Sí —dijo Costa—. Molina nos convertirá en carroña.

—Si avisamos y se filtra, perderemos el furgón.

—Sí.

—Y si no hacemos nada…

No terminó la frase.

Ruiz miró algo fuera de pantalla y se inclinó hacia el teclado.

—Un momento.

Costa se giró hacia el portátil.

—¿Qué pasa ahora?

—El GPS acaba de refrescar datos. El vehículo sigue inmóvil, pero el sistema acaba de detectar contacto activo.

Agulló lo miró.

—Habla en cristiano.

Ruiz tardó medio segundo en responder.

—El motor está encendido.

La decisión cayó sola.

—Llama a Bernal —ordenó Agulló.

Costa ya tenía el móvil en la mano.

—¿Qué pasa con Gómez?

Agulló respiró despacio.

—Gómez recibirá aviso en cuanto salgamos. Lo justo para cubrirnos, no lo suficiente para que alguien vacíe ese furgón antes de que lleguemos.

Ruiz levantó las cejas.

—Eso es una forma muy elegante de decir “medio oficial”.

—Es una forma muy elegante de no repetir la cagada del parque.

Costa la miró.

—Jefa, ¿vienes?

Agulló pensó en Molina apartándola del caso como quien retira una pieza incómoda del tablero. En el sofá de su piso, en la comida china enfriándose mientras Tony Soprano confundía lealtad con violencia hasta hacerlas indistinguibles. Pensó en Bernal esperándola sin exigir nada y en la voz de una madre resistiéndose a que convirtieran a su hijo en una explicación apta para todos los públicos.

—No lo haré como mando.

—Entonces, ¿cómo?

Agulló cogió el mapa impreso.

—Como testigo.

Costa guardó el portátil y dio un suspiro.

—Tú sabrás.

Ruiz empezó a enviar datos al móvil de Costa.

—Voy a prepararle a Gómez un paquete limpio —dijo—. Con un poco de retraso, pero todavía defendible.

—Hazlo corto —dijo Agulló.

—Entonces quedará bastante pobre.

Bernal llegó tres minutos después al archivo viejo, sin hacer preguntas inútiles.

—¿Adónde vamos?

Costa le enseñó el mapa.

Bernal miró a Agulló.

—¿Lo has pensado bien?

Agulló sostuvo la mirada, consciente de que ya no avanzaba por certeza, sino precisamente por la ausencia de ella.

—No. Por eso vamos con pies de plomo.

Salieron del archivo por la escalera de incendios. Era el atajo más rápido hacia los coches, la única forma de evitar la sala de incidencias, pero también una ratonera perfecta si alguien los veía. Pasillos angostos, plafones con sensores de movimiento que reaccionaban con un retraso exasperante y un tramo final que desembocaba peligrosamente cerca del pasillo de los despachos de mando.

Si Molina asomaba la cabeza en ese preciso instante, estaban muertos.

Si Gómez andaba cerca, también.

Y si cualquier patrullero de guardia bajaba a fumar o a mendigar un café aguado de la máquina, tendrían que inventar una mentira que olería a falso antes de llegar al primer punto y seguido.

Agulló abrió la marcha.

En el descansillo de la segunda planta, el sensor tardó en registrar sus siluetas. Cuando lo hizo, el clic del relé eléctrico restalló en el hueco de la escalera con la nitidez de un percutor golpeando una recámara vacía.

Los tres se congelaron.

Entonces la oyeron.

Al otro lado de la puerta cortafuegos.

La voz de Molina.

No se entendían las palabras, pero no hacía falta. Esa vibración áspera y funcionarial cruzaba la chapa metálica como una hoja de afeitar.

Seca.

Dictatorial.

Demasiado cerca.

Costa apagó la luz de la pantalla y sepultó de un manotazo el móvil en el bolsillo del vaquero. Bernal se pegó contra el muro de hormigón, rígida como un cadáver en el depósito.

Nadie se atrevió a respirar.

El corazón de Agulló empezó a golpearle las costillas con una fuerza brutal.

Si Molina empujaba la barra antipánico, la comedia terminaba allí mismo. Los pillaría a los tres bajando hacia el garaje como ratas sorprendidas en un conducto de ventilación. Sin orden judicial, sin visto bueno de Fiscalía, sin una maldita red de seguridad.

Y Molina no necesitaba un sumario blindado, para enterrar a un subordinado.

Le bastaba una escena sospechosa para encender la pira.

La voz se aproximó un par de pasos más.

Una sombra recortó la rendija inferior de la puerta.

Agulló clavó la vista en la manilla.

La palanca descendió apenas un centímetro.

El metal crujió.

Bernal apretó los párpados. Costa tensó la mandíbula, con los puños apretados dentro de los bolsillos.

La puerta no cedió.

Desde el fondo del pasillo, una voz llamó a Molina con una consulta urgente sobre un cuadrante de turnos. Los pasos se detuvieron. Hubo un gruñido flotando en el aire, unas botas pivotando sobre el terrazo y, finalmente, el portazo lejano de un despacho al cerrarse.

El silencio regresó a la escalera, denso y aceitoso.

Agulló tardó dos segundos enteros en recordar cómo se respiraba. Bernal la miró de reojo, buscando una directriz, un plan de contingencia, algo, pero Agulló no tenía nada que ofrecerle.

Se limitó a reanudar el descenso, peldaño a peldaño.

En el último descansillo, la suerte se les terminó de desmoronar en silencio.

Una agente de la escala básica, apenas una cría con el uniforme limpio y una carpeta azul de atestados apretada contra el pecho, apareció doblando la esquina. Se quedó clavada al verlos. Sus ojos, todavía libres de las arrugas

del cinismo policial, saltaron de las botas de Agulló a las ojeras de Costa y terminaron en la postura defensiva de Bernal.

Su mirada ya había registrado las tres caras que no debían estar allí.

—Buenas noches… —murmuró.

Agulló no se paró.

—Buenas noches.

La agente tardó medio segundo en reaccionar.

Ellos siguieron bajando.

Al llegar al garaje, el eco de sus pasos se perdió entre las columnas de hormigón. Costa abrió un coche sin distintivos con un gesto rápido. Bernal subió detrás sin decir nada. Agulló ocupó el asiento del copiloto y dejó el mapa sobre las rodillas.

Antes de arrancar, sacó el móvil y llamó a Gómez.

—Gómez, soy Agulló.

Al otro lado tardaron un momento en responder.

—Inspectora, no debería…

—Costa ha localizado un furgón de alquiler vinculado a Abel Ríos, que no figuraba en los listados oficiales. Puede estar relacionado con la retirada de material después de Rabasa. Vamos a hacer una comprobación visual discreta. Te envío matrícula y ubicación ahora mismo. Regístralo y mueve apoyo, pero sin sacarlo por radio. ¿Queda claro?

Gómez tardó dos segundos.

—Molina no ha autorizado…

—Te llamo para que luego no puedas fingir que no estabas avisado.

Otro silencio.

Este se alargó tanto como su alivio.

—Está bien. Mándamelo.

Agulló colgó.

Costa arrancó.

La rampa del garaje los lanzó a la calle como a una bala mal disparada. Farolas sucias. Semáforos en ámbar. El reflejo azul de una farmacia temblando sobre el asfalto húmedo. Alicante seguía haciendo lo que mejor sabía hacer: aparentar normalidad mientras escondía la suciedad bajo las luces del paseo.

Agulló observó la pantalla de la tableta electrónica y observó el mapa del navegador.

El punto del furgón seguía quieto.

Eso era lo que más le daba miedo.
La gente inocente huye.
Los culpables esperan.
Ya no iba detrás de Álex.
Ni detrás de una pista.
Ni siquiera detrás de un sospechoso.
La mentira siempre tomaba ventaja.
Solo perdía cuando alguien aceptaba pagar el precio de alcanzarla.

49

Antes de que el mapa se actualizara por segunda vez, el instinto le dio a Agulló un mordisco en las tripas. El punto del mapa se había movido. El camino de servicio se abría ante ellos desierto, flanqueado por una hilera de farolas muertas, estirándose en la penumbra como una radiografía mal revelada.

Costa levantó el pie del pedal y el coche se deslizó a paso de entierro entre esqueletos de naves industriales clausuradas, vallas de tela metálica vencidas por el óxido y parcelas abandonadas, donde la maleza devoraba la grava, las latas de cerveza aplastadas y las bolsas de plástico tiritaban con el viento.

El paisaje entero parecía congelado.

Una postal muerta.

El punto del GPS seguía parpadeando en el móvil con una insistencia estúpida, digital, ajena a la realidad.

A veinte metros, según la aplicación de la empresa de alquiler.

Pero allí solo había una hilera de contenedores de obra, un remolque oxidado y una pared cubierta de grafitis antiguos. El aire olía a polvo, combustible y humedad de barranco. Alicante quedaba detrás, luminosa, como si aquella parte de la ciudad no quisiera pertenecerle.

En el asiento trasero, Bernal rompió la rigidez del viaje. Se inclinó hacia delante, con los dedos clavados en el respaldo del copiloto.

—Puede que la ubicación tenga algo de margen de error.

Costa miró el móvil.

—El margen no debería tragarse un furgón.

Agulló mantuvo los ojos clavados en la penumbra. No se permitió el lujo de la decepción; la frustración era un gasto de energía estúpido a esas alturas. Cualquier vacío podía esconder una pista mal interpretada. Había aprendido a desconfiar incluso de las ausencias.

—Sigue hasta el final.

Costa apenas hundió el pie en el acelerador y el coche devoró otros treinta metros de asfalto agrietado. El camino murió allí, estrechándose de golpe al borde de un talud de tierra batida que se desplomaba hacia una vaguada sumida en una oscuridad total, densa como el chapapote.

A la derecha, una verja metálica entreabierta daba acceso a un terreno sin urbanizar, salpicado de restos de obra, montones de grava y una caseta prefabricada cuyas ventanas habían sido cegadas con paneles.

El refugio parecía una calavera de metal, esperando a que alguien llamara a la puerta para enseñar los dientes.

El GPS volvió a actualizarse.

El punto parpadeó y se desplazó unos metros en la pantalla.

Ahora marcaba una posición detrás de la verja.

—Es ahí —dijo Costa.

Clavó los frenos antes de llegar a la entrada. El coche se detuvo sobre la grava con un crujido seco y los faros barrieron el interior del recinto.

Nadie habló.

Agulló lo vio a través del parabrisas sucio.

El furgón estaba empotrado de costado en el hueco miserable que quedaba entre la caseta prefabricada y un bloque de hormigón que parecía un diente de cemento roto. Alguien lo había encajado allí con la prisa desesperada de quien esconde un cadáver bajo la alfombra antes de esfumarse en la oscuridad.

Era completamente blanco.

No se apreciaban logotipos corporativos ni rotulación alguna en los laterales. Bajo la luz anémica del cielo periférico y el resplandor oblicuo de los faros, el vehículo tenía aspecto de desecho abandonado.

Pero había algo en aquella inmovilidad absoluta que hizo que a Agulló se le erizara la piel de la nuca.

Un presentimiento animal.

No había luces encendidas en la cabina. Tampoco se distinguía movimiento tras los cristales. Todo indicaba que el furgón llevaba allí el tiempo suficiente para que sus ocupantes hubieran desaparecido.

Aun así, la puerta lateral corredera parecía mal cerrada. Desde aquella distancia solo se apreciaba una estrecha línea negra entre la puerta y el chasis.

Costa apagó el motor.

El silencio cayó de golpe.

—Mejor no acercarnos de frente —dijo.

—No vamos a entrar. Solo echaremos un vistazo.

Costa soltó una risa seca.

—Sí, claro. Y esas son siempre las últimas palabras antes de que todo se vaya a la mierda.

Bernal sacó el arma, pero la mantuvo baja.

—¿Aviso a Gómez?

Agulló siguió observando el furgón. Desde el coche no podían saber si estaba vacío, si alguien los vigilaba desde la caseta o si aquella puerta entreabierta era un descuido.

O una invitación.

—Ya tiene la ubicación —dijo—. Que pida apoyo y que no dé detalles por radio.

Bernal asintió y sacó el móvil.

—Sabe cómo hacerlo.

—Entonces que se dé prisa.

Durante unos segundos, ninguno se movió.

Agulló notó el dolor latiéndole en el costado. No tenía el mando de la situación; ni siquiera debería formar parte de aquella intervención. Sobre el papel, era una espectadora más, con la diferencia de que, si algo salía mal, su carrera terminaría allí mismo.

Miró otra vez la línea oscura de la puerta lateral.

Después apoyó una mano en la manilla.

—Nos acercamos por los lados. Sin tocar nada.

Costa desenfundó el arma.

Bernal guardó el teléfono.

Luego abrieron las puertas y salieron del coche.

Agulló apoyó primero un pie en la grava y después el otro. Costa avanzó por la izquierda, pegado a la verja metálica. Bernal se abrió hacia el lado

contrario, cubriendo los ángulos muertos. Agulló fue hacia el frontal del furgón, sin cruzarse con la línea de la puerta corredera. Si alguien lo había dejado allí para que lo encontraran, también podía haber dejado una sorpresa esperándolos.

La matrícula era visible bajo la capa de barro.

9184 MJP.

El vehículo estaba cerrado.

No había conductor.

Ni rastro de nadie en el interior, al menos a simple vista.

Costa iluminó la cabina con una linterna pequeña. El haz recorrió el volante, una guantera abierta, una botella de agua aplastada y varios papeles de alquiler esparcidos por el suelo.

La llave seguía puesta en el contacto.

Eso fue lo que no encajó.

—Qué raro —murmuró Bernal.

Costa se acercó a la puerta del conductor.

—Si la llave está puesta, podemos moverlo fuera de la verja, antes de que llegue apoyo.

—Ni de coña.

La orden salió cortante.

Costa se quedó inmóvil, con la mano suspendida a pocos centímetros de la manilla.

—¿Qué?

Agulló no respondió de inmediato. Su mirada recorrió el interior de la cabina: la llave en el contacto, el espacio bajo el salpicadero, la estrecha rendija de la puerta corredera.

Entonces lo percibió.

Un olor.

Débil. Casi imperceptible bajo el polvo y el aire estancado.

Pensó que era gasolina, o quizá algún disolvente. Un olor químico, dulzón, fuera de lugar.

—No lo arranques.

Costa frunció el ceño.

—Puede estar bloqueando la entrada.

—O precisamente por eso han dejado la llave puesta.

Bernal percibió la tensión en la voz de Agulló antes que Costa.

—¿Crees que han dejado algo preparado?

Agulló no respondió de inmediato.

Se agachó despacio junto a la rueda delantera, hincando una rodilla en la grava afilada, luego clavó la vista bajo el chasis de la cabina.

Y entonces el estómago se le encogió.

Un cable rojo, fijado con pasadas descuidadas de cinta aislante negra, rompía la monotonía gris del motor. Destacaba sobre el metal cubierto de polvo y desaparecía hacia el interior, colándose por una junta de goma mal encajada en el suelo del conductor.

El pulso se le aceleró.

—Costa, aléjate de la puerta.

50

Algo en su tono hizo que sus compañeros se quedaran quietos.

Costa retiró la mano de la manilla y dio un paso atrás sin discutir.

Agulló desenfundó la linterna táctica. Sin rozar la carrocería, proyectó el haz de luz blanca a través del cristal mugriento, apuntando directamente al hueco bajo el volante.

El círculo de luz barrió la columna de dirección hasta encontrar el objetivo: una botella de plástico, de refresco, sujeta al lateral de la consola, con cinta aislante. Dentro flotaba un líquido transparente que reflejó el brillo LED. Del cuello de la botella sobresalía un trapo retorcido, empapado, conectado de forma rudimentaria a la carcasa destripada de un encendedor eléctrico. Unos hilos de cobre pelados completaban el circuito.

Se quedó inmóvil, estudiando las conexiones durante unos segundos eternos.

Era un artefacto incendiario casero. Chapucero, tosco, ensamblado a toda prisa por alguien que había memorizado un tutorial básico. No era una bomba militar, pero los aficionados con un manual de instrucciones y ganas de matar son los más impredecibles. Aquella mierda no necesitaba ser perfecta; solo tenía que chispear una vez para convertir el furgón, el callejón y a cualquiera que estuviera cerca en un infierno de plástico fundido y carne quemada.

Y eso, de sobra, era suficiente para cambiar las reglas del juego.

—Joder —masculló Bernal.

Costa dio otro paso atrás. Sus ojos saltaron de la botella al rostro de Agulló.

—¿Qué potencia tiene esa mierda?

—No es C-4, Costa. No va a volar media manzana, pero tiene carga de sobra para convertir la cabina en un horno y reducir a cenizas lo que hayan dejado dentro. El mecanismo es simple: si giras la llave de contacto, cierras el circuito y el encendedor chispea. Y si abres la puerta del todo, es probable que tenses el cable rojo y consigas el mismo resultado. Una barbacoa.

—¿Podemos anularlo?

Agulló no respondió de inmediato.

Sus conocimientos sobre explosivos llegaban hasta donde llegaban; no llevaba el uniforme de los TEDAX. Lo sensato, lo que dictaba el manual de procedimiento que ya se había pasado por el forro, era recular, acordonar el polígono, establecer un perímetro de seguridad y esperar a que llegaran los tipos que cobraban un plus por jugarse los dedos entre cables y olor a azufre.

Lo sabía perfectamente.

Pero también sabía que el aire de aquella periferia industrial no engañaba a nadie. Si quien había montado esa chapuza le había acoplado un temporizador barato o andaba cerca, agazapado entre las naves con un mando a distancia esperando a verlos arder, la verdad se esfumaría en un fogonazo de gasolina, antes de que la primera sirena asomara por la avenida.

—Costa, mete a Ruiz en una videollamada. Ya.

Costa ya tenía el pulgar activando la pantalla.

Ruiz apareció en el recuadro digital, con los ojos inyectados en sangre y la cara de haber pasado el límite de seguridad que tolera el cuerpo humano a base de taurina y pantallas.

—Dime que esta vez no habéis encontrado una forma creativa de saltaros el reglamento, Agulló. Por favor.

Costa inclinó el teléfono y enfocó el haz de la linterna hacia el cable rojo que colgaba bajo el chasis.

Al otro lado de la línea, Ruiz dejó de parpadear. El tic de su párpado izquierdo se congeló.

—Vaya... —susurró el informático—. Veo que os va la artesanía.

Agulló habló sin apartar la vista del filamento de cobre.

—¿Cómo se te dan los rompecabezas, Ruiz? Tenemos combustible de automoción, un encendedor eléctrico destripado y un circuito de guardería pensado para prenderle fuego a todo si tocamos lo que no debemos. Necesito dejar esa línea muerta sin que salte la chispa.

—Soy informático y analista de datos, jefa. No soy artificiero.

—Y yo soy policía, no adivina. Estamos empatados.

Ruiz soltó una risa seca, histérica, que crujió a través del altavoz del móvil.

—Magnífico. Me encanta jugar a los artificieros desde una silla, con un artefacto montado por un perturbado. Me hace sentir jodidamente útil.

Agulló no contestó. Deslizó los dedos por la cadera de Costa, localizó el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña navaja de barbero con el filo desgastado. El metal frío se asentó en su mano con un peso familiar.

Costa bajó la vista.

—Oye.

—Te la devolveré, tranquilo.

—No me refería a la navaja. ¿En serio lo vas a hacer?

—¿Qué esperas? ¿A que perdamos el último tren que nos queda?

—Estás poniendo en peligro tu vida... y la nuestra.

—¿Preferís hacerlo vosotros? —preguntó.

Los otros dos callaron, dándole la razón.

—Luego, si salimos de esta, rellenas un parte, ¿vale?

Se tumbó sobre la grava, ignorando los nervios de la situación. Estiró el brazo despacio hasta alcanzar la trampa incendiaria casera, cuidando de no rozar la puerta. Las piedras se clavaron en su hombro.

Inspiró una vez.

Y otra.

Todo lo demás desapareció.

Solo el cable rojo, la cinta aislante, la botella de gasolina y los pocos centímetros que separaban un error de una catástrofe.

Notó el miedo instalado en el pecho, frío y pesado.

Lo apartó.

Con la navaja, siguió las instrucciones de Ruiz y cortó primero el cable más alejado del contacto.

Nada.

Ni una chispa.

Ni el amago de un chasquido eléctrico.

La inspectora se quedó petrificada un par de segundos, con la hoja de la navaja suspendida a milímetros del plástico, midiendo el grosor del silencio.

Entonces, con un movimiento seco de la muñeca, rebanó el segundo filamento.

El cable cayó sobre la tierra.

Por un segundo, creyó haber ganado.

51

El silencio siguió intacto.

Un alivio denso y caliente le inundó las venas de golpe. A su espalda, Costa y Bernal soltaron el aire como si les hubieran quitado un yugo del cuello. En la pantalla del teléfono, Ruiz volvió a parpadear, frotándose la cara con una mano temblorosa.

La noche periférica, que parecía haber encogido a su alrededor, recuperó su distancia normal.

Agulló introdujo la punta del acero bajo el trapo retorcido que hacía de mecha y lo apalancó hacia fuera, despegándolo de la boca de la botella. El encendedor quedó al descubierto, inerte, casi ridículo. Una pieza barata sujeta con cinta aislante, improvisada y torpe. No habría provocado una gran explosión, pero sí un incendio suficiente para mandarla directa al hospital.

Agulló se echó hacia atrás y se sentó un segundo en el suelo.

—Creo que ya está.

Costa soltó el aire.

—Me cago en todo.

Ruiz habló desde la pantalla.

—Bravo, inspectora.

Bernal se acercó a Agulló.

—¿Estás bien?

—Por un segundo, pensé que iba a cagarme encima.

Costa volvió a la puerta del conductor, pero esta vez mantuvo las manos alejadas de la llave. Abrió despacio, atento a cualquier sonido, a cualquier chispa que delatara una segunda trampa.

Por suerte, no ocurrió nada.

Con la misma cautela, deslizó la puerta corredera.

El interior quedó expuesto bajo el haz de la linterna.

No había ningún cadáver.

Estaba vacío.

La zona de carga estaba casi desierta. Apenas una manta térmica arrugada en un rincón, una caja de herramientas barata y un rollo de cinta americana abandonados sobre el suelo. Junto al panel lateral, sujeto con tiras de velcro, alguien había fijado un rúter 4G conectado a una batería portátil.

Las dos bridas intactas parecían olvidadas allí, como si nunca hubieran llegado a usarse.

Y, dentro de una caja de plástico transparente, un teléfono móvil con la pantalla apagada.

Un móvil del que todos habían oído hablar, aunque ninguno lo hubiera tenido delante hasta entonces.

Costa iluminó la caja.

La funda negra estaba rota en una esquina y en la parte trasera aún se distinguía una pegatina desgastada de una marca de skate, descolorida por el uso. La pantalla estaba surcada por varias grietas, pero seguía intacta.

Agulló no lo tocó.

Durante un segundo, todas las miradas fueron a parar a aquel rectángulo apagado.

Bernal tragó saliva.

—¿Es...?

—El maldito teléfono que estábamos buscando —dijo Agulló.

Costa fotografió el móvil desde tres ángulos.

—Ruiz.

—Lo veo desde aquí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Agulló.

La voz del técnico había perdido todo el humor.

—No lo encendáis. Ni se os pase por la cabeza. Que Científica lo embolse y lo procese. Pero ese rúter... Si la batería sigue viva, todavía puede hablarnos.

Bernal miró el aparato.

—Tradúcelo para los que no hablamos en código informático.

Costa señaló el enrutador.

—Es un wifi portátil. Lo escondes en un vehículo y crea una red propia. Todo lo que se conecta deja huella: el nombre del dispositivo, la hora y, a veces, parte de la identificación.

Ruiz apareció más cerca de la cámara.

—En resumen —dijo—, hicieron algo bastante inteligente. Sacaron la tarjeta SIM de Álex y la metieron en otro teléfono, para generar actividad y hacer creer que seguía usando su línea, igual que en Lo Morant. Mientras tanto, el móvil original permanecía conectado a este rúter. Así podían entrar en sus cuentas, acceder a la nube y revisar todo lo que guardaba, sin levantar sospechas.

Agulló miró el teléfono dentro de la caja.

Ruiz continuó:

—Un teléfono sostenía la farsa. El otro guardaba aquello por lo que habían secuestrado a Álex.

Agulló miró el terminal apagado.

—El vídeo.

—Probablemente —dijo Costa.

Ruiz pidió que acercaran la cámara al rúter.

Costa evitó tocarlo. Se limitó a enfocar la pequeña pantalla y la etiqueta lateral.

El informático observó su pantalla durante unos segundos.

—Interesante... Conozco ese modelo. Es de los pocos que conserva un registro de los dispositivos que se conectan a él y de cuándo lo hacen. Si nadie ha borrado los datos, podríamos tener una lista muy reveladora.

—¿Puedes acceder? —preguntó Agulló.

—Solo si consigo entrar. Y más vale que quien montó esto sea tan chapucero como parece. Porque, si tuvo un momento de lucidez, estamos jodidos.

Costa recorrió el interior con la linterna.

La luz se posó sobre la caja de herramientas. Encima, atrapado bajo una llave inglesa, había un papel doblado. Costa tomó varias fotografías desde distintos ángulos y amplió una de ellas en la pantalla del móvil.

Cuatro números escritos a bolígrafo.

Ruiz suspiró.

—Gracias, aunque no contaría con tanta suerte...

Costa se acuclilló junto a la caja y, sin tocar el enrutador, conectó su móvil a la red. Introdujo los cuatro números despacio, atento a cualquier reacción.

La pantalla tardó unos segundos en responder.

Nadie dijo nada.

—Pues vaya... Parece que estoy dentro.

Ruiz se inclinó hacia la cámara de golpe. Su rostro apareció enorme en la pantalla.

—Ve a la lista de dispositivos conectados.

Costa deslizó el dedo con cuidado por el menú y siguió las indicaciones.

Durante unos segundos, las dos inspectoras siguieron cada movimiento de su compañero sin decir una palabra. El resplandor azulado de la pantalla iluminaba sus rostros tensos mientras el sistema terminaba de cargar. Apareció una lista de dispositivos: nombres incompletos, registros de conexión y códigos de identificación alineados en columnas.

Ruiz se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos.

—Ahí está. Dispositivo uno: un terminal prepago.

—El móvil desechable que utilizaron para mover la SIM de Álex —continuó Ruiz, con la vista fija en la pantalla—. Exactamente lo que esperábamos.

Bernal miró a Agulló.

—Con el que hicieron creer a todo el mundo que Álex seguía ahí fuera.

—Sí.

Ruiz siguió:

—Dispositivo dos... Álex Roldán.

El nombre quedó suspendido en el aire.

Agulló clavó la vista en la caja de plástico transparente. Dentro descansaba el móvil original de Álex, intacto, como si las semanas de búsquedas, informes y pistas muertas hubieran conducido siempre hasta aquel punto.

Pero no fue el teléfono lo que le tensó la espalda.

Fue el registro.

Las líneas de datos brillaban en la pantalla. Y, mientras las observaba, las piezas empezaron a encajar con la lógica despiadada de los hechos.

Aquel móvil se había conectado a la red del furgón la misma noche en que Álex desapareció.

—¿A qué hora? —preguntó Agulló.

Costa leyó.

—A las 02:23 de la madrugada. Cuatro minutos de conexión. Luego otra a las 02:51. Y una tercera a las 03:17.

Ruiz empezó a teclear.

—Comparad esos registros con el historial GPS del furgón.

Costa abrió el mapa.

La ruta histórica apareció en pantalla. Los Olivos. El entorno de Alfonso el Sabio. Avenida de Novelda. Virgen del Remedio. Después, un desvío hacia el sur por una zona sin iluminación ni tránsito registrado. El recorrido terminaba en una parada prolongada junto a una balsa de riego abandonada, al borde de un barranco y lejos de cualquier vivienda.

Entre las 02:44 y las 03:19.

Agulló clavó la vista en el punto del mapa.

—Ahí.

Bernal se acercó.

—¿Qué hay?

Costa amplió.

—Es un camino rural... Solo hay restos de obra abandonados, una balsa de riego en desuso y dos casetas medio derruidas. No hay cámaras municipales, ni viviendas cerca.

—Nunca está tan vacío como parece —dijo Agulló.

Ruiz habló de nuevo:

—Hay un tercer dispositivo conectado al rúter durante esa parada.

Bernal frunció el ceño.

—¿Otro más?

—Si un dispositivo se conectó al mismo rúter que el móvil original de Álex, a la misma hora y en ese lugar, entonces alguien estuvo allí con él. Y eso nos lleva directamente a una persona.

Agulló sintió un vuelco en el estómago.

Las piezas empezaban a encajar.

El teléfono original de Álex. La parada junto a la balsa. Y ahora aquel dispositivo que apuntaba a Rubén sin nombrarlo todavía en ningún informe.

Por primera vez desde Lo Morant, una pista no alimentaba la esperanza de encontrar a Álex con vida.

Le decía algo mucho más inquietante.

Álex había estado allí.

Álex había estado con alguien.

Y, por primera vez, aquello sonaba a una verdad pura, sin concesiones.

De pronto, una luz apareció al fondo del camino.

Primero una.

Luego otra.

Eran luces largas.

Rápidas y directas.

Costa levantó la cabeza.

—Será mejor que regresemos al coche.

El motor del vehículo que se acercaba rugió en la oscuridad, cada vez más cerca.

Los faros barrieron el camino y arrancaron destellos blancos de la verja metálica.

—¡Agulló! —oyó gritar a Bernal.

La inspectora levantó la vista.

Durante una fracción de segundo, todo encajó.

Y aquellas luces avanzaban hacia ellos sin intención de detenerse.

52

El coche surgió de la oscuridad como un tiburón saliendo de un fondo marino.

Sin matrícula delantera.

Las luces largas les golpearon la cara y borraron el camino durante un segundo.

—¡Apartaos! —gritó Costa.

Bernal reaccionó por puro instinto y se lanzó de cabeza hacia la verja metálica. Agulló pivotó sobre los talones, buscando el parapeto de la carrocería del furgón, pero el intruso ya devoraba la grava a sesenta kilómetros por hora, escupiendo piedras y polvo hacia los lados.

Fue entonces, en esa fracción de segundo donde el tiempo se estira como un chicle, cuando lo vio con la nitidez de una ejecución.

El conductor no buscaba carne humana.

No iba a por ellos.

Iba a por el furgón. A por el maldito cadáver de metal. A por las pruebas. A por todo lo que acababan de arrancar de las tripas de la noche.

El motor subió de revoluciones.

Y el impacto llegó con el estruendo de un cartucho de escopeta reventando en un pasillo cerrado.

El coche embistió el flanco delantero del furgón con una violencia ciega y lo hundió contra el diente de hormigón. La chapa coreana se plegó sobre

sí misma como un acordeón de juguete; el ruido del acero retorciéndose arañó el aire. Los cristales de las ventanillas estallaron en una lluvia simétrica de diamantes sucios. El capó saltó por los aires, volando hacia la oscuridad como una cuchilla suelta, mientras una de las puertas traseras se abría por la torsión, golpeaba el muro y volvía a cerrarse con un estampido seco.

Dentro, el habitáculo se convirtió en una centrifugadora. La caja de plástico que custodiaba el móvil de Álex salió disparada hacia el techo. El rúter se arrancó de cuajo de su soporte y quedó suspendido en el vacío, balanceándose como un ahorcado del cable de alimentación.

Durante un latido, las leyes de la física parecieron tomarse un respiro. Todo quedó suspendido en el aire cargado de polen y polvo.

Luego llegó la onda expansiva del golpe.

Agulló sintió que la gravedad le soltaba la mano.

No supo qué la barrió primero: si el desplazamiento de aire, la grava cediendo como arena movediza bajo la suela de sus botas, o ese maldito retraso biológico de una décima de segundo en la sinapsis de su cerebro.

El suelo desapareció. Se convirtió en un plano inclinado.

Rodó por el talud en una sucesión caótica de cielo negro y tierra seca, tragando polvo. El hombro derecho absorbió el primer impacto contra una roca viva y un dolor sordo le subió hasta el cuello. Un instante después, el cráneo chocó con algo macizo y fijo.

El universo estalló en un fogonazo de luz blanca.

Una pantalla fundida.

Después, el vacío negro. La nada más absoluta.

53

Cuando abrió los ojos, no sabía en qué planta del mundo se encontraba.

La realidad era una masa pastosa de sombras movedizas, luces de emergencia borrosas y un zumbido persistente, agudo, instalado detrás de sus orejas como una fábrica de electricidad defectuosa.

Parpadeó, limpiándose la costra de sudor y tierra de las pestañas.

Lo primero que distinguió fue una farola recortada contra la noche. Luego, la silueta de un hombre rompiendo la verticalidad del plano, inclinándose sobre ella. Barba de varios días. Ojos oscuros. Chaqueta de cuero gastada.

Antes incluso de que sus ojos procesaran las facciones del rostro, su cerebro reconoció el olor.

El maldito código genético de su pasado.

Rojo.

—Respira —dijo él.

Su voz le llegó desde el fondo de un pozo de agua helada.

—Respira, Agulló. Joder.

Agulló intentó contestar, pero no encontró aire.

Otra cara apareció a su izquierda.

La de Costa.

Tenía polvo en el pelo y una ceja abierta de la que resbalaba un hilo de sangre. Pero fue su expresión lo que la hizo detenerse. Nunca le había visto

esa mirada. No era solo miedo. Era algo más profundo, más crudo. Algo que parecía haberle arrancado el aire de los pulmones.

—Jefa, mírame.

Ella parpadeó.

El mundo volvió a trozos.

Intentó incorporarse, pero Costa la sujetó por los hombros.

—No, no te muevas...

—El teléfono móvil...

—Lo he fotografiado. La caja sigue dentro del furgón. Bernal está con Científica, asegurando la escena. Nadie ha tocado nada.

—El enrutador...

—No te preocupes ahora por eso. Ruiz ha capturado toda la pantalla. La tabla está guardada.

Agulló descansó los párpados por un momento.

Al menos eso.

El dolor llegó después.

Brutal.

Implacable.

Primero le atravesó el costado como una cuchillada. Luego el hombro. Después la cabeza, donde cada latido retumbaba con fuerza, como si alguien golpeara el interior de su cráneo con un martillo.

Una oleada de náusea le subió por la garganta.

La tragó.

No porque pudiera controlarla, sino porque no tenía tiempo para ceder.

—¿Cuándo...?

Rojo captó la pregunta al instante.

—Bernal me llamó cuando salisteis del archivo. Has estado inconsciente un par de minutos.

Agulló cerró los ojos, aturdida.

Dos minutos perdidos en la oscuridad, completamente fuera de juego.

Costa lanzó una mirada afilada al expolicía.

—No hacía falta que dijeras eso.

—Sí hacía falta.

—¿Y desde cuándo decides tú lo que necesita oír?

Rojo sostuvo su mirada sin pestañear.

—Desde luego, no eres tú quien puede decidirlo por ella.

El silencio que siguió no tuvo nada que ver con el accidente.

Agulló abrió los ojos del todo.

Costa seguía agachado junto a ella. Rojo permanecía al otro lado del talud, inmóvil, observando. Más distante, sí, pero igual de presente. La tensión entre ambos parecía ocupar más espacio que el propio terreno.

Bernal apareció en lo alto de la pendiente, con la radio en una mano y el móvil en la otra.

—Gómez ya ha movilizado varias unidades. La ambulancia viene de camino. El coche que ha embestido el furgón ha escapado por el camino sur. Sin matrícula delantera y con las luces traseras apagadas.

Costa levantó la vista.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Bernal, echándole un vistazo rápido a la ceja abierta —. Tú eres el que está sangrando.

—No importa. No es nada.

Rojo siguió con la mirada el camino por el que había desaparecido el coche.

—Lo que importa ahora es Iker Soria.

Costa se volvió hacia él.

—¿Qué estás diciendo?

—Que hay que mover el culo. Si han intentado destrozar el furgón justo ahora, es porque saben que aquí hay algo que puede hundirlos. Y, si Rubén Soria ya sabe que su hermano habló, el siguiente objetivo es él.

Costa apretó la mandíbula.

—No me des órdenes. No eres mi superior.

—No te las estoy dando. Te estoy diciendo dónde va a estallar esto.

—Ahora mismo lo único que importa está aquí. Ella está en el suelo y no pienso moverme.

Rojo lo miró sin pestañear.

—Ella no es el caso, subinspector.

Costa dio un paso hacia él.

—Te equivocas, Rojo.

Agulló intentó hablar. El primer sonido fue apenas un hilo roto.

—Basta ya, ¿vale?

Ninguno de los dos se movió.

—Costa...

Él volvió a agacharse junto a ella de inmediato.

—Estoy aquí.

Aquella frase, pronunciada con esa serenidad que parecía no admitir réplica, le golpeó en un lugar que el accidente no había alcanzado.

Agulló respiró hondo.

—No deberías estar aquí conmigo. Hay que cerrar el caso y Bernal necesita tu ayuda.

Costa no contestó.

Bernal bajó unos pasos por el talud.

—Acaba de llamar Iker Soria.

Agulló giró la cabeza demasiado deprisa. El mundo se inclinó de golpe, como si el talud volviera a abrirse bajo ella. Costa la sostuvo antes de que perdiera el equilibrio.

—Ponlo.

Bernal pulsó el altavoz sin apartar la vista de Agulló.

Durante una fracción de segundo solo se oyó estática y el rumor lejano del tráfico.

Entonces llegó la voz de Iker.

Temblorosa.

Como si estuviera corriendo o intentando no hacerlo.

Al fondo llegaban sonidos apagados de la calle. Agulló sintió un nudo en el estómago. Algo iba mal. Muy mal.

—Me ha llamado mi hermano Rubén.

Agulló clavó los dedos en la tierra húmeda hasta notar las piedras incrustarse en la palma.

Costa soltó una maldición entre dientes.

—¿Dónde estás ahora, Iker? —preguntó Bernal.

—No puedo decirlo. Me ha dicho que sabe que fui yo quien habló. Que, si no voy, va a cargarme todo encima. Dice que aún puede arreglarlo.

Rojo miró a Costa.

Bernal mantuvo la voz firme.

—Iker, escúchame. Espera donde estés. No te acerques a él.

—Ya estoy cerca.

Agulló sintió que el dolor pasaba a un segundo plano.

—¿Cerca de dónde? —preguntó.

Iker soltó un sollozo ahogado. El sonido breve y quebrado de un chaval atrapado entre el miedo, la culpa y el peso de su propia sangre.

—De la balsa.

Costa levantó la vista hacia el camino. La oscuridad parecía haberse cerrado sobre él, espesa y amenazante.

Rojo se puso en pie de un movimiento rápido, con la atención clavada en la misma dirección.

—Tienes que irte ya —dijo, clavando la mirada en Costa—. Si Rubén e Iker están allí, cada minuto cuenta.

Costa ni siquiera lo miró.

—No. Bernal no puede entrar sola.

—No va a entrar sola. Vienen unidades en camino.

—¿Eres imbécil? Las unidades no llegarán a tiempo.

—He dicho que no me voy a ir dejándola aquí.

—Ya está consciente, joder. ¿Qué clase de policía eres?

—¿Por qué no vas tú?

Rojo dio un paso hacia él.

—Porque no puedo, pedazo de gilipollas. Esto no va de ti, ¿te enteras?

Costa se levantó también.

—No. Claro.

Bernal miró de uno a otro.

—Ahora no, por favor.

Agulló sabía que los dos tenían razón.

Y eso era lo más duro.

Ambos poseían una porción de la maldita verdad, pero la estaban usando como munición para librar dos guerras completamente distintas.

Rojo veía un tablero colgado en la pared con pruebas dispersas, tiempos que se agotaban y la siguiente jugada de Rubén antes incluso de que este la hiciera. Sin embargo, Costa no veía el tablero.

La veía a ella.

Y eso era peor.

Porque entre ambos, atrapado en medio como una pieza olvidada, estaba Iker Soria: un chaval aterrorizado que aún no sabía si iba a terminar siendo testigo, culpable o cadáver.

Agulló tensó el estómago, ignorando el pinchazo del hombro, y levantó la voz por encima del zumbido que aún le castigaba el cráneo.

—¡Costa!

Él se volvió al oír su voz.

—Vete con Bernal.

La frase le cayó encima como un puñetazo. Durante un instante, algo se quebró en su expresión antes de que intentara recomponerse.

—No.

—Sí.

—Jefa, acabas de perder el conocimiento. Mi responsabilidad es...

—Y tú acabas de ver la prueba que nos faltaba. Sabes perfectamente lo que significa para el caso —dijo ella—. Si Rubén llega a Iker antes que nosotros, dejará de ser un testigo. Lo utilizará hasta vaciarlo. Lo convertirá en culpable, en una coartada o en lo que necesite para librarse de la justicia.

—No tenemos mucho tiempo —advirtió Rojo.

Agulló miró a Costa.

—Rojo no puede coordinar apoyo, no puede intervenir en un operativo oficial y no puede cubrir a Bernal sin poner en riesgo todo el procedimiento. Tú sí.

Costa apretó los dientes.

—¿Lo prefieres a él?

La frase apenas fue un susurro, rota por algo que Costa ya no conseguía ocultar.

Agulló sintió una grieta abrirse bajo el cansancio, fina al principio, pero lo bastante profunda para dejar pasar algo que llevaba demasiado tiempo conteniendo. Apartó la vista por un instante. Si se asomaba a eso ahora, corría el riesgo de no poder volver a cerrarlo.

—Precisamente por eso te pido a ti esto. Porque eres la persona que puede hacerlo.

Costa sostuvo su mirada unos segundos.

Después se volvió hacia Bernal.

—Venga. Vamos.

Bernal asintió.

—Iker, escúchame bien —dijo al móvil, clavando la vista en la oscuridad del camino—. Quédate en línea. No cuelgues por nada del mundo. Y no des un paso más. Si ves a Rubén, no te acerques. No le hables. No le des la oportunidad de decirte una sola palabra.

—No puedo...

—Sí puedes. Escúchame. Respira. Una vez. Otra. Ahora busca una luz y camina hacia ella. No pienses en nada más.

Costa subió el talud con la urgencia de quien ya ha tomado una decisión y la odia. A medio camino se detuvo. Se volvió hacia Rojo.

—Si le pasa algo...

Rojo sostuvo su mirada.

—Lo sé.

Costa negó despacio con la cabeza.

—No. No tienes ni puta idea.

Costa se dio la vuelta sin decir ni una palabra más. Fue una retirada tensa y cargada de reproches mudos. Giró sobre sus talones y enfiló el camino hacia el coche, con Bernal pisándole los talones, ambos moviéndose con la urgencia sombría de los que huyen de una zona de demolición.

Agulló los escoltó con la vista hasta que sus siluetas alcanzaron el límite de la pista de tierra. El silencio de la madrugada en esa zona industrial le devolvió la secuencia con una nitidez quirúrgica: el clac seco de las puertas metálicas al cerrarse a presión, el rugido asmático y contenido del motor al cobrar vida y el lamento sordo de los neumáticos triturando la grava sucia.

El coche se deslizó unos metros a ciegas, convertido en un fantasma de chapa devorado por las fauces de la noche, y solo se atrevió a encender los faros cuando las ruedas delanteras mordieron el asfalto agrietado del camino sur.

Un destello blanco.

El perfil de las ramas.

Y, un par de segundos después, la nada.

Se los había tragado la periferia.

***

Rojo no se movió.

Se quedó allí, plantado a su lado como un monolito de cuero gastado. Su respiración, un ritmo pausado con un silbido leve de nicotina, era el único sonido que competía con el zumbido que todavía le taladraba a ella las sienes.

—No empieces —murmuró Agulló.

—No he dicho nada.

—Lo leo en tu frente.

Rojo se agachó de nuevo.

—Está enamorado de ti.

Agulló soltó una exhalación cansada.

—Rojo.

—¿Qué? No estoy descubriendo América.

—No es el momento para esto.

—Nunca lo es. Esa es tu ventaja.

Ella buscó con esfuerzo la manera de ponerse en pie y giró la cabeza hacia él.

—¿Has venido hasta aquí para hacer de consejero sentimental?

—He venido porque Bernal me llamó en cuanto salisteis hacia aquí. Tienes la costumbre de pensar que puedes aguantar un golpe más, siempre uno más. Como si el límite fuera algo que pudieras negociar. Y siempre acabas descubriendo que no.

—Vete a la mierda.

Las luces de emergencia ya empezaban a derramarse sobre la grava, la verja y el camino.

En ese momento llegó Gómez con dos unidades. Bajó del coche con la tableta bajo el brazo y el gesto desencajado, como si hubiera entendido de golpe la magnitud de lo que acababa de ocurrir.

—¿Está consciente?

—Depende de a quién le preguntes —dijo Rojo.

—Usted no debería estar aquí.

—Pues deja constancia de eso en ese cacharro —dijo el exinspector, con una media sonrisa cargada de ironía.

Agulló intentó ponerse en pie, pero el mundo giró sobre su propio eje. El cuerpo le pasó la factura de la caída, con una punzada eléctrica que le subió desde el hombro hasta la nuca. Rojo la agarró del brazo antes de que sus rodillas cedieran y cayera de bruces contra el lodo.

—Molina va a pedir la orden para registrar la balsa —soltó ella, escupiendo las palabras con sabor a sangre y polvo.

Gómez parpadeó, con la mirada perdida entre las luces de emergencia.

—Inspectora, usted no está en condiciones de...

Sin los otros mandos cerca para enredar la conversación en discusiones de despacho, Agulló bajó el tono. Habló con una claridad gélida, afilada, reduciendo la distancia y arrinconando a Gómez contra sus propias excusas:

—Escucha, Gómez. Tenemos el móvil de Álex, tenemos el rúter y una parada registrada junto a una balsa abandonada. Además, Iker acaba de decir que Rubén lo ha citado allí. Ahora mismo.

Gómez vaciló. Agulló vio cómo el engranaje del miedo le cruzaba la cara en una fracción de segundo. Era el cálculo matemático del burócrata: el

reglamento, el pánico a Molina, la Fiscalía, los titulares de la prensa matinal y el peso muerto de la responsabilidad. La eterna parálisis del que teme perder el despacho.

—Mándamelo.

—Ruiz ya está empaquetando las capturas y Costa lleva un duplicado en el coche. Mueve el culo, solicita la puta autorización y asegura ese perímetro, antes de que Rubén limpie el lugar. Pero hazlo en silencio. Ni una sola palabra a través de la frecuencia de radio oficial.

—El comisario Molina va a enterarse, Agulló, y si lo hace...

—¿Qué pasa, Gómez? ¿Piensas pasarte el resto de tu carrera agachando las orejas y lamiéndole las botas al comisario?

El dardo se le clavó bajo la piel. A Gómez se le tensó el cuello, pero la realidad de la calle no le concedió el beneficio de una réplica.

La ambulancia asomó por el camino de servicio, balanceándose como un cetáceo blanco. Los rotativos azules tiñeron la grava y las naves industriales de un tono de discoteca fantasma. Dos sanitarios bajaron del vehículo a paso ligero, cargando una camilla plegable y una mochila de nailon con el equipo de emergencias.

Uno de ellos, un tipo joven con cara de haber visto demasiadas desgracias esa noche, se acercó a la inspectora y le pidió que se sentara en una camilla. Acto seguido, le sujetó la barbilla y le clavó el haz de una linterna de diagnóstico directamente en las pupilas, evaluando los daños.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—Sí —respondió Rojo—. Un par de minutos.

El sanitario asintió sin apartar la vista de Agulló.

—Entonces tiene que ir al hospital.

—No —replicó ella de inmediato—. Ni hablar. Estoy bien.

—Sí.

—Tengo que...

—Tiene que asegurarse de no acabar con una hemorragia interna por pura cabezonería.

Rojo soltó una risa breve.

Agulló lo fulminó con la mirada.

—¿Te hace gracia?

—Un poco. Pero porque tiene razón.

El sanitario le palpó el costado. El dolor la atravesó de lado a lado y le robó el aire durante un segundo.

—Lo siento, inspectora. Va al hospital. No es negociable.

Gómez hablaba por teléfono unos metros más allá, caminando de un lado a otro, con la tensión clavada en los hombros. Agulló alcanzó a distinguir fragmentos de la conversación en los que Gómez exigía que no se comunicara nada por radio.

Rojo se inclinó hacia ella.

—¿Te acompaño?

—No necesito que me acompañen.

—Entonces déjame al menos escoltarte en coche.

—Ya has oído a Gómez. No deberías seguir aquí. Te ha visto demasiada gente.

Rojo esbozó una media sonrisa.

—Eso nunca me ha detenido.

Agulló miró hacia el camino por donde Costa y Bernal habían desaparecido. Una parte de ella ya estaba allí, corriendo tras ellos. Quiso levantarse, empuñar un arma, entrar en la balsa y enfrentarse a Rubén Soria cara a cara.

Pero el cuerpo no le respondió.

Y por primera vez no confundió aquello con una derrota.

Seguir adelante no siempre significaba correr. A veces consistía en confiar en que otros alcanzaran el lugar al que ella, por el momento, no podía llegar.

—Rojo.

—¿Sí?

—Si Costa llama...

—Te avisaré.

—No filtres nada.

—¿Por quién me tomas? No soy Molina.

—Tampoco eres policía.

Él la miró.

—Entonces deberías estar tranquila.

—Ese es el problema.

Los sanitarios la izaron a la camilla.

Esta vez no protestó.

Por fin entendía la diferencia entre moverse y precipitarse.

Las puertas traseras de la ambulancia empezaron a cerrarse, reduciendo el mundo exterior a una rendija vertical de chapa y noche. A través del espacio

que quedaba antes del encaje neumático, Agulló capturó las últimas postales de aquel lugar.

Vio a Gómez plantado junto al cadáver del furgón, encorvado sobre la pantalla parpadeante de su móvil, encajando los gritos telefónicos de Molina con esa rigidez patética de los subordinados que ya han asumido que cualquier decisión, por buena que sea, llega tarde.

Y vio a Rojo, inmóvil en mitad del camino de tierra, con las manos sepultadas en los bolsillos de la cazadora de cuero. Observaba el amasijo de hierro retorcido, con la fría curiosidad de un patólogo forense.

Los rotativos azules de la ambulancia continuaban girando, arrancando destellos congelados a una oscuridad que ya se lo estaba tragando todo.

El pestillo de la puerta se cerró con un golpe seco.

El ruido del mundo desapareció, sustituido por el olor a antiséptico y el zumbido del motor de la camilla.

54

La balsa no parecía un lugar donde alguien pudiera desaparecer del mundo.

Costa la vio desde el camino de tierra y pensó precisamente eso. No había nada allí que explicara por qué alguien había terminado sin salida en un sitio como aquel. A su lado, Bernal sostenía el móvil en altavoz mientras el viento arrastraba polvo entre las ruedas de los coches apagados.

El lugar era vulgar.

Y por eso resultaba aterrador.

Una balsa de riego abandonada, rectangular, medio vacía, con las paredes de hormigón cubiertas de manchas blancas de cal. Una valla oxidada que ya no servía para detener a nadie. Al fondo, dos casetas bajas se pegaban a la oscuridad como perros apaleados: una de bombeo y otra de aperos.

Alrededor solo había tierra agotada. Grava dispersa. Cañas secas que se inclinaban con el viento. Escombros olvidados desde hacía años. Restos de una obra que nunca llegó a terminarse y que el tiempo había ido borrando poco a poco, cubriéndola de polvo, silencio y abandono.

Parecía un lugar del que todos se habían marchado.

Pero el suelo contaba otra historia.

Alguien había estado allí hacía muy poco.

El coche de Gómez quedó inmóvil a unos cincuenta metros, tragado por la oscuridad, con las luces apagadas. Dos vehículos de paisano vigilaban la entrada norte y el camino que bajaba hacia el barranco. Bernal había

ordenado evitar la radio abierta; no quería dejar rastro de sus movimientos en el aire.

Costa se llevó una mano a la ceja herida. La sangre ya se había secado, pero el dolor seguía allí, recordándole el golpe del furgón. Avanzó despacio, con el arma apuntando al suelo. Antes de encender la linterna, dejó que fueran sus ojos quienes buscaran respuestas en la penumbra.

A menudo era lo único que tenían.

La oscuridad y la intuición.

—Iker —dijo Bernal en voz baja, sin apartar la vista de la caseta—. Ya estamos aquí. ¿Nos tienes a la vista?

Al otro lado hubo una respuesta rápida.

—No lo sé.

—No te muevas.

—Me dijo que viniera solo.

—Tu hermano no te pidió que vinieras aquí para ayudarte.

El chico no contestó.

Costa recorrió la oscuridad con la linterna. No mantenía el haz quieto; lo desplazaba en movimientos breves, atentos, sobre la valla oxidada, el camino de grava, la caseta y el borde de la balsa. Todo parecía inmóvil, pero había aprendido hacía tiempo que la quietud también podía engañar.

Sentía el cuerpo dolorido. Había dejado a Agulló en el talud, con Rojo y los sanitarios, y desde entonces, una incomodidad persistente le acompañaba como una sombra. Sabía que había tomado la decisión correcta. Lo sabía con la cabeza. Sin embargo, algo más profundo seguía resistiéndose a aceptarlo.

—¿Dónde estás? —preguntó Bernal.

La respuesta le vino después de un silencio breve:

—En la caseta pequeña.

Costa alzó la vista.

La caseta estaba al fondo del recinto, pegada a un muro bajo de hormigón. La puerta permanecía entreabierta. Lo justo para que la oscuridad pareciera mirar hacia fuera.

—Tenemos localizada la caseta —dijo Bernal—. No salgas de golpe. Levanta las manos y habla.

—No puedo.

La voz llegó rota, como si hubiera pasado por algo antes de alcanzar el teléfono.

—Sí puedes.

—Me ha dicho que, si avisaba a la policía, estaría muerto.

Costa apretó la empuñadura del arma hasta notar el plástico clavándosele en la palma.

—Rubén no puede verte desde aquí, Iker.

La respuesta llegó sin vacilación.

Demasiado rápida para ser una reflexión, como algo que llevaba años viviendo dentro de él.

—Rubén siempre encuentra la forma de estar presente.

Bernal miró a Costa.

Avanzaron despacio, con la tensión pegada a la piel. Costa tomó la izquierda. Bernal siguió por el camino central. Un agente de paisano se quedó atrás, cubriéndoles las espaldas. El aire estaba cargado de olor a agua estancada.

Costa bajó la vista y distinguió varias marcas de neumáticos impresas en la tierra. Algunas parecían recientes; otras llevaban días allí, endurecidas bajo una capa de polvo.

Un furgón.

Un coche.

Quizá más vehículos.

Las huellas se cruzaban sobre la tierra endurecida y desaparecían entre el polvo. No eran pruebas, todavía no. De noche, sin la Científica, solo podían permitirse la cautela. Pero Costa sabía reconocer ciertas señales. Alguien había estado allí. No hacía mucho. Y eso era peor que encontrar un lugar intacto.

La balsa no estaba abandonada.

Había seguido formando parte de algo.

Bernal volvió a hablar:

—Iker, voy a acercarme a la puerta. Si tienes algo en la mano, déjalo en el suelo.

—No tengo nada.

—Entonces sal despacio y mantén las manos donde podamos verlas.

La puerta de la caseta se movió.

Iker salió despacio, con los brazos en alto. Llevaba una sudadera oscura, pantalones de chándal y las zapatillas cubiertas de tierra seca. Parecía más joven que en la comisaría. O más pequeño. Como si alguien le hubiera vaciado el aire por dentro.

La culpa hacía eso.

Reducía a las personas.

Bernal aflojó apenas la tensión del brazo y bajó ligeramente el arma.

—Ven hacia mí.

Iker dio dos pasos y se detuvo.

—No puedo.

—Sí. No vuelvas a lo mismo...

—Me ha dicho que espere.

Costa mantuvo la vista fija en la oscuridad que se extendía detrás de la caseta.

—¿A quién?

Iker hizo un gesto apenas perceptible. Intentó contener el llanto, aferrarse a algo que todavía lo mantuviera entero, pero ya era demasiado tarde. Los músculos del rostro cedieron uno tras otro y la expresión se le quebró como una superficie agrietada por dentro.

—A él.

—Rubén no va a venir —dijo Costa—. Aquí no hay nadie.

Iker negó una vez, con una convicción que daba más miedo que cualquier grito.

—Sí. Va a venir. Es lo que me ha dicho.

Bernal se acercó con las manos abiertas.

—Iker, escúchame. Tu hermano te ha traído hasta aquí para que cargues con una parte de esto. Para que parezca que estabas dentro desde el principio. Si sigues obedeciéndole, pagarás por lo que hizo él.

Aquello le hizo daño y Costa lo vio al instante.

—Yo no lo maté.

—Entonces deja de obedecerle y sal de ahí.

Iker miró la balsa. Después, el camino. Después, el móvil que Bernal sostenía entre las manos. Sus ojos iban de un sitio a otro sin detenerse en ninguno, como si buscara una salida que ya no existía. Como si todavía esperara que la voz de Rubén apareciera de algún lugar y le dijera qué hacer.

Al final echó a andar y lo hizo despacio, con la resignación de quien ha comprendido que ya no puede seguir esperando.

Bernal lo sujetó por los brazos y lo apartó de la caseta. Costa entró enseguida, el arma baja, la linterna por delante.

No había nadie.

El haz de la linterna recorrió la estancia despacio, arrancándole a la oscuridad los restos de una historia que alguien había intentado borrar. Primero apareció una silla de plástico rota. Luego, una mesa metálica. Una manta vieja, arrugada en un rincón como si la hubieran abandonado a toda prisa. Botellas de agua vacías. Colillas. Y, junto a la pared, una caja de guantes de látex abierta.

El rastro de alguien que había pasado algún tiempo allí.

En el suelo, junto a la pared, una mancha oscura se había quedado atrapada en el cemento, como si el tiempo hubiera intentado cubrirla sin conseguirlo del todo. Costa la vio y se quedó mirándola. Había aprendido que lo verdaderamente inquietante casi nunca llamaba la atención. Permanecía quieto, esperando.

La mancha estaba donde no debía estar.

Levantó la linterna y dejó que la luz se detuviera sobre ella.

—Bernal, mira esto.

Ella entró con el chico sujeto por el antebrazo. Cuando Iker la vio, se encogió sobre sí mismo, como si una arcada le hubiera golpeado el estómago.

—Oh, mierda...

A Costa le subió un frío por la nuca.

—¿Qué pasó aquí?

Iker negó con la cabeza.

—No lo sé.

—No empieces.

—No lo sé todo, ¿vale?

Bernal le soltó el brazo, pero se quedó delante de la puerta.

—Iker, mírame. Este es el momento de decidir de qué lado estás. Si sigues protegiendo a tu hermano, vas a cargar con lo que hizo él.

El chico respiró tres veces. Cada una más entrecortada que la anterior.

—Rubén me llamó después. Después de que Álex bajara del bus. Yo iba en un taxi y estaba ya casi en casa. Me dijo que aquello había salido perfecto. Que las cámaras lo mostrarían subiendo al autobús y que, a partir de ahí, cualquiera pensaría que se había marchado por su cuenta.

—¿No te pareció raro? —preguntó Costa.

—Sí. Por eso le pregunté si Álex estaba bien... —respondió él y agachó la mirada, arrepentido—. Pero ni siquiera respondió a la pregunta. Solo me dijo que dejara de hacer preguntas y me ocupara de lo que me tocaba.

Costa no se movió.

—Sigue.

—Volvió a llamarme más tarde. Esta vez fue directo al grano. Si Álex me escribía o intentaba ponerse en contacto conmigo, no debía responderle. Solo tenía que hacer una captura de pantalla y enviársela.

—Y Álex escribió —dijo el subinspector.

—«Tío, ven» —dijo Bernal, recordando el mensaje—. ¿Pensabas que no lo sabríamos?

Iker apretó los párpados un instante.

—Joder...

—Y no acudiste a la llamada.

—No. Joder, no. —La voz se le rompió a mitad de frase. Bajó la cabeza y se pasó una mano por la cara, como si quisiera borrar el recuerdo—. Rubén me dijo que no fuera. Que, si me metía, ya no habría manera de salir y que para eso estaba él. Aquello ya no iba de Dani y la pelea. El asunto se le había ido de las manos...

Costa se agachó junto a la mancha, sin tocar nada.

—¿Rubén trajo a Álex aquí?

Iker se quedó callado.

Bernal dio un paso hacia él.

—Contesta.

—No lo vi entrar.

—No te he preguntado eso.

La voz de Bernal seguía tranquila, pero ya no era suave.

Iker se llevó una mano a la boca. Cuando consiguió hablar, las palabras le salieron aplastadas por el miedo y la culpa.

—Lo oí.

Costa levantó la vista.

—¿A Álex?

Iker asintió.

—Yo vine porque Rubén me dijo que tenía que ayudar a mover unas cosas. Me recogió uno de los que trabajan con Moya; no sé si era Abel o el otro, pero que conste que yo no quería venir —aclaró, acorralado y lleno de arrepentimiento—. Me dijeron que, si me negaba, Rubén contaría que Dani y yo lo habíamos dejado allí tirado. Menudo hijo de puta...

—¿Qué pasó después? —preguntó Bernal.

—Cuando llegué, el furgón estaba junto a la caseta, con las puertas traseras abiertas. Álex estaba dentro. O al lado. No lo sé porque apenas pude verlo. Tenía una manta térmica encima, de esas plateadas que brillan con cualquier luz. Recuerdo eso. Y recuerdo el sonido... muy débil, como un jadeo... luchando por sacar aire de unos pulmones que ya no respondían. Me quedé paralizado, porque estaba vivo, joder. Todavía estaba vivo.

Bernal mantuvo la vista fija en el chico durante un segundo.

—¿Estaba vivo?

Iker lloró por fin.

—Sí.

La palabra salió apenas como un hilo de voz, tan débil que parecía imposible que pudiera sostener todo lo que llevaba dentro. Sin embargo, golpeó a los tres con una violencia devastadora.

—¿Estaba vivo cuando Rubén lo tenía aquí escondido? —insistió Costa.

—Sí.

El subinspector se levantó despacio.

Durante días habían seguido rastros falsos, huellas colocadas para hacerles mirar en la dirección equivocada. Y ahora, en aquella caseta húmeda y mal iluminada junto a una balsa abandonada, un muchacho vencido por el miedo acababa de decirles algo que cambiaba el sentido de todo.

La vida de Álex había estado allí, en manos de Rubén Soria, durante aquel tramo que ellos no habían sabido ver.

—¿Qué hizo Rubén mientras tanto? —preguntó Bernal, dándole tregua a Costa para que no se alterara más.

—Iba y venía sin parar, como si no pudiera estarse quieto. Hablaba por teléfono todo el tiempo, en voz baja unas veces y casi gritando otras. Decía que el móvil no estaba limpio, que tenía que abrirlo, que aún faltaba algo por encontrar. Y repetía una y otra vez que, si aquello salía a la luz, no caería una sola persona: se hundirían dos familias enteras.

Costa miró a Bernal.

—¿Con quién hablaba? —preguntó.

—No lo sé.

—¿A qué dos familias se refería?

Iker negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—Entonces no lo sabía.

—¿Y ahora?

Iker tragó saliva.

—La familia Vives. Y... la de Álex.

Costa sintió que algo encajaba y no quiso que encajara.

—¿La de Álex, por qué?

—Rubén dijo una cosa que se me quedó clavada. Yo estaba fuera, junto a la balsa. Ya había anochecido y él hablaba por teléfono a unos metros de mí —dijo, con la mirada fija en algún punto que solo él veía—. Creo que pensaba que no podía oírle. Lo recuerdo porque su voz sonó distinta. Más fría y dura. Como si estuviera hablando de números y no de personas. Dijo algo así como que Vives pagaría por su parte, pero el padre del crío también, y que eso no se arreglaba con una llamada. Luego se volvió, me vio allí y se quedó callado al instante. No le hizo gracia que lo escuchara.

Bernal no dijo nada.

Durante unos segundos solo se oyó el zumbido lejano de una bomba de agua y la respiración irregular de Iker.

El caso cambió de forma delante de ellos.

Hasta entonces habían seguido una línea que parecía clara, aunque estuviera llena de sombras. Ahora aparecía otra más profunda. No era solo Claudia protegiendo a su padre, ni Daniel intentando escapar de una paliza, o Rubén cobrando por borrar un móvil y hacer desaparecer pruebas.

Había otro hombre dentro de aquella historia.

Otro padre.

El padre de la víctima.

Rafael Roldán.

Costa sintió una punzada de cansancio que conocía bien: el instante en que una investigación deja de avanzar y empieza a abrirse en direcciones inesperadas. Como una grieta en el hielo.

Pensó en Nuria Sempere.

La imagen apareció un momento y desapareció enseguida.

La apartó de su mente antes de estallar de rabia.

Si la dejaba quedarse, aunque solo fuera unos segundos más, no podría seguir pensando con claridad.

En ese momento, el móvil de Iker vibró.

Todos lo miraron.

En la pantalla apareció un número oculto y el chico empezó a temblar.

—Es él. Es Rubén.

Bernal le quitó el teléfono con cuidado.

—Ni una palabra.

Costa activó la grabadora en su móvil y asintió.

Bernal contestó, pero no dijo nada.

La voz de Rubén sonaba amable.

—Iker.

Ninguno de los tres respondió.

—Sé que están contigo.

Iker se llevó las manos a la cabeza, pero Costa le hizo un gesto para que se contuviera.

El hermano siguió hablando:

—Diles que llego tarde porque ya estoy en comisaría, con mi abogada. Y que he venido a contar lo que tú llevas demasiado tiempo sin atreverte a contar.

Bernal sostuvo el teléfono sin respirar.

—Te has equivocado de hermano —dijo Costa.

La voz de Rubén no cambió.

—Subinspector Costa, ¿verdad?

Costa apretó la mandíbula.

—¿Dónde está Álex Roldán?

Rubén soltó una risa breve.

—Pregúntele a Iker. Lleva días queriendo confesarlo todo.

La llamada se cortó y el chico se hundió contra la pared de la caseta.

—No está aquí...

Bernal se agachó frente a él.

—¿Qué quieres decir?

—Álex. No está aquí.

La frase cayó como una piedra.

Costa ya lo sospechaba, pero oírlo en voz alta le revolvió el estómago.

—¿Dónde está, Iker?

El chico clavó la vista en la mancha del suelo. Después en la balsa y finalmente en el camino por el que habían llegado, como si buscara una salida que no existía.

—Rubén dijo que aquí se acababa el problema.

—¿Y luego?

Iker tragó saliva.

—Luego se lo llevaron.
—¿Adónde?
—A una propiedad de Vives.
El silencio se tensó dentro de la caseta.
—¿Qué propiedad? —preguntó Bernal.
Iker cerró los ojos un instante.
—Donde guardan los palés rojos.

55

Agulló despertó en una sala de observación del hospital. Tenía una vía clavada en el brazo. Sobre ella, una luz blanca permanecía encendida con una obstinación casi cruel. Rojo estaba sentado junto a la cama, encogido en una silla demasiado pequeña para su cuerpo.

Durante unos segundos, la inspectora no supo dónde estaba. El camino de servicio, la ambulancia, la oscuridad junto a la balsa; todo seguía mezclado en su cabeza. Después llegó el dolor y puso cada cosa en su sitio. Las costillas. El hombro. La cabeza. Un malestar sordo, persistente, que no aumentaba ni disminuía, como una presencia silenciosa instalada dentro de ella.

—Te han hecho un TAC —dijo el expolicía.

Agulló desvió la mirada un instante antes de volver a fijarla en él.

—Eres todo un romántico.

—No tienes hemorragia. Solo una conmoción leve y un par de costillas tocadas. Te darán el alta en un rato.

—Estupendo. Me encanta perder el tiempo aquí.

—El carácter, en cambio, sigue intacto.

—Tú, en tu línea —dijo ella, volviendo la cabeza hacia la puerta—. ¿Dónde está Costa?

—En la balsa.

Intentó incorporarse. El dolor llegó antes de que terminara el movimiento. Le atravesó las costillas y le recordó dónde estaba. Rojo se levantó despacio y le apoyó una mano en el hombro.

—Quédate quieta.

—No me hables como si tuviera ochenta años.

Él retiró la mano, pero no se apartó.

—Costa está con Bernal. Están todos bien. Iker Soria sigue vivo, Gómez ha acordonado la zona y Molina... Molina está teniendo una de esas noches en las que se le arruga el traje.

Agulló respiró despacio.

—¿Iker ha hablado?

Rojo la miró. En sus ojos había una sombra que llegó antes que las palabras. Ella entendió que sí. Y también comprendió que aquella confesión traía algo oscuro.

—Cuéntamelo.

—Te contaré lo justo.

—Rojo, por favor. Necesito saberlo.

—Esto es lo que me ha enviado Bernal.

Rojo sacó el móvil y pulsó reproducir. El audio llegó con interferencias, como una vieja cinta mal grabada. Al fondo se colaba el eco metálico de una caseta y una respiración nerviosa.

«Álex estaba dentro. O al lado. No lo sé porque apenas pude verlo. Tenía una manta térmica encima... Recuerdo eso. Y recuerdo el sonido... muy débil, como un jadeo... luchando por sacar aire».

Agulló se quedó inmóvil.

El monitor de la cama vecina dejó de existir durante un instante.

«¿Estaba vivo?».

«Sí».

Rojo cortó la grabación.

Agulló se quedó mirando el techo.

Parte de su carrera profesional la había pasado escuchando confesiones a medias, mentiras completas y testimonios destrozados por el miedo. Aun así, aquello encontró un lugar nuevo donde golpear.

Durante días había perseguido la sombra de un chico desaparecido. Y ahora, cuando ya había aceptado que no lo encontrarían con vida, la verdad regresaba fría y directa, como una bala que llevaba demasiado tiempo en el aire.

Álex había estado vivo en una balsa abandonada, en la oscuridad de un furgón, rodeado de gente que tuvo la oportunidad de pedir ayuda y escogió mirar hacia otro lado.

—Sigue —dijo.

Rojo dudó un instante.

—Deberías descansar.

—Sigue.

Reprodujo otro fragmento.

«Vives pagaría por su parte, pero el padre del crío también. Y eso no se arreglaba con una llamada».

Agulló volvió la cabeza hacia él.

—El padre del crío.

—Eso ha dicho.

—Rafael Roldán —murmuró ella, recordando el rostro de aquel hombre.

Rojo no respondió.

De pronto, Rafael Roldán dejó de encajar en el lugar donde Agulló lo había colocado. Las piezas se movieron solas y empezaron a tener sentido. La frialdad calculada, la obsesión con la fuga, la mochila, aquellas insinuaciones sobre Álex metiéndose en líos, la manera de mirar a Nuria sin llegar nunca a sostenerle la mirada. Ya no parecían detalles dispersos, sino partes de una misma estrategia. Algo que estaba lejos de ser solo una crisis matrimonial provocada por la pérdida.

Necesitaba que su hijo cargara con una sombra propia, con una responsabilidad de la que librarse él. Porque, si Álex era culpable de algo, entonces no tenía que ser la víctima de todo.

—El padre no sabía que su hijo iba a morir —dijo Agulló.

—No lo sabes.

—Pero sabía qué había en el vídeo que Álex grabó con el móvil.

—Eso es más probable.

—Y calló como un perro.

Rojo la observó con esa claridad implacable que tenía para separar los hechos de las excusas, una claridad que a menudo se confundía con crueldad.

—Eso sí.

La puerta se abrió y el subinspector Gómez entró con el móvil en la mano. Parecía haber envejecido diez años en una noche.

—Rubén Soria está en comisaría, con su abogada —anunció—. Ha solicitado declarar voluntariamente.

Rojo soltó una risa seca que no contuvo.

—Un ciudadano ejemplar.

Gómez ni lo miró.

—Ha dado una versión de los hechos.

Agulló se incorporó un poco, pese al dolor.

—Te escucho.

—Según su declaración, Iker lo llamó aquella noche totalmente fuera de sí. Al parecer, Daniel había golpeado a Álex. Así que Soria fue hasta allí para impedir que su hermano se viera arrastrado a algo más serio que una simple pelea.

—Vaya, qué noble.

—Dice que Álex se fue por su propio pie, magullado, pero nada más. Sin embargo, horas después, según él, Iker volvió a llamarlo, muy asustado. Entonces el chico estaba mucho peor de lo que habían pensado.

—Miente —respondió la inspectora, tensando el cuerpo.

—Reconoce haber contactado con Sergio Moya y Abel Ríos para recuperar el móvil de la víctima y evitar que el asunto trascendiera, pero niega haber dado órdenes de hacer daño a nadie. Asegura que solo intervino a petición de un adulto muy cercano a la familia Roldán.

—Rafael Roldán.

Gómez asintió.

—No lo nombra al principio. Luego ha insinuado que Rafael Roldán le pidió recuperar el teléfono de su hijo, porque contenía imágenes comprometedoras de varios adultos y porque temía que aquello destrozara su matrimonio. Según Soria, Álex estaba utilizando ese material para presionarlos.

Rojo dio un paso hacia la puerta.

—Ese hijo de puta.

—No —dijo Agulló.

Los dos la miraron.

—Eso es exactamente lo que quiere Soria: que lo veamos como un escándalo sexual, un chantaje, unos adultos intentando tapar sus vergüenzas y una pelea de chavales que acabó mal —explicó, buscando el sentido de aquel relato—. Un trabajo sucio que, según él, simplemente se les fue de las manos.

—Molina cree que esa declaración nos complica la investigación.

Agulló sonrió sin humor.

—Sin palabras.

—Inspectora.

—¿Qué más?

Gómez respiró hondo.

—Rubén ha entregado mensajes con Sergio Moya, el tipo que detuvimos en la nave industrial del polígono de Rabasa, pero están cuidadosamente seleccionados. Soria reconoce lo justo para admitir una limpieza de pruebas, mientras desplaza toda la responsabilidad directa hacia Moya y Daniel. Presenta a su hermano Iker como un chico inestable, a Claudia Vives como una menor sobreprotegida por su padre, y sostiene que cualquier acusación relacionada con la balsa no es más que el intento desesperado de un hermano asustado por salvarse a sí mismo.

—Vaya con el protector. Los lleva a todos al matadero.

—Sí.

—No —dijo Rojo—. Está haciendo algo más inteligente. Está mezclando verdad con mentira en la justa medida, para que todo parezca coherente y natural.

Agulló miró a Gómez.

—¿Qué piensa Molina? ¿Le cree?

—Molina quiere agarrarse a la versión que le permite cerrar el caso como una pelea, un empleado de Rabasa y un simple encubrimiento parcial.

—Claro. Sin complicaciones.

La puerta se abrió otra vez.

Esta vez entró Costa.

Venía cubierto de barro hasta las rodillas. La ceja abierta le oscurecía media mirada y la camisa, arrugada y manchada, parecía el uniforme de alguien que llevaba demasiadas horas persiguiendo respuestas. Al verla en la cama, algo cruzó fugazmente por su rostro, antes de que pudiera ocultarlo. Fue apenas un instante, pero bastó para que todo lo demás desapareciera.

Incluso la presencia de Rojo.

—Costa —dijo ella, sorprendida.

—¿Estás bien?

—Mejor de lo que parece.

Costa se acercó a ella.

—Bien. Eso significa que sigues siendo tú.

Rojo se retiró discretamente hacia un lado de la sala, con esa cortesía silenciosa de quien sabe cuándo su presencia sobra. Agulló advirtió el gesto. Costa también.

—Iker Soria está con Bernal —dijo Costa—. Está protegido. Ya ha empezado a declarar. Le han asignado un abogado de oficio y viene de camino. No lo he dejado solo ni un minuto.

—Gracias.

La palabra fue casi un susurro, pero Costa la acogió con una seriedad que revelaba cuánto significaba para él.

Luego sacó el móvil.

—Tenemos algo más, jefa.

Ella se enderezó.

—Iker Soria no recuerda el nombre del lugar. Solo una imagen que se le quedó grabada: unos palés rojos y una propiedad relacionada con Vives. Bernal ha hablado con Ruiz mientras venían hacia aquí. Vives Mediterráneo Gestión aparece como propietaria de una parcela logística en Agua Amarga.

—¿Eso es...?

—Entre la Rambla de las Ovejas y Urbanova —señaló Rojo.

—Sí —confirmó Costa, lanzándole una mirada rápida—. Sobre el papel, la empresa lleva meses sin actividad. Pero en una imagen antigua de Google Street View aparecen varios palés rojos apilados junto a una nave baja. A veces la gente recuerda detalles así, que son justo los que te llevan al sitio correcto.

Gómez frunció el ceño.

—Eso no basta para entrar en la propiedad.

—No, claro que no —dijo Costa—. Pero escucha esto.

Sacó el móvil y buscó un archivo.

Después pulsó el botón de reproducir.

La voz de Iker llegó envuelta en ruido de fondo, agotada, como si cada palabra le costara un esfuerzo físico.

«Rubén dijo que en la balsa ya no se podía hacer nada. Que allí se había acabado el problema. Luego dijo: “Al sitio de Vives. Allí nadie mira, ni los municipales se meten”».

—Agua Amarga —repitió la inspectora.

Costa asintió.

—Detrás de los estudios de cine. Una zona de naves industriales, parcelas cerradas y caminos que llevan hacia la costa y la depuradora. De noche apenas hay luz y no se patrulla mucho por allí, porque la mayoría son empresas fantasma y almacenes vacíos. Encaja con el plan.

Gómez ya estaba mirando su tableta.

—Pediré una autorización.

—Pídela bien —dijo Agulló—. Por posible homicidio, ocultación de cadáver, posible agresión sexual registrada parcialmente en vídeo y encubrimiento organizado.

—No sabemos que haya sido una agresión sexual —dijo Gómez, reacio a seguir la orden.

—Sabemos que había una chica incapaz de defenderse. Sabemos que por eso Claudia tenía miedo y que Álex grabó un vídeo donde aparecen dos adultos. Al menos, sabemos que eso es lo que Rubén Soria está intentando enterrar. También sabemos que Vicente Vives pagó a Soria para que se encargara de ello, mientras Rafael Roldán callaba como un cobarde y movía cielo y tierra para recuperar el móvil de su hijo, sin que se enterara su mujer. Si seguimos llamándolo escándalo, estaremos dándole la razón a Rubén Soria. Si lo llamamos por su nombre, la verdad dejará de esconderse detrás de las palabras.

Rojo la miró sin intervenir.

Costa también.

Gómez tragó saliva.

—Molina no va a querer meter eso en la solicitud sin confirmación.

—¿De nada ha servido lo que te he dicho, Gómez?

El móvil de Costa vibró.

—Es Ruiz.

Contestó en altavoz.

—Dime, estoy con la inspectora.

La voz de Ruiz llegó acelerada.

—He recuperado algunas miniaturas del volcado preliminar del móvil de la víctima. El vídeo sigue incompleto, pero han quedado previsualizaciones residuales. No es mucho, aunque podría sernos útil...

—Habla claro —dijo Agulló.

—Son imágenes de la sala privada de Los Olivos —dijo Ruiz—. Se distinguen dos hombres adultos, aunque solo de forma parcial. También aparece una chica sentada en un sofá o en una butaca. Todavía no puedo

identificarla, y con los hombres tampoco tengo una identificación fiable, aunque son más corpulentos que ella.

—Eso no nos vale.

—Pero uno de los fragmentos conserva parte del audio.

—¿Qué audio?

Ruiz dudó.

—Una voz masculina pide que no graben... Después se oye otra voz, más joven. Creo que es la de Álex. Dice algo como que eso está fatal. A continuación, hay un silencio breve. Luego un golpe seco, como algo cayendo o alguien chocando con algo. Después pierdo el sonido hasta que aparece un ruido de fondo.

Rojo bajó la mirada.

Costa cerró la mano libre.

Agulló volvió a mirar a Gómez.

—Ahora sí.

Gómez asintió una vez.

—Sí, jefa.

Y salió de la sala hablando por teléfono.

Costa se quedó junto a la cama. Rojo, a la puerta. Los dos en silencio, cada uno ocupando un tipo distinto de preocupación.

Agulló se quedó pensativa un momento, buscando el pespunte que se le escapaba. Rubén había llegado primero a comisaría. Había puesto una versión sobre la mesa. Había nombrado lo justo para que todo pareciera sucio, confuso y negociable.

Pero se había equivocado en una cosa.

Agulló movió las piernas y se sentó sobre la cama.

—Costa.

—¿Sí?

—No esperéis a que Molina entienda lo que está pasando. Cerrad inmediatamente los alrededores y los accesos a la zona industrial de Agua Amarga.

—Gómez ya está en ello.

—¿En serio? No podemos esperar a que Gómez tome una decisión.

Costa sostuvo su mirada.

—Está bien. Tienes razón.

Por primera vez en toda la noche, Rojo sonrió de verdad.

Agulló miró la vía en su brazo, la luz blanca, el techo barato del hospital.

—Entonces dame un teléfono. Será mejor que te eche una mano.

56

Agulló vio el polígono de Agua Amarga por primera vez a través de la pantalla del móvil de Costa.

No estaba allí.

Y, por una vez, era exactamente donde debía estar.

Seguía sentada en el sofá de su apartamento, con dos costillas que le recordaban cada respiración, una bolsa de hielo apoyada sobre el hombro y Rojo junto a la ventana del salón, observando la rambla de Méndez Núñez como si esperara que la ciudad le revelara algo. Aún le resultaba extraño tenerlo allí, después de todo lo que había ocurrido entre ellos.

Extraño, pero ya no incómodo.

Algo había cambiado.

La imagen temblaba ligeramente mientras Costa avanzaba. Era suficiente.

Luces de vehículos sin distintivos. Una verja industrial cerrada con una cadena demasiado nueva para aquel lugar. Matorrales resecos. Una nave baja de hormigón. Un cartel descolorido de Vives Mediterráneo Gestión. Y, al fondo, alineados junto a una pared de bloques, varios palés pintados de rojo.

Nada parecía importante por separado.

Juntos, eran otra cosa.

Rojo se inclinó sobre el respaldo del sofá. Observó la imagen en silencio, como quien estudia una escena del crimen antes de decidir si merece la

pena recordarla.

—Bonito lugar para desaparecer —dijo al fin.

Agulló siguió mirando la pantalla.

—Cállate. No puedo oír lo que dicen.

Costa hablaba en voz baja, con la respiración algo tomada. Había viento en el micrófono. O quizá era el mar, lejos, mezclado con el zumbido de la depuradora y las carreteras de servicio. Agua Amarga tenía ese tipo de sonido: industrial, húmedo, incómodo.

—Gómez ha conseguido autorización para entrar —dijo Costa—. Es limitada: posible ocultación de pruebas y riesgo para un testigo. La línea de homicidio la están ampliando ahora mismo con Fiscalía.

—Que entre Científica detrás, no delante —dijo Agulló.

—Lo sé.

—Y que nadie pise junto a los palés.

—También lo sé.

Rojo sonrió apenas.

—Está encantado de que le des órdenes desde el sofá.

Agulló le lanzó una mirada.

—Si vuelves a hablar, te echo.

—No puedes levantarte.

—Puedo lanzar cosas.

Costa oyó la última frase.

—¿Todo bien por ahí?

Agulló miró a Rojo. Él se apartó de la ventana con las manos en alto, fingiendo obediencia.

—¿Tienes cerveza en la nevera? —preguntó, y desapareció tras el sofá.

—Todo perfecto —contestó Agulló—. Enseña la entrada.

La imagen tembló un instante antes de estabilizarse. Costa avanzaba hacia la verja, con Bernal a su lado. Ella llevaba el chaleco abierto sobre la ropa oscura, una linterna en una mano y una carpeta transparente bajo el brazo. Más allá del alcance de la cámara, Gómez distribuía a las unidades con esa mezcla de prisa y cautela que imponían las noches en las que nadie sabía todavía qué iba a encontrar.

Iker estaba ya bajo custodia, lejos de allí, acompañado por un abogado de oficio. Bernal había necesitado veinte minutos para convencerlo de algo tan simple como difícil: que dejar de obedecer a su hermano no significaba una sentencia de muerte.

Agulló observaba la pantalla sin pestañear. Habría querido estar allí. No por orgullo, ni por afán de mando. Porque algunas cosas solo se comprenden cuando se ven con los propios ojos.

Costa dirigió la cámara hacia los palés rojos.

—Ahí están.

No eran muchos. Quizá una docena, sospechó la inspectora. Estaban apilados con un orden que resultaba extraño en aquel lugar. Dos filas muy rectas. La pintura roja se había desconchado en las esquinas, pero la parte frontal conservaba un aspecto reciente, como si alguien hubiera pasado por allí hacía poco.

Agulló se inclinó hacia la pantalla.

Rojo dio un paso hacia ella.

—No.

—Ni siquiera he dicho nada.

—No hace falta.

Agulló no respondió.

Costa acercó la cámara.

—No veo nada detrás.

Agulló observó los palés unos instantes antes de contestar.

—Precisamente por eso. No los mováis. Rodeadlos primero.

La imagen osciló ligeramente. Bernal apareció junto a la pared del fondo.

—Detrás hay una caseta de obra. La puerta está cerrada. El candado parece viejo, pero el bombín no.

Rojo dejó escapar una risa seca, sin humor. Había sacado una Estrella Galicia de la nevera y bebió un sorbo sin apartar la vista de la pantalla.

—Esto empieza a oler raro.

Agulló no respondió. Seguía observando las imágenes.

—¿Se ven marcas de neumáticos?

Costa enfocó el suelo. Tierra compactada, surcos de neumáticos y zonas de grava desplazada por el paso repetido de vehículos.

—Las marcas llegan hasta la nave. Hay varias, pero no puedo decir de cuándo son.

—¿Y junto a los palés?

La luz de la linterna recorrió el suelo con lentitud. Allí las huellas eran escasas, como si alguien se hubiera esforzado por no dejar rastro. O hubiera vuelto después para borrar las que ya existían.

—Las han barrido —dijo Agulló.

Costa no respondió. La cámara se detuvo sobre una franja de tierra extrañamente lisa, peinada con algo ancho.

Rojo observó la imagen unos segundos.

—Lo curioso de borrar huellas es que acabas dejando otras más visibles.

Agulló alzó la vista hacia él.

—Esa la puedes repetir.

Rojo sonrió apenas.

—La apunto para cuando publique mis memorias.

La voz de Bernal llegó desde la pantalla:

—Gómez pide permiso para forzar el candado.

Agulló resopló.

—Decidle a Gómez que deje de pedir permiso para respirar y actúe como inspector.

Costa soltó una risa breve antes de apartarse y transmitir la orden. La imagen tembló mientras un agente acercaba una cizalla a la cadena. El chasquido del metal al ceder llegó al salón, seco y brusco, como una mordida.

La puerta de la nave se abrió lentamente, arrastrando un gemido oxidado.

Más allá solo había oscuridad.

Costa entró detrás de dos agentes. Durante unos segundos, la cámara no mostró más que sombras y reflejos inciertos. Cuando la imagen se estabilizó, Agulló distinguió el polvo suspendido en el aire, inmóvil como una niebla vieja. Después aparecieron las estanterías vacías, los bidones de plástico, una carretilla oxidada, restos de embalajes, palés rotos y varios sacos de cemento apilados contra la pared.

Nada.

La decepción llegó sin aspavientos, fría y familiar.

Otra vez un callejón sin salida.

Sintió el peso sordo de los latidos en el pecho.

Aquello no encajaba.

Se negó a creerlo. No después de todo lo que habían seguido hasta allí. No podía tratarse de otra habitación vacía, otro escondite abandonado que insinuaba respuestas para luego devolverles únicamente polvo y silencio.

Costa siguió avanzando despacio, dejando que el haz de la linterna registrara cada rincón de la oscuridad.

—La nave está limpia.

—¿A qué huele? —preguntó Agulló.

Costa se quedó inmóvil unos segundos, concentrado.

—Humedad, cemento y plástico. Algo de gasóleo. Y... un momento. Hay algo más.

La cámara giró despacio hacia el fondo de la nave. Detrás de una lona gris apareció una puerta estrecha que daba a otra estancia. La lona estaba fijada con tiras de cinta americana todavía claras, sin polvo.

Bernal se acercó y enfocó con la linterna.

—Aquí hay algo.

Agulló dejó la bolsa de hielo sobre la mesa, sin apartar la vista de la pantalla.

Rojo lo advirtió al instante.

—Ni se te ocurra levantarte.

—No pensaba hacerlo.

—Claro.

Ella resopló.

En la pantalla, Costa retiró la lona sin tocarla directamente. La puerta de detrás no tenía pomo. Solo una placa metálica y una rendija baja.

—Parece un cuarto técnico —dijo Bernal, observando la puerta—. O lo que antes fue la sala de bombeo de la parcela.

Costa enfocó el suelo. Delante de la puerta había marcas de arrastre, cemento más claro en una zona rectangular y restos de polvo blanco junto a la pared.

—No busquéis agua —dijo Agulló.

Costa se quedó inmóvil.

—¿Qué?

Agulló tardó unos segundos en responder. Miraba la pantalla, pero en realidad estaba viendo otra cosa, una idea que acababa de encajar donde antes solo había fragmentos.

—Lo mismo que le dije a Rojo. Estamos mirando en el sitio equivocado. Si lo sacaron de la balsa, no iban a esconderlo en otra. Buscaron un espacio que nadie tuviera motivos para abrir.

Guardó silencio un instante.

—Algo cerrado desde hace tiempo.

Rojo se inclinó sobre la pantalla.

—El suelo.

—Sí —dijo Agulló—. Mirad en el suelo.

Costa bajó la cámara.

Había una placa de cemento más reciente en una esquina, casi escondida tras los sacos. No llamaba la atención. De hecho, estaba hecha para no hacerlo. Para pasar desapercibida ante unos ojos cansados.

Pero una vez que la vieron, ya no pudieron ignorarla.

El cemento tenía otro tono.

Un rectángulo demasiado uniforme en medio de la suciedad y el desgaste.

Bernal le susurró al compañero:

—Costa.

Este no apartó la vista del suelo.

—Sí. Yo también lo veo.

En ese momento, Gómez apareció en el encuadre. La luz fría le había vaciado el rostro de color y le hundía sombras oscuras bajo los ojos.

—No podemos levantar el suelo, sin una ampliación de la autorización judicial.

—Gómez, escúchame —dijo Agulló por el altavoz—. ¿Has perdido el juicio?

—No estás en situación de dar órdenes, inspectora.

—Tienes la declaración de Iker Soria situando a Álex vivo en la balsa junto a Rubén, el recorrido que nos ha traído hasta aquí, los palés rojos y una losa de cemento recién vertida en una parcela de Vives. Si no, ¿qué coño hacéis ahí?

—Ya me has oído. Soy responsable de esta operación y...

—¡Al carajo tu responsabilidad!

Gómez se acercó al altavoz.

—Escucha, Agulló. Si sigues presionándome de esta manera, lo reflejaré en el informe.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero todas las piezas apuntan al mismo sitio. Si te quedas esperando a que Molina se decida, cuando esto salga a la luz, nadie te tomará en serio por el resto de tu carrera. Y créeme, eso pesa mucho más que cualquier sanción.

Gómez apartó la vista de la cámara.

—Voy a llamar a Fiscalía.

—Llama, pero no esperes para asegurar la zona. Acordona ahora y pide a la Científica que documente cada centímetro como posible ocultación de cadáver.

Se hizo un silencio breve.

Costa sostuvo la cámara hacia Gómez. La luz cruda le afilaba los rasgos. Parecía un hombre que acababa de darse cuenta de que la salida más fácil había desaparecido.

—Hazlo —dijo Costa.

—¿Tú... también?

—Ya me has oído.

Gómez pasó la vista de Costa a Bernal y, por último, a la pantalla, como si pudiera encontrarse con los ojos de Agulló al otro lado.

Tomó aire.

—¡Acordonad la zona! —ordenó—. ¡Nadie pisa ese rectángulo! ¡Nadie toca los sacos! ¡Quiero fotografías, vídeo y una llamada con Fiscalía inmediatamente!

Agulló soltó el aire muy despacio.

Rojo recogió el hielo de la mesa y se lo devolvió. Luego le acercó su botellín de cerveza.

—Toma. Te lo has ganado.

Esta vez no discutió y aceptó el trago. La cerveza le supo a gloria.

***

Durante diez minutos, el tiempo dejó de avanzar y se limitó a generar ruido blanco. Agulló escuchó el murmullo de voces amortiguadas, pasos de ida y vuelta sobre el hormigón y órdenes que se perdían en el aire antes de confirmar, con esa parsimonia funcionarial, lo que todos ya sospechaban.

Costa volvió a conectar por videollamada.

—Buenas noticias, jefa. Fiscalía acaba de autorizar la intervención urgente, si acreditamos riesgo de pérdida de prueba. Los de la Científica ya están entrando.

La cámara mostró el rectángulo de cemento bañado por la luz de varios focos portátiles. Un técnico trabajaba de rodillas junto al borde, examinándolo centímetro a centímetro. Otro documentaba la escena con fotografías. Al fondo, Bernal observaba en silencio, con una mano apoyada en la radio.

—No necesito todos los detalles —dijo Agulló.

Costa frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Cuando lo encontréis, no me hagas un informe. Solo dime si es él.

Costa no respondió.

El primer golpe contra el cemento sonó hueco.

Rojo se quedó quieto con el botellín en la mano.

El segundo golpe sonó peor.

Más profundo.

Y entonces, desde el otro lado del teléfono, alguien dijo:

—Parad.

Un silencio largo.

El corazón de la inspectora latía con más y más fuerza.

La imagen de Costa vaciló un instante. No apuntaba ya al suelo, sino a su propia mano, manchada de polvo blanco hasta los nudillos.

—Costa.

Él tragó saliva.

—Hay una cavidad.

Bernal apareció detrás. Tenía el rostro gris bajo la luz artificial.

—Hay una lona.

Agulló no dijo nada.

Rojo dejó la botella vacía sobre la mesa sin hacer ruido.

En la pantalla, Costa levantó la cámara despacio, como si el simple gesto pudiera contener lo que acababan de encontrar. No enfocó el interior de la cavidad. No mostró la lona. No mostró nada.

Y Agulló sintió un alivio extraño, casi culpable.

Había escenas que una podía perseguir durante semanas y, aun así, no estar preparada para ver, cuando por fin aparecían.

La respiración de Costa llenó el silencio.

—Agulló.

Ella aferró el móvil con fuerza.

—Dime.

Al otro lado hubo un ruido de pasos, una voz lejana, alguien dando instrucciones.

—Es él —dijo Costa.

Las palabras cayeron con una sequedad brutal.

Sin consuelo.

Como el chasquido de una cerradura al otro lado de una puerta.

57

Nadie está preparado para encontrar el cadáver de otra persona.

Ni los policías que llevan media vida entrando en habitaciones donde el tiempo se ha detenido, ni los forenses, ni los periodistas, ni los padres. La muerte siempre llega con ventaja. Uno puede acostumbrarse a su olor, a los procedimientos, a las palabras que se usan para domesticarla en los informes, pero nunca a su presencia. Siempre queda una parte de ti —pequeña, obstinada, infantil incluso— que cree que esta vez las cosas serán distintas, que llegarás un minuto antes de que todo se rompa.

Y cuando ves el cuerpo, entiendes de nuevo la misma verdad incómoda: nadie está preparado para la muerte. Solo aprendemos a fingir que lo estamos.

La inspectora Agulló no se estremeció.

Eso fue lo primero que le dio miedo de sí misma.

No lloró cuando Costa dijo que era él.

Ni cuando Bernal salió de la nave con el rostro pálido y la necesidad urgente de aire.

Ni siquiera cuando Gómez, con una voz gastada por el trabajo, confirmó que la identificación visual preliminar apuntaba a Álex Roldán.

No lloró.

Y eso fue lo que más la inquietó.

Porque no sentía frío.

Ni rabia.

Ni alivio.

Solo una quietud extraña.

Rojo tampoco dijo nada. Se dejó caer en la butaca de enfrente y permaneció allí, observándola sin observarla, dejando que el silencio ocupara el espacio que las palabras habrían estropeado.

Entonces volvió a sonar el teléfono.

Era Ruiz.

Agulló respondió y activó el altavoz.

—Dime que no es otro milagro técnico.

—No. Los milagros suelen tener más presupuesto.

Ruiz intentó que sonara a broma, pero el cansancio le rompió el remate.

—He seguido trabajando con las miniaturas del móvil de Álex. Muy despacio, sin tocar el terminal más de lo imprescindible. El laboratorio hará el análisis de verdad, pero hay algo que necesitáis saber cuanto antes.

Rojo alzó la vista.

Agulló sujetó el móvil con las dos manos.

—¿Qué has encontrado?

—Una previsualización asociada a un archivo de vídeo. El vídeo completo aún no lo tengo, pero sí un fotograma guardado. Se ve parte de la sala privada. Aparecen dos hombres adultos. Uno encaja bastante con Vicente Vives. Te diría que es él por la complexión, el pelo, incluso el reloj. El otro…

Ruiz se detuvo.

Agulló ya sabía que no iba a gustarle la explicación.

—El otro, ¿qué?

—Necesito confirmación, pero se parece mucho a Rafael Roldán.

Ella lo sabía.

Ahora podía demostrarlo.

—¿Y la chica?

El informático tardó medio segundo en responder.

—No se le ve bien la cara. Está recostada en un sofá o una butaca, como si apenas pudiera mantenerse despierta. No parece plenamente consciente. He intentado limpiar el audio todo lo que he podido y creo que la llaman Nerea o algo parecido.

Rojo se inclinó hacia delante.

—Personal del club.

—Eso creo —dijo Ruiz—. He cruzado deprisa con los listados que teníamos de los empleados de Los Olivos. Aparece una Nerea Salas, veinticuatro años, contratada esa noche como chica de imagen en la sala, por llamarlo de alguna manera.

—¿Dónde vive?

—Tiene un domicilio antiguo en San Vicente. El teléfono lleva semanas apagado, pero sigue dejando rastro administrativo. Al menos en las bases de datos no figura como fallecida.

—Localízala.

—Ya estoy tirando de padrón, Seguridad Social y contactos. Bernal tendrá que hacerlo con cuidado.

—Sin filtraciones, por favor.

—Vale.

La llamada quedó en silencio unos segundos.

Luego Ruiz añadió:

—Agulló.

—¿Sí?

—Hay un fragmento en el audio residual. Está muy degradado, pero creo que os interesa escucharlo.

Rojo levantó la vista. Agulló tomó aire despacio.

—Ponlo.

Ruiz reprodujo el archivo. Primero llegó el rumor apagado de la música, grave y lejana. Después, una voz masculina, distorsionada pero inteligible, habló demasiado cerca del micrófono:

—Que no grabe, coño.

A continuación, se oyó un movimiento brusco, un golpe contra algo y después una voz joven, probablemente la de Álex Roldán, muy agitada.

—¡Está fatal, tío!

—¡Rafa! Saca a tu hijo de aquí. ¡Joder!

El audio terminó.

La frase se quedó suspendida en el salón.

Por fin tenía algo sólido. Algo que arrancaba a Rafael Roldán de la cómoda coartada de la ignorancia. Había estado allí y después había hecho lo único que llevaba años haciendo: callar.

El teléfono vibró con otra llamada.

Ahora era Gómez.

Agulló respondió.

—Ya lo sé.

—¿Qué sabes?

—Tenemos la prueba que desmonta y acusa a Rafael Roldán.

Gómez soltó aire.

—Entonces tenemos que hablar de Rubén Soria.

Agulló cambió de postura con cuidado.

—Te escucho.

—Sigue en comisaría. Su abogada intenta dar por cerrada la declaración. Molina quiere esperar al informe oficial del levantamiento antes de mover ficha contra Vives o contra Roldán. Dice que, si nos adelantamos, podemos cargarnos la investigación entera.

—Molina acaba de descubrir la prudencia.

—No es prudencia. Es miedo. Está acojonado.

—Lo sé.

Gómez bajó la voz.

—Lo mejor de todo esto, si es que hay algo bueno... —dijo, limando por primera vez las asperezas que había entre los dos—, es que Rubén Soria todavía no sabe que hemos encontrado el cadáver de Álex Roldán.

Agulló buscó la mirada de Rojo. Él entendió lo que estaba pensando antes de que tuviera que decir una sola palabra.

—No se lo digas —dijo él.

Agulló asintió despacio.

—Gómez, escúchame. No le digas lo de Álex Roldán. Lo mejor es que no le cuentes nada.

—¿Entonces?

—Pregúntale por Nerea Salas.

—¿Nerea Salas? ¿Quién es?

—Una chica de imagen que trabajó en el club la noche de la desaparición de Álex Roldán. Pero eso no importa ahora y no tenemos tiempo para explicarlo todo. Simplemente no le acuses de nada. Pregúntale si la conoce.

—¿Y si no reacciona?

—Entonces continuamos con lo establecido.

—¿Y si reacciona?

—Entonces sabremos qué parte del vídeo le da más miedo.

Gómez no respondió enseguida. Al otro lado llegó el golpe seco de una puerta, luego pasos rápidos sobre un suelo duro y un murmullo de voces filtrado por la distancia. Durante unos segundos solo hubo ese ruido de

fondo, como si hubiera apartado el teléfono y estuviera decidiendo cuánto quería contar.

Rojo se levantó y fue otra vez hacia la ventana. Se quedó mirando las luces de la ciudad, con esa inquietud física de quien necesita encender un cigarrillo para ordenar las ideas. Sin embargo, por alguna razón que nunca explicaba, se negaba a fumar allí dentro.

—¿Estás segura de lo que haces? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué?

—Te estás jugando el puesto.

—Estoy de baja, no suspendida.

—Molina disfrutará la diferencia.

—Molina disfruta poco. Por eso está así.

Gómez volvió a la llamada.

—Voy a entrar. Te dejo en escucha, ¿entendido? Nada de intervenir.

—Tranquilo, no voy a hablar.

Rojo arqueó una ceja.

Agulló lo señaló con el dedo.

—No voy a hablar si no hace falta.

58

La línea cambió de sonido. El eco seco de una sala cerrada sustituyó el murmullo de fondo. Se oyeron papeles desplazándose y la voz de la abogada, seria e impaciente. Después llegó la de Gómez, más serena y precisa de lo habitual.

—Señor Soria, antes de suspender la declaración, necesito aclarar una cuestión.

Rubén respondió con sosiego.

—Pensaba que ya habíamos terminado.

—Solo una aclaración.

—Mi cliente no responderá a preguntas nuevas sin conocer su relevancia —intervino la abogada.

Gómez no se alteró.

—¿Conoce usted a Nerea Salas?

Rubén Soria tardó un segundo de más en responder. Un segundo apenas perceptible, pero suficiente para que algo cambiara en la sala de interrogatorios.

—No sé quién es —dijo al fin.

—¿No?

—No.

—Trabajó como auxiliar de sala en Los Olivos la noche en que desapareció Álex Roldán.

La abogada intervino de inmediato:

—¿Qué tiene que ver eso con la declaración de mi cliente?

Rubén habló demasiado pronto.

—Esa chica no va a decir nada.

La abogada se pronunció en voz baja.

—Rubén...

Gómez mantuvo la voz neutra.

—¿Por qué no va a decir nada?

Rubén Soria rectificó.

—Quiero decir que no sé qué podría aportar. Si trabajaba allí, estaría rodeada de gente. No sé.

Desde el sofá del salón, Agulló hizo un esfuerzo por contener sus palabras.

—Ya lo tienes —dijo Rojo, sin voz.

En la línea del teléfono, Gómez cerró una carpeta.

—Suspendemos aquí. Señor Soria, queda usted detenido por su presunta participación en delitos de encubrimiento, coacciones y manipulación de pruebas. También por cualquier responsabilidad penal que pueda desprenderse de la investigación sobre la desaparición y muerte de Álex Roldán.

La abogada protestó de inmediato. Rubén intentó imponerse a su voz. Durante unos segundos, la sala quedó atrapada en ese ruido seco y burocrático que a veces parecía más implacable que cualquier confesión.

Agulló cortó la escucha.

No necesitaba más.

Pensativo, Rojo volvió a sentarse en el sofá junto a ella.

—No ha confesado.

—No.

—Pero ha abierto la puerta.

—Sí.

El teléfono volvió a sonar.

Era Costa.

Agulló contestó.

—Dime.

Costa tardó unos segundos en hablar. Al fondo llegaban voces dispersas y el crujido de botas sobre la grava.

—Científica confirma que el enterramiento es reciente y que estaba oculto bajo la solera. Ya están preparando el traslado. No puedo darte más detalles por teléfono.

—No los quiero.

—Bernal está con Iker. Gómez ya ha formalizado la detención de Rubén y Ruiz está localizando a Nerea Salas.

Agulló apoyó la cabeza contra el sofá.

—Bien.

—Al final, Gómez es policía y todo.

—Sí.

La afirmación salió de su boca sin convicción.

Nada estaba bien.

Álex Roldán estaba muerto. Nuria Sempere seguía flotando en esa bendita ignorancia que precede al abismo, ajena al hachazo que estaba a punto de partirle la vida en dos. Y Rafael Roldán andaba por ahí fuera, arrastrando las botas por algún callejón de Alicante, aferrado con las uñas a los restos de una existencia que ya se había desintegrado a sus espaldas sin que su cerebro quisiera procesar el derrumbe.

Mientras tanto, en la parte alta de la ciudad, Claudia Vives continuaba agazapada tras el blindaje de su apellido. Su padre, ese viejo zorro, ya estaría descolgando teléfonos, moviendo peones en un tablero de abogados caros, contactos en la Delegación del Gobierno y cualquiera con el precio suficiente para maquillar la realidad hasta volverla una versión de oficina, limpia y digerible. O tal vez, si el tipo era tan listo como decían los sumarios, ya estaría preparándole una salida de emergencia por la puerta de atrás, antes de que los juzgados empezaran a oler a sangre.

Y, sin embargo, el aire de la mañana traía algo nuevo.

Un olor distinto.

Por primera vez desde que abrieron el caso, la coraza de Rubén Soria tenía una línea de fractura milimétrica, casi invisible a ojos de los civiles. Pero era lo bastante profunda como para que ni todo el dinero de los Vives, ni las declaraciones firmadas bajo coacción pudieran volver a sellarla.

Molina podía intentar taparlo. La Fiscalía podía arrastrar los pies. Pero cuando el hormigón empieza a ceder, solo es cuestión de tiempo que el peso del techo termine por aplastarte la cabeza.

—Agulló —la voz de Costa llegó por el auricular.

—¿Qué?

—Lo encontramos.

Fue un puñetazo directo al esternón.

Pero también hizo algo más: devolvió a Álex al mundo real. Lo arrancó de la señal falsa, de los titulares. Le devolvió un lugar. Terrible, tardío, pero real.

—No lo dejéis solo —ordenó Agulló, apretando el teléfono contra la oreja hasta que le dolió el cartílago—. Ni un solo segundo.

—No.

Agulló tragó una saliva que sabía a hiel.

—Y, Costa...

—¿Sí, jefa?

—Gracias.

El silencio al otro lado de la línea se estiró, pesado como el plomo.

—Hemos llegado tarde —soltó Costa por fin.

Esta vez ella no dudó. Conocía esa culpa; era el uniforme diario de cualquier policía de homicidios.

—No. Hemos llegado tarde para salvarlo. No para encontrarlo.

Costa no replicó. Quizá porque no pudo.

La llamada murió con un clic.

***

Agulló dejó caer el móvil sobre la madera de la mesa. Se quedó mirándolo unos segundos, fija, como si esperara que la pantalla escupiera un milagro o una última línea de sangre.

—Tengo que ir a ver a Nuria —dijo, sin mirar a su acompañante.

Rojo se despegó de la pared, rompiendo la geometría de las sombras.

—No esta noche. Y mañana tampoco deberías.

—Eso ya lo discutiremos mañana.

Él la diseccionó con la mirada durante tres segundos eternos. Luego dejó escapar el aire por la nariz.

—Será mejor que me vaya a casa.

—Sí.

La palabra flotó entre ambos, sólida y helada, como un bloque de hielo que ninguno se atrevía a empujar.

El silencio fue colonizando el apartamento, rincón a rincón, con terquedad de cementerio. Rojo terminó cediendo primero. Agarró la

cazadora de cuero del respaldo de la silla con un movimiento fluido y enfiló el pasillo hacia la puerta principal. Caminaba sin prisa, con la espalda ancha encorvada por el peso de demasiados sumarios sin resolver y derrotas acumuladas.

La marcha del tipo que sabe que un solo gesto de más puede reventar el frágil equilibrio que mantiene el techo sobre sus cabezas.

Cuando la mano de Rojo rozó el pomo de la puerta, Agulló se puso en pie por puro impulso. El movimiento brusco le pasó factura de inmediato: un dolor afilado como una aguja al rojo vivo le atravesó el costado lesionado.

—Joder —masculló, doblándose sobre sí misma.

Rojo pivotó sobre los talones al instante.

—¿Qué demonios haces? Siéntate.

Ella negó con la cabeza, apretando los dientes.

—Rojo.

El inspector se quedó clavado al otro lado del recibidor. La distancia era ridícula, apenas cuatro metros de pasillo con tarima flotante, pero hacía meses que entre ellos los kilómetros se medían en silencios y sospechas. Entre ambos se amontonaban semanas de guardias infames en coches que apestaban a comida rápida, discusiones a gritos en despachos cerrados, mentiras corporativas y rostros de muertos que se negaban a desaparecer cuando cerraban los ojos.

Había demasiado café frío en vasos de plástico y esa intimidad retorcida que solo comparten dos personas que se asoman al mismo precipicio todos los días.

Agulló avanzó despacio. Dio un paso y luego otro, más lenta de lo que le habría gustado, como si cada movimiento tuviera que abrirse camino entre todo lo que había quedado sin decir.

Rojo no se movió. No acortó la distancia, pero tampoco reculó. Simplemente esperó, con la paciencia de quien entiende que hay decisiones que nadie puede tomar por otro.

Cuando llegó a su altura, ella le puso una mano en el antebrazo. Bajo el tejido basto de la chaqueta, sintió el músculo rígido, vibrando como un cable de alta tensión. Comprendió que Rojo también llevaba demasiado tiempo cargando con fardos que no le correspondían.

—¡Gracias! —dijo ella.

Rojo torció el gesto en una mueca que quería parecer una sonrisa, pero se quedó en un amago exhausto.

—No me habías dado las gracias en todo el día, Agulló. Mal negocio.

—No lo digo por el caso.

La falsa sonrisa se extinguió.

El aire se volvió quirúrgico.

Rojo entendió el código. Sabía perfectamente de qué puente estaban hablando y, sobre todo, qué abismo estaban intentando rodear de puntillas.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. La luz cálida del salón se derramaba sobre los muebles y dibujaba sombras suaves en el rostro de Rojo. Agulló lo observó en silencio y pensó que hay algo profundamente injusto en descubrir de verdad a una persona, justo cuando todo a tu alrededor empieza a desmoronarse.

Aquel era, sin duda, el peor día imaginable para sentir algo que se pareciera a la felicidad, y quizá precisamente por eso resultaba tan imposible fingir que no estaba ocurriendo.

Tragó saliva, reunió el valor que le quedaba y dio el último paso que los separaba.

Lo abrazó.

Rojo tardó una fracción de segundo en reaccionar, el tiempo necesario para que su cerebro de expolicía viejo procesara que aquello no era una trampa de la fatiga. Luego la rodeó con los brazos, despacio, con una delicadeza tosca y pesada que ella nunca le había visto, pero que encajaba perfectamente con sus costillas heridas. La sostuvo como si supiera que, detrás de esa fachada de inspectora de hierro, había una estructura agrietada a punto de vencerse.

Agulló sepultó la frente en el cuero de su hombro y cerró los párpados. El mundo olía a tabaco rubio, a lúpulo rancio y a esa humedad fría que deja la tormenta en el asfalto cuando ya se ha marchado hacia el mar. Por primera vez desde que Costa había pronunciado el veredicto, sus pulmones se expandieron sin que el aire pareciera un puñado de cristales rotos.

Pasaron unos minutos que la penumbra estiró a su antojo. El tiempo tiene una elasticidad extraña cuando hay un cadáver caliente sobre el tablero.

Cuando se separaron, no retrocedieron. Se quedaron a la distancia justa para que sus respiraciones se mezclaran.

Rojo bajó los ojos. Solo un instante. Lo suficiente para fijar la vista en su boca.

Agulló sostuvo el envite. Ninguno sonrió. Ninguno soltó una de esas bromas cínicas que usaban en Jefatura para esconderse de la realidad.

La ausencia de salidas de emergencia lo decidió todo.

El beso fue lento, pesado, con la inercia de las cosas que se han ido gestando en las noches de vigilia. No hubo fuego de artificio ni sorpresas; solo la confirmación de un diagnóstico que ambos conocían desde hacía meses. Un pacto sellado en mitad del naufragio, cargado con todo lo que habían calado bajo la lluvia y que ya no necesitaba sumario.

Cuando terminaron, se quedaron pegados, compartiendo el mismo oxígeno. Rojo apoyó su frente contra la de ella. Agulló cerró los ojos un segundo. Solo uno. Sabía que, si los mantenía cerrados demasiado tiempo, quizá ya no tendría ninguna prisa por volver a abrirlos.

Al final fue él quien se apartó, apenas lo necesario. La distancia mínima, imprescindible para seguir fingiendo que todavía eran personas razonables.

—Descansa.

Su voz bajó una octava, más ronca, áspera por el tabaco. La miró como si memorizara sus facciones, por si el amanecer borraba el momento.

Luego giró el pomo, abrió la puerta y la noche exterior se lo tragó sin hacer ruido.

«Hemos llegado tarde para salvarlo. No para encontrarlo».

Las palabras de la llamada seguían flotando en el pasillo, como el eco de un disparo que llega cuando el cañón ya está frío.

59

La desaparición de un hijo es una tortura lenta: mientras no hay cuerpo, una madre se aferra a cualquier posibilidad, porque la alternativa resulta insoportable. Cuando aparece el cadáver, la esperanza muere y el dolor cambia de forma para siempre. Las madres suelen saberlo antes que nadie; por eso, cuando llega la verdad, primero guardan silencio y después empieza el duelo de verdad.

Nuria Sempere no preguntó si era verdad.

Preguntó cuánto tiempo llevaba muerto.

La sala de atención a familiares parecía demasiado pequeña para contener una noticia así.

Agulló estaba sentada frente a ella. Había dormido menos de una hora; puede que ni siquiera eso. La noche anterior se había convertido en una sucesión de hallazgos, decisiones y golpes emocionales que aún no terminaba de ordenar.

Nuria tenía las manos apoyadas sobre el bolso, los dedos entrelazados con una serenidad que resultaba inquietante.

No lloraba.

Agulló había aprendido a desconfiar de las lágrimas. Pero desconfiaba todavía más de su ausencia.

Eso era lo peor.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí? —preguntó, desconsolada.

—No puedo darle todavía una hora exacta. El forense tiene que cerrar el informe.

—Pero no murió ayer.

—No.

Nuria asintió como si acabaran de confirmarle una cita médica.

—Entonces, cuando yo le hablaba...

La frase decayó antes de completarse.

Agulló sintió cómo el cuerpo intentaba protegerla cerrándole la garganta, pero no se lo permitió.

—Cuando usted le hablaba, alguien estaba usando su teléfono para alejarnos de él.

Nuria bajó la mirada.

—Yo sabía que no se había ido... Lo sabía.

—Sí.

Aquello era lo único que Agulló podía ofrecerle sin reservas. Todo lo demás estaba pendiente de informes, declaraciones y pruebas. Sin embargo, aquello no. La intuición de una madre no figuraba en ningún sumario, aunque llevaba razón desde el principio.

Nuria se llevó una mano a la boca. Los ojos se le quedaron fijos en algún punto de la mesa. No lloró. Respiró despacio contra los nudillos, como si intentara mantener algo destrozado en su sitio.

—¿Lo dejaron solo?

Agulló pensó en el cuerpo atrapado bajo el cemento, como si alguien hubiera querido borrar una vida echándole encima una capa más de mundo. Pensó en Costa diciendo «es él» con una voz demasiado baja para aquel hallazgo y en Bernal girándose hacia la pared, luchando contra las arcadas.

—No cuando lo encontramos —dijo—. Desde ese momento, no estuvo solo.

La subinspectora Bernal se inclinó hacia ella.

—Hay una psicóloga de guardia fuera. Puede entrar cuando quiera.

—No quiero una psicóloga.

—De acuerdo.

—Quiero a mi hijo.

Bernal no dijo nada.

Agulló tampoco.

No existía una respuesta para eso.

En el pasillo estalló una voz masculina áspera, descompuesta, demasiado alta para un lugar donde la gente iba a recibir malas noticias y a intentar sobrevivirlas. Agulló no alcanzó a distinguir las palabras, pero reconoció el tono al instante: era Rafael Roldán.

Nuria abrió los ojos.

—¿Es mi marido?

Bernal miró a Agulló y esta se levantó despacio.

—Ahora vuelvo.

—No —dijo Nuria—. Quiero saber por qué no le dejan entrar.

Agulló buscó los ojos de Bernal. Su compañera le sostuvo la mirada sin apartarla. No había una manera buena de decirlo. Solo la menos cruel.

—Nuria, hay una parte de la investigación que afecta a su marido.

La madre de Álex no reaccionó. Durante un segundo pareció no haber oído las palabras. Luego algo se resquebrajó detrás de sus ojos. La comprensión llegó despacio, implacable, y cuando lo hizo fue peor que cualquier puñetazo.

—¿Afecta... cómo?

—Hay indicios de que sabía por qué era tan importante recuperar el móvil de Álex.

—¿Por qué?

Agulló se tomó un segundo. Había verdades que no podían soltarse de golpe.

—Álex grabó algo en una sala privada del club Los Olivos. Algo que las personas que estaban allí han intentado borrar a toda costa. No fue una broma, ni fue una discusión que se les fuera de las manos. Creemos que una mujer fue agredida y abusada sexualmente cuando no podía defenderse. Y creemos que quienes lo vieron hicieron todo lo posible para que nadie llegara a saberlo.

Nuria respiró una vez y su cuerpo echó a temblar.

—¿Rafael estaba allí?

Agulló no contestó de inmediato. A veces, callar un segundo era una forma de piedad.

—Creemos que sí.

Nuria se quedó inmóvil. Los dedos se le soltaron del bolso, uno a uno.

—No.

Agulló no la corrigió.

—No —repitió Nuria—. No...

En el pasillo, Rafael Roldán volvió a levantar la voz.

—¡Es mi hijo!

Nuria giró la cabeza hacia la puerta.

Agulló se levantó.

—Bernal.

La subinspectora abrió la puerta, un segundo antes de que Roldán la embistiera desde fuera.

Estaba en el pasillo, flanqueado por Costa y Gómez. Pálido y sin afeitar. La camisa medio salida del pantalón. Los ojos rojos de no dormir o de haber llorado; a esas alturas daba igual. No tenía aspecto de depredador, ni de villano. Y precisamente por eso resultaba más difícil de mirar. Parecía uno de esos hombres corrientes que pasan desapercibidos toda la vida, hasta que la verdad les arranca la máscara y deja al descubierto lo que siempre estuvo debajo.

—Quiero verla —dijo.

Costa se interpuso.

—No.

—Soy su marido.

La esposa apareció detrás de Agulló.

—¿Es verdad lo que dicen?

Rafael Roldán la miró.

El pasillo entero se quedó quieto.

—Nuria...

Ella avanzó un paso. Bernal intentó sujetarla, pero Agulló negó apenas con la cabeza.

—Te he preguntado si es verdad, Rafa.

El hombre miró a Agulló, luego a Costa, luego a Gómez. Buscó una salida en cada cara y no encontró ninguna.

—No sabía que iba a pasarle eso a Álex, te lo juro...

Nuria Sempere dio un paso atrás. Fue un movimiento pequeño, casi imperceptible, pero Agulló vio cómo algo se hacía añicos en ella.

Rafa no había respondido.

El silencio había ocupado el lugar de las palabras.

—No sabía que iba a morir —insistió Rafa—. Yo no sabía que...

—Que tu hijo había grabado lo que estabais haciendo —dijo Nuria—. ¡Cerdo, desgraciado!

Rafael Roldán no abrió la boca.

Gómez dio un paso al frente.

—Rafael Roldán, queda usted detenido por su presunta implicación en un delito contra la libertad sexual, por omisión del deber de socorro, encubrimiento y cuantos otros delitos puedan derivarse de la investigación en curso.

Roldán lo miró como si no entendiera el idioma.

—No. Espera. Yo puedo explicarlo.

—Has tenido días para contármelo, maldito hijo de perra...

Costa le puso las esposas.

Roldán no se resistió. No por valentía, ni por arrepentimiento. Simplemente porque ya no le quedaba nada a lo que aferrarse. Algunos cobardes solo dejan de luchar cuando entienden que lo han perdido todo.

Mientras se lo llevaban por el pasillo, Nuria miró a Agulló.

—¿Mi hijo intentó ayudarla?

Agulló supo que se refería a la otra víctima.

—Creemos que entró, entendió que aquello estaba mal y decidió grabarlo. Después se negó a entregar el móvil. Quería denunciarlo.

Nuria cerró los ojos con fuerza y esta vez sí se derrumbó en un sollozo catártico. El dolor encontró una salida en su cuerpo. Bernal la sostuvo antes de que las rodillas terminaran de fallarle.

Agulló se quedó allí, inmóvil, viendo cómo se llevaban a Rafael Roldán, mientras Nuria lloraba por un hijo que, pese al miedo, pese a los errores y pese a no haber entendido del todo el peligro que tenía delante, había sido el único en hacer lo correcto, en una habitación llena de adultos cobardes y sin escrúpulos que eligieron mirar hacia otro lado.

No cambiaba el final.

No borraba lo que le habían hecho.

Pero le devolvía algo que nadie había conseguido arrebatarle: la dignidad de su nombre.

60

Nerea Salas declaró a las cuatro y diecisiete de la tarde.

Agulló exigió una sala de atención a víctimas, una psicóloga especializada, una abogada y una agente de paisano en la puerta. Molina protestó durante medio minuto por el «ruido procedimental», hasta que Gómez, por primera vez desde que comenzó el caso, lo cortó en seco.

—No es negociable.

La inspectora no entró al principio.

Se quedó detrás del cristal, con Costa a su lado y Bernal dentro de la sala. Ninguno habló. Había un silencio denso, incómodo, el que precede a las verdades que nadie quiere escuchar.

Nerea tenía veinticuatro años. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera y una sudadera gris demasiado grande para ella. Sujetaba una botella de agua con ambas manos, como si necesitara aferrarse a algo para no romperse.

Era la consecuencia de un daño colateral.

Bernal le habló despacio.

—No tiene que contarlo todo de golpe.

Nerea miró la mesa.

—Si no lo cuento ahora, no lo cuento nunca.

La psicóloga asintió.

Agulló observó desde el otro lado del cristal. No quería conducir aquella declaración. Solo quería asegurarse de que nadie volviera a envolver lo ocurrido en palabras como escándalo, fiesta, exceso o imágenes comprometidas.

Nerea habló a retazos.

Todo empezó con un contrato temporal con Soria Control. Luego, una noche en Los Olivos trabajando como chica de imagen. Aseguró que sabía lo que hacía, pues lo había hecho antes, pero las reglas eran claras y no se acostaba con clientes, a menos que llegaran a un acuerdo previo. Ella no lo había hecho nunca y le bastaba con las propinas, después de agasajar a los hombres que acudían a esas fiestas. Nada más.

Esa noche la llevaron a una sala privada con hombres mucho mayores que ella. Copas que no recordaba haber pedido y una sensación creciente de ir perdiendo el control, como si el cuerpo se volviera cada vez más pesado, más lento, menos suyo. Risas alrededor. Una voz que le decía que se relajara. Más alcohol. Una raya. Después, otra. Otra voz que le preguntaba algo que ya no alcanzaba a comprender.

Luego, la música amortiguada al otro lado de la puerta, el techo suspendido sobre ella, unas manos que iban y venían y un miedo inmenso creciendo por dentro, atrapado en un cuerpo incapaz de responder.

Primero uno.

Después, el otro.

Cuando quiso darse cuenta, los tenía encima. Dentro de ella.

Bernal esperó, paciente. Sabía que la memoria no siempre olvida; a veces se protege. La fue guiando despacio, buscando apenas aquello que pudiera sostenerse por sí solo: un nombre, una voz, un objeto, una imagen que regresara con claridad. Lo suficiente para reconstruir lo ocurrido sin obligarla a cargar con lo que no podía recordar.

Nerea identificó a Vicente Vives en una fotografía.

Con Rafael Roldán tardó más. Sostuvo la imagen unos segundos, como si necesitara atravesar algo antes de reconocerlo, y finalmente la dejó sobre la mesa.

—Él estaba allí.

Agulló notó que Costa cerraba los dedos.

Bernal mantuvo la voz tranquila.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Lo conocía de antes?

—No.

—¿Recuerda al chico joven? Álex Roldán.

Nerea empezó a llorar entonces, cuando entendió quién era él.

—Entró sin querer —dijo—. O eso creo. La puerta estaba mal cerrada. Alguien gritó. Él tenía el móvil en la mano. Recuerdo que me miró y dijo que yo estaba fatal. Eso sí lo recuerdo. Lo dijo así.

Bernal esperó.

—Después todo fue muy rápido. Uno de ellos le gritó que dejara de grabar. Otro se levantó de golpe. Hubo ruido, voces. Creo que alguien lo empujó hacia la puerta. O quizá salió corriendo por su cuenta. No lo sé. Lo último que recuerdo es que me dijeron que había bebido demasiado, que me llevarían a casa. Pero yo no podía… No podía…

La psicóloga intervino con suavidad.

—Podemos parar.

Nerea negó con la cabeza.

—No quiero parar.

La víctima relató que al día siguiente recibió una llamada desde un número oculto. Al otro lado, una voz masculina le aseguró que nadie la creería. Le recordó que existían imágenes de ella entrando voluntariamente, que había firmado un contrato y que, si hablaba, perdería el trabajo y quizá algo más.

Aquellas amenazas no figuraban en ningún acuerdo, pero reconoció que nunca había leído los contratos antes de firmarlos. Al decirlo, bajó la mirada, avergonzada.

Más tarde, alguien de Soria Control le hizo llegar un sobre con dinero.

Se puso nerviosa al hablar de aquello. No recordaba qué había hecho con el sobre. Creía haberlo guardado, pero también dudaba de haberlo tirado nada más llegar a casa.

Esa era la parte que más vergüenza le daba.

Bernal no la dejó quedarse ahí.

—No hay nada de eso que tenga que cargar usted.

Nerea la miró como si esa frase perteneciera a otra víctima.

A las cinco y doce, la declaración quedó grabada y firmada.

A las cinco y veintitrés, Vicente Vives fue detenido en el aparcamiento de un despacho de abogados de la avenida Maisonnave. Alcanzó a sacar el teléfono del bolsillo e intentó hacer una llamada.

No llegó a completarla.

A las cinco y cuarenta, Claudia Vives pidió declarar.

No entró con la soberbia despechada de una hija acostumbrada a que todo se resolviera a su favor. Entró como alguien que llevaba bastante tiempo conteniendo la respiración. Agulló sí estuvo en esa sala. Cuando la tuvo delante, Claudia no miró a Bernal ni a Costa. Sus ojos fueron directamente a la inspectora.

—Siento no haber dicho toda la verdad. Mi padre me dijo que callara.

Las palabras salieron de golpe.

Agulló no la interrumpió.

—¿Cuándo?

—Esa noche. Después de que todo pasara.

—Necesito que sea más concreta.

Claudia tenía las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Me dijo que Álex no entendía lo que había visto. Que estaba confundido y que podía arruinar muchas vidas si hablaba. —Su voz tembló —. También dijo que Rubén recuperaría el móvil y que yo solo tenía que mantener la misma versión que el resto, la de que Álex se había marchado por su propio pie.

Agulló la observó con atención durante unos segundos.

—¿Sabía que Álex podía estar herido?

Claudia bajó los ojos hacia la mesa.

—Sí.

—¿Sabía que Rubén lo buscó después del autobús?

—No, al principio.

—¿Y después?

Claudia cerró los ojos.

—Posteriormente lo supe todo.

La frase no era exacta. Nadie lo sabía todo. Pero Agulló entendió qué quería decir.

Lo suficiente para callar.

—¿Por qué no habló?

Claudia miró hacia el cristal.

—Porque era mi padre.

Agulló dejó pasar la respuesta.

—Álex también era el hijo de alguien —respondió la inspectora.

La chica comenzó a llorar en ese momento.

A las seis y media, algo cambió en Rubén Soria y la tranquilidad se esfumó de su mirada.

Gómez entró en la sala de detenidos, con la ampliación de cargos. Llevaba también la declaración de Iker Soria, la denuncia de Nerea Salas, la localización del cadáver y los primeros resultados extraídos del móvil de Álex. Los fue colocando sobre la mesa, con una tranquilidad casi burocrática.

La abogada pidió suspender la declaración.

Rubén Soria permaneció inmóvil.

Durante unos segundos pareció seguir siendo el mismo hombre seguro de sí mismo que había soportado días de presión sin apartar la mirada.

Luego algo se apagó.

No confesó.

No era un hombre que creyera en las confesiones.

Pero empezó a respirar de otra manera, como si hubiera comprendido que el espacio a su alrededor se estaba cerrando.

61

A las siete, el comisario Molina convocó una comparecencia breve.

Agulló la siguió desde la sala de incidencias. Estaba sentada al fondo, con el informe médico hundido en el bolso y una fatiga plúmbea clavada en los huesos. Cada gesto era un esfuerzo consciente, como si tuviera que negociar con sus músculos para que respondieran.

Escuchó el ruido de fondo, el chirrido de las sillas sobre el linóleo y el siseo eléctrico de los micros al abrirse. Por un momento, todo le pareció una estafa ajena; al mismo tiempo, notó que empezaba a habituarse a ese teatro. Llevaba días cavando bajo capas de mentiras y miedo y, sin embargo, ahí estaba la maquinaria, retomando su inercia con una eficiencia que resultaba ofensiva.

Molina habló de investigación compleja, de coordinación ejemplar, de respeto a las víctimas y prudencia judicial. Lo de siempre. Confirmó el arresto de Vicente Vives y Rafael Roldán por la agresión a Nerea Salas en un privado de Los Olivos. También detalló la caída de Rubén Soria como arquitecto del encubrimiento: manipulación, coacciones y la pieza central de la cadena que había enterrado a Álex bajo una losa en Agua Amarga. Mencionó de pasada a Moya y Ríos como peones de limpieza y dejó a Berenguer, Claudia Vives e Iker Soria bajo sospecha, por su papel en las horas posteriores al club.

No mencionó haberla apartado del caso; ese detalle no encajaba en su narrativa de victoria. Tampoco citó el informe que pretendía retratar a Álex como un crío errático, alguien que prácticamente se había buscado su propia tumba. Y, por supuesto, omitió haber preferido la versión de Rubén Soria: una mentira limpia y ordenada, mucho más digerible que la verdad.

Pero, al menos, sí pronunció el nombre de la víctima.

Álex Roldán Sempere.

Y luego reconoció otro.

Nerea Salas.

Eso le bastó a la inspectora.

Mientras ella soportaba la interminable retahíla de tópicos y evasivas del comisario, Bernal se acercó y tomó asiento a su lado, antes de que concluyera la comparecencia.

—Nuria quiere verte.

—Ahora voy.

—También ha preguntado por Nerea Salas.

Agulló la miró.

—¿A santo de qué?

—Quiere saber si algún día podrá escribirle una carta.

La restitución no era justicia. No devolvía a los muertos ni reparaba lo que había sido arrebatado. Pero había días en que era lo único que quedaba cuando la justicia llegaba demasiado tarde.

Costa apareció en la puerta de la sala.

—El traslado de Álex ya se ha realizado —dijo—. Su madre podrá verlo en cuanto el forense lo autorice.

Agulló asintió.

—¡Gracias!

Costa se quedó donde estaba.

Bernal los observó un instante y entendió que sobraba allí.

—Voy a comprobar si Gómez ya es capaz de ordenar su escritorio sin solicitar autorización previa —dijo, y se marchó.

Costa entró un paso.

—Rojo me ha llamado.

Agulló no cambió la expresión.

—¿A ti?

—A mí.

—¿Qué quería?

—Saber cómo iba todo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que todo estaba bajo control.

Agulló esbozó una sonrisa tímida.

Costa desvió la mirada hacia la pizarra. Las columnas que habían guiado la investigación durante días habían desaparecido. Alguien las había borrado con esmero. En su lugar quedaban nombres, flechas, horas y delitos. Un dibujo más confuso, más áspero. También más cercano a la verdad.

—Supongo que damos por cerrado el caso —dijo Costa.

—Hemos hecho un buen trabajo —respondió ella.

Costa la miró.

El silencio que siguió fue distinto.

Ya no tenía que ver con el caso.

Costa abrió la boca, como si hubiera llegado por fin a una conclusión, después de días enteros dándole vueltas a la misma idea.

—Agulló...

Ella alzó apenas una ceja.

—¿Qué?

Costa soltó una breve risa nerviosa, impropia de él.

—Nada. Bueno... sí.

Por primera vez desde que se conocían, parecía incómodo, y eso hacía que la situación también lo fuera. Agulló podía intuir el tsunami que se avecinaba y lo observó con atención.

—Eso ha sonado a que vas a decir algo importante.

—Puede. A ver, no es para tanto, pero...

Ella esperó.

Costa dio un paso más cerca.

—Cuando me reubicaron y llegué a la unidad —dijo él despacio—, al principio pensé que eras la persona más difícil con la que iba a trabajar en mi vida.

—¿Solo al principio?

—Déjame terminar.

Y, por un instante, pareció a punto de soltar algo más. Algo que no tenía nada que ver con informes técnicos, cadáveres fríos ni declaraciones juradas. Algo estrictamente personal. Algo definitivo que, de ser dicho, ya no tendría vuelta atrás.

—Yo...

El teléfono de Agulló sonó.

Los dos miraron la pantalla al mismo tiempo.

Era Bernal.

—Puede esperar —dijo ella, pero Costa se había quedado en blanco, sin palabras.

El teléfono seguía sonando.

—¿Costa?

—Cógelo. Parece importante.

—Como quieras...

Descolgó.

—¿Sí?

La voz de Bernal llegó inmediata.

—Siento interrumpir... —dijo, como si supiera algo más que ella—. Nuria Sempere pregunta por ti. No quiere entrar sin hablar antes contigo.

Agulló miró a Costa mientras escuchaba.

—Voy ahora.

Colgó.

Ninguno de los dos comentó nada. La oportunidad seguía allí, pero ya no era la misma.

—Parece que te has librado —dijo ella.

Costa negó con la cabeza.

—No exactamente.

Agulló esperó que dijera algo más, pero no fue así. Luego se levantó despacio y Costa hizo el gesto de ayudarla, aunque se detuvo antes de tocarla.

—Gracias, pero puedo yo sola.

Caminaron hasta el pasillo.

Al fondo, Nuria Sempere esperaba sentada en una silla de plástico, con Bernal cerca y una manta sobre los hombros. La fatiga le había borrado los últimos restos de resistencia; por primera vez, parecía la edad que aquel caso le había obligado a cargar.

Agulló se acercó y Nuria levantó la vista.

—¿Ya han dicho su nombre?

Agulló pensó en la rueda de prensa.

—Sí —dijo—. Y seguirá sonando durante semanas. Lo siento.

Nuria asintió. Sin embargo, no sonrió.

Agulló se sentó a su lado.

Esta vez, no como inspectora. Solo como la persona que había llegado tarde y aun así se había negado a dejar que otros decidieran qué significaba esa tardanza.

Al otro lado de las ventanas, Alicante empezaba a encenderse otra vez. La ciudad parecía limpia desde arriba, con sus avenidas, sus farolas y su luz suave de final de día.

Una postal de revista.

La inspectora también había aprendido otra cosa.

Que a veces la verdad llegaba demasiado tarde para evitar el daño. Pero aún podía servir para que las mentiras y el silencio dejaran de proteger a los monstruos y a los culpables.

Se quedó junto a Nuria hasta que la noche terminó de caer sobre la ciudad.

Pensó en el chico.

En Álex Roldán Sempere.

Su nombre entero.

Dicho al fin en voz alta.

62. Epílogo

Agulló se marchó de comisaría sin despedirse de nadie.

Sin portazos y sin solemnidad. Simplemente esperó a que Molina terminara de hablar ante los periodistas, a que las cámaras se apagaran, a que los agentes empezaran a moverse con esa inercia cansada que dejan las investigaciones largas cuando por fin encuentran una forma provisional de cerrarse, y se fue.

Nadie la vio salir.

O quizá sí.

Bajó en ascensor hasta la calle, pidió un taxi y esperó junto a la acera, con el informe médico doblado dentro del bolso, dos costillas protestando con cada respiración y la sensación extraña de que todo había terminado tarde y pronto a la vez.

El taxi olía a ambientador barato y a tapicería vieja. El conductor llevaba la radio encendida con el volumen bajo. Hablaban del caso.

Agulló reconoció su propia investigación convertida en titulares, frases cortas y prudencia institucional. El cuerpo hallado en una nave de Agua Amarga. El cadáver reducido a un dato estadístico. La detención del empresario local narrada con el respeto pusilánime que se le tiene al dinero. La implicación de varios adultos en un delito grave. La joven víctima localizada y protegida.

Y entonces la locutora pronunció el nombre de Álex Roldán Sempere.

Lo hizo con esa voz nítida, profesional y perfectamente impostada; una voz demasiado limpia para arrastrarse por tanta miseria.

Agulló apoyó la cabeza contra la ventanilla y cerró los ojos.

Alicante pasaba al otro lado del cristal.

Cuando llegó a casa, pagó en efectivo y subió despacio. Entró en su apartamento y cerró con llave. Durante unos segundos se quedó quieta en el recibidor.

Las llaves cayeron en el cuenco de cerámica con un sonido seco. Se quitó la chaqueta con dificultad y la dejó sobre una silla. Luego fue hasta el salón, encendió la televisión y se sentó en el sofá sin encender ninguna lámpara.

El caso ya estaba en todos los canales.

Agulló contempló el fulgor de la pantalla durante menos de un minuto. Luego la apagó.

El silencio que se instaló en el apartamento fue inmediato, denso, cargado con el peso de los secretos viejos. No era paz; la paz no existía en su línea de trabajo. Era el vacío que deja la verdad cuando por fin sale a la superficie y descubres que ha llegado demasiado tarde para salvar a nadie.

Se levantó del sofá despacio, maldiciendo entre dientes cuando una punzada seca le castigó el costado. El cuerpo no olvida los errores del pasado. Cruzó el salón a oscuras, guiándose por el reflejo de las farolas de la calle que se colaba entre las lamas de la persiana, hasta llegar al mueble del televisor.

En el compartimento inferior, sepultada bajo el detritus de la obsolescencia tecnológica —manuales de instrucciones amarillentos, marañas de cables RCA y un reproductor de DVD cubierto de polvo—, seguía la carpeta de cartón verde.

La sacó y la dejó sobre la mesa de centro.

Retiró con un chasquido sordo la cinta elástica gastada. Los folios de alto gramaje continuaban allí, intactos.

Operación Cobalto.

G3-014-CB.

Clasificación: Reservado.

Documento recuperado de: Caja fuerte 317-B.

Pasó la página de cortesía sin detenerse en los detalles que ya se sabía de memoria. No le hacía falta leerlos. Sin embargo, esa noche las líneas mecanografiadas parecían distintas, como si las palabras se hubieran

movido de sitio en la oscuridad. O tal vez era ella quien había cambiado lo suficiente para ver, por fin, lo que siempre había estado allí.

Las diligencias originales fueron fragmentadas en tres expedientes independientes, con el objetivo de evitar conexión directa entre los hechos investigados, los funcionarios intervinientes y determinados cargos públicos mencionados en las primeras declaraciones.

Agulló clavó la vista en ese párrafo.

Fragmentadas.

Tres expedientes independientes.

Evitar conexión directa.

Un frío viejo y conocido le recorrió la espina dorsal.

Ahí estaba el truco.

El viejo truco de los despachos.

Lo había visto esa misma semana con otros nombres, otros departamentos, otra gente. Despojar los hechos de su contexto, hasta que dejaran de contar una historia. Convertir un asesinato o un soborno en meras piezas administrativas independientes. Hacer que cada fragmento pareciera un asunto menor, discutible, insuficiente para un juez. Si no puedes enterrar el cuerpo, córtalo en pedazos y entiérralos en cementerios distintos.

Pasó varias páginas. El papel desprendía ese olor rancio del archivo, a humedad estancada.

Encontró lo que buscaba en el margen derecho de una copia de carbón borrosa. Una anotación a mano, con bolígrafo azul ya descolorido:

No remover. Hay acuerdo.

La leyó dos veces.

Pensó en Molina, en su forma de desviar la mirada cuando un caso empezaba a picar hacia arriba, y se preguntó si él también emborronaba los márgenes de los informes oficiales con advertencias similares.

No seas ingenua, Marta. Todos lo hacen.

Pensó en Vives, en Rafael Roldán, en esa caterva de abogados de bufete caro que entraban y salían de la comisaría central como mecánicos de mantenimiento contratados para reparar una verdad averiada.

Y, finalmente, pensó en su padre.

En Agustín Agulló García, mendigando el acceso a un expediente que alguien, en un despacho con moqueta, ya había decidido convertir en polvo.

Durante años, su madre le había hablado de la autodestrucción de su padre como se habla de los desastres naturales: algo inevitable que simplemente hay que aceptar.

Cáncer.

Esa había sido la palabra familiar.

Una palabra enorme, monolítica, extrañamente cómoda en su propia tragedia. Una palabra contra la que nadie podía pelear. Una palabra que justificaba los silencios, el ron de madrugada, los encierros en el despacho con la puerta echada por dentro. Esas noches en las que Agustín se quedaba congelado, mirando un vaso de tubo sin beber, antes de metérselo entre pecho y espalda de un solo trago. Las noches en que regresaba de madrugada, con las pupilas dilatadas y la ropa apestando a tabaco rancio.

Cáncer.

Agulló había odiado esa palabra durante años.

Ahora descubría que había otra palabra peor.

La mentira.

No justificaba a su padre. No justificaba sus ausencias, ni sus silencios, ni el modo en que había ido desapareciendo de la casa mucho antes de morir. No justificaba las botellas escondidas, las promesas incumplidas, ni aquel cansancio oscuro que se le había instalado en la mirada y nunca volvió a marcharse.

Pero, por primera vez, encajó una pieza que le revolvió el estómago.

Quizá Agustín Agulló no se había destruido solo.

Quizá alguien lo había ido quebrando a martillazos invisibles.

Hoja a hoja.

Silencio a silencio.

Informe a informe.

Agulló siguió pasando páginas hasta encontrar el segundo documento.

Expediente Agulló García.

G3-022-AG.

Seguimiento interno.

La respuesta oficial fue negativa.

La respuesta no oficial fue este expediente.

Agulló leyó esa frase y sintió una punzada más profunda que la de las costillas.

Su padre había hecho una pregunta. Y la respuesta del departamento había sido ponerle seguimiento.

Pasó otra página. Luego otra. Las yemas de los dedos le hormigueaban. Allí estaba, agazapada entre la burocracia:

«No han ocultado el cadáver».

Apoyó los dedos sobre la tinta.

El papel estaba frío, como el mármol de una morgue. Pensó en Álex, sepultado bajo la solera de aquella nave industrial. En su caso, se habían tomado la molestia de esconder el cuerpo. En el de su padre, habían hecho algo más sofisticado y sibilino: ocultar el mecanismo. La hoja de ruta del engaño.

Buscó la última página del expediente.

Estaba desprendida del bloque principal, doblada por una esquina, como un marcapáginas en una novela de terror. La anotación a bolígrafo azul seguía allí, nítida, desafiando al paso de los años.

Agustín no era el problema. Era el aviso.

«La hija será peor».

Agulló levantó la vista hacia la pantalla apagada del televisor. En el cristal negro se reflejó su propio rostro. Estaba pálida, despeinada, con la camiseta arrugada y el hombro izquierdo caído para aliviar la tensión del golpe.

Tenía los ojos de su padre.

Los ojos de alguien que acababa de comprender que la herencia familiar no era una casa ni unos ahorros, sino una diana en la espalda.

Entonces, el timbre rasgó el silencio del apartamento.

El golpe eléctrico la hizo quedarse inmóvil.

No se movió.

Esperó.

Miró el reloj de pared. Era demasiado tarde para visitas de cortesía. Nadie había llamado desde el telefonillo del portal. Nadie se plantaba en su rellano a esas horas, a menos que fuera un vecino o alguien que conociera los trucos para franquear la puerta de entrada.

El timbre volvió a sonar.

La carpeta verde seguía abierta de par en par sobre la mesa baja, exponiendo sus tripas.

Agulló se puso en pie con lentitud milimétrica y caminó hacia el recibidor a oscuras, evitando las maderas que crujían. Pegó el ojo a la mirilla.

Al otro lado estaba Rojo.

63

La visitaba en son de paz.

Con la chaqueta de cuero, el pelo revuelto por la noche y una expresión de haber decidido algo que no pensaba explicar, el exinspector Rojo llevaba dos cervezas en una mano. En la otra, una bolsa de plástico blanca que soltaba un olor inmediato a pollo asado, patatas y grasa caliente.

Ella pasó el cerrojo y abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Rojo levantó la bolsa de plástico como si fuera una credencial del FBI.

—Traigo la cena.

Ella se le quedó mirando. Luego bajó la vista hacia los tercios de cerveza. Luego volvió a clavarle los ojos.

—No has llamado al telefonillo.

—Me ha abierto una vecina.

Agulló apoyó la frente un segundo contra el marco de la puerta.

—Maravilloso.

—Parecía encantadora.

—Es una comunidad muy amable.

Rojo levantó de nuevo la bolsa.

—¿Qué se celebra? —preguntó ella, confundida—. ¿Te han perdonado los juicios?

—No —respondió él—. Me han dicho que te han firmado una semana de baja. Tres costillas tocadas, esguince acromioclavicular, conmoción leve y ese carácter de perros que no hay Dios que lo cure.

—Me alegra saber que el secreto médico en este maldito cuerpo funciona tan bien como siempre.

—Gómez habla demasiado cuando está nervioso.

—Gómez está siempre nervioso.

—Hará bien su trabajo —respondió Rojo, señalando de nuevo la bolsa—. He pensado que te vendría bien comer algo que no saliera de un envase de plástico de comida china.

—Qué considerado.

—Proteína de la buena. Patatas. Grasa suficiente para devolverle la fe a un ateo.

—¿De dónde?

—El Pollastre Alacantí.

—Ese pollo está indecentemente bueno —admitió ella.

—Por eso estoy aquí.

Agulló se apartó de la puerta.

—Pasa.

Rojo entró sin mirar demasiado a su alrededor, lo que en su caso significaba que estaba registrando visualmente cada detalle y cada esquina del apartamento. Dejó los tercios de cerveza sobre la encimera de la cocina americana y la bolsa sobre la mesa baja. El olor a asado y especias inundó el salón.

Durante un segundo, la casa pareció menos fría.

Rojo empezó a sacar la comida: un pollo partido en cuartos, patatas aceitosas, una barra de pan envuelta en papel, servilletas dobladas y una tarrina de aluminio con algo que parecía alioli.

—Si venía con flores, me cerrabas la puerta.

—Exacto.

Ella volvió al salón despacio.

Rojo la siguió con la mirada y entonces vio la carpeta.

La mano con la que sostenía una de las cervezas se quedó inmóvil.

No fue un movimiento brusco. Nada en Rojo lo era, cuando las cosas se ponían serias de verdad. Pero Agulló llevaba unos cuantos años en la calle para no cazar el matiz. Vio cómo la fina capa de ironía se le borraba de las facciones. Vio cómo sus pupilas descendían hacia la pestaña de cartón,

hacia los folios mecanografiados, hacia las siglas que, para dos policías como ellos, no necesitaban explicación.

Rojo dejó la cerveza sobre la mesa.

—Agulló.

Ella odió que jamás usara su nombre para dirigirse a ella.

—Tenemos que hablar, Rojo. Y tenemos que hablar de eso.

Rojo tardó medio segundo en responder.

Lo justo para equivocarse.

—Si es por lo de anoche...

Agulló lo sostuvo con la mirada.

Durante un latido, los dos compartieron el mismo recuerdo exacto y ninguno necesitó ponerle palabras. El olor a desinfectante del hospital. La despedida silenciosa en el umbral del apartamento. Esa distancia mínima e incómoda entre dos personas que llevaban demasiado tiempo esquivando la pregunta de qué significaba exactamente seguir cubriéndose las espaldas.

Pero la noche no iba por ahí.

No esa noche.

—No —dijo ella—. No es por eso.

Rojo volvió a desviar la vista hacia los papeles abiertos.

—Es sobre mi padre.

Él no contestó. Mantuvo la boca cerrada y la mirada fija en la mesa.

Y ese silencio fue la primera respuesta.

Agulló se acercó a la mesa, recogió la última hoja del expediente y la sostuvo en el aire, sintiendo el leve temblor del papel entre los dedos.

—Durante años pensé que mi padre se había encerrado en sí mismo porque estaba enfermo —dijo, con una voz que salía directamente del estómago—. Porque bebía demasiado. Porque era un tipo orgulloso que no sabía pedir auxilio. Pensé que convertirse en un mueble roto en el despacho era su forma de no tener que explicarle a su hija por qué estaba dejando de querer vivir.

Rojo seguía quieto.

—Luego me diste esto —continuó ella, agitando levemente el folio—. Y pensé que quizá solo había abierto una puerta del pasado. Algo sucio, sí, pero muerto. Un viejo esqueleto policial que ya no podía tocarme, salvo por esa mezcla de nostalgia y culpa que las familias llaman herencia.

Rojo desvió la mirada hacia la ventana, donde los reflejos de la calle jugaban con las sombras del salón.

—¿Estás segura de querer remover el pasado, ahora?

—Completamente.

—¿Por qué no comemos el pollo y olvidamos el asunto?

—Quiero saber qué es el Grupo 3 —zanjó ella, clavándole los ojos—. Y no pienso posponer esta conversación. Me la debes.

Rojo encajó el impacto sin pestañear.

—Está bien. Como quieras… —soltó al fin, con un suspiro áspero—. En el fondo sabía que acabarías leyéndolo esta noche. No ha sido buena idea venir aquí.

La frase se quedó entre los dos.

Agulló dejó el papel sobre la mesa, justo encima del membrete clasificado, y señaló la carpeta verde con el dedo índice.

—Crees que me conoces, Rojo. Pero te equivocas.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Rojo no replicó. Agarró uno de los tercios, utilizó el canto de la encimera para saltar la chapa con un golpe seco y le dio un trago largo, de esos que buscan limpiar la garganta antes de una mala declaración. Luego arrastró una de las sillas de madera del comedor y se sentó. El rostro se le había vaciado de toda ironía.

—Si quieres hablar, hablaremos —dijo, con ese tono serio de los viejos zorros de la policía judicial—. Te diré lo que sé, que es poco, y lo que supongo, que es bastante más. Pero hay zonas oscuras en las que yo tampoco he conseguido meter la linterna. Responderé a lo que pueda.

—Siento que la visita no sea la cena relajada que tenías en mente.

—No importa. Es lo que hay. Al menos es justo —dijo, encogiendo los hombros debajo de la cazadora de cuero—. Será mejor que empecemos a hincarle el diente a esto. Espero que esos pollos sigan calientes… porque la noche se va a hacer jodidamente larga.

BONO ESPECIAL

Tras una noche larga revisando informes, Agulló y Rojo salieron a tomar el fresco.

Cuando ella regresó a su apartamento…

La escena que verás a continuación es un vídeo. Una vez abierto, sube el volumen y dale al botón de reproducir.

Para acceder, escanea el código QR con tu dispositivo o escribe la dirección en tu navegador o clica el siguiente enlace:

https://elescritorfantasma.com/cajafuerte/sala-de-cine.html


WATCH NOW

Si te ha gustado



Un juez ha muerto por causas naturales.

El problema es que alguien podría haberlo ayudado a morir.

Cuando la hija del magistrado jubilado Arturo Lledó entrega a la policía una carpeta encontrada en su despacho, la inspectora Agulló descubre que, antes de morir, el juez estaba revisando una antigua condena por asesinato.

El hombre condenado pasó dieciocho años en prisión.

Siempre afirmó que era inocente.

Y pocos días antes de la muerte de Lledó volvió a aparecer en su vida.

Lo que comienza como una simple comprobación obliga a Agulló a cuestionar una muerte aparentemente natural, desenterrar un caso cerrado hace más de veinte años y enfrentarse a una posibilidad inquietante:

¿Y si todas las pruebas apuntan al mismo hombre… porque alguien cometió el mismo error dos veces?

LA MUERTE DEL JUEZ

¿Quién mató a Laura Coves?



Un cadáver abandonado en un pantano. Dos familias poderosas, una operación millonaria y el control de una ciudad en juego. Honor, venganza y corrupción. Cuando la inspectora Agulló acepta su primer caso, encuentra una investigación llena de secretos.

Pero lo peor está por llegar: ¿tendrá precio su silencio?

«UNA OBRA QUE PUEDE SER DE NETFLIX».

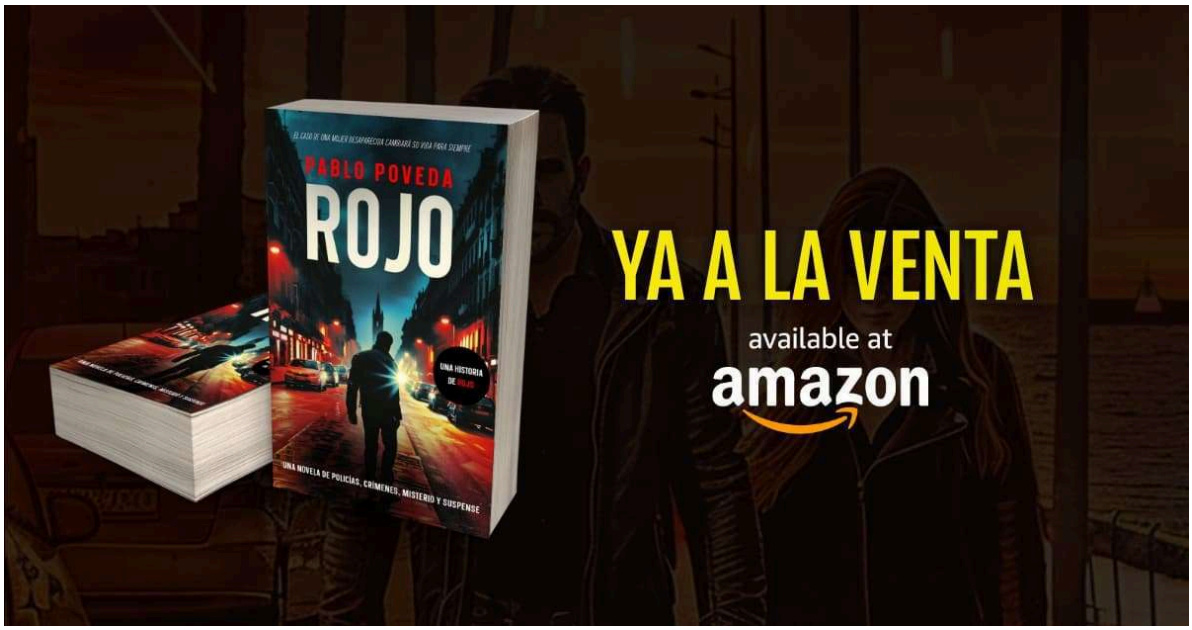
Ella era joven, exitosa y uno de los rostros más conocidos en la ciudad.

Laura tenía un secreto, pero no sabía que moriría antes de contarlo.

Ambientada en la ciudad de Elche durante la crisis económica del calzado, ¿Quién mató a Laura Coves? es una novela frenética y adictiva de suspense que ahonda en las pasiones más oscuras de la sociedad.

HAZTE CON TU COPIA AHORA

¿Conoces a Rojo?



Año 1992. Una llamada invernal arrastra al inspector Rojo a un caso que podría ser su perdición.
Jamás debió descolgar el teléfono...

En las sombras de Cartagena, el inspector se adentra en la investigación de una joven desaparecida, solo para descubrir que esta es la superficie de un

abismo de corrupción, tráfico de influencias, y trata de personas, todo envuelto en un tejido político descompuesto.

Con su carrera y principios en la balanza, Rojo se enfrenta a una disyuntiva mortal: salvar a una desconocida o salvarse a sí mismo.

Su tenacidad por defender las causas perdidas lo coloca en un peligro inminente...
...amenazando no solo su vida sino también la de su familia.

La desaparición de la joven será la entrada a una profunda madriguera...

¿Podrá Rojo resolver el caso antes de terminar atrapado en las redes del peligro?

Lo que Rojo aún no sabe es que su decisión lo sumergirá en un infierno del que tal vez no pueda escapar…

HAZTE CON TU COPIA AHORA

Un Detective Inusual

Si te gusta Rojo, no puedes dejar de conocer a Javier Maldonado, un expolicía de la brigada de Homicidios de Madrid que ahora trabaja como detective privado.

Dentro de la serie Maldonado, Rojo colabora con Maldonado en "El Caso del Tarot" y otros libros más.



Era el mejor inspector de Madrid encontrando a personas desaparecidas. Un trágico accidente acabó con su carrera. Ahora es detective privado.

Investigando una aparente infidelidad matrimonial, Maldonado se involucra en un siniestro crimen rodeado de mentiras que hará peligrar su reputación y la de uno de sus mejores amigos.
Tendrá que sacrificar su vida para resolver el caso que acabará con sus problemas personales.

¿Logrará Maldonado resolver el asesinato antes de que este termine con su vida?

EMPIEZA UNA MENTIRA LETAL AHORA

Bajo Sospecha



Cuando el inspector Javier Serrano se sumerge en un caso de asesinato vinculado al poderoso clan Bernabeu, desentierra secretos que podrían destruir tanto a la familia como a la élite empresarial de Elche. Pero no está solo en esta maraña de engaños: Natalia Rivas, la nueva oficial en el equipo, guarda lealtades ocultas que podrían costarles caro a todos.

¿De qué lado estará cuando todo estalle?

Sofía Bernabeu, la estratega fría y calculadora, y su hermano Ignacio, impulsivo y hambriento de poder, chocan en una lucha interna que amenaza

con desmoronar el imperio familiar desde dentro. Mientras tanto, Raquel Ortega, una informante atrapada entre el peligro y la supervivencia, sabe demasiado y camina al borde de una verdad que podría costarle la vida.

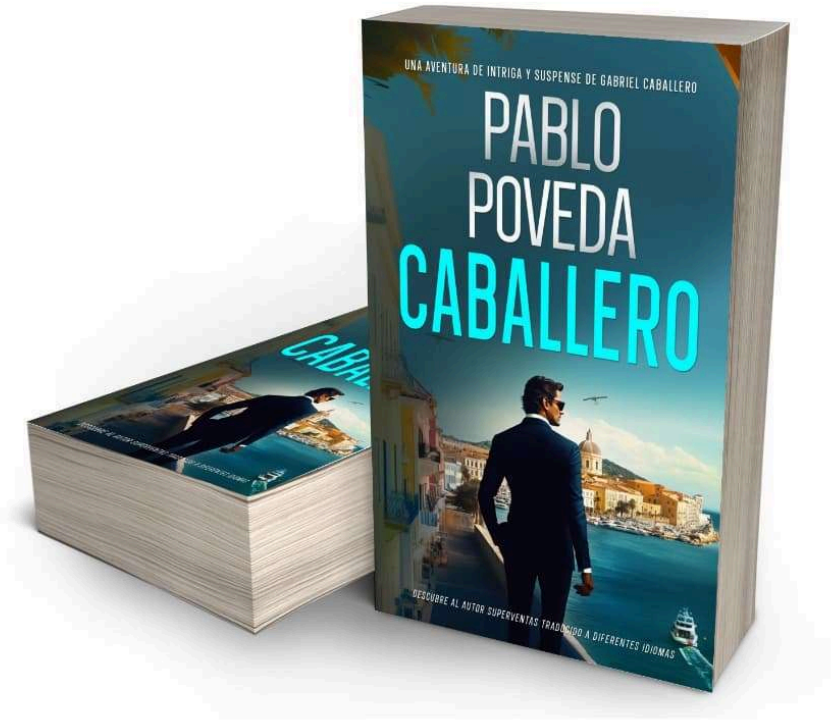
Las tensiones entre los Bernabeu y los Parres se intensifican en una guerra sin reglas, mientras las lealtades se desmoronan y la justicia parece más lejana que nunca.

¿Puede Serrano desenredar esta red de sangre y mentiras antes de que sea demasiado tarde?

Si te gustó «¿Quién Mató a Laura Coves?» y eres fan de Mario Puzo...
... no puedes perderte este thriller con sabor a Juego de Tronos y Los Soprano.

EMPIEZA BAJO SOSPECHA AHORA

Un Regalo



LIBRO GRATIS

La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible GRATIS por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

DESCARGA GRATIS CABALLERO

O si estás leyendo en Kindle o papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para acceder el libro gratis.

Sobre el autor



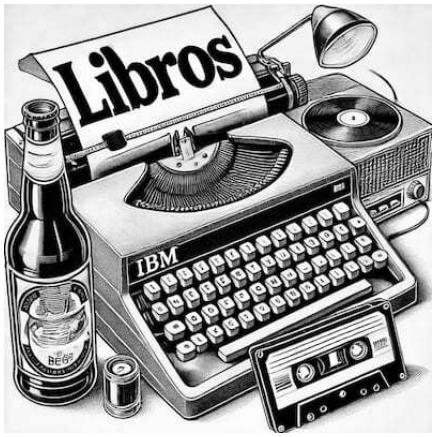
Pablo Poveda (Elche, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años, después seis en Madrid y actualmente reside en el Levante español, donde escribe todas las mañanas. Cree en el jazz, el rock, la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Facebook: facebook.com/elescritorfant
Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Muerte en el Mediterráneo
El arte del engaño
La playa de los muertos
El último baile
Un secreto bajo tierra
Crimen en Altea Hills

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)
Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)
Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don
Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen
Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)
Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)
Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine
Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir
Fuego Cruzado
Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo
Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada
El trabajo del Diablo
El juego del Diablo
El laberinto del Diablo
Sombra en la costa
Al Rojo Vivo
Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)
Pack Rojo 6-8 (Desaparecido, Secuestrada, El trabajo del diablo)

Serie Inspectora Marta Agulló
El Asesino del Mapa

La Última Llamada
La muerte del juez

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal
Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante
El Caso del Tarot
Una Amistad Peligrosa
El asesinato del casino
El crimen de Atocha
Muerte en Las Vegas
Asesinato en Cannes
Una Bala en Miami
Pack novelas 1-3
Pack novelas 4-6
Pack novelas 7-10

Serie Bajo Sospecha (thriller policíaco)

Bajo Sospecha: Sangre y Raíces
Bajo Sospecha: El Precio del Poder

Trilogía El Profesor

El Profesor
El Aprendiz
El Maestro
Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista

El misterio de la familia Fonseca
El misterio de la máscara de porcelana

Otros:

El secreto de la señora Avignon
¿Quién mató a Laura Coves?
Perseguido
Motel Malibu
Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones
El Círculo